

María Esther de Miguel

UN DANDY EN LA CORTE DEL REY  
ALFONSO

PLANETA

Diseño de cubierta: Mario Blanco  
Diseño de interior: Orestes Pantelides  
Escaneado, ocerreado y revisión por lectura: Juan Carlos Andre

Segunda edición: marzo de 1999  
© 1998, María Esther de Miguel

Derechos exclusivos de edición en castellano  
reservados para tocio el mundo

© 1998, Editorial Planeta Argentina, S.A.I.C.  
Independencia 1668, 1100 Buenos Aires  
Grupo Editorial Planeta

ISBN 950-49-0136-0

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723  
Impreso en la Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Estimado Fabián Gómez y Anchorena, Conde del Castaño: Tuve noticias de sus andanzas a través de los recuerdos de un viejo tarambana. Mi amigo hacía de la noche, día; del día, noche; del aire, humo de cigarro; del whisky, leche (a la leche la ignoraba totalmente). Pero despertó mi curiosidad con su reiterada exposición de esa alucinante carrera brillantísima hacia la nada que usted aparentemente vivió. Me propuse seguir sus pasos, Conde. Pero sólo encontré un capítulo en el libro de Pilar de Lusarreta, Cinco dandys porteños y la prolija glosa que de él hace mi amigo Sebreli en Apogeo y ocaso de los Anchorena. Lo demás, retacos orales, hilachas escritas, ensueños de aquí y de allá: demasiado poco para una historia. Hasta que en cierta ocasión, por esos azares que a veces irrumpen en la vida de uno, recordé. ¿Qué recordé? Cuatro monedas que un día en que yo estaba insoportable, mi padre me dio para jugar.

En esa ocasión mamá, siempre conyugalmente contestataria, le reprochó al esposo que le había dado apellido y cuatro hijos:

-Pero viejo, ésas son monedas.

-Ya lo sé.

-Si son monedas, han de tener valor.

-No, porque son antiguas.

-Las monedas antiguas a veces valen más.

-Tal vez. Pero ¿de qué sirven si no alcanzan para acabar con el ataque de esta malcriada?

Mamá y papá, sin darse cuenta, estaban repitiendo el diálogo que hacía años habían mantenido el general San Martín y su hija Mercedes. Claro que ni mi papá era el Santo de la Espada, ni mi mamá la digna hija del Libertador. La malcriada era esta servidora. Y quizá sólo la nieta y yo nos parecíamos en nuestros berrinches.

Pero mire usted, Conde del Castaño, los caminos que llevan a Roma ¿no? Porque a esas monedas las reencontré cincuenta años después, durante una desordenada mudanza que, paradójicamente, puso orden en mi casa y en mi proyecto. Porque usted ya rondaba por mis intenciones y esas monedas me decidieron. ¿Sabe usted qué eran esas monedas? Eran españolas: una tenía el gracioso perfil de Isabel II; otra, el del barbado Amadeo de Sabaya; la tercera, el rostro casi adolescente de Alfonso XII y la última imire usted!, la carita de un bebé, Alfonso XIII. Los años decían 1863, 1871, 1876, 1892. Los años en que usted anduvo por la Península y se hizo amigo del Rey. Todas tenían el escudo del Reino de España con su corona y sus torres y sus leones, todas eran de cinco pesetas, todas habían pertenecido a mi papá, quien vino de España por no hacer la conscripción en Marruecos. Llegó

con una mano atrás y otra delante, en su maleta un mantón de mi abuela y... Y nada más. ¡Ah, sí: las monedas!

Esas monedas me sirvieron para reconstruir su vida, Conde del Castaño, en su espacio español; como la historia de nuestro país me vino bien para encarar los años que paso acá. Y los últimos, cuando usted casi casi se decidió a morir. Mejor dicho, a esperar que los Sellos se abrieran.

En verdad, aunque he seguido bastante cronológicamente su vida, no he querido oficiar de historiadora, sino de intérprete. ¡Dígame usted, flor de soberbia! Pero sucede que creo que todos, con dinero o con bolsillos escuálidos, con destino manifiesto u oculto, venimos para algo y somos signo y clave de algo. La cuestión es saber leer el revés de la trama. Porque ¿sabe? Si los muertos hablaran quizá en el mundo no habría tantísimo silencio.

M. E. de M.

## PRIMERA PARTE

# CAPÍTULO 1

## Un hombre mira la Pampa

Enrique IV nació con dos dientes, Mirabeau con dos muelas y el infante Melonville con toda la dentadura, razón por la cual el Rey Fernando VII, miren ustedes, le envió de regalo para su bautismo un juego de cubiertos completo y de oro.

Así recuerda el hombre que mira la Pampa: se lo contó su amigo, el Duque de Sesto, allá en París, en aquella época en que se codeaba con el poder. El Duque lanzaba carcajadas que llenaban sus ojos oscuros de puntitos claros y rodaban por el amplio salón del Palacio Basilewski, iluminado por la luz que brotaba, desde consolas y mesas, de gruesos candelabros de plata. Hasta el lánguido Alfonso, no hacía tanto Augusto Niño y ya Adolescente Príncipe heredero, a quien los enemigos llamaban el Chulín o el Puijmoltejo, y los suyos el Pretendiente, se plegaba al jolgorio y su rostro, tirando a lindo pero melancólico, parecía reanimarse con algo parecido a la alegría. Mientras tanto, la rolliza Isabel, envuelta en sedas y abanicos y mitones, siempre campechana, aprobaba la jarana, su gran culo borbónico desparramado en un sofá de caoba y algunas de sus palaciegas damas rodeándola como antes de ser destronada. Porque a la ex reina le gustaba ver contenta a su gente, pese al destierro que, por cierto, no era para nada llevadero. Así recuerda ahora el hombre con la mirada perdida en el horizonte sin fisuras, calmo bajo la luz dorada del mediodía y el leve soplo del viento sur que ha comenzado a levantarse.

Fernando VII era el abuelo de su joven y real amigo. Le apodaban el Narizota, y a sus espaldas cantaban:

Ese Narizota  
cara de pastel  
que a los liberales  
no nos puede ver.

Tararea la cancioncilla el hombre perdido en la contemplación de ese paisaje, redondel sin acabo, según le escuchó decir a un poeta, monótono y ajeno a señales urbanas, en tanto su ánimo divaga perdido en la ristra de recuerdos y el bochorno de la hora, cercana al mediodía, ya les dije. Qué tiempos. Y cuántas tramoyas. ¿Con esos hilos se hará la Historia?

El hombre viste como chacarero aunque para nada es chacarero. Debajo de su rústico ropaje puede presumirse al gentleman. Pero cualquiera podría preguntarse ¿qué puede estar haciendo, con su barba cuidada y caballeresca prestancia sentado allí, debajo de un viejo paraíso que parece defender la soledad de esa casa de paredes sin revocar y blancas de cal?

Por el momento, sólo recuerda. Sigue porfiando en aquel día de su llegada, unos años atrás cuando, al regreso de Europa, buscaba retomar el timón de negocios mal encarados. Las señales que había recibido eran alarmantes. No bien pisó tierra rioplatense, escuchó una copla que lo intrigó. Primero la oyó en el puerto, donde lo había ido a recibir su administrador, y después en la calle Florida, y después la leyó en Caras y Caretas:

Elévense hasta el cielo los hosannas  
y el órgano sus grandes armonías  
mezcle al himno triunfal de las campanas.  
Pues ya volvió, según las profecías,  
desde tierras lejanas, el Mesías.

¿A él se refería la coplilla? Acostumbrado como estaba a ser centro de noticias y novedades, ni tuvo tiempo de dudar, cuando la verdad se coló como rayito de sol entre visillos: no, no era por él que doblaban las campanas, sino por el doctor Carlos Pellegrini, ex presidente del país y hombre siempre sobre el tapete político. ¿Decepción número uno? Quizá.

De pronto, en el inmóvil horizonte, apenas si cortado por lejanas alambradas, el hombre ve perfilarse un jinete que primero es punto indeciso, y después sombra movediza, y luego esa cara flaca y cetrina que le grita desde la cercana tranquera:

-Buenas patrón... -mientras le pide la venia para pasar, y después para apearse, y enseguida le alarga un paquete en tanto le dice-: Los diarios, don.

Los diarios, único lazo que aún lo mantenía unido a lo demás, al mundo. Porque si a algunos los traga la muerte, y a otros el desierto o el monte, a él lo había engullido la Pampa.

De modo que el hombre abrió el paquete donde venían los periódicos de la semana (puesto que hasta ese rincón alejado ni en sueños llegaban diariamente), y estaba a punto de ponerse a leerlos con la indiferencia con que acataba, desde hacía algunos años, los vaivenes de la vida, cuando recapacitó, ileso su don de gente pese al primitivismo del entorno, que debía cumplimentarse al hombre que había andado kilómetros para servirlo.

-Luisa.

Llamó a fin de ordenar las atenciones correspondientes. A su llamado apareció una amable personita, momentáneamente cegada por el relumbrón solar, morocha su tez, percal floreado la blusa, sarga oscura el pollerón, aretes dorados en las orejas para ornar un rostro agraciado por dos estimulantes hoyuelos y una risa cascabelera que se adelantó al saludo y averiguó:

-¿Señor...?

Como "señor" lo seguía tratando aunque iban ya para tres los años en que compartía con ese hombre casa y cama: había llegado para servirle en la comida y la limpieza (como bonne de chambre, decía él, que todavía guardaba expresiones parisinas) pero terminó sirviéndolo en todo, no sé si me entienden. Porque su sangre seguía con ciertas exigencias, aunque ya había pasado aquel tiempo en que el cuerpo le pedía holganza, la costumbre, juergas, las diversiones, dinero. Sin duda él, que tanto había necesitado de mujeres, ya no soñaba ni con dormir con dos, como el corsario Cavendish, ni con múltiples y sucesivas, como en su época europea. Pero con una, sí. Pese a que era de fuerte personalidad, Luisa tuvo que aflojar: el forastero, aunque mayor y pobre, le interesaba bastante, sobre todo por las mentas que en el pago había desatado su aparición.

El empezó mirándola y ella devolviéndole la mirada y un día le dio un pellizco en el brazo y otro la retuvo por la cintura y una noche le dijo ve ni y la muchacha sin decir voy, fue, un puro hoyuelo querendón en su cara y mucho cascabeleo en su risa hasta cuando se quejó, ¡ay! Porque era virgen y esas cosas nunca las había pasado. La muchacha, que al comienzo, después de tanta mujer chic, le había parecido sólo pintoresca, le cayó de maravillas: como el puchero simplote sienta bien al estragado paladar.

De modo que en Luisa encontró paliativo, asentamiento y hasta placer. ¿Qué más?

-Atiende al don, mujer -le dijo entonces.

Vio cómo la muchacha invitaba a pasar al hombre, cómo le iba ofreciendo algo fresco, ¿un matecito tal vez?, en tanto él permanecía con el paquete de diarios que ya estaba deshaciendo, que ya comenzaba a leer, sin orden, entregado a los azares de la casualidad que le iban poniendo unos y otros delante de sus ojos oscuros, ahora con anteojos porque, como le gustaba decir, los años no vienen solos, sino acompañados de arrugas y de lentes.

En eso estaba cuando de pronto, en la serenidad de esa mañana de octubre, estalló en el aire su carcajada, tal vez portadora más de sorpresa que de alegría:

-¡Válgame Dios! ¡Esto sí que es una buena noticia! -dijo en voz alta mientras sus ojos devoraban la página del diario y volvía a reírse a más no poder, porque la novedad, aunque alarmante, de ningún modo lo desasosegaba, sino que le había causado esa gracia festejada con risotadas más bien extemporáneas que escucharon, sorprendidos, Luisa y el don portador del envoltorio. Curiosos por saber qué pasaba (porque la gente en general, y más en el campo, se sabe, quiere estar al tanto), ambos se acercaron mientras el hombre, rodeado de pampa y monotonía reflexionaba que, al fin y al cabo, la noticia le había levantado el ánimo. Resulta bueno saber que uno es todavía recordado después de casi diez años de silencio y apartamiento. Y de tantísimas muertes. Frente a su jocunda respuesta, la noticia leída perdía toda entidad, se reducía a una pura nadería, a una broma del azar. Relegado a este rincón, resurjo gracias a un error quizá nada divertido pero tampoco imperdonable, pensó, en tanto señalaba a los otros dos la página del diario entre manos, sin poder impedir, pese a sus ínfulas, un cierto movimiento recóndito de fugaz estremecimiento. Porque la noticia que acababa de leer y entonces estaban leyendo los convocados por su llamado, decía:

FABIÁN GÓMEZ YANCHORENA FALLECIÓ AYER  
En un departamento del Hospital Alemán,  
víctima de una penosa enfermedad que  
minaba desde hace tiempo su organismo...

Luego, en letras de molde, encontró, resumido, su personal historial, según el informado y quizá avieso saber del cronista. Y después, téngalo en cuenta, los ornatos que leyenda y vocinglería social acotan a las vidas ajenas. Y después... El resto es silencio, pensó, con Hamlet. Pero, curioso, retuvo la fecha: La Nación. 12 de octubre de 1897.

Después ordenó a la muchacha de los hoyuelos y el vestidito de percal:

-Luisa, por favor, busca una botella de ginebra. Se la das al don.

El don era el de a caballo portador de los diarios.

-Obsequio por la noticia que me ha traído -agregó.

El hombre montó en su pingo y se fue, contento, la botella en los brazos, un silbo entre los dientes, el caballo entre las piernas, el viento en los oídos. Luisa entró en la casa. El se quedó frente a la mañana y los recuerdos. Los primeros. Y atrás quedó el Duque de Sesto y la matronil Isabel II y su amigo el Augusto Adolescente y el Palacio Basilewski, entre la Avenida Kleber y la Rué Dumon d'Urville, en París.

-Pensar que yo, siempre propenso a la acción y la aventura, aunque nunca para ganarme el pan, ahora sólo puedo inclinarme a soñar despierto... lo que ya fue.

Entonces Fabián Gómez y Anchorena, Conde del Castaño, aunque siguió mirando la Pampa, atendió los reclamos que venían de más allá, de un pasado que comenzó a recomponer desde los pininos iniciales cuando, apenas adolescente, había ganado la calle, dejando atrás polleras de institutrices y levitas de profesores. Pero, sobre todo, las faldas de doña Estanislada, la abuela. La abuela que había hecho de mamá.

## CAPÍTULO 2

### Un cierto amor arrebatado

La temporada en el Teatro Colón se presentaba interesante ese año. De ultramar precedida por vistosa fama, había llegado cierta compañía italiana, con un barítono espléndido y una prima donna que, si no tenía la voz oportuna para convencer a los exquisitos, sí poseía atributos capaces de atraer la atención del público, especialmente la del masculino.

Debo decir que el Teatro Colón, centro de la vida social y cultural de la ciudad, válvula de escape para la chatura ciudadana, ocupaba el lugar donde había estado el Teatro Coliseo. Quedaba en pleno centro de la ciudad, frente a la Plaza 25 de Mayo, en un predio antiguamente denominado Hueco de la Animas, porque se decía que por allí trotaban difuntos no albergados en el camposanto. Algunos memoriosos todavía recordaban cómo el Coliseo se había lucido con un baile en honor de Manuelita, la

hija del Restaurador Rosas, poco antes de la batalla de Caseros, que terminó con ellos y con la ciudad colorada. Para el estreno del Colón, en 1857, había sido contratado nada menos que un tenor que paseó gordura, trinos y gloria por las cortes de París y San Petersburgo. Parece que hasta La Tribuna había enviado su salutación en versos de un inspirado poeta:

Hele, aquí está, entre la sombra oscura  
Magnífico y sublime se levanta,  
Un templo todo de delicia pura.

Por entonces se rumoreaba que el Teatro iba a cerrar sus puertas porque era chico, porque era sucio, porque tenía chinches, porque abundaban las pulgas, porque olía mal, porque allí se pensaba instalar el Banco Nacional. Y porque Buenos Aires merecía uno que compitiera con las grandes salas del mundo. Los habitúes protestaban, otro tanto hacían los artistas, y también los vagos que pedían limosnas y propinas los días de función. El Teatro seguía en pie y lleno de gente, como en esa noche del frío mes de junio de 1869.

El barítono en cuestión era un señor Segarra. La dama se llamaba Josefina Gavotti. Aunque no en edad juvenil, conservaba, según consenso unánime, curvilíneas formas y blonda cabellera, además de unos ojos azules que destellaban hasta provocar vahídos.

La prensa, para la que siempre "el público excepcionalmente entendido y de la alta sociedad" brillaba de acuerdo a los coches con que llegaban al teatro y a los trajes que lucían las damas, participaba de los espectáculos con notas que no dejaban de provocar comentarios, y en ocasiones, escándalos.

Hasta aquí la prensa. Pero dije que había algo más. Y ese "algo más" era la situación planteada entre la mentada prima donna y un joven de la más alta esfera social porteña. Mozo dado a los amigos y, entre otros entretenimientos, al arte, especialmente en su versión lírica, era habitué de los teatros, sobre todo de sus bastidores y camarinos, por donde pululaban las integrantes de las compañías extranjeras que, como se ha señalado, llegaban a Buenos Aires, para delicia de los amantes de la música, de la vida social y de los admiradores de las bellas divas arribadas de ultramar.

El mozo apenas si tenía diecinueve años, y aquella noche sería decisiva en su vida. En revuelo de color y oropeles vibraba la selecta concurrencia del Colón, y el coche que llevaba al mozo y a sus amigos traqueteaba por las piedras humedecidas de rocío de la ciudad. Todos marchaban arrebuados en sobretodos y bufandas, porque era invierno, porque hacía frío y era grande la expectativa: ¡una nueva compañía de ópera! ¡una desconocida prima donna! Con frío y todo, no les digo cómo la sangre se alborotaba en expectativas.

Aunque para los jóvenes la función incrementaba las posibilidades de aventuras, buscaron no llegar temprano: se estilaba hacerlo tarde. Además, tres horas de gorjeos era demasiado aguante para mozos que más que trinos buscaban aditamentos espúreos como las pantorrillas de las bailarinas o los senos de las divas vislumbrados entre deslizamientos de túnicas y centelleos de luces. Por cierto, se estaba poniendo de moda esa tardanza. Un periodista famoso, fray Mocho, con gracejo y sorna había hecho pública la consigna: este año va a seguir la moda tan cómoda y chic: no será elegante entrar al teatro sino en los entreactos. La sala es para los músicos y la gente para la cual el



espectáculo es una novedad... Hay que mostrarse un poco y estar para la salida ¿quién aguanta tres horas de función?

De manera que cuando los mozos llegaron, moderadamente agitados y un tanto impacientes, ya el telón se había levantado, ya los acordes inundaban el espacio, y el escenario espejaba la trágica convención del drama.

Apoyado en la baranda del más bien destartado palco, para estar más cómodo, el mozo paseó su vista, antes que nada, por la silenciosa sala, luego la detuvo en el escenario brillante bajo las luces de las candilejas, fue recorriendo el ficticio espacio donde los actores representaban lo suyo, su mirada pasó de un aguerrido actor a una damisela casi infantil, y después a un criado enclenque, y después... Y después su mirada dejó de revolotear. Porque la vio. Vio la opulenta rubia, escuchó sus gorgoritos (escuchar es un decir, porque sólo miraba), asistió al desplazamiento escénico de la imponente figura cubierta de sedas y joyas. Y ya no fue dueño de sus ojos ni de su respiración, ni de sus sentidos, porque todos habían quedado enajenados ante semejante preciosura. Tierra trágame, dijo el mozo, gallito que inauguraba sus espolones, ante esa mujer capaz de conmover a muchos, la Josefina Gavotti de fama internacional. El muchacho perdió noción de todo lo que sucedía alrededor.

La obra no resultó un portento, pero alcanzó cierto mérito indudable: se alargó lo suficiente como para que el jovencito que estaba saliendo de ese cascarón a que su abuela Estanislada lo había confinado se convenciera de que esa vez estaba absolutamente enamorado.

Un amigo, a quien confesó su gran admiración por las dotes de la diva, le comentó:

-Por Dios, Fabián: un cantante magnífico, en el que no has reparado es don Honorato. Seguro que es un castrati, porque es napolitano y esa voz...

-Por favor, déjame de castrati: prefiero a las divas. Para capones, sólo asados.

El amor cuando llega es incendio, esplendor, burbujeo, arrebató de los ojos y del alma, titubeo de manos y temblequeo de vísceras; es anonadamiento y pena, alegría y esperanza, infierno y cielo, caos y ordenamiento. Eso es el amor. Pero si arriba en el tramo inicial de la vida, cuando la criatura inaugura en sí las experiencias de la especie, el amor es más. ¿Saben qué es? Se los digo: es un tornado. Quiero decir: una fuerza centrípeta, un tirabuzón, una orgía de elementos que arrasan y demuelen y contra la que usted nada puede.

Pues bien: el mozo de diecinueve años se había enamorado.

El mozo se llamaba Fabián.

Fabián Gómez y Anchorena, nuestro héroe.

Debe decirse que Fabián pertenecía a uno de los clanes más prestigiosos de la ciudad, aquellos nucleados sobre los sólidos fundamentos domésticos de hogares a los que había cantado Echeverría, el vate romántico.

El hogar de la familia  
es el santuario bendito  
donde la esposa de bien  
fecunda el germen divino  
donde la paz y la dicha  
tienen perdurable asilo  
y el amor y la esperanza

su terrenal atavío.

Fabián había sido criado y educado por su abuela materna porque sus padres habían muerto muy jóvenes. A saber: la madre, hermosa muchacha de la aristocracia rioplatense, Mercedes Anchorena, fue alcanzada por la Parca (en palabras de la necrológica social), cuando su hijito apenas daba los primeros pininos. El padre, Fabián Gómez y Castaño, conspicuo de fortuna y de bien, de linaje santiagueño y sólida fortuna, por adverso destino que quiso al niño huérfano desde el vamos, siguió los pasos de su mujer apenas tres años después. De modo que, infante aún, Fabián supo del dolor de la pérdida y del buen azar de ser heredero de incommensurable fortuna. El niño de oro, lo llamaron desde entonces. Miren ustedes. Se hizo cargo de su crianza, según se ha dicho, la abuela materna, Estanislada Arana de Anchorena, matrona de fe incommovible, piedad notable, fortuna inmensa, linajudo historial doméstico. Aunque ella, con sensatez, les decía a sus hijos:

-No me vengan a hablar de aristocracia argentina. Las mejores familias, entre las que incluyo a la nuestra, por cierto, provienen de comerciantes y aventureros españoles y alguno que otro francés o inglés. Descendemos de abuelos y bisabuelos que vinieron a trabajar, y como les fue bien, aunque no siempre se hicieron la América, según se acostumbra decir, compraron campos y haciendas y construyeron grandes casas y tuvieron muchos hijos. Por eso se quedaron y defendieron estas tierras. Por eso todos tienen olor a bosta. Después fueron generales en los ejércitos de la patria y después ministros en los gobiernos de la Nación. Uno de los Anchorena fue Ministro de Rosas, y otro...

¿Quién detenía a la abuela Estanislada cuando comenzaba? Nadie la paraba: los nuestros mucho tuvieron que ver con la marcha del país y con el coraje de los hombres que hicieron la Nación. Los nuestros cuidaron el prestigio de esa ancha casa que es la patria (aunque, en verdad, más habían cuidado la propia casa). Años de prolijas testamentarías, multiplicadas hijuelas, herencias a granel, casamientos ínter pares (entiéndase: parientes), nepotismo corrido, lucieron al clan propietario dicampos y casas y bienes fantásticos. "Ser rico como un Anchorena" era no poner límites a una fortuna.

En los corrillos domésticos asiduamente se recordaba, para enseñanza de las nuevas generaciones y gloria del apellido, lo acontecido con cierto coronel, herido de gravedad en la cabeza en una de esas batallas donde se jugaba más que la propia vida, la de la patria. El hombre, proclive a la apelación heroica, se había puesto en la línea de fuego. Y así le fue: un pistoletazo le rebanó un cuarto de cráneo, de modo tal que el capellán, que no era manosanta pero sí bastante audaz, a fin de salvarlo imaginó un expediente decisivo: cubrió el buraco del cráneo con un mate. Nada farolero, el Anchorena de marras decía "como mate, tengo dos". Murió de viejo y con el mentado mate puesto. Y con el mate puesto lo ubicaron en la bóveda. Y allí está. Que desde el vamos fueron los Anchorena amigos de perpetuar blasones y honrar difuntos. Se los digo desde ya.

Por cierto, había otros relatos domésticos sabrosos, aunque algunos más bien eran repetidos por lenguaraces ajenos al clan. Por ejemplo, el de aquel antepasado que si por sus estancias -que eran muchas y extensísimas- tropezaba con algún cuatrero -y, de hecho, encontró docenas-, en lugar de entregarlo a las fuerzas del orden lo encerraba en el galpón para con sus propias manos estamparle en el culo la marca del establecimiento. Dicen que llegó a tener numerosa "tropilla" así identificada.

Pero, volviendo al teatro Colón, Josefina Gavotti, la aparatosa diva, era dueña de una voz poco potable. ¿Podía a Fabián, bastante duro de oídos, interesarle la voz? Otras cosas solicitaban su atención: los ojos de Josefina, que eran azules, y su piel, de seda, y su pechugona estampa y la miel de su sonrisa. Tenía aires de gran dama aprendidos en los escenarios, ya que no en su casa: era hija de unos viñateros genoveses. Y si no era bella, sabía aparentarlo con el recurso de afeites y sonrisas y meneos que hacían lo demás. La crueldad del sol y la intemperie no habían tocado su piel, porque vivía de noche, ajena a los dardos de la luz diurna. Pero otra crueldad la acechaba: la de los años. Con múltiples embelecó supo atrapar al casi veinteañero Fabián, débil de carne, airoso de espíritu, arrebatado de pasión. ¿Quién podría resistir? ¿Acaso Fabián Gómez y Anchorena era Ulises para atarse al palo mayor de su barca y taparse los oídos a fin de no escuchar el canto de tan rotunda sirena? No, por cierto.

Verla una noche desde su palco *avant scène* significó tocar el cielo. Llegar a su camerino sería irrumpir en el paraíso. Pero ¿cómo hacerlo? ¿Cómo conseguir lo que muchos estaban dispuestos a intentar? ¿Cómo salir ganancioso cuando la competencia era tanta?

Fabián encontró un atajo. El atajo se lo ofreció el destino. Pero él encontró su destino por madrugador.

Me explico. La noche del *coup de foudre*, Fabián nada pudo hacer: eran tantos los caballeros encolumnados para el asedio que él y los suyos abandonaron la partida y se fueron a cierto lugar menos estrepitoso pero más accesible. Allí Fifi, Pepa y Tuchú los entretuvieron hasta promediada la noche. Ya en su casa, vanamente Fabián llamó a Morfeo e imploró a los dioses. El recuerdo de la Gavotti trepaba por su cuerpo, al que en vano habían estado mimando Fifi, Pepa y Tuchú, y le impedía dormir. Juan, su criado, le preparó un tecito de anís estrellado, le calentó la cama, le alcanzó una bolsa de agua caliente. Nada. Temprano, como el sueño seguía brillando por su ausencia, Fabián se levantó. Sin recurrir a los servicios de Juan, como era usual, buscó el diario, se arropó junto al brasero y se puso a leerlo. Era El Nacional. El Nacional de dos días después del debut, que precisamente había coincidido con los festejos de la fecha patria. Fabián comenzó a hojearlo. Fabián leyó la nota de cierto periodista sumamente enfadado con los aplausos dedicados a la Gavotti y retaceados al barítono Segarra. La mentada nota, sin lugar a dudas obra de un melómano exagerado, decía:

El público que asiste al Colón es injusto con el señor Segarra y demasiado benévolo con otros artistas. Anoche Segarra ha cantado el "Roberto" como nunca lo ha hecho. En los mejores teatros europeos este excelente barítono hubiera obtenido el aplauso entusiasta del público y, sin embargo, los hábitos del Colón apenas le hicieron algunas manifestaciones. Quede sentado que Segarra merece más aplausos. Esperamos que en adelante el público se aperciba de su injusticia y en vez de aplaudir a la Gavotti golpee las manos con más justicia a favor de Segarra.

Fabián se enfadó sobremanera. Fabián mandó tarjeta y guante al atrevido periodista que así osaba desprestigiar a la Gavotti.

Fabián lo desafió a un duelo.

Se encontrarían en los bosques de Palermo.

Mucho antes del alba, llegó con sus testigos y arrojo. Pero no había arribado el periodista

desafiado cuando, con muy malos modales irrumpió la policía.

El joven era menor de edad. Fue arrestado.

El duelo que no había sido ocupó páginas de los diarios y horas de corrillos sociales.

Llegó al Teatro Colón. Llegó al camerino de la Gavotti.

Nido de cojines rosa y malva, el tal camerino fue ámbito apropiado para una apasionada declaración amorosa que sin duda conmovió a la cantante, a quien había estremecido la noticia del frustrado duelo. Pero es presumible que más la emocionaran los multiplicados obsequios que le fueron llegando los días previos a la entrevista, como preámbulo amatorio y quizá decididamente erótico.

Estos presentes para nada eran "moco de pavo", según decían los amigos de Fabián, porque, créanme, un hombre enamorado hace cualquier cosa: adiós sensatez, adiós familia, adiós equilibrio.

Los regalos eran exquisiteces de las cuales lo proveía el Bazar de moda en Buenos Aires en esos momentos, el del señor Periséé. Guantes de cabritilla, plumas exóticas, abanicos fascinantes, perfumes subyugantes, medias finísimas de seda, todos artículos traídos directamente de París a su negocio. Que las damas de la aristocracia rioplatense arrebatában en un santiamén. Y que el astuto comerciante renovaba al menos tres veces al año.

Ahora bien: como todo seguía un trámite lento porque la dama estaba más bien indecisa, el joven optó por aumentar el peso y la calidad de sus ofrendas. Una noche, según acostumbraba, la diva salió de su camerino, cruzó pasillos, abandonó el teatro, llegó a la calle. Pero, a diferencia de otras noches, en la calle, gentilísimo, la detuvo la voz de un uniformado cochero que, en su propio idioma itálico -detalle exquisito-, la interpelaba:

-Signorina, prego... -mientras la mano enguantada le señalaba la portezuela abierta de un soberbio lando, doradas sus ruedas, negro el capó, brillantes los caballos.

En el interior del coche podía advertirse tapizado rojo, relucientes bronces y graciosos cojines, sobre uno de los cuales invitaba a su lectura una esquila del joven donante. La mujer la leyó. Y así se enteró de aquello que ya sospechaba: el lando era un regalo. De Fabián. Debilitadas sus defensas, halagada su vanidad, la dama subió al carruaje, que ya era suyo, con unos cuantos ¡ah! ¡ah!

Pero no paró allí el impulso de Fabián, sino que aceleró los trámites. Hasta el local que en la calle Florida tenía el señor Periséé se acercó un día.

-¿Cuál es la joya más cara y hermosa que tiene usted en estos momentos? -preguntó, en tanto encendía, displicente, un cigarro, y miraba con ojos de entendedor los primores amontonados en las vitrinas tras las guardianas rejas.

-Esta, señor -dijo el dueño, feo de cara, moreno de tez, de elegante presencia y finos modales. La fama del señor Periséé estaba cimentada en hablar como un doctor y vender como un comerciante. Pero ese día estuvo parco. Sencillamente le acercó un collar de perlas que, recostado sobre el lecho del precioso estuche, deslumbraba con la doble hilera de su pacífico esplendor.

-Directamente de la Casa Soufflot fus et Robert, de París -informó muy atentamente y con aire entre caballeresco y servil. Ante un Anchorena, por más joven que fuera, monsieur Periséé se sentía en inferioridad de condiciones. Las perlas eran deslumbrantes, se ha dicho. A Fabián lo deslumbraron. Su mano las recorrió lentamente y una suavidad balsámica se transmitió a su piel desde la tersa superficie ambarina.

-Lo llevo.

Ya envuelto primorosamente el collar, preguntó el precio. El precio era una barbaridad. Sin

pestañear, Fabián pagó la barbaridad. Lo envió a la cantante de sus sueños con una esquelita: "Que este collar le diga cuánto la adoro".

Y fue como si por fin el collar -o la dupla del collar y el coche- resultara el lazo corredizo que por fin lograba ceñir el cuello (poco grácil, en verdad) de la diva. Comenzó, entonces, la intimidad.

Por cierto, tan insensatas prodigalidades obradas en beneficio de Josefina Gavotti, llegaron a oídos de doña Estanislada, que no tardó en poner el grito en el cielo. No podía con su rabia. Pero acomodó paños fríos en su cabeza y, con la prudencia que prestan los años, buscó por todos los medios anular los ímpetus impresos por la juventud ardorosa de su nieto. Cómo un Anchorena iba a casarse con una cómica sin ningún lustre, cuyos antepasados, sin duda, habían pisado las uvas de viñedos ajenos. Cómo un joven de aristocrática estirpe descendería a una vulgar damisela, para colmo vieja y mala actriz. Tanta educación tirada por la ventana, mejor dicho, a los brazos de una cómica. Eso sí que era darle margaritas a los cerdos... A una actriz se la lleva a la cama, no al altar, decía, olvidándose de los preceptos de la Iglesia, de la cual era tan devota. Y se ponía paños con vinagre en las sienes y las cuentas del rosario en las manos.

Pero la abuela no conseguía nada.

Debo decir que, además de sus carnales encantos, la Gavotti tenía la habilidad de ofrecer, labia mediante, el fascinante panorama de los lugares conocidos a través de sus giras artísticas. Ciudades tan distantes como Viena o Londres, cuando no exóticas como Budapest -que en verdad son dos ciudades, Buda y otra Pest, decía la dama, para quien el doblete resultaba incomprensible- o Praga, o Constantinopla, eran desplegadas por su vistosa verba frente a los ojos (a los oídos) de Fabián. Y quedaba embobado, niño apenas salido de la adolescencia y educado en una cerrada familia patricia, que parecía negada a los atractivos de la novedad y vivía sin más horizontes que los ciudadanos (que en realidad eran sólo de la Gran Aldea), o el paisaje rural de sus innumerables estancias.

Pero había más: la diva le había abierto su corazón a Fabián. Y el suyo era un corazón sumamente dolorido.

Los hombres- le confesaba habían abusado no solo de su belleza, sino también de su bondad. Nunca había tenido el hombro de un amigo en quien confiar, jamás el pecho de un hermano en el cual descansar. En ella todos sólo veían a la cantante que podía hacer redituable un negocio, o a la hembra, objeto de placer. Sólo interés descubría a su alrededor. A esa altura de su vida ¿en quién podía confiar? En nadie.

-Confía en mí -le dijo Fabián, pobre Fabiancito, inflamado el pecho, ardientes las mejillas, temblequeantes las piernas, arrebatado el corazón, decidido a no defraudarla.

Había caído como un chorlito.

No bien los hábitos del teatro pispearon la relación entre ambos, se hizo notorio que, si todos iban a escuchar la ópera de turno, muchos se la pasaban mirando el palco de Fabián. Y al día siguiente más se hablaba de la diva y del nieto de doña Estanislada Anchorena que de Lucía de Lammermoor o del Barbero de Sevilla.

Los de afuera, en tanto, veían la situación desde otra perspectiva. Se rumoreaba que la diva, ducha en artes amatorias, se hacía la difícil ex profeso, manteniendo la relación en sostenido ritmo de tira y afloja. La cosa no era imposible y hasta podía ser probable. Pero ¿qué quería la señora? La señora simplemente quería casamiento. Los mal pensados suponían que, entrenada en estrategias seductoras, pero a cuyo rostro casi estaban alcanzando señales de una irrefrenable madurez, había

echado sus cálculos. Además del beneplácito que una pasión desmesurada le causaba, ¿no podría ser tal pasión motor suficiente para conseguir aquello que hasta entonces no había logrado? Quiero decir, entiéndanlo: conseguir afianzar su porvenir.

Un día en que la acompañaba en su coche, a la salida del teatro, Fabián la retuvo un momento entre sus brazos:

-¿Por dónde deberé pasar para poder llegar hasta su cama? -le preguntó con la voz rota por las ganas que le provocaban un ardor agudo en no sabía qué víscera.

-Por la Iglesia, bambino. Soy católica -le contestó, pura miel su voz y plácido cielo su mirada azul.

Fabián entendió de qué lado soplaba el viento. Aunque se dijo: seré apurado pero no sonso.

Con todo, la Gavotti se empeñó. La Gavotti lo convenció.

A quien ni la Gavotti, ni Fabián pudieron convencer, fue a la señora Estanislada.

L'amore ha un certo che  
che delirar mi fa.

La abuela lo sabía. Por eso la estaba pasando de todos los colores. Daba rodeos sin adelantar camino. Llamó a los amigos de su nieto para buscar el apoyo de quienes acompañaban las correrías promovidas por su ingenio adolescente. Acudió a sus propios hijos, tíos en busca de apoyo. Nada. Doña Estanislada no conseguía nada. Por fin, un día decidió ir a ver a la Gavotti mediante trámite personal. Salió al encuentro de esa disparatada pasión, como más de un heroico antepasado había marchado a la cita con la batalla y las balas, o como su hermano Arana a las discusiones en las legaciones extranjeras donde defendía los derechos del país.

Acostumbrada a no poner mucha distancia temporal entre lo que pensaba y lo que hacía, un cercano atardecer, a la hora en que, de acuerdo a sus informes, la Gavotti ya estaría preparándose para la función, acompañada por su criada de confianza y su viejo cochero, se presentó en el teatro. Le causó resquemor entrar por la puerta de acceso de los artistas cuando, usualmente en las noches de abono, usaba el portal principal. Pero era conveniente que así fuera y doña Estanislada superó su desánimo y tal vez su asco frente a la estrechez de los pasillos, la suciedad de los rincones, las manchas de escupitajos, la ambigüedad de algunos espacios. Llegó, por fin, ante la Gavotti.

No se había hecho anunciar. Pero estaba decidida a ser recibida. Años, experiencia, linaje y... arrugas la respaldaban. Su imponente figura y prestancia, los sobornos eficazmente distribuidos con anterioridad y la decisión con que se manejó anularon cualquier exabrupto de la diva. Si hubiera sido madrileña, Josefina Gavotti hubiera dicho "apaga y vamonos" en cuanto la vio llegar. Como era italiana, apenas si murmuró, ante la matronil invasión: Oh, Dio mió.

Por si cabía alguna duda acerca de la identidad de quien así irrumpía en su camerino, doña Estanislada entró como un ventarrón, se plantó firme como un árbol centenario en medio de la pampa y, sin sonreír ni extender la mano, pero impartiendo rotundos golpes de cabeza al vacío para confirmar sus palabras, decididamente anunció:

-Soy la abuela de Fabián Gómez y Anchorena, hija, y vengo a decirle que es necesario que concluya esta relación disparatada que mantiene con mi nieto.

Si el tono fue feroz, no les digo la mirada.

La diva, sorprendida en su nido rosa y malva, si se hubiera dejado llevar por la sorpresa ante tan

temeraria irrupción, habría dicho ¡oh! ¡oh! Pero, apenas repuesta, saludó educadamente:

-Madame... -y quiso demostrar sus buenos modales-Buona sera, si acomodi Madame.

Atrapada en un instante en que se encontraba sin mayores afeites y, por lo tanto, lejos de su reaseguro, trastabilló. Pero debió ponerse de pie por educación y estrategia: la visitante era alta y robusta, no había querido tomar asiento y la diva, acurrucada en su sillón, quedaba en inferioridad de condiciones.

De pie, entonces, ambas señoras permanecieron durante el breve y tormentoso coloquio.

¿Qué se dijeron ambas mujeres?

Sin duda muchas cosas, pero todo permanece en el difícil juego de las conjeturas. La diva, aunque sin el consuelo de la inocencia, defendió los fueros de su pasión; la abuela los beneficios de la familia que resguardaban al adolescente, mientras se decía para sí: vaya vaya, que la belleza de esta mujerzuela no es para tanto. La diva recurrió a la pureza de sus intenciones; la abuela, subrayó el disparate de edades tan contrastantes. La diva, sus propósitos de hacer feliz al mozo, porque sólo el amor puede espantar la tristeza de la criatura humana; la abuela, que sólo en una pareja bien constituida puede lograrse la felicidad; la diva, que el amor todo lo puede; la abuela, que sólo la bendición de Dios da lo que nos corresponde.

Cansada, cuando doña Estanislada apenas si promediaba en sus argumentos, la Gavotti, viendo cerrado todo camino de avenencia entre ambas, extrajo una muletilla y de allí no se salió:

-Ma io lo voglio tanto bene, signara! Tanto bene! Tanto bene...!

Repitió la frasecita una y otra vez, mientras su abanico buscaba aventar la calidez del ambiente y esparcir aroma más potable que el de tanto encierro, sus ojos intentaban desesperadamente alguna lágrima para conmovier -¡inútil tentativa!- a semejante matrona.

Una sola cosa temió escuchar la Gavotti: que la señora desheredara al nieto. Porque sin la llave del tesoro, ¿para qué lo quería a Fabián? Pero eso era con lo único que Estanislada no podía presionar a la diva: Fabián tenía sus propios bienes por herencia de los padres.

36

De manera que todo quedó en ma io lo voglio tanto bene, signara. Con tan espantosa apelación dicha en voz de tiple, la diva fijó definitivamente su posición y doña Estanislada abandonó el teatro, ya que no la lucha. Y cayó el telón.

Doña Estanislada dio un portazo y un suspiro, salió a la calle, sin fisura su entereza anímica, arrebujada en mantones y mitones, pisó una acera tapizada con las hojas de paraísos que el crudo invierno había aventado y subió a su trajinado coche, el mismo que la trasladaba a sus estancias pampeanas en el verano y a sus correrías benéficas por la ciudad durante todas las estaciones. Asentó sus posaderas, junto a la criada, en los hundidos cojines, resoplando: la indignación explotaba en su pecho y se expresó en un bufido:

-No hay caso: estas mujerzuelas son para la cama pero no para el casamiento -dictaminó.

Como un eco, la vieja criada murmuró:

-Pobre el niño Fabiancito, en qué manos ha caído.

Y fue como si hubiera dicho: mire la bruja que me lo vino a atrapar.,

-Dios nos libre -musitaron ambas.

Pero sobre el silencio que iniciaba la noche, comenzó a cabalgar el vuelo de las campanas llamando al Ángelus.

Todavía enredada en su rabia, doña Estanislada ordenó:

-Muchacha, es la hora del rosario.

Y empezaron a rezarlo mientras el coche traqueteaba por las desniveladas calles de la Gran Aldea.

## CAPÍTULO 3

### Casamiento contra viento y marea

Fabián sabía que la abuela lo vigilaba, razón por la cual extremó sus precauciones. Sabía también que la abuela permitía que los hijos hablaran, que los primos sugirieran, que él mismo exigiera, mientras ella seguía callada, impenetrable, hasta hacer aquello que se le daba por hacer. Entonces, cuidado.

En la calle, Fabián escuchaba pasos que eran eco de los suyos; en los teatros, ojos que no abandonaban ni su nuca ni sus movimientos; en los lugares de juego a los que se estaba volviendo asiduo, siempre encontraba alguien buscando su intimidad como él perseguía la de los naipes. Un incordio. Que me haya puesto esos putos espías me indigna, se decía y les decía a sus amigos. Ya no era el sabueso Wox que lo perseguía, sino los de la abuela Estanislada que lo cercaban, puta carajo.

Son fantasías tuyas, sugería Josefina Gavotti, otorgando a su enamorado relativa credibilidad. Cuando la visitó doña Estanislada, creyó eso y mucho más: la abuela era capaz de cualquier cosa. Pero se cuidó de comentárselo a su joven galán.

El asunto del espionaje se lo confirmó Ramón, su asistente. Ramón le dijo que la señora decía que al joven había que seguirle los pasos de cerca, porque era capaz de cometer una locura, con ese metejón que tenía por la actriz. La señora, doña Estanislada, no se lo dijo a él, sino a su doncella y la doncella lo contó una noche, en la cocina, cuando con algunas copas de más hacían la digestión del locro y el vinillo vertido en ronda de criados.

El, Fabián, le contestó a Ramón que esos pequeños artilugios de su abuela, como el hacerlo espiar, no llegaban a deshonrarla, puesto que su abuela, una gran dama a la cual él quería y debía mucho, en ese asunto de Josefina se había empecinado sin razón, porque él, Ramón, que la conocía a la señora Josefina, se habría dado cuenta de que era una buena artista y una buena mujer. Pero, desde la larga distancia de sus muchos años ¿qué podía entender la abuela del amor?

La abuela dale con los prestigios del apellido. En la historia del país siempre había un Anchorena de moda, como si se fueran turnando. La cuestión era que siempre estuviera uno en el escenario, decía, y decía también que entonces era él, Fabián, el representante de ese grupo familiar, entroncado con el país desde el vamos, es decir, desde que el país comenzó a hacerse. Que si bien por los Gómez y Arana estaba emparentado con familia de abolengo, los Anchorena no se quedaban atrás, porque habían estado en la Colonia, y estuvieron en el Consulado, y en el Cabildo le decía una y otra vez la abuela Estanislada, golpeteando con su mano blanca y regordeta la mesa, o el piano, o el sofá, según el lugar en que se encontrara ella, para impartirle la enseñanza genealógica. Y entre toc-toc proseguía: los Anchorena estuvieron cuando mayo, y en los ejércitos que fueron al norte, y en el que cruzó los Andes, y en el Congreso de Tucumán estuvieron, cuando se declaró la Independencia, y también en el Directorio y, por cierto, en tiempos de Rosas. Y no haciendo número o bulto, nomás, como tantos, sino apoyando las buenas causas.



-Y después de Rosas, cuando el hombre cayó porque se le había ido la mano, también con Urquiza hubo Anchorenas, apuntalándolo porque ¿qué hubiera podido hacer un hombre de provincias, mero entrerriano, entre tantos porteños levantiscos, si alguien no le manejaba las cosas? Y cuando Urquiza hizo rancho aparte con la Confederación, en Buenos Aires quedaron Anchorenas para arreglar semejante lío, imagináte, mijito, el país dividido en dos, partido por el medio como una telera de pan. O como un queso. Y también con lo mejor de la sociedad en esos momentos estuvieron. Los Anchorena, digo, decía la abuela Estanislada: estuvieron en todo y siempre del buen lado. Y seguía platicando sobre la revolución que fue un sueño eterno y sobre héroes y tumbas y sobre el sueño de los héroes y esas cosas que la entusiasmaban.

Pero la abuela no conseguía mayor resultado alentador con toda su prédica, por más que ésta se asemejara a un curso intensivo de historia nacional. Fabián ya tenía su propia composición de lugar. Fabián pensaba: la abuela dale que dale con esas glorias domésticas. Pero bien que oculta otras cosas: no hay que sacar los trapitos sucios al sol, dice. Por ejemplo, cuando en la sociedad se corrió aquello del tío Bernabé, podrido en plata, como decía la gente, a quien un pobre a la salida del teatro le pidió una limosna. ¿Qué le contestó el tío Bernabé? Pues le contestó anda a comer pasto. Y no una vez contestó así, sino varias y a varios. Por eso a su muerte, contaba todo el mundo (menos la abuela Estanislada), y lo contaban muertos de risa, complacidos a más no poder, los pobres de la ciudad arrojaron fardos de pasto al paso de su cortejo que, por cierto, era lujoso, lujoso... como cuadraba al de un Anchorena. Pero frente a semejante tacaño, ¿acaso no hubo otro, tan prepotentemente exagerado en su ostentación, que propuso empedrar las calles frente a su casa con onzas de oro en vez de adoquines? Que la abuela no le dijera a él, a Fabián, que ésas eran exageraciones, porque él lo había visto en una caricatura de El Mosquito, la revista que le prestó un amigo. Y fue inútil que la abuela se la quitara y la hiciera desaparecer, porque Ramón le había conseguido otra, que tenía bien guardada. Este es mi registro personal de la familia, se decía: archivar no la cara sino el culo de la familia.

-Y te digo que el culo de la familia es más divertido.

-¿Te acordás, Ramón?

-¿De qué, niño?

-No, nada...

No valía la pena dar vueltas como una noria en tales recuerdos, decidido como estaba a tomarse la revancha. Porque a veces sospechaba que simplemente estaba en eso, en el desquite de tanto aburrimiento y oropel. Y, aunque creía estar muy enamorado de Josefina, con pasión de neto cuño romántico, como decía su amigo Felipe Heyres, que era poeta además de ser oriental, quizá no fuera para tanto, y al fin de cuentas hubiera alguna pizca de tozudez, de querer demostrar que hay Anchorenas... y Anchorenas. Y él es Gómez y Anchorena ¿no?

Pero igual ¡qué ocurrencia oponerte a la abuela!

La mañana se anunciaba nublada y fría. Era bastante temprano aún y ambos, Fabián y Ramón, estaban entregados a ese ritual del acicalamiento.

-Con mucho esmero, Ramón.

-Sí niño.

-Porque se trata de una mañana muy especial.

-Sí, niño.

Linda la cara de Fabián. Pero en los últimos tiempos bastante pálida, dadas las costumbres noctámbulas que había ido adquiriendo con denodada aplicación. Esa mañana lo estaba aún más, porque el paso que daba era trascendental y bien consciente que estaba. Le iba a hacer una trastada a la abuela Estanislada, a la mujer que había hecho de madre suya.

La palidez de Fabián contrastaba con sus ojos negros, de mirada intensa, y con el pelo oscuro y desordenadamente enrulado que, bajo la destreza de Ramón, iba adquiriendo la necesaria pulcritud. Con todo, pese a sus pocos años, en su semblante había como una leve fatiga, un incierto reclamo nostálgico que, de veras, amenguaba la vitalidad que habitualmente desparramaban sus ojos.

El niño está nervioso, pero lo disimula porque supone que es una deshonra sentirse así, piensa Ramón. Pero es mal disimulador este disimulador, se dice, pues en situación como ésta que está viviendo, no deja de ser absolutamente previsible que uno se muera de nervios.

Desde varios días atrás Fabián no hacía más que hablarle de la Gavotti. A tal punto y con tan abundancia que en una ocasión llegó al disparate. Ramón le había preguntado:

-¿Qué hora es, niño?

-La Gavotti menos cuarto -fue la respuesta. Con su amigo Heyres también habían tenido muchas conversaciones y algunos conciliábulos.

-Felipe, la amo locamente.

-Fabián, no te confundas, es simplemente calentura.

-Tal vez. Pero ¿qué hago?

-Acuéstate con ella.

-No quiere. Es católica.

-Entonces cástate con ella. Aunque sea de mentirillas.

-¿Te parece?

-Me parece.

A los pocos días, durante una comida y en broma, le puso a la diva una alianza hecha con un papel dorado.

-Hasta que esté lista la verdadera, mi amor.

Y fue ahí donde surgió la idea.

Ramón y Fabián estaban en las habitaciones del fondo del holgado caserón de la calle Reconquista, tradicionalmente ocupadas por los hijos mayores de doña Estanislada. Por suerte, desde que el tío Juan se casó y se fue a vivir a la estancia, pasaron a ser de Fabián. Allí tenía mayor libertad porque podía salir, desde los fondos del solar, a la calle 25 de Mayo, por el lado de las cocheras. Y de esa situación oportuna, vía de escape libre, imagínense, Fabián pensaba usufructuar en esa mañana tempranera y helada, bajo el cielo que pintaba nublado.

El tío Juan, a cuyos oídos habían llegado ciertos comentarios, lo había tanteado:

-Quiero pensar que los rumores que andan de aquí para allá por todo Buenos Aires son sólo rumores.

-Son más que rumores, tío Juan.

Y se estaban haciendo realidad.

-Dame una copa de jerez, Ramón -pidió Fabián, mientras terminaba su arreglo.

Y Ramón, cuarenta y cinco años de edad, treinta al servicio de la casa, diez al del niño Fabián, la

cara oscura y angulosa, el pelo tirando a gris, la musculatura escasa, la simpatía oportuna, se atrevió:

-Pero niño, es muy temprano...

En la distraída y monótona vida de Ramón, Fabián era un faro luminoso. En él, y como por procuración, vivía las aventuras que siempre estuvieron lejos de su destino: mujeres, juego, fiestas, alcohol, dinero.

-Sí, pero también es una mañana muy especial, Ramón, no te olvides -le dijo, y con ese airecito seductor que desde niño había aprendido a usar con él y con todos, reiteró, palmeándolo con afecto-. Por favor, Ramón, un día muy especial. Y en circunstancias especialísimas.

-Sí -musitó Ramón, obedeció, mientras para adentro recapacitaba: Dios mío, cuando doña Estanislada se entere, flor de soponcio va a tener, y ni quiero pensar por dónde puede explotar todo.

Porque, vaya si Ramón conocía el carácter de la patrona y qué estaba a punto de suceder en esa mañana fría de agosto de 1869.

¿Qué iba a suceder? Pues nada menos que el casamiento del niño con Josefina Gavotti. Créanme: la vida tiene cada cosa.

En tanto Fabián, mientras bebía su jerez, no pudo menos que pensar en la noche anterior.

-Josefina, ¿ha habido muchos hombres en tu vida?

-Mi amor, créeme: mi corazón ha latido apresuradamente en algunas ocasiones. Sabes, una mujer como yo es siempre muy solicitada. Pero, te lo juro, como si te hubiera estado esperando, sigo siendo la señorita Gavotti.

Con ese dulce recuerdo, Fabián se subió el cuello de la capa y salió a la calle, al frío, al amor. Abuela Estanislada, adieu, adieu.

Ramón lo siguió, primero hacia el perchero para entregarle el sombrero, después hacia la puerta para decirle adiós. Después tuvo que volverse porque empezaba a pucherear.

Daban las ocho de la mañana cuando ambos salieron por la cochera. Disimuladamente, como parten los ladrones y los espías a cometer sus hazañas. La abuela Estanislada había ido a misa temprano, según acostumbraba, y en esos momentos estaba desayunando. Suponía que su nieto permanecería aún durmiendo, por lo cual era temprano para desplegar su doméstica legión de espiones.

Suponía mal. Su nieto tomaba las de Villadiego junto a dos fortachones contratados ex profeso que lo aguardaban en la puerta de la cochera para iniciar con él una caminata que sería breve, apenas a unas cuadras de distancia, por Reconquista. Ramón permanecería de guardia: él no estaba enterado absolutamente de nada.

-¿Convenido?

-Convenido.

Rompiendo todo protocolo, Ramón abrazó al niño. Tenía los ojos húmedos.

Los demás lo aguardaban en la puerta de la Iglesia de la Merced, que era bastante linda, aunque nada que ver con esas arquitecturas fabulosas de mármol y piedra, como las de iglesias de otros lados, que Fabián había visto en los libros de la abuela. Felipe Heyres, su amigo oriental y poeta, pálido como si él estuviera personalmente implicado en la boda; Dardo Arrechea, jugador empedernido, amigo desde no hacía tanto, a cuyo lado había aprendido las ásperas mieles del naipes y la ruleta; Isidoro Casanova, mujeriego reconocido a quien también le debía bastante en ese aprendizaje acelerado a que las circunstancias y sus propias disposiciones lo habían llevado. Todos de la misma carnada.

No bien lo vio llegar, Heyres lo tomó cariñosamente del brazo y le preguntó:

-¿Dispuesto a no hacer mal papel?

-Dispuestísimo.

El amigo de juergas le pasó el dato:

-No te pongas nervioso. La novia ya está. Aguarda en el coche.

-¿Puedo verla?

-No, porque trae mala suerte ver a las novias antes de la ceremonia.

-Vamos.

-Vamos.

Pero Fabián no se contuvo. Antes de seguir a los demás, desde el atrio, miró a la calle: en cierto coche que tenía las cortinas bajas, una mano, cubierta de guantes claros, un breve pañuelito entre los dedos, le hizo un conmovedor saludo y Fabián, en gloriosa borrachera, apresuró el trámite:

-Vamos.

Entraron a la Iglesia. Pero ya no eran cuatro. Eran seis: se les habían sumado los dos matones contratados. Llegaron justo: acababa de concluir la misa, alcanzaron a ver las luces que acompañaron la ceremonia, al monaguillo que una a una iba apagando las velas, a las feligresas que se levantaban, arrebuadas en sus abrigos, hacían la genuflexión correspondiente, se santiguaban, se marchaban a sus casas.

Irrumpieron en la Sacristía, a la izquierda del altar, en patota, justito cuando tembló el aire porque el reloj daba las nueve. Era una habitación amplia que olía a incienso y a vela chamuscada, y los monaguillos que allí estaban miraron asustados esa insólita aparición. Fabián alcanzó a ver al padre Balan, el párroco, marchando por el pasillo, la cabeza gacha, las manos en el bolsillo de la sotana, camino a la casa parroquial y al desayuno, sin duda una taza caliente de chocolate, según estilo de la época. Fabián corrió, lo tomó del brazo:

-Padre, vengo a que me case.

El padre lo miró sorprendido.

-Fabián, esto ya lo hemos conversado. Imposible, tu abuela no quiere y tú eres menor de edad.

-¿Entonces a qué me condena, padre? ¿A que viva en pecado mortal?

-Fabián, tú sabes la doctrina. Y sabes la voluntad de tu abuela y esto ya lo hemos conversado mucho...

El padre Balan iba a seguir su camino al chocolate y el calorcito. Entonces Fabián, pesaroso, dijo a los otros:

-No hay nada que hacer. Es tozudo como mi abuela.

Fue la orden de mando para la acción. Los dos matones tomaron al padre de los brazos, casi en vilo lo introdujeron en la sacristía, allí a la fuerza le pusieron los ornamentos, en el orden correspondiente, porque esa hornada de mozos había sido educada en el catecismo y la doctrina y la liturgia: alba, cíngulo, casulla. Y cuando ya el padre, ante la mirada azorada de los dos monaguillos que se habían cobijado, uno en un rincón y otro detrás de un armario, estuvo listo, lo llevaron frente al altar mayor (cuyas velas habían sido oportunamente encendidas) y entonces Fabián, con toda cortesía y los mejores gestos aprendidos de sus institutrices francesas e inglesas, y de su paso asiduo por los altos salones de la mejor sociedad, se inclinó, con toda humildad, y muy suavemente, le dijo:

-Querido padre Balan: o me casa o lo desnucó.

Y mientras sus socios en la aventura se quedaron custodiando al cura para que no se escapara, Fabián, cual caballero andante, fue a buscar a su tierna prometida. Y la tierna prometida, llegado el momento, cuando el padre Balan, con voz estremecida por la cólera le preguntó, de acuerdo al ritual, entre chisporroteos de cirios y de lámparas e indiscretas voces que desde la calle traspasaban puertas y naves, si aceptaba ser la esposa de Fabián Gómez y Anchorena, con voz titubeante por la emoción y con los ojos bañados en lágrimas, dijo:

-Sí, padre.

En el espacio de su mirada, puro cielo, aparecieron como relámpagos, reflejos dorados. La Gavotti estaba en la gloria. Lucy en el cielo con diamantes.

## CAPÍTULO 4

### Final con brío

Como Houdini, el mago que por entonces provocaba la admiración de todo el mundo con sus inverosímiles hazañas de escaparse por más que lo mantuvieran encerrado, macerado, apretado (con redes, llaves, rejas, sogas), Fabián había conseguido después del casamiento lo que nadie hubiera supuesto que podía lograrse: gambetear las garras de la justicia y de la mujer parlera y de agallas de su abuela. Cumplía así con el costado aventurero de su al-mita, por un lado, y por el otro, con las exigencias de su flamante esposa, a quien había prometido sacarla de ese pozo húmedo y bastante mohoso en que para ella se había convertido la sociedad rioplatense, sobre todo desde que buena parte de ella le daba vuelta la cabeza cuando la veía, o la abucheaba cuando hacía su aparición en el Colón. Hasta más de un crítico ya le estaba dando con todo, más que por razones artísticas, por el asunto del mozo de los Anchorena.

Porque debe decirse que, después de la ajetreada hazaña perpetrada en la Merced, la Iglesia y la Familia se tomaron un desquite de características notoriamente belicosas y decididamente agresivas contra la pareja de tortolitos. Baste señalar que, al día siguiente de la forzosa y forzada bendición matrimonial obrada por el padre Balan, el pobre Fabián fue a dar con sus huesos nada menos que a la cárcel.

Si quieren enterarse, escuchen: ese día, el del casamiento, estuvo regido por las dulzuras del amor y la amistad. Apenas abandonaron la Merced, los amigos -y algunos otros que se les sumaron- partieron hacia los brindis y los festejos de la boda, alcanzada de modo bastante enmalla, a una quinta de las cercanías. Promediada la tarde -que las libaciones fueron muchas y los buenos deseos también-, los amigos se fueron y quedaron solos los recién casados para consumir sus nupcias.

Fue noche de bodas. Josefina le dijo aquí me tienes. Y le dio de todo. Fabián de todo tomó. La bebió a suspiros, la comió a besos, degustó senos y deditos: por momentos aquello más pareció una mesa de banquete que una cama y el mozo en mayor medida comensal que marido. Para no desentonar con el climax, la diva le susurró, despacito: glotón. Pero nada retaceó de aquello negado antes de la ceremonia, como si hubiera sido una virginal criatura, más que por razones de decencia, por cálculo interesado. Pero fíjense, en el momento en que recibía tales dones, humedo, estremecido, jadeante,

balbuceante, Fabián sólo pudo murmurar:

-Mamá...

Miren ustedes. Sin duda, el tono era el correcto, pero la apelación equivocada.

Al otro día, antes del desayuno, y cuando aún gozaba de las dulzuras de su chapuzón en el amor, llegó la policía. Eran tres oficiales. Como todos ellos, buenos para estorbar enamorados, pensaron los tortolitos. Lo tomaron a Fabián como quien agarra un paquete, lo arriaron como a buey corneta, lo lanzaron a la incertidumbre. La incertidumbre se llamaba cárcel. Entró a la cárcel carajeando de lo lindo. Poco Anchorena, hubiera dicho la abuela; pero muy rioplatense.

Josefina se quedó emitiendo interminables gritos y trinos. Desafinados y vanos.

Triste final. El romance termina donde comienza la realidad.

Entonces:

La policía se lo llevó a Fabián.

La diva quedó en un mar de lágrimas.

Como en las óperas. Pero sin aplausos.

La agresiva organización social se había puesto en movimiento. Mientras el padre Balan, lógicamente agraviado en su sensibilidad personal y eclesiástica, por la prepotencia con que lo habían obligado a ejercitar su ministerio, se dirigía a su superior en son de queja y poniéndolo al tanto, por el otro lado acusaba al mozo de desacato por haber violado la ley 4, tit. 2, lib. I. R. C., que manda que las iglesias sean tratadas con reverencia, porque son casas depuradas para la oración y para servir a Dios. Y la ley 5, tít. 18, p. I, que prohíbe herir o violentar los Prelados y Ministros del culto. Etcétera, etcétera.

-Agrava esta penosísima situación el caso de que el mozo es un joven que ha sido educado ejemplarmente, criado en la fe de Cristo y en las buenas maneras -se quejaba a troche y moche el párroco. Y proseguía, según el buen estilo verborrágico de la época-: ¿Qué hemos de esperar de los desalmados o infelices privados de buen ejemplo y crianza, si los hijos de casas próceres así proceden contra el decoro y el derecho ajeno, yendo desbocados como potro sin freno al abismo de sus pasiones?

Miren ustedes.

Por su parte, la abuela Estanislada, incrementada en carnes con el paso de los años y la vida sedentaria, como remodelada por tanto exceso de dulces y de horas con las sentaderas quietas y, por tanto, de dificultosa locomoción, pero de ninguna manera ni corta ni perezosa, para nada se quedó atrás y acudió también a los Tribunales. Ella, que siempre había dicho que los trapitos sucios de la familia no debían secarse al sol, esta vez los expuso a la luz pública: a tozuda no la iban a ganar. Pidió y escribió y firmó, por decisión propia y acompañada de sus abogados:

-La anulación del casamiento por ser el contrayente menor de edad y no haber tenido su consentimiento.

Y ahí se enfrentaron, la abuela con su autoridad de abuela y él con sus sonceras de enamorado.

Pero créanme: Fabián se asustó al ver la mirada, dura como pedernal, que esa mañana de la comparecencia tuvo Estanislada, a quien él recordaba tantas veces enternecida por la muerte de un canario o llorando a moco tendido por la influenza persistente que aquejaba a un ser querido.

Pero a Fabián, ciertamente, no lo iban a asustar ojos como pedernales, por más que pertenecieran a la estirpe del abuelaje, ni iba a menguar su autoestima por semejante embrollo. No se quedó en

veremos y retrucó a la demanda acusando a su muy señora abuela de inmiscuirse en sus asuntos privados. En estas lides de derechos personalísimos, sólo puede intervenir el padre. O la madre, si el padre ha muerto, decía Fabián muy convencido.

-¿Y yo qué soy? -gimió doña Estanislada-. ¿Acaso no he sido más que una madre para él?

Y ahí sí casi trastabilló Fabián. Como si un zopilote (el término se lo debía al hijo de un diplomático mexicano, compañero de juergas) le picoteara el pecho y le hiciera doler, porque vio a la abuela como astillada, como vencida. No pudo menos que evocar los largos años en que la recia dama lo había cubierto de ternura y cuidados, tal vez exagerados, pero siempre puntuales. Y todo eso desde el vamos, cuando él apenas si era un corazón que toc-toc, comenzaba a latir, un cerebro que se iniciaba en el difícil trámite de razonar.

Pero no aflojó. Porque él era Gómez, pero también Anchorena. Y porque, además, se acordaba de la trastada que le había hecho la abuela cuando para controlar, estorbar y descubrir, le puso mirones, espiones, fisgones, informantes de todo tipo, con orejas y ojos variados, grandes y chicos, claros y oscuros, de hombres y de mujeres, de blancos y mulatos, que andaban averiguando sus andanzas amatorias con la Gavotti en la casa, en la calle, en los teatros, en los quilombos, y hasta en las iglesias.

Aunque, por cierto, allí no había peligro de que hubieran podido ver algo. Salvo en la escena final, justito la que abuela y espiones se perdieron por equivocación cronométrica. Dígame usted.

Todo enternecimiento quedó atrás, como gorjeo perdido en humoso tiempo pasado.

En tanto, la abuela, compungida a más no poder, desde la eminencia de sus años y jerarquía dentro del clan, le decía a uno de sus hijos, Juan, el mayor, su confidente:

-Qué cosa terrible, hijo mío: durante diecinueve años lo crié a Fabiancito, creía conocerlo como a la palma de mi mano y, mira vos, ahora que lo pierdo, descubro que ni sé quién es...

Pero Juan, que había sido educado con mayor éxito que Fabián por la perseverante Estanislada, la estaba ya escuchando como quien oye llover. Se había casado, pensaba en sus bienes y en sus hijos (ambos se reproducían de modo asombroso) y, en verdad, lo tenían ya cansado las aventuras eróticas de su sobrino, según la sangre, y hermano, según la crianza. Allá él.

De modo que la buena Estanislada suspiraba y se abanicaba raudamente a la par, víctima tanto de calores exógenos como de ígneas combustiones endógenas provocadas por el amado-desgraciado Fabiancito: Dios mío, que diría m'hijita Mercedes si viera esto, Mercedes, pobrecita, q. e. p. d., A Fabián, en tanto, le escribió: Me haces esto porque no sabes lo que es tener un hijo. Fabián le contestó escuetamente: déme tiempo, abuela. El lío se volvió fenomenal en su tráfico de testigos, auténticos y de los otros, con amigos y aprovechadores, con abogados y fiscales, con pasiones domésticas y pasiones eróticas. Un nido de víboras. Toda una maraña espesa de preguntas con pocas respuestas esclarecedoras. La Gavotti esperaba hecha un basilisco, comiéndose las uñas y atorándose de trinos. A Fabián la defensa le salió espontánea y llena de razones. Sus opositores estuvieron leguleyos y confusos, sin datos convincentes, ni pruebas certeras. Así se sucedieron los días, se sumaron los expedientes... Pero no pasó nada. Nada más que el tiempo, perdido lastimosamente.

Una vez más, señores, se había hecho una investigación para no llegar a nada.

Cierto día Fabián salió libre. Y casi nimbado de gloria. Lo habían introducido en el calabozo como un bulto. Lo sacaron casi como un héroe... romántico: ningún crimen le habían probado. ¿Acaso el amor

es un delito? Nadie justificó la personería jurídica de los curadores para acusar. Para nada convincentes resultaron las pruebas del sacerdote Balan. Tampoco que lo hubieran forzado a dar la bendición nupcial. Y ¿cómo iba a ser clandestina una boda con tantos amigos invitados y participantes del festejo? Por lo demás, la defensa del novio fue convincente: un piquito de oro el mozo, con su pelo negro desordenado, un mechón sobre la frente perlada de sudor por el arrebató, encendidas sus mejillas por el calor de la pasión, dos soles negros sus ojos, suntuosos los ademanes, magnífica la perorata. Como para perder, díganme un poco. -Quedó libre. Causa cerrada.

A la abuela se le puso la piel de gallina. Después le dio un soponcio, como acontece en casos similares con las mujeres nerviosas o simplemente con aquellas a las que se les lleva la contra. No lo maldijo, como también acontece en casos similares, porque era católica ni lo desheredó porque el mozo tenía bienes propios. Sólo lloró, presa honda congoja. Cuando se enteró de esto último, la Gavotti dijo: Y eso ¿a quién le importa? Pero a Fabián para nada le gustó semejante consideración de quien había sado a ser su legítima esposa.

Por lo demás, la Gavotti lo esperaba, a la salida de la cárcel y el juicio, para irse a Europa. Ella regresaba. El iniciaba su viaje inaugural. Por Dios, cuántas expectativas juntas. Imagínense.

Entonces partieron para Europa. Fabián, como todos los porteños, soñaba con el Viejo Mundo. Su familia, de clase tradicional, conocía las bondades de los productos y de la cultura europea. ¿Acaso en lo de los Anchorena no se bebía vino de Burdeos, y se comían quesos de Holanda y azúcar de La Habana, y fideos de Genova? ¿Acaso los muebles de caoba no venían de Norteamérica y las nove-las de Alejandro Dumas de París?

Europa, entonces. Llegó a Europa como quien arriba a un Oriente encantado. Y en Europa, Florencia. ¿Qué mejor espacio para desplegar las glorias del reciente himeneo? Florencia, la ciudad más bella de la Toscana. Y la mejor de Italia. Y la más hermosa del mundo, había sentenciado la Gavotti, experta en viajes y aglomeraciones humanas.

Fabián era libre, Fabián era rico.

Fueron felices durante un tiempo intenso: Josefina se daba aires de dama y gastaba dinero a lo loco. Fabián descubría los encantos de Europa y la gloria de un cuerpo de mujer. Primero fueron bastante sensatos. Después algo locos, después locos del todo. Gastaban a granel, se divertían en exceso, hacían del día noche y de la noche día. Cultivaron durante un tiempo la ilusión de la felicidad. Comieron en la cama e hicieron el amor en la mesa del comedor. Fabián había alquilado un palacete cercano al Arno. Desde la terraza miraban el Campanile del Giotto y a menudo visitaban la vecina Piazza della Signoria y el Palacio Pitti. Una mañana se pasaron horas frente a la Puerta del Paraíso, en el Baptisterio, y al atardecer recorrieron las misteriosas calles de los alrededores. Pasearon desnudos por el palacete convertido en hogar y también por el parque que rodeaba el palacete. Pero ¿quién ha dicho que el amor es eterno? No Fabián, sin duda. No un joven veinteañero casado con una diva que le hacía doblote con la edad. Y a la cual aprendió pronto a ver, inevitablemente, sin afeites ni luces de utilería, lejos de la mansedumbre del vamos, experta en el arte de armar lío por cualquier cosa (porque era de la gente que no sabe guardarse la lengua en el bolsillo). Y que comenzó llenándolo de arias para terminar saturándolo de aburrimiento.

Los gérmenes de las discusiones que se harán definitivas se anudan con facilidad. Y así fue. Y si bien no eran discusiones homéricas (aunque los dos estaban bastante ciegos), agotaban la poca



paciencia de Fabián y aventaron el frágil aura de misterio que la Gavotti y lo prohibido habían instalado inicialmente en la pareja.

-Dios mío, se acabará el mundo y yo seguiré escuchando los rezongos de esta mujer -se dijo un día después de un encontronazo de aquéllos, mientras encendía un cigarro y daba un portazo y salía camino a la calle y al mundo.

Las promesas de almohada se olvidan con facilidad, ustedes lo saben. Fabián les hizo un corte de manga. Las grietas amenazaron el edificio. El edificio cayó.

Desavenidos los espíritus, al suelo se fue la atracción sexual. Concluida la novedad, debilitada la pasión, ¿qué podía quedar? Alguien dijo, alguna vez: queda la costumbre. Porque la costumbre es el don del cielo para que nos olvidemos de la felicidad. Eso será, quizás, cuando los unos han disminuido ímpetus y berretines. Pero, cuando apenas se tienen veinte años ¿podrá haber paliativos? , Quiénes se conformarán con hilachas de solcito cuando se sabe que por el mundo hay flor de solazo? Sólo aquellos a los cuales la marejada de los años ya ha vencido, verdad? Porque los jóvenes, seguro que no.

No ciertamente Fabián.

Entonces -entonces significa apenas unos meses después de la boda- ocurrieron tres cosas: empezó a llover (de manera interminable, histérica); llegó el amigo Felipe Heyres del Río de la Plata; las discusiones entre Josefina y Fabián alcanzaron decibeles lindantes con la catástrofe.

Llovía en aquel mes con perseverancia y furia. El agua batía el portalón de entrada y batía las celosías de las ventanas. La lluvia se convertía en aguacero y el aguacero inundaba patios y tapaba alcantarillas. El Arno salió de su cauce y se derramó sobre la ciudad. Y lluvia y aguacero e inundación anegaron el alma de Fabián.

Entonces llegó Felipe Heyres, el Oriental. Llegó con noticias frescas de Buenos Aires y de la familia. Le habló del Club del Progreso y del Teatro Colón. De la abuela Estanislada le habló, está bien, le dijo. Ya lo sé, contestó Fabián: es fuerte, no se ajará como una gardenia porque yo no estoy. Y casi le dio rabia ese pensamiento. También del tío Juan el trajo noticias: siempre haciendo números el tío, le dijo Heyres, siempre comprando hacienda y hablando de construcciones. Como la abuela, por cierto. Y a Fabián se le esponjó el corazón. Pero también pensó: ¿quién estará en lo cierto? ¿Ellos aumentando los capitalitos? ¿Yo, gastando lo que puedo? Pero fue sólo un momento que pensó en eso.

De manera que la situación estaba así: la lluvia le ponía los nervios de punta a Fabián (también a Josefina, en honor a la verdad); Felipe Heyres le recordaba, por su solo acto de presencia, la buena vida que habían llevado cuando era libre; las discusiones le provocaban sentimientos más cercanos al odio que a la simple rabieta. Sobre todo le irritaban las contradicciones que creía ver en la antigua diva: demasiado señora para ser cocotte, excesivamente interesada (y a veces desvergonzada) para ser una dama, con sus aires falsamente aristocráticos, su apellido prestigioso, sus esmeraldas auténticas, su poca prudencia. Y, sobre todo, su escasísimo tacto para ser, de veras, una señora.

¿Podía haber cambiado tanto Josefina?

Por cierto, no. Simplemente se había caído el velo de ensueño que velaba la visión del mozo. Ténganlo en cuenta.

-Qué cedal de niebla es el amor -decía Heyres, el poeta.

Aunque, aclaremos: su deseo era ganarse la vida encadenando palabras. Pero la poesía no le aportaba dinero. El dinero lo aportaba Fabián. A veces, poeta y todo, era más directo:

-Las calenturas de la carne te nublan la vista -le decía. Y para consolarlo, le explicaba-: Estuve leyendo que en la adolescencia casi todos los sentimientos son de orden imaginativo.

Pero Fabián seguía empeinado en lo suyo:

-No: que imaginación ni imaginación. Yo me enamoré, carajo. Me enamoré de una mujer y después apareció otra. Esta que no sólo ya no quiero, sino que ni soporto.

Encontró el momento propicio para no tolerarla más,

una tarde de lluvia persistente y de disturbios anímicos inconmensurables. A esta altura la ex diva, olvidada de su profesión que ya iba al muere, se consideraba sólo la esposa de un rico estanciero rioplatense. Esa noche se empeinó en acompañarlo a la Opera. Fabián en ir sólo con su amigo Heyres. La diva no quería renunciar a la compañía y el mozo rioplatense a la soledad. La diva tiró un florero al suelo y el mozo una derecha a la dama. A la ruptura de los espíritus estaba sucediendo el aniquilamiento de enseres domésticos. La dama gritó, trastabilló, le dijo de todo. Era actriz y talento tenía para hacer escenas. Pero no fue previsora. Mejor dicho, fue imprudente, porque entre otras cosas dijo algo que, para su mal, Fabián registró con letras de fuego en su almita que ya pintaba machista:

-Imbécil, creíste que eras el primero. Llamaré a mi verdadero esposo y ya verás.

Eso le dijo.

La basura sube cuando el río está revuelto. Entonces subió. Fabián apartó a la mujer como a un estorbo. Abrió los ojos, abrió la puerta, abrió el paraguas (porque llovía), se fue a la Opera. Solo. Rumiano pensamientos alevosos.

Ella se quedó echa un mar de lágrimas.

-No seré la perfecta casada, pero lo he tratado de lo mejor.

Después decidió salir.

Llamó a su doncella. Enseguida cambió de opinión:

-Esta lluvia de mierda me va mojar toda. Además, me va a ensuciar el pelo. Y mañana tenemos una soirée en lo de los Terrada -le dijo.

Pero a la noche siguiente no tuvieron ninguna soirée en lo de Terrada. No tuvieron nada. Porque Fabián no apareció. Fabián se había ido a París. Y en París, el imprescindible Ritz.

Cuando Josefina despertó, había cesado la lluvia, un sol debilucho penetraba por el ventanal que daba a la Vía Trittoni, se escuchaban los pregones mañaneros de algunos vendedores. La mucama acudió a su llamado y, Dios, tuvo que darle la mala nueva: el señor no había llegado, el señor había mandado buscar su ropa, el señor no dejó ninguna dirección.

La Gavotti se quedó a solas consigo misma, a solas con las muchas cosas que le había dejado el rioplatense. Qué lejos le pareció el laborioso galanteo de Buenos Aires. Y qué torpe su propia actitud: se te fue la mano en apagarle la sed a ese imberbe; hubieras tenido que dosificar mejor la dosis... de cama. Así pensó la ex diva y también pensó en la fugacidad de ese casorio en que había puesto tanta ilusión monetaria y tal vez también esperanzas de las otras, porque hasta había fantaseado, no podía negarlo, con una madurez asentada. La cara de la Gavotti desde entonces dejó trasuntar su espíritu: se sentía como alguien a quien una banda de ladrones ha desvalijado. ¡Qué mala suerte! se decía: apenas entré en la vida de un millonario y ya tengo que hacer mutis por el foro.

Pero bueno; a lo hecho, pecho, dijo inflamando el que por generosidad de la naturaleza le correspondía a su persona. Trataría de sacarle alguna tajada más al mocito. Para eso tenía tanta

plata.

Mientras la nieve caía en Italia, que había festejado Natale y Año Nuevo con intensísimos fríos y toneladas de castañas asadas y pannettones, en Buenos Aires la gente se achicharraba de calor. Las damas iban a la orilla del río a introducir sus piececillos en las aguas tibias, se abanicaban de lo lindo; algunas, las más audaces, levantaban sus pollerones para que les entrara aire entre las piernas, otras desabrochaban sus blusas para ventilar los pechos, y todos, sin diferenciación de sexo ni género clamaban al cielo por la piedad de unas gotas de lluvia.

Esa mañana, doña Estanislada no aguantó la cama y se levantó muy temprano, dispuesta a airearse en el jardín. Como todos los veranos, había estado en una de sus estancias, con su familia, hijos y demás parentela que se hacía presente para el besamanos anual. Pero tanto chico y tanta gente terminó por cansarla.

-Me ponen nerviosa los niños, llevo a sentirme Hero-des. También la gente feliz me molesta -dictaminó un día, tristona como estaba desde el asunto de Fabiancito.

-Pero madre ¿no vivís bien, aquí? ¿Esta no es tu casa?

-Mi casa es mi cuerpo y mi cuerpo es una ruina, hijo.

Y era así. Se sentía vieja y prefería pasarla más bien sola. Pueden entenderla ¿no? Además ¿qué estaba haciendo allí, en medio de esa multitud feliz, cuando su nieto tal vez andaba en la mala por aquellos mundos extranjeros, al lado de una mujerzuela? ¿Qué diría desde el cielo su difunta hija Mercedes? ¿Que no había sabido cuidar a su hijo? Ay, Dios. En la ciudad se estaba cerca de las noticias. Estanislada volvió a la ciudad, a su casona de la calle Reconquista.

-Este muchacho me agregó como cincuenta años -le confesó después a su criada.

-El niño no, señora -le retrucó la muchacha, que siempre había vivido subyugada por el niño-. Esa aberración humana que se llama Gavotti ha sido, señora.

Pero la señora la interrumpió, irritada:

-Ni me la nombres. Sabes que en esta casa no puede ser nombrado el diablo.

De modo que jauría infantil y agobios de vejez devolvieron a la abuela a la calle Reconquista y a los calores de enero. El 14 de enero de 1870 amaneció luminoso y con ganas de exagerar aún más los ímpetus de su canícula en las orillas del Plata. La abuela salió a la mañana cálida, que se presagiaba hirviente, así como estaba, aún en peinetón, porque la humedad la tenía sin ánimo de vestirse formalmente. Hojeaba los diarios de la mañana. La Nación miraba, el diario que más le gustaba, el fundado por Mitre, porque era el que le traía noticias de parientes y conocidos. Claro que siempre encontraba malas novedades: no se sabía qué estaba peor, si el mundo o los diarios. Una confusión. Pero, a ella, sobre todo las necrológicas le interesaban. Cada vez se estaba quedando más sola Estanislada. Buscaba a los muertos, entonces, entre aleteos de > abanico y quejidos de huesos, cuando tropezó con lo inesperado. Pese al calor, se quedó helada. Porque en la página de sociales, leyó:

... En Roma el caballero argentino Fabián Gómez y Ancho-rena ofrece un millón de pesos a quien descubra el paradero del señor Fiori, marido de Josefina Gavotti, con la que contrajo matrimonio, en Buenos Aires, creyéndola soltera.

En un primer momento quedó paralizada, pero enseguida ¡¡Alelluia! Por fin, una buena noticia. La

abuela revivió. Y pese a la canícula, se puso en movimiento reafirmando su antigua convicción:

-No hay caso, a una cómica un hombre puede llevarla a la cama pero no al altar. Yo tenía razón, Fabián, cuando te lo dije. Pero vos no me quisiste creer, y saliste con la tuya.

Las semanas siguientes fueron de muchas idas y vueltas. Tendió sus redes: abogados, Curia, el doctor Piran, siempre tan amigo, pruebas que en su momento no sirvieron. Entonces todo vendría al pelo. Porque ahora Fabiancito y ella estarían del mismo lado. Remando juntos.

Y así fue.

-Pensé que habíamos perdido a mi nieto. Pero ahora lay esperanzas -le dijo a su doncella.

La doncella, tan vieja como ella, con ojos de quien ha visto si no todo, mucho, la miró: gorda y blanca, pesadísima, sudorosa, con los ojos abotagados por los años. Pero en el fondo de ellos, algo nuevo: una lucecita que hacía tiempo no brillaba. Y vio cómo se le disipaba a la señora un cierto rictus maligno que le había quedado prendido de la boca desde el casamiento del niño, mientras decía:

-Pobre Fabiancito de mi alma, lo que habrás pasado. Menos mal que estás en París, porque allí tendrás en qué entretenerte.

-Además -intervino la doncella-, lo contento que estará el niño que es tan salidor.

-Era, muchacha, era salidor -contestó rotunda, Estansislada-. Ahora, con la desilusión, seguro que quiere venirse a la estancia para trabajar.

No había concluido el año cuando se deshacía, civil y canónicamente, el matrimonio de la Gavotti con el mozo de los Gómez y Anchorena.

Entonces sí que Fabián se sintió libre.

Cuando Heyres, compañero fiel en los mil trámites, lo felicitó por el desvinculo, todo lloroso, casi tanto como cuando las nupcias apócrifas, murmuró:

-Mi abuela tenía razón. Hace ocho meses era yo demasiado joven para casarme.

-¿Antes no lo sabías?

-No.

-¿Ahora lo sabes?

-Ahora lo sé.

Por un momento pensó en volver. Para ver a la abuela, claro. Y a Buenos Aires. Imaginó la vieja casona, que alguna vez había sido blanca pero que siempre conoció barrota, porque en esa ciudad la humedad y el aire del río no dejaban nada claro. Recordó la plaza, plantada con paraísos, y el Cabildo. Y la calle Florida, con sus negocios y las multitudes que marchaban por ella. Y los aledaños de guitarreadas y juergas. Y el Club del Progreso, donde iba lo mejorcito, entre los que estaba él.

Pero de casa y ciudad lo separaban cuatro meses sobre el mar. Fabián recordaba cómo, en el viaje anterior, en más de una ocasión había debido restituir al Atlántico lo comido y bebido, en medio de acuosas modulaciones marítimas y balanceos oceánicos. Y cómo se había aburrido en las largas jornadas navieras. Es demasiado, pensó, por más que Heyres que regresaba, lo entusiasmaba con ser de la partida.

-Todo aquello es pasado y ya está hecho.

-¿Y qué?

-Que ahora hay que hacer el futuro, hermano.

Apartó la idea como quien aparta un estorbo. En realidad, Fabián cerraba el ayer.

Pero apenas tenía veinte años, válgame Dios.

Salió a tomar aire, sin derrotero y sin apuro, un errático silbido en los labios. Y miró a lo lejos, y vio el sol que se iba, y cómo al irse iluminaba el horizonte, y de qué modo era bellísimo el efecto. Y pensó en la Pampa.

## SEGUNDA PARTE

## CAPÍTULO 5

# Florenxia es una fiesta

-Hasta ahora desperdicié mi vida en un país a medio hacer, entre espectros y antiguallas morales. Ahora comenzaré a vivir. A vivir de veras -dijo Fabián, una copa en la mano y la mirada perdida tras el balcón que daba al Arno y a la vida-. Flor de espina mi pasado. Por suerte, me la saqué. En parte, claro, gracias a Josefina, mi tan inadecuada esposa, que habrá sido una ilusión, pero me sirvió.

Fabián hablaba con su amigo Felipe Heyres, aquella tarde de julio en que la canícula apretaba de lo lindo y se preparaban para dar una vuelta por los jardines de Boboli antes de la inevitable función en el teatro. Estaban frente a una mesa de caoba y dos copas de cristal de Bohemia y delante de un señor que miraba seriamente apoltronado en su marco de oro. Era un cuadro de Leonardo y para adquirirlo Fabián había vendido un buen centenar de leguas de una de sus estancias pampeanas.

Si la abuela lo hubiera visto a Fabián, tal vez no lo habría reconocido: estaba más delgado, desde que Estanslada, Ramón y las mujeres del servicio, no lo atosigaban con tanto arroz con leche y empanadas. Además, había perdido ese color amarronado, propio de los rioplatenses que viven más a la intemperie, en el campo y encima de las cabalgaduras, que en los lugares apropiados para la gente civilizada, como son las grandes salas con espesos cortinados y mullidos cojines.

-Por eso los pobres y los ricos en mi país sólo se diferencian por la ropa: el color de la cara (el de mis tíos, el del tío Juan, por ejemplo), son más o menos del mismo tono y textura que el del mayordomo y aun el del capataz -dijo Fabián, dispuesto a encontrar sólo inconvenientes<sup>1</sup> en el lejano país.

Pero él, entonces, tenía la tez pálida, con ese aire nacarado que otorga la vida nocturna y los salones ajenos al aire libre y la naturaleza cerril.

Estaban en una de las salitas íntimas del hermoso palazzo que se había comprado a orillas del Arno. Los rodeaba una tenue penumbra dorada, conseguida gracias a cortinados de damasco y a la luz filtrada desde afuera (reino del calor y el sol de media tarde), a través de algún postigo mal entornado o así dejado ex profeso para crear tan grata intimidad. Los espejos multiplicaban el escenario. Y la conversación de ambos seguía dando vueltas sobre el final feliz de la loca aventura comenzada con el "secuestro" del padre Balan, en la Iglesia de la Merced, en el Río de la Plata, y concluida con la anulación del lamentable casamiento, gracias a los eficacísimos oficios del abogado, el doctor Piran, enviado por la abuela Estanslada a la mismísima Roma. Por lo general, el tiempo atenúa las estridencias de la realidad, cuando ésta ha sido desorbitante. Pero en el caso del casamiento de Fabián, no. Todo aquello vivido entonces, a Fabián y a su amigo les parece ridículo. Lo recuerdan y ríen. Ríen de la cara del padre Balan, cuando al pobre lo tomaron los dos fortachones contratados y lo revistieron con los ornamentos litúrgicos, por la pura voluntad de prepotencia ordenada por Fabián. Ríen de la cara emocionada de la Gavotti cuando dijo, llorosa, sí padre. Ríen del mismísimo Fabián (él se ríe, sobre todo), cuando, después de la bendición, puro manojito de nervios, besó intensamente a la cantante que hasta entonces había sido sólo se mira y no se toca. Ríen del

ataque de nervios que tuvo la Gavotti cuando se vio desmaridada a la fuerza. Ríen.

Son jóvenes, están felices. Y aquello fue disparatado. Ahora se dan cuenta.

Fabián dice que ha quedado agradecido a Josefina Gavotti, a pesar de que ha tenido que entregar, en compensación por el abandono, más de lo que hubiera deseado. Pues la diva, según personal técnica gavottista, y sin ningún pelo de sonsa, no se resignó así nomás a quedarse sin el ricachón aristócrata pescado en la gira rioplatense. Fabián tuvo que dejarle joyas, entregarle un toco de dinero, asegurarle su porvenir. Sin duda eran exageradas las demandas. Pero, accedió, le sigue diciendo Fabián a Heyres, bajo una condición de fierro: que ella, Josefina, se marchara de Florencia y de su vida. Además, le dijo, debía dejar de usar la casa y el apellido. Y después, si quería seguir apareciendo como casada, tenía que buscar, o no, a su primer marido, el tal señor Fiori, a quién él no había podido encontrar. Pero que de Fabián Gómez y Anchorena, le dijo, se olvidara. Porque Fabián Gómez y Anchorena, nunca más nada.

La diva, remolona, estiró todo lo que pudo el momento de su partida. Pero el momento llegó. Como en la mejor ópera bufa: lloró, lo abrazó, sollozó, se fortaleció con gotas de láudano y sinapismos de mostaza, caro mió, caro mió, te voglio tanto bene. Arrivederci. Addio. Adiós. Se fue, despojada de apellido y marido. Cayó el telón. Fin de la ópera bufa. Corno en el teatro, pero sin público. Así le dijo, le dice entonces Fabián a Heyres. Y así fue.

Fabián pensó, y entonces se lo estaba diciendo a su amigo, y no se equivocaba que, si al fin de cuentas la mujer no había sido más que fuente de dicha momentánea y fugaz, gracias a ella había podido conseguir dos bienes insustituibles: la libertad y Florencia (es decir, Europa, es decir, el mundo: ya presumía que la ciudad a orillas del Arno sería el primer escalón para la conquista europea).

Y en la conquista europea se iba a empeñar, entonces, libre como estaba de la presencia de Josefina y dueño de los millones que le correspondían por legado de sus padres, que vaya si habían sido ricos, por mérito de trabajo y tacañería, y también de herencia, pues los Anchorena para eso eran mandados a hacer. Ricos con riquezas que el simple paso del tiempo y la buena administración de la abuela -por las interpósitas personas de administradores y consejeros- habían ido aumentando de lo lindo con los años. Porque se trataba de multitud de casas y de estancias y campos y hacienda que le permitían vivir, y muy bien, gracias a los arrendamientos y alquileres y ese tipo de usufructo que te da sin que vos des nada. Mira qué pegada, caramba.

-Para quienes lo tienen -dijo Heyres. La opulencia de los Anchorena era de antigua data. Originada tal vez en el alto comercio y en las "mercedes", es decir, en el reparto de tierras, distribuidas por el Rey en la época colonial, se había incrementado a través de las estrechas relaciones con el poder político. Pero la abuela Estanislada, más que al recuerdo de aquellas antiguas mercedes, o a la ley Enfiteusis de Rivadavia, o a los negocios con Rosas, apelaba a otras instancias. Los Anchorena habían trabajado y ahorrado, por eso tenían el fortunón que tenían. La abuela era terminante. En llevarlo a cabo y en aconsejar a su prole. Gastar, derrochar, era algo que ni le pasaba por la cabeza a la gente del clan.

-La abuela Estanislada, con la plata que tiene -decía Fabián- si ve caer una manzana, corre antes de que se pique para convertirla en compota o mermelada. Y si me queda chico un pantalón o un saco, ya anda averiguando a quién de sus otros nietos le puede venir bien, y de cuál de los mayores yo, Fabián, puedo heredar. Yo, Fabián, que tengo mi fortuna propia por papá y por mamá.

Así pensaba antes y de chico. Lo sigue pensando entonces, y se lo estaba comentando a su amigo:

-Estas fortunas son como la bola de nieve: aumentan por el simple hecho de existir y estar en el lugar que les corresponde. La bola de nieve, ladera abajo, Felipe. Los capitales, apuntando hacia arriba.

-Tenes razón -le contestó su amigo Felipe quien, sin peculio propio, sobrevivía gracias a los magros dineros enviados por su madre, desde Montevideo, y a las gruesas donaciones de Fabián, en Florencia.

Florencia bellísima ciudad, adorno para el Arno y para Italia entera, corría orgullosa entre palacetes y campiñas. El desarrollo urbano del Papa Mediéis la había convertido en una joya. Y esa joya estaba depositada en un paisaje glorioso creado no por el Papa Mediéis sino por el mismísimo Dios. El tiempo, que deteriora y envejece, en lugar de decrepitud otorgó dignidad a piedras y edificios, en tanto su gente resultaba de lo más vistosa y movediza.

-Ya ves cómo me voy introduciendo, hermano. Estoy dispuesto a quedarme un tiempo por aquí, Felipe. Cuando una pasión se extingue hay que pensar en otra, y yo espero, si me alcanzan los años, saborear todas; salvo las religiosas: la abuela ya me hartó en mi infancia con sus piedadades, sus rosarios y sus ángelus. Pero créeme: si muchos de mi familia tuvieron un protagonismo fundante en la historia de mi país (sobre todo en la económica), ¿por qué no podré yo alcanzar notoriedad en estos lugares? Sería como devolver a Europa lo que Europa dio a la Argentina. No te olvides que nuestros antepasados viajaron de España a América. Y España es Europa, ¿no? Aunque a veces no lo parezca.

Heyres pensaba, en tanto escuchaba al amigo: entonces, no es sin querer, ni llevado por su excesiva fortuna y su manera de ser, que Fabián se está embarcando en este ritmo de vida excitante a más no poder. Hay una voluntad decidida, hay casi un proyecto tomado ex profeso. Como respondiendo a reflexiones que no había escuchado, porque para nada las había expresado en voz alta, Fabián le estaba diciendo:

-Quiero vivir sin ataduras, sin la sombra de mi familia, que me cuidó, es verdad, pero que estuvo a punto de arruinarme con tanto respaldo protector que terminó siendo un corsé inaguantable. Por otra parte, Felipe, amigo mío -le aclaró, ahora con un cigarro en la mano, apoyado en la hermosa chimenea de corte renacentista, sin fuego porque era verano y hacía calor- por otra parte, te digo, estar lejos del propio país te permite mirar la vida como un espectáculo, no como una obligación. Los problemas que significan los pobres, las enfermedades, los necesitados, la política, en fin, tantos males inevitables de los que mejor no hablar, resultan ajenos, de los otros, de los que no son tuyos. Casi como entrevistados en un escenario. ¿Para qué preocuparte, entonces? El mundo es ancho y ajeno, y quiero descubrirlo poco a poco, sin derrotero fijo, a la deriva...

-Buscando lo que desea tu corazoncito inquieto -completó el amigo su pensamiento. Y agregó:- Por cierto podrás hacerlo: las estancias y las haciendas y las propiedades de las que cuidan tu abuela y tíos en Sudamérica, respaldarán este rumbo que estás decidido a tomar.

Fabián se disponía, entonces, a vivir la vida como un espectáculo. Del cual, vaya, sería protagonista. Porque si por gratuita herencia había recibido un fortunón, trabajaría a destajo para crear su propia herencia, para construir su perfil personal. Fantaseaba que, por primera vez en su vida, enfrentaría solo al destino y sus dulces o áridos riesgos. Y el pensar en esos escarceos le provocaba cosquillitas en el pecho. ¿Eso sería valentía? Pero estaba solo. Aunque no: por cierto contaba con amigos.



-Los amigos suelen ser la verdadera familia, formada por quienes uno elige -así lo había decidido-. Y en esta aventura me acompañarás, hermanito -agregó Fabián, palmeándolo según la mejor usanza rioplatense y diciéndole-: Vamos.

Sí. Fabián contaba, en primer lugar, con Felipe Heyres. ¿Quién era Felipe Heyres? Un montevideano encontrado una noche en el teatro Colón y que nunca más se había desprendido de su vida. De entrada le encantó el Oriental, como le gustaba llamarlo: alto, delgado, de tez blanca y pelo oscuro, dos negruras sus ojos y dicharachera su labia, con dos años más que él y muchas vidas de experiencia, resultó desde el vamos el compañero ideal. Primero, se contaron chismes y cotejaron gustos; después pasaron a las confidencias. Se entendieron. Aquella noche del primer encuentro, concluida la función, fueron a la trastienda de un salón de baile, por el Retiro, donde se jugaba. Se jugaba duro y en la clandestinidad. Fabián era menor de edad, pero tenía padrinos que lo dejaban pasar. En medio de una apuesta arriesgada que se estaba dirimiendo con excesiva tensión, contra un caballero entrado en años y alcohol, pero acompañado por varios estruendosos compinches, Fabián vio cómo el montevideano, los naipes en la mano, iba quedando demudado. Cuando el partido concluyó, miró las barajas sobre la mesa, al descubierta, el alborozo de los más, la cara de Felipe, lívida. Fabián comprendió: el Oriental había perdido una fuerte cantidad y no tenía cómo enfrentar la situación. Entonces, sin decir nada, disimuladamente, puso en la pantorrilla del montevideano un grueso fajo de billetes, y lo palmeó, para enterarlo del monetario traspaso. Felipe entendió. Los colores volvieron a su cara, se le pasó la flojera. Pagó, salieron. Cuando traspusieron la puerta, lo abrazó:

-Gracias, estas cosas no se pagan de una vez. , -¿Cómo se pagan? -preguntó el mozo, muerto de risa.

-Con la vida... Por mi madre, ¿sabes?

Fabián entendió: con su gesto, que sin duda evitaba un gran dolor a la madre de Felipe, se había agenciado un amigo para toda la vida.

Aunque sobre todo fueron compañeros de francachelas, con el tiempo llegaron a algo más: a ser hermanos de sangre. Así lo habían decidido una noche complicada, en Buenos Aires, cuando, después de un altercado por mujeres que casi acaba con ambos, perseguidos los dos por una banda, se refugiaron en ciertos andurriales de la costa. El peligro, quizá más que el miedo, los obligó a pasar toda la noche a la intemperie, en esas orillas donde los alcanzó una sudestada que casi no les perdona la vida perdonada por los malevos. Al amanecer, a la débil luz de un mustio solcito otoñal, muertos de frío y sueño, vieron sus manos heridas y las juntaron en un apretón que unió las sangres de los dos.

-Hermanos de sangre desde ahora, Oriental.

-Para siempre.

-Para siempre.

Y así iba siendo.

Y tanto fue así que, casi enseguida del casamiento de Fabián con Josefina (casorio que, sin la colaboración del Oriental no habría podido ser) y de la partida para Europa, apenas instalados en Florencia, Fabián le envió a Heyres el dinero correspondiente para que se agregara al dúo nupcial. Cosa que el Oriental hizo.

Fue inútil que la diva protestara. Para Fabián, la mujer apenas si quedaba como una nota al pie de esa página que era su vida, en tanto que Felipe era bolilla infaltable.

-Es mi D'Artagnan -le decía a la mujer. Y los dos amigos se reían a expensas de la cara enfadada

de la ex diva.

Entonces, cuando la cónyuge apócrifa había sido forzada al mutis por el foro, él permanecía como brazo derecho, compañero ineludible. Lo era esa tarde, haciendo tiempo con Fabián para ir al teatro. Habían decidido dar una vuelta por los jardines de Boboli. Pidieron al ayudante los sombreros; la presencia del cochero, con la última adquisición, un formidable lando; rectificaron los últimos detalles en sus respectivos atuendos; elegantes y ligeramente negligentes, dieron apresurados y precisos toques a cabellera y saco y, si no llevaron compañía femenina, fue porque sabían que en el camino la encontrarían. Salieron.

Apurados, en el jardín casi tropezaron con la estatua del Fauno que aún no tenía su lugar definitivo entre plantas y fuentes, salieron a la calle. Fabián llevaba entre labios unos versos:

Del río a las playas,  
bajan las comparsas.  
Los patos, las garzas,  
en banda se van...

-¿Y eso? -preguntó Heyres intrigado, riéndose.

-Son versos que me recitaba la abuela para contarme lo lindos que eran los domingos en Buenos Aires. Creo que son de López y Planes, el del himno nacional. Y prosiguió, mientras avanzaban hacia el mundo:

Allí, entre alegrías,  
el canto y el verso,  
el mate, el almuerzo  
al gusto se dan.  
San Isidro, el Tigre,  
Las Conchas, la Punta,  
en todos se junta  
gentío a gozar  
de sitios variados  
con vistas hermosas,  
que perfuman rosas,  
aromas, azahar.

Alegres, despreocupados, entonces, en esa tarde primaveral pasearon su juventud primero por entre los tenderetes de frutas y flores que ofrecían sus mercaderías según el estilo altamente caótico del espíritu itálico; entraron en las tiendas de anticuarios: ojearon viejos grabados, medallas de otros tiempos, libros de extracción diversa; admiró Fabián las obras de Dante forradas en láminas de oro y las de Voltaire en piel de tigre, y decidió que las compraría (a Fabián lo estaba alcanzando la fiebre del coleccionista) y después, desde la mesa del café en que se instalaron, dejaron que el tiempo corriera viendo pasar los carruajes que circulaban lentamente, mostrando las beldades de que eran portadores.

-Quién nos ha visto y quién nos ve, Oriental. En el Río de la Plata, quiero decir, tanto en Montevideo como en Buenos Aires, jamás se nos brindaría un espectáculo como éste. A lo sumo, las niñas de nuestras dignas familias, ellas, enviarían miraditas y sonrisas tímidas detrás de sus abanicos.

-En cambio aquí, mira...

Un ramillete que entremezclaba deliciosamente rubias y morenas pasó frente a ellos y con desparpajo una tiró besitos con la punta de los dedos y la otra, que emergía de una mantilla de blondas con dos ojos que más que ojos eran luceros, aventuró deliciosos mohines en la dirección oportuna, y una más pareció ofrecer la morbidez seductora de sus brazos en alto, en tanto los señalaba con la inquietante libertad de una gata.

-¿Para quién? -preguntó Fabián, queriendo averiguar el posible destinatario de tales insinuaciones.

-Para quien la sepa conquistar, será -respondió el oriental-. Pero mira... hay otros interesados.

Y así era: dos petimetres, desde una mesa cercana, se interesaban en el asunto. Y no parecían contrincantes para despreciar. Fabián ya había aprendido que en lides de cualquier talla, si no debía sobrevalorarse al adversario, menos aún se lo podía subestimar. Sobre todo en cuestiones en las que estaba en juego la vida. Y en las cuestiones sentimentales, ¿acaso no se jugaba la vida, porque se apostaba el corazón, eh?

Felipe, por su parte, si en asuntos de juego solía perder cuando no podía recurrir a sus "habilidades" (no le gustaba hablar de trampas), en trámites femeniles siempre llevaba las de ganar. Pero una vez le fue mal: la primera. En aquel período inicial de las confidencias entre los dos amigos, Felipe, una noche de copas y tristeza, se lo contó. Había sido en Montevideo y en invierno. El se había enamorado de una joven de buena familia y revoltosa belleza. La niña no rehuía ni miradas ni esquelas amorosas, pero estaba de novia con un estanciero que vivía fuera de la ciudad y era muy celoso. Como el fulano no estaba habitualmente en Montevideo, los jóvenes pudieron arriesgarse a ciertos acercamientos. Pero el hombre había puesto cancerberos alrededor de la damita. Los tales cancerberos en una ocasión los vieron juntos y, como correspondía, hablaron. Todo se precipitó: el prometido interpelló al intruso (que era yo, dijo el Oriental, la noche de la confidencia), lo retó a duelo, le mandó los padrinos. Entonces hubo un amanecer de malos presagios, y una campiña desierta detrás de un montecito de paraísos, y hubo cuatro señores solemnes y enlutados, y una orden maldita y dos tiros, y hubo alguien que cayó sobre el pasto, ensangrentado, y alguien que quedó de pie y despavorido. El despavorido de pie fui yo, aclaró aquella noche de copas y tristezas, en Buenos Aires, y en el comienzo de la amistad entre los dos. Me aconsejaron partir, debía ponerse tiempo y distancia, acallar los ánimos y salvarle el pellejo a un inconsciente, agregó aquella noche el mozo a quien Fabián ya llamaba el Oriental. Y yo, que era el inconsciente, partí. De Montevideo al campo, del campo a Buenos Aires. Hubiera querido poner más distancia: Europa, Samarcanda... Pero no pude: mi madre es viuda, no tenemos tanto dinero, había que esperar la venta de unas propiedades. Fabián le dijo: hermanito, ya vendrá Europa, no te apures, y tal vez venga también Samarcanda.

Y le estaba cumpliendo.

-Locuras de juventud.

-¿Cuáles? ¿Aquéllas o éstas?

-Las dos.

La juventud puede causar celos en ciertos ámbitos o lugares, pero no allí, en Florencia. En

Florescía la juventud tenía amplios fueros, y si a ella se le agregaba fortuna, el dueño de tales dones saldría airoso de cualquier querrela social o sentimental. Por eso vivían en la grata sensación de estar iniciando un periplo fascinante de amplios horizontes y variado espectro. Como el de las niñas que andaban por allí floreándose. Porque a esas horas, si los lobos salen en manada para procurarse un bocadito, las damiselas irrumpían en plazas y calles con los dientecillos prontos.

-Mira, si parece la Bella Simonetta -advirtió Fabián, más bien exagerado, ante una de las niñas. Quizá no era por el parecido, sino porque había quedado impresionado con el rostro y con la historia de la Bella Simonetta, a quien Pollaiolo y Boticelli dieron la eternidad en sus cuadros. Historia que le recordó a su amigo, menos enterado o quizá interesado en esas damas inspiradoras de grandes pintores.

-Fíjate que estaba casada con Marco Vespucci, primo de Américo, el que nos dejó el nombre para nuestro continente. Cuando apenas tenía dieciséis años su marido la trajo aquí, a Florencia, y aquí se hizo famosa por su belleza y por los cuadros en los cuales la inmortalizó Boticelli. ¿Te acordás? Está en La Primavera de los Uffizi y en la de la Academia, que vimos hace un tiempo. Se dice que Juan de Mediéis una vez llevó, en su homenaje, un estandarte que decía: La sin par. Pero la bella Simonetta murió muy joven. ¿Sabes a qué edad? A los veintitrés años. De tuberculosis. ¡Pecatto!

-Pues a estas niñas que pasan tan vivitas y coleando no las inmortalizará Boticelli sino mis recuerdos -a su lado se pavoneó el Oriental, frívolo y conquistador.

Porque carroza y damas seguían dando vueltas en tren de floreo. Pero no fue el Oriental, sino Fabián, quien arremetió. A la segunda vuelta del carruaje, ni lerdo ni perezoso, y más impulsivo que discreto, adelantándose a los petimetres vecinos, conocedor de que quien da el primer paso necesariamente lleva ventaja, Fabián se puso de pie, se arregló chaqueta y pañuelo y ágilmente, con su mejor sonrisa, se levantó, atravesó la vereda, cruzó a la calle-, justo cuando pasaban, y detuvo las cabalgaduras con la destreza de quien sabe de caballos y carruajes. En seguida, con la intrepidez de quien también sabe de mujeres, se acercó al coche en el que las tres beldades se apretaban como las rosas en un ramo (tuvo tiempo de pensar) y, con su mejor ademán caballeresco, les dijo:

-Bellas niñas, mucho placer tendrían estos servidores si nos acompañaran a compartir un refresco en una tarde tan hermosa como ésta.

Fabián oyó grititos de sorpresa y grititos de alegría y sintió a su lado la presencia del Oriental reforzando su pedido con elocuencia, y comprendió que el tráfico gentil se detenía en el paseo por ese obstáculo que ellos representaban, pero también comprendió que en la escena habían irrumpido los vecinos petimetres. Con prepotencia verbal en un primer momento y fáctica enseguida, intentaron sacar a los dos jóvenes de la vera de los caballos, donde se mantenían para impedir que siguieran avanzando, en tanto el carruaje entero era oportuna balconada para las niñas que proseguían en la femenina tarea de mirar y azuzar con sus grititos y exclamaciones a los que ya podían considerarse dos bandos. Pero contra las fuerzas aliadas de Fabián y el Oriental ¿quién podría? No esos petimetres. Como la situación amenazaba con ir in crescendo por la aglomeración producida, Fabián no encontró nada más oportuno que tomar por la cintura a la rubia, aquella que le había recordado a la Bella Simonetta, en ese rápido trámite alternativo que de chico llamaba rebatiña y, mientras le susurraba, por favor, venga por el refresco, que mi amigo es muy nervioso y no podré controlarlo, la remolcaba hacia el cercano salón, mientras la damisela hallaba la ocasión para decirle usted es un imprudente, pero obedezco, y tomaba la mano que el mozo le tendía, en tácito "sí de las niñas",

mientras con la otra tironeaba el de una de sus amigas, la de las blondas, aquella que en mi primer momento les había enviado besitos en el aire. Y entonces una y otra, y Fabián, y enseguida el Oriental abandonaron coche, cabalgaduras, tránsito y petimetres vecinos.

Alea jacta est.

¿Y la muchacha que quedaba en el carruaje? Pues no permaneció para nada olvidada, pues uno de los mentados petimetres, al ver la deslucida soledad a que había sido reducida, se subió al estribo y después al carruaje y de inmediato se puso al lado de la bella y partieron ambos Dios sabe dónde, raudos y felices. Claro que alguien quedó con tres palmos de frente: el que no alcanzó compañía. Encorocado, enfrentó a Fabián. Pero bastó que Fabián le dijera:

-Caballero, en la tierra de la cual vengo se acostumbra a colgar de los bigotes a los entrometidos que se meten donde nadie los ha invitado -intensamente miró los bigotes negros y vastos del hombre-. No obstante, si usted desea compartir un refresco con las damas y nosotros, con mucho gusto lo aceptamos, pues para nada somos egoístas. Pero, eso sí, que quede claro de entrada: estas damas ya tienen compañeros.

Le pareció que había hablado oportuna y decididamente. Con buenos modales, según su costumbre, el mozo sudamericano había conseguido fulminar a sus competidores. Pero el petimetre no se quebró en mil pedazos como un jarrón que cae al suelo. Simplemente tomó las de Villadiego después de un rápido pero educado: caballeros, pásenla ustedes bien.

Tal vez precipitaron su rápida decisión, además de las palabras de Fabián que insinuaban aquello de que en la tierra de la que vengo se acostumbra a colgar de los bigotes etcétera, las de algunos del aglomeramiento que empezaron a decir: son los nabab sudamericanos, son los nuevos ricachones.

Uno y otros tomaron direcciones distintas.

El Paseo de Boboli fue el Jardín de los Caminos que se Bifurcan.

Terminada la noche en que ambas parejas se besaron y besaron y besaron, entregados a la aventura del mutuo placer, y cuando ya promediaba el día, maltrechos y disminuida la inicial elegancia, Fabián y el Oriental comprendieron que las damiselas habían sido deliciosas, que la habían pasado bárbaro, pero, basta ya, rendidos de sueño, no tenían energías morales ni financieras para absolutamente nada. Decidieron, entonces, regresar al pallazzo y al reposo. Y así lo hicieron, después de haberse desprendido de las damitas, en verdad convertidas en ramilletes ajados luego de tanta juerga. Rendida la lozanía de las rosas que las bellas habían prendido a sus pechos, deslucidas las cabelleras que ostentaron rulos, ondas y cintas; descorazonadas las miradas que estuvieron encendidas; apagadas las sonrisas, así como ellos y sus vestiduras habían perdido la elegante definición inicial. Con todo, al dejarlas en sus casas, ambas les picotearon el rostro, como a desgano (más que desgano era real cansancio), con labios que habían transitado partes más recoletas de sus cuerpos. Y todos marcharon decididos al sueño y al olvido.

Destino imposible, al menos para los jóvenes.

Al llegar al palazzo, el mayordomo, ya levantado, entregó a Fabián una carta. Diestro tras meses de atender solícitamente al señorito, el mayordomo tenía cara de circunstancia. Quiero decir, de circunstancia adversa: la carta que su mano ceremoniosamente extendía, estaba bordeada por una ancha franja negra, mal presagio. La carta venía de America. La carta decía "Urgente". Fabián se inquietó. Miro a Felipe con ojos de niño desamparado. Y como caen los pétalos de una rosa, cayó su

alegría de las últimas horas y la voz del mayordomo le recordó las trompetas amenazando los muros de Jericó.

La carta era de Buenos Aires.

Era del tío Juan.

La carta anunciaba la muerte de la abuela Estanislada.

La abuela Estanislada había vivido tanto que Fabián casi la consideraba inmortal. Los muchos años son signo e perdurabilidad, de haberle ganado en algo a la muerte al ir aplazándola, de haber gambeteado la brevedad de los las sobre la tierra. La impresión de Fabián al leer la noticia fue de incredulidad. Se supone que la gente muere, aunque es duro Comprobarlo. Pero ¿cómo era posible que hubiera muerto la abuela Estanislada? ¿Cómo se podía haber ido al otro mundo, mientras él, Fabián, ajeno a semejante cambio de domicilio, seguía con su vida como si nada hubiera pasado? ¿Cómo estaría entonces la abuela, inmóvil, cera pura su rostro, simple materia en descomposición, si en su imaginación la recordaba alta, entrada en carnes, blanco el pelo y la tez, grises los ojos de mirada profunda y con una risa que hacía resonar en la vieja casona, al atardecer, después del rezo del rosario con la familia y la gente de servicio, como si a punto de caer el telón sobre una jornada de trabajo intenso, se permitiera un recreo? Así prefería recordarla, en sus momentos de recreo -él que tan amigo era de ellos- o en esas escenas íntimas que tantas veces habían vivido: cuando lo despedía con su bendición, por las noches y de pequeño; o cuando le enseñó a manejar un trompo o a entonar una canción. O en otras ocasiones, cuando lo sentaba, por ejemplo, en aquel sillón enorme que era la falda de Estanislada, calentita y con ese olor a alhucema que le llegaba a él desde el opulento pecho de la abuela.

Prefería olvidar otras situaciones en las que había visto a Estanislada: cuando se negó a enviarle dinero a don Juan Manuel de Rosas, exiliado en Inglaterra. Los amigos le habían informado: el abuelo Nicolás, el marido de Estanislada, había hecho grandes negocios con el Restaurador. Aún más: Rosas, muchos años atrás, había administrado campos del finado Nicolás. Esos trabajos nunca fueron pagados, porque ambos, el abuelo Anchorena y Rosas, eran poderosos y eran amigos. Pero, cuando el destierro y la necesidad los acosaron, Manuelita reclamó, y reclamó don Juan Manuel. ¿Qué hizo la abuela? Negó rotundamente cualquier deuda: déso no sabía, déso no se habla. ¿Pueden creerlo?

Por cierto, la abuela cada vez se fue poniendo más dura con las cuestiones de dinero y de bienes. En los últimos tiempos había tomado algunas costumbres raras. A semejanza de ciertos antepasados que, en épocas de guerra enterraban sus joyas y dinero debajo de algún árbol o lo ocultaban entre las cenizas del horno, a la abuela se le había dado por esconder sus alhajas en las jarras de agua, durante la noche. Elegía las de plata, porque no eran transparentes. ¿Qué ladrón podría pensarlas pernoctando en tales recipientes? Por cierto, nunca entró ningún ladrón, pero la abuela perdió más de un par de pendientes y collar con semejante método.

Oh, abuela, abuela Estanislada.

Esa mañana Fabian, con la carata delante, imaginó el llanto de la doncella de Estanislada, casi vieja como ella, perro guardián de fidelidad asombrosa; la congoja de la gente de servicio, que desde tantos años atrás estaba a sus ordenes; las idas y vueltas de los hijos, algunos tristísimos de veras, otros pura máscara; se fue la vieja, que en paz descansa, de los más. Pensó en la familia, claro, y en el consejo de familia inevitable: sin duda todos juntos, todos de negro, como los cuervos, todos

hablando en voz baja, abriendo y cerrando puertas con cuidado, bajando escaleras con detenimiento, sin hacer ruido, todos de luto, más juntos que en las vacaciones, en la estancia de Juan, más que en los nacimientos o casorios, porque la muerte es la gran convocante, y la muerte de la abuela era algo impredecible. Fabián sabía que Juan, en su fuero íntimo, pensaba que su madre -la abuela- era un poco tonta, siempre apegada a sus rezos y novenarios y un poco ave de rapiña. Pero sabía también que la respetaba y que, muerta ella, sobre él recaía la misión de mantener unida a la familia. Pobre Juan, lo que le esperaba.

Y los siguió imaginando, alrededor del cajón, sin duda instalado en la sala, con sus cirios y la gran cruz y el sacerdote. ¿Qué sacerdote? Conocía a tantos la abuela Estanislada. Y allí estarían, pensaba, bendiciéndola y rezando y sermoneando. Y claro, el asunto de la herencia. Y el de las rentas. Y el de los líos que sin duda habría dejado la abuela. Porque la abuela, si de algo huía, era del derroche, pero vaya si era mano larga para las donaciones a la Iglesia. Lo sorprendente era que el tío Juan, tan controlado en sus gastos y tan severo en la rendición de cuentas, le permitiera a su madre semejante piadoso desparpajo económico. Aunque la abuela, había que reconocerlo, no era de las que daban con una mano para que la ponderaran, mientras bajaba los ojos púdicamente. No, daba a troche y moche, y sin que nadie se enterara. ¿Cuánto habrá dado mamá de lo nuestro? Seguro que se lo estaba preguntando Juan. Pero Juan no era criatura capaz de perder el respeto a sus mayores. Por cuestiones de familia, porque la familia es la base de la sociedad, pero sobre todo, el fundamento de una sana economía doméstica.

Verdadera sorpresa la muerte de la abuela. La abuela había sido tan... suprema. Parecía imposible pensar que desde entonces todo giraría alrededor de Juan; que por el hecho de que la abuela hubiera muerto todo quedaba legado a Juan. Pero así era. Y para no tener dudas estaba esa extensa carta que le daba noticias de su muerte, a consecuencia de un cáncer de hígado, decía Juan, y decía también que, aunque había estado enferma bastante tiempo, tanto como para darse cuenta de que estaba llegando el fin de sus días, a pesar de eso, y de haber recibido muy lúcidamente el Sacramento de la Extremaunción, "mamá murió intestada", decía. Y pasaba a transmitirle la larga lista de bienes de su herencia, y cómo, por ser coheredero él, Fabián, debería hacerse presente o nombrar a un apoderado, a fin de no demorar los trámites que serían largos y quizá engorrosos.

Le advertía, también, que como la abuela Estanislada había sido tan afecta a los actos piadosos durante toda su vida, él, Juan y su hermano Nicolás pensaban disponer de una parte de su fortuna para donaciones a la Iglesia, pues sin duda ésa había sido siempre intención de la difunta. Juan, evidentemente, no se atrevía a desobedecer a su madre ni aun después de muerta.

Por encima de las letras, Fabián sintió cabalgar vuelo de campanas llamando a difunto. Y la imaginó ingresando en Recoleta, después de haber pasado por la calle Florida, como era habitual con los entierros prestigiosos, los altos brazos de la cruz hacia el cielo, y la familia junta, los ojos bajos, el luto estricto, las oraciones reiteradas. ¡Oh, abuela, RIP!

Pero Fabián ya no entendió los últimos párrafos: los primeros habían sido como saetas en su pecho. Estrujó la carta, se tiró en los brazos del amigo:

-Ahora sí que soy huérfano, Oriental -dijo y después lloró, y después, en alas del viento de la pena, comenzó a hablar sin parar, recordando su infancia, y a la abuela, y pésame por todo lo que la hice sufrir, pésame. Enseguida pidió unas cintas negras, y el mayordomo salió a buscarlas y cuando se las trajo las prendió del ojal de su chaqueta y tal vez se preguntó ¿el luto advierte sobre el propio

dolor?, ¿subraya la pena?, ¿es sólo una minucia social?

Pero no supo dar ninguna respuesta. Entonces, estimulado por la desazón, despidió a su amigo, dio órdenes de cerrar puertas y ventanas, de correr cortinados, de apagar luces, de cubrir timbres. El palazzo enmudeció. Y en el palazzo enmudecido, Fabián se metió en la cama.

No quiso ver a nadie.

No quiso hablar con nadie.

No quiso saber de nada.

Extravagancias del dolor: se sumió en el silencio. Porque el silencio se lleva bien con la pérdida.

-Oh, abuela, vos siempre decías que uno siempre pierde- lo que no valora. Pero yo sé cuánto valías, Estansislada. Y te he perdido.

## CAPÍTULO 6

# París es una fiesta

Para los italianos, ningún exceso en los duelos resulta exagerado. Imagínense, entonces: en Florencia para nada fue mal mirado el arrebatado que llevó a Fabián, después de la muerte de la abuela, a permanecer en silencio y quietud (como una mariposa aprisionada por un alfiler en el tablero que la mantiene inmóvil), encerrado en su palazzo, tapiado a cal y canto, negándose a ver o hablar con alguien, saturando la casa de llanto, como quien vomita su dolor en lágrimas, y dueño de una sola certeza: cuando pasa la muerte, qué solo uno se queda.

Pero todo llega a su fin. Aun los duelos. Un día, Fabián dijo basta. El calorcito del verano cosquilleaba en la piel porque promediaba junio, y los duraznos habían madurado, y los higos se llenaban de mieles, y los mozos estaban querendones. La fuerza de la naturaleza invitaba a levantar las vanas napas de tristeza. Fabián estaba pálido, estaba débil, estaba melancólico. Pero se fue recomponiendo en su estructura física y anímica. Para hacerlo necesitaba de sus amigos. Decidió volver a ellos. A Felipe Heyres, el Oriental hermano del alma; a la exótica bailarina circasiana de ojos repletos de oscuridad que sabían adivinar el porvenir, y había recogido una noche en cierto teatrillo de mala muerte de las orillas del Arno y encumbrado en las fiestas de su palazzo, al ruso, nihilista por su ideología, de cabellera hirsuta como un plumero y roja como el manteo de un torero; al príncipe tuareg Ibrahim, ornamento de las infinitas tertulias de sus noches florentinas, con sus exóticas vestiduras y sus cuentos de Las mil y una noches. Y volver también a las bellas de los Jardines de Boboli, ultimísima adquisición aquella noche en que recibió la luctuosa noticia de que era huérfano por segunda vez, como desde entonces acostumbraría a decir con ánimo apenado.

Pero antes de esos días de junio en que resucitó de su soponcio espiritual, escribió a su tío Juan, agradeció la deferencia de su anuncio y los cariñosos términos en que le fue transmitida la nefasta noticia, mandó, en la imposibilidad de hacerse presente personalmente, de acuerdo a sus sugerencias, el nombre de quien lo representaría en los complicados trámites que se preveían, y hasta tomó



algunas disposiciones personales. Si el tío Juan estaba decidido a ordenar que una parte de la herencia se distribuyera en misas y otras necesidades de la Iglesia, suponiendo la voluntad materna él, Fabián, obraba de otro modo, a saber: ... lo que se disponga por parte mía no deseo que vaya a manos de frailes, monjas, jesuítas, curas, etc., porque ya mi señora abuela ha dado suficiente a esta clase. Por el contrario, desearía que fuese arrojado al hospital o al asilo de mendigos o a otras obras verdaderamente piadosas. Así escribió y me digo tu aficionado sobrino, Fabián Gómez: así firmó. Pero ¿de qué se vengaba el joven? ¿Del padre Balan y el papelón que él, Fabián, había hecho, primero al forzar al cura, y después al embarcarse en su disparatado casamiento? ¿O le cobraba a la abuela Estanislada las largas jornadas de rezo de rosario, y los plantones de la misa, y los otros plantones, aquellos con los cuales inevitablemente pagaba sus trapiondas, arrodillado sobre maíces o granos de sal, en el húmedo sótano de la casona de la calle Reconquista, que siempre guardaba el olor de los quesos estacionados, de los vinos puestos a refrescar, y de las ratas que sus ojos imaginaban en la penumbra, con los colmillos prontos para ser clavados en sus canillas no bien se descuidara?

La abuela definitivamente ausente rubricaba, no obstante, su presencia en el recuerdo. Hasta entonces, Fabián había heredado. Ahora iba a salir a conquistar.

Antes de aparecer nuevamente en sociedad, Fabián se lomó un respiro para pispiar el estado de sus finanzas.

Hasta entonces había sido un mano rota que escribía pidiendo dinero, y como respuesta recibía dinero de su administrador. Ahora el tío Juan, con el asunto de la herencia de la que ambos participaban, le enviaba el inventario y la tasación de los bienes de la testamentaría de doña Estanislada Arana de Anchorena. Fabián leyó: una propiedad en la calle Piedras y otra en la calle Balcarce, y otra en la calle Moreno, y otra en la calle Defensa y otra en la calle Reconquista, y otra en la calle del Temple. Y un corralón en la calle Esmeralda, y otro en la calle Santa Fe y mi terreno en el Hueco de las Cabecitas, y una casa en la calle Cuyo, y una de altos en Rivadavia, y otra en Balcarce, y otra de altos en Defensa y otra en la calle Chacabuco, y otra en la calle 25 de Mayo, y un edificio en la calle Reconquista y otra, también de altos, en la calle Rivadavia, y otra, también de altos, en la calle Corrientes, y una MUÍs, otra vez en la calle Reconquista, y otra vez otra en Rivadavia, y una de tres pisos en la calle Cangallo, y otra vez en Rivadavia, y otra en Chacabuco, y otra de altos en la calle 25 de Mayo y un edificio en la calle Maipú, y un edificio en la calle Suipacha y otro en la calle Moreno, y una de altos en la Boca del Riachuelo, y una en la calle Colón, y una chacra en el partido de San Isidro, y un terreno en el pueblo de San Fernando, y otra chacra en el Partido de Morón, y un establecimiento en Pergamino, y dos sepulcros, uno moderno y otro antiguo y otra casa y otros edificios y otros campos y haciendas y haciendas y... Noventa millones... ¿Noventa millones?

Después venía la herencia de Nicolás Anchorena, el abuelo: casas, edificios, corralones, chacras, terrenos, en unas calles y en otras, en ésta y en aquélla y ¡ah! sepulturas y sepulcros, y sepulcros y sepulturas, antiguos y nuevos, nuevos y antiguos. La ciudad entera estaba minada con las propiedades de los Anchorena, para el más acá y el más allá, como un campo de batalla después de estratégico operativo invasor.

Fabián quiso pensar en los tiernos lugares de su infancia, en los dulces espacios en que había crecido. Pero no pudo: todo era magma que mezclaba esquinas de Buenos Aires, baldíos de los alrededores, extensiones inmensas de campos donde pastaba arisca hacienda, casonas que yacían

bajo el solazo o el claro de luna a los que perseguía con su mirada como entonces, pero en el papel, perseguía la suma que esos lugares convertían en dinero: setenta, ochenta, noventa... millones! Imagínense.

Tenía el mundo en sus manos. Así pensó en la soledad de la noche y en su palazzo aún clausurado, mientras escuchaba el tic tac del reloj en querella con su propio dolor, que como batir de alas había acompañado su duelo de anacoreta. Pero así como la sal es indestructible, lo es el corazón del hombre, ave fénix que resurge siempre de las cenizas.

Fabián se dispuso a desandar el duelo. Y a cabalgar sobre el mundo, porque sintió el galope de su sangre. Había superado su larga bajoneada, cuando se preguntaba ¿el consuelo de quién puede consolarme? Entraba en un espacio pleno de entusiasmo y excitación en el que todo volvía a interesarle. El duelo había aportado su cuota de dramatismo. Pero ya bastaba. Más de una vez, en vida de la abuela y en ocasión de su muerte se había dicho: abuela, me diste el pasaporte para Europa, muchas gracias. Con tu intransigencia, tutelaste mi viaje.

Lo dijo entonces, mirando el sol que renovaba la vida, esa mañana en que decidió levantar su clausura, volver a salir, dar la cara a la sociedad. Pero también decidió: no más Florencia: ahora, París. Porque París era la ciudad más hermosa del mundo, donde se encontraba lo mejor de todo. Sus edificios superaban en historia y armonía a cualesquiera; su Catedral de Notre Dame era inefable; la ciudad toda parecía entregada sin titubeos a la buena vida, al arte y al amor; escritores impíos que denigraban a Dios y a la vida eterna (esos que a la abuela la hacían suspirar) y otros creyentes, que apostaban al más allá y a la vida piadosa, entregados a la oración y, si se descuidaban un poco, al cilicio (y esa franja correspondía a aquellos que emocionaban a la abuela); en sus calles bullía la alegría y en los corazones de sus habitantes la decisión y el fervor. Más bien liberados en cuestión de sexo, a la legión de loretas y vidiores oponían conventos que lograban mantener un nivel aceptable de común denominador moral. Lo cual era una gran suerte. Sólo en algo París se quedaba atrás: no tenía como Nápoles, castrati, ese producto local que embellecía las óperas del mundo entero. Pero ése era sólo un detalle; hay tantas otras bellezas para canjearlas por i castrati.

De manera que Fabián se decidió, como quien arría sus banderas, a levantar su palazzo a orillas del Arno, cargado de excentricidades renacentistas, y se dispuso a organizar su traslado y nueva actividad a fin de renovar las personales energías espoleadas por el duelo. Fabián había oído en su casa de Buenos Aires que, para cualquier político o intelectual que pretendiera imponerse en su país o en España, el desafío consistía en conquistar Buenos Aires o Madrid, respectivamente. Pero que, para imponerse al mundo, había que triunfar en París. El se decidía por París.

Las obligaciones de su nueva vida iban a demandarle mucho más dinero. Pero ¿acaso no había comprobado, con la testamentaría de la abuela ante sus ojos, lo poderoso que era? ¿Habría gastos tan exorbitantes como para poder disminuir su fabulosa fortuna? Cualquiera diría no. Fabián dijo no.

Para imponer su reputación ante la gente, debería mantener un séquito de amigos -adulones-, oficiar de mecenas, comenzar a coleccionar bienes suntuosos (trámite iniciado en Florencia), rodearse de queridas y mandarse de vez en cuando alguna de esas excentricidades con su respectiva cuota de escándalo, predeciblemente afines a su espíritu, que tan bien sabía inventar y que tan pronto catapultaban a la fama. Nunca Fabián se había sentido estimulado como entonces. Estaba en condiciones de tener una capacidad de expresión tan notable como para poder llamar la atención de muchos. Llamar la atención sería para Fabián una fuente de placer.

Entonces, manos a la obra.

Llegó a París cuando ya hacía unos años se había apagado la última sonrisa del Segundo Imperio, la Exposición Universal. Y amó en seguida esa ciudad donde las casas eran más altas que los templos, a diferencia de Buenos Aires. Las puntas de sus iglesias pinchan el cielo, decía él. Y las de su pavimento, tus pies o el culo si te caes, le retrucaba Heyres. En aquella ocasión, los parisinos parloteaban como pájaros en tanto un tropel de augustos y anónimos visitantes, de señores con uniformes rutilantes y damas revestidas de resplandecientes joyas convertían a París y a la corte imperial en un carroussel que giraba y giraba bajo la batuta del maestro Offenbach, mientras un joven compositor vienes, Johann Strauss, enloquecía a la gente con su Danubio Azul. Nadie se daba por enterado, pero estaban bailando sobre un volcán.

En un principio no fue fácil conseguir ubicación. ¿Cómo descubrir una mansión de acuerdo a las expectativas de vida que pensaba llevar? Se entrevistó con agentes entendidos en transacciones y negocios, alquileres y ventas, lo pasó mucho tiempo sin que le presentaran ofertas. Pero ante todas meneaba la cabeza negativamente. Le resultaban ajenas a sus aires de grandeza, según señalaba el Mental meneando también la suya pero para decir nones a las exageraciones de su amigo.

Le trajo la buena ventura uno de los tales agentes, cuarentón siempre

impecablemente vestido, calvo de cabeza y bigotudo de cara, con pilosidades como manubrios en torno a su boca, el cual fue portador del anuncio una mañana en que había comenzado a llover. El sedal del agua pronto fue una pared y debieron resguardarse bajo techo. La lluvia picoteaba la tierra reseca y las palabras del cuarentón bigotudo los oídos de Fabián quien, como aún tenía un poco del mucho silencio anterior rezagado en su boca, se había vuelto parco en palabras y cauteloso de ánimo.

-Monsieur, creo haber conseguido la casa que necesita.

-¿Cómo sabe qué es lo que necesito?

-Porque usted me lo dio a entender, Monsieur.

-Hable entonces, pues.

Era una mañana de primavera que parecía haberle pedido prestados los días al verano, tanto calor hacía. Cierta señor atildado, dueño de una elegancia que cualquier apresurado hubiera llamado británica, pero que simplemente era rioplatense, superado el enredo de calles y gentío se allegó a una hermosa villa de los Campos Elíseos. Con manifiesta atención, apenas si disimulada por cierto aire distante, recorrió primero el entorno, sesgó una plazuela y luego se abocó, ya decidido, a estudiar los detalles de la mansión: las rejas, cancerberos dispuestos a defender la casa; la graciosa avenencia entre jardines y estructura edilicia; los ventanales, arriba y abajo, de corridos cortinados, sin duda para defender las habitaciones del inhóspito sol que las azotaba impiadosamente.

El caballero de la levita miró el conjunto. Aceptó el armonioso espacio que reunía la gracia de la naturaleza y la inteligencia del constructor. Consideró oportuno el lugar que ocupaba en el diseño de la ciudad; razonable el precio de la venta; tentadora, sobre todo, una instancia específica: la villa había pertenecido a la Condesa Manuela de Montijo, una española que allí había vivido con sus dos hijas, Paca y Eugenia, niñas aún y de notable futuro.

El vendedor de la mansión le contó a Fabián algo que Fabián ya sabía, aunque hizo como que no, porque le encantó el gracejo en el hablar del cuarentón calvo de pelo y piloso de bigotes como manubrios. Que mire usted lo que son las cosas, le dijo: esta última Montijo, la Eugenia, haría célebre a la madre y a la casta, más allá de su título rimbombante por herencia concedido, porque la niña, que era una granadina bellísima, oriunda de esos lugares que tienen olor a moro y a pueblos ahitos de sol, supo conquistarse el corazón del sobrino de Napoleón, el del Tercer Imperio. Y mire lo que son las cosas, le siguió diciendo, esta niña tuvo desde su cuna como una premonición existencial, digamos, porque ¿sabe usted dónde nació?

-En Granada, me lo acaba de decir -le dijo Fabián.

-Pues sí, señor, en Granada, pero no en la cuna condal que le correspondía, porque fíjese usted lo que es el destino: por entonces sucedieron cosas que no siempre suceden.

-¿Como ser?

-Como ser un terremoto, que fue lo que sucedió.

Dijo y de corrido pasó a contarle detalles de lo sucedido: la madre de la por nacer, que ya tenía síntomas de parto y negruras de desgarramiento, no se atrevió a esperar allí, donde ya se sentían vaivenes de piso y ondulaciones de techumbre, y por ambas cosas decidió huir de terreno tan movedizo como el de su casa, y entonces, con el estrujamiento de vísceras y dolores de parturienta, digo el señor vendedor calvo de cabeza y piloso de cara-, marchó la señora hacia un bosquecillo vecino y allí, créame usted, en plena intemperie y entre los lirios y las rosas y el pastizal, la niña Eugenia vino al mundo. Y bien que lo recordará siempre la dicha niña Eugenia, aunque todo eso sólo lo sabrá de oídas, claro está, y si la madre tembló por la salud de la pequeña, jamás podría haberse imaginado que la niña iba a llegar a vivir los años de gloria que vivió y está tan pero tan bien, según dicen, que hasta podrá llegar a ser nonagenaria ¿qué me cuenta?, cuenta el hombre y prosigue con su chachara. Por su parte, el padre,

Cipriano de nombre, animoso de espíritu y amigo de andar en lides políticas, muy querido por Eugenia, aunque vivieron casi toda la vida separados, el padre, digo, dijo el hombre, militar de profesión, en la batalla de Trafalgar había perdido el brazo izquierdo; después se quebró una pierna en otra batalla y, colmo de los colmos, al poco tiempo un fusil le estalló en el ojo para dejarlo privado del tal ojo, al cual Cipriano le puso un parche y \a oirá cosa, mariposa! Porque, aunque tan menguado de físico, para nada pusilánime de ánimo, y con gran sentido del humor, el hombre se decía: menos mal que tenemos dos brazos, dos piernas y dos ojos, si no...

Y razonó el vendedor:

-Porque a veces los Grandes de España tienen bajos sentimientos pero otras veces los Grandes de España pueden tener grandes sentimientos - concluyó el cuarentón calvo de cabeza y piloso de cara.

¿Qué más podía apetecer un corazoncito expectante como el de Fabián, puesto que Fabián era el mentado señor de la levita, poseedor de una elegancia que parecía británica pero que simplemente era rioplatense? Pues nada más. Decidió comprarla. Se alejó de la mansión con el corazón abierto a la perspectiva de su nueva vida allí, en la casa en que añares atrás quien llegaría a ser Emperatriz de los franceses, Eugenia de Montijo, había comenzado a hacerse mujercita. Y si algo emocionaba al rioplatense, era pensar que por esos espacios que iban a ser suyos, Stendhal y Próspero Merimée habían llenado de sueños las cabecitas de Paca y Eugenia de Montijo. La de Eugenia, sobre todo. Alguien le había comentado: la Emperatriz en algún momento confesó que el hombre que conoció en la intimidad de su casa como señor Beyle (y que pasaría a la posteridad como Stendhal) fue el primer varón que hizo latir su corazón con sus historias de reyes y afines. Y el que corregía el mal francés de sus cartas al futuro Emperador, era nada menos que Próspero Merimée...

Lindas historias, ¿no les parece?

El vendedor le seguía hablando entusiasmado: había comprendido que el costado débil del posible comprador era ser tan sensible ante sus

chisporroteos anecdóticos. Entonces, didáctico, le estaba informando:

-Pues sabrá usted, señor, que la Condesa de Montijo, de nombre Manuela, vivía en París por los líos políticos de España, que siempre anda de la Ceca a la Meca por esas eternas picas entre monárquicos y republicanos. En uno de esos líos se metió don Cipriano de Montijo y, para poner a salvo a su mujer (y alejarla de sus muchos y sucesivos amigos) y para resguardar a las niñas, no encontró mejor camino que enviarlas a París. Y aquí estuvieron, entonces, en los Champs Elysées: doña Manuela y la Paca y la Eugenia, en esta mismísima casa que le estoy ofreciendo.

El negocio, el fervor gálico y quizá algo de su asma casi dejaron sin resuello al cuarentón calvo de cabeza y piloso de cara. Pero con tales historias y tanto esfuerzo, terminó por convencer al rioplatense. Fabián, no obstante, previo al pacto con el vendedor, después de una visita a la villa, cotejó su decisión, como solía hacerlo usualmente, con la impresiones de Felipe Heyres. Aunque el Oriental participaba del interés de Fabián, se sintió en la obligación de oficiar de abogado del diablo presentándole algunos reparos sobre esto o aquello. Pero Fabián derribaba sus objeciones como el viento aventa la paja de un espacio abierto, sin titubeos y con rapidez.

-Cuánto fuego en tus respuestas, mi amigo.

-Es que salen de una hoguera.

-¿Dónde está la hoguera? -preguntó brindándole su sonrisa más cálida.

-Aquí -dijo Fabián señalándose el pecho.

A veces Fabián tenía un modo rasante de decir las cosas.

Sí: Fabián se había enamorado de la casa de la Condesa de Montijo como quien se enamora de una muchacha. Y como en su momento había gastado un fortunón en adornar y divertir a la Josefina Gavotti, en esa ocasión se puso a buscar preciosuras para prestigiar la casa que había cobijado los sueños infantiles de Eugenia, la Emperatriz de Francia, y de Paca, la Duquesa de Alba. Comenzó a comprar suntuosos muebles y a adquirir estatuas de todo estilo y escuela, pero siempre de altísima calidad y precio

exorbitante. Compró los Cuentos Completos de Bocaccio, que estaban de moda, forrados en láminas de oro. Y una Biblia, en recuerdo de su abuela Estanislada, en pergamino y pécari. Y una cigarrera que por un lado ostentaba la hermosa cabeza de María Antonieta, no hacía tanto decapitada y, por el otro, el cuerpo de la misma María Antonieta, dislocado por obra y gracia de Madame Guillotín. Pero, así como el Emperador Napoleón III, antes de partir para la guerra de Crimea, envió su platería y sus cigarros, Fabián, antes de inundar su mansión con las nuevas adquisiciones depositó allí sus elementos personales, aquellos que desde siempre lo acompañaban: el retrato de sus padres, el de la abuela Estanislada (por ser difunta reciente con su correspondiente crespón), el del caballo que había sido el primero en la larga nómina de los que tuvo, en trance de sonoro relincho, algunos libros y ciertas alhajas. ¡Ah! Y los títulos de sus propiedades. En el trajín, del antiguo pozo de melancolía pasó, casi sin transición, a un espacio entusiasta y exaltado. Pero ya está dicho: se había enamorado nuevamente. Esta vez de su villa. De manera que estaba Fabián trotando por anticuarios y estudios de artistas a fin de hacerse de cuadros y de piezas de orfebrería, y de antiguos ornamentos, y en el trajín se iba convirtiendo en un coleccionista. Mi admirado maestro José Saramago dice que hay muchas personas que ocupan el tiempo que les sobra de la vida juntando cosas: sellos, monedas, medallas, jarrones, postales, cajas de cerillas, libros, relojes, camisetas deportivas, autógrafos, piedras, muñecos de barro, latas vacías de refrescos, angelitos, cactus, programas de ópera, encendedores, plumas, búhos, cajas de música, botellas, bonsáis, pinturas, jarras, pipas, bibelots de cristal, patos de porcelana, muñecos antiguos, máscaras de carnaval (se podría agregar mucho más). Dice Saramago que lo hacen, probablemente, por algo que podríamos llamar angustia metafísica, y morque con sus débiles fuerzas quieren poner algún orden in el mundo (o en el caos del mundo). Creo que Fabián no obró llevado por ninguna angustia metafísica, sino por exceso de dinero. Y porque poco a poco fue encontrando el gusto a las



cosas esplendorosas, aunque fueran de refulgir secreto. Sin quererlo, quizá llevado por su espíritu gastador, como el burro sigue la zanahoria puesta delante de su hocico, aprendió a rastrear el origen de ese petit meuble, de aquella joya, de esa otra estatua puesta delante de sus ojos avizores. Y fue tomándole el gusto a la tarea, él tan poco propenso al hacer. Se estaba volviendo artista.

Si hasta entonces le habían gustado las obras hechas por Dios en la naturaleza, a saber, las mujeres, los paisajes, el olor de los pastizales en sus estancias pampeanas, el del mar, apreciado en los largos días pasados en el barco que lo había traído a Europa, desde ese momento comenzó a preferir bienes antes apenas tenidos en cuenta, en los que por sobre todo brillaba la belleza y el prestigio otorgado por los años: una moneda antigua, el marmóreo torso de un griego, la pétrea túnica de alguna vestal extraída de las ruinas de remotas ciudades o de lagos anulados por los siglos o por napas de lava durante calamidades geológicas.

Y así como el deseo lo había ido llevando tantas veces de una mujer a otra, estos anhelos sucesivos de cosas bellas, lo hacían vivir en un perpetuo frenesí por alcanzar lo apetecido, como un don Juan de nueva índole. ¿Acaso este espíritu no señala el íntimo motor de un coleccionista?

En fin, convertido en un hombre a la moda, atrapado por las luces de tantas bellezas ajenas que iba haciendo propias, muy a menudo Fabián se sentía como navegando en un mar de fantasías que dejaba atrás, en la casi irrealidad, a Buenos Aires y su gente. No obstante, en tanto se entregaba a esas múltiples búsquedas que más que búsquedas eran aventuras, la relación epistolar con el tío Juan, que por tuerza de circunstancias sucedió a la muerte de la abuela Estanislada, pasaba por diversas etapas.

Veamos: la primera carta del tío Juan (la de la noticia de la muerte de Estanislada) lo había apenado; la segunda, en la cual le daba datos de la testamentaría, lo había consolado al confirmarle cuan rico era gracias a tanta herencia; la tercera, en la cual el tío lo increpaba por no decidirse a regresar a Buenos Aires a fin de poner el hombro en los arduos problemas

suscitados por la testamentaria, lo había disgustado; la cuarta lo había enfurecido, "porque el tío se las está dando de santito. Y porque, mira vos, quiere hacer de tutor, qué te parece", se dijo y le dijo al Oriental.

Pero en algún momento las palabras del tío tocaron su corazón, más que insensible, aturdido. Por ejemplo: el bueno del tío Juan le escribía "ya es tiempo de poner fin a las expansiones a que te entregas". Y él pensaba: qué mierdita el tío Juan. Si él recién estaba comenzando a vivir la vida que siempre había apetecido. ¿Acaso podía tentarle la que había hecho el tío Juan o el otro tío, Nicolás, ambos lidiando siempre con administradores y empréstitos y arrendatarios y políticos y...? ¿O las tías y primas, todas cargadas de hijos, todas encerradas en sus casas, sin saber nada del mundo y de lo que el mundo ofrece?

A Fabián le gustaba ser rico. Creía saber ser rico. Porque potentado no es sólo quien tiene dinero y bienes, sino aquél que sabe apasionarse y disfrutar las cosas bellas, sea de la índole que fueren: un paisaje, cierto objeto, aquella joya, esta mujer. Facetas, aristas, características todas, simplemente, de lo bello, que es armonía, equilibrio, luz, pasión. Cuántos sueñan, ah, inútilmente, con esa perpetua tentación que ofrecen anticuarios, tenderos, libreros, inversores. Y los otros, esos espacios para el esparcimiento que mucho abundan en París. En ellos los ricos pueden chapotear alegremente durante horas, ya sea en el Palais Royal, o en Saint Germain, o desde el Luxembourg hasta Montparnasse, o desde l'Ille de Saint-Louis hasta el Marais o desde L'Opera a L'Etoile... Oh, París, Tierra de Promisión, Meca de tantísimos deseos. Todo al alcance de la mano de Fabián, porque era rico como para hacer de sus sueños, realidad.

Por lo demás, estaba disponible.

Cuando llegó a Europa, Fabián iba vestido como rio-platense; es decir, mal. Pero se esmeró. Con el concurso de los sastres de moda y su innato sentido de la elegancia, que lo llevaba a fijarse en los demás, a prestar atención a cómo se mostraban los otros, los importantes. Todo era inédito para él, que había tenido una visión provinciana, tal vez elemental de las cosas, hijo

como era de gente con plata y abolengo, sin duda, pero circunscripto a geografía y mentalidad cerrada. Pero se había ido construyendo de acuerdo a las modalidades que mejor respondían a su propia sensibilidad, abierta, era verdad, a lo nuevo, a vestir del modo correcto, es decir, según los dictados de la moda, pero con toquecito personal, con detalles inéditos, como ese poncho negligentemente echado sobre los hombros, por ejemplo, que lo singularizaba tanto como para que a su paso dijeran: allá va el sudamericano. Y así, de descubrimiento en descubrimiento, de adaptación en adaptación, pero también innovando, fue conociendo códigos, aprendiendo tics, descifrando guiños, entendiendo signos y manías y, sobre todo, madurando hasta emerger como un cabal hombre de la sociedad, un dandy prometedor. Farolero como él solo.

El rumor de la calle, el paso de las bellas, la augusta mole de tanto edificio señorial, todo era fascinante. Todo parte de ese sueño soñado: París.

El Oriental, cuando lo veía tan embobado, se reía:

-Touché -le decía.

Ahora bien: si a él se le iban los ojos detrás de los parisinos, a los parisinos los entusiasmaba la irrupción de semejante personaje. Sin ir más lejos la noche anterior, en el palco de la Opera donde estaba, como siempre, acompañado de sus amigos, hacia él se dirigían los gemelos de muchos, incluidos, o quizá, por sobre todo, los de varias beldades. Se dio cuenta porque se lo dijo uno de los que compartían el palco, un árabe de cara estrecha y mirada de sarraceno que lo acompañaba desde hacía un tiempo. El Oriental decía que el tal árabe tenía la cara tan pero tan angosta que cualquiera con una sola mano podía agarrarle las dos orejas. Pero el Oriental era un exagerado. El árabe, esa noche, hasta un rato antes, había mirado a la gente a través del humo de su cigarro, en el vestíbulo. Entonces, lo hacía a través de sus prismáticos. Y sus prismáticos apuntaban a un palco delantero donde se aglutinaba un conglomerado tan heterogéneo como aquel en el que ellos mismos estaban, pero con amplia mayoría femenina. Después de las miradas fueron las sonrisas y luego la invitación.

La cuestión fue que todos concluyeron en la villa de Champs Elysées. El alba encontró a muchas de las damas en las camas de los caballeros. Esa noche en la villa que había sido de las Montijo y entonces era del Gómez y Anchorena, se había preparado un banquete para después de la función. Y al banquete llegaron los que ya estaban invitados y los citados por el árabe con mirada de sarraceno. Uno de los primeros en hacerse presente fue el Duque de Sesto, personaje importantísimo de la corte española en el exilio, acompañado por su mujer, Sofía de Troubetzkoy, a quien se veía rubia, espigada, con cintura de avispa y ojos de zahori. Se decía que era hija del Zar. Al Duque de Sesto, por su parte, todo el mundo, incluida la reina, lo llamaban Pepe Alcañices; su padre había sido mayordomo de Isabel II, por lo cual conocía al dedillo los entresijos de la Casa Real. Siempre elegante, vestido a la última moda, socarrón, mundano, con su rostro enmarcado en grandes-patillas y perita y mosca de acuerdo a la usanza de la época, era un hombre culto y encantador al cual la reina había designado tutor del Pretendiente. Con España sobre un volcán, y con el Pretendiente convertido en un hombrecito;, el Duque de Sesto y su gente apresuraban los pasos para que regresara al Trono y a España. Flor de trabajo.

De esas cosas venía dispuesto a hablarle a Fabián esa noche fiestera. Ahora bien, los invitados de última hora, que desconocían la mansión del rioplatense, no pudieron menos que abrir los ojos, impresionados por el lujo y el buen gusto que reinaba por doquier. Pero sobre todo por la Venus de alabastro que los recibía, cercada de cortinados rojos, iluminada por luces rosáceas que hacían del mármol carne real y palpitante. Pero la sorpresa fue mayor cuando promediaba la cena. Al son de una trompeta, que se encargó de tocar Felipe Heyres, con veleidades musicales además de poéticas, diez mozos introdujeron en el salón y pusieron en la mesa, a la luz de las bujías y entre tintinear de copas y los ¡ah! y ¡oh! de los comensales, ¡un salmón de dos metros de largo! \Voilà\ ¡Relleno de caviar! Así eran las fiestas de Fabián. Y aunque no era el único en esos años locos,

entre todos se hacía notar él, el rioplatense de los Anchorena, con su caudalosa fortuna y su juventud atrevida, brindando a París espectáculos inéditos. Que era lo secretamente soñado.

Promediada la reunión, se produjo cierto altercado que si no llegó a mayores puso en evidencia facetas de esa sociedad en ebullición. El ruso de pelo y barba roja e ideas anarquistas comenzó a discutir con uno de los caballeros españoles que desde la instalación de Fabián en París se habían hecho hábitos de sus tertulias y salidas. El ruso discurrió, primero con calma y después exaltadamente, en alas de su ideología y del alcohol ingerido, acerca de las virtudes de una sociedad igualitaria y sin leyes que no sofocaran las iniciativas del hombre. Acto seguido celebró, mediante brindis y aplausos, las agitaciones populares que se estaban dando en varios lugares contra la opresión de monarquías y reyes. Entró a tallar uno de los españoles, el Marqués de la Casa Irujo, con ánimo indignado y voz altisonante. Y otro más. Y otro, porque eran varios los de la Península para quienes París era exilio, pero también fragua de resistencia, desde donde el Duque de Sesto preparaba las huestes laboriosas que obrarían el retorno de los reyes a España.

Como sucede en casos semejantes, cuando el alcohol y la pasión avanzan, los ánimos se exaltaron, las voces subieron, los puños se prepararon, los forcejeos llegaron. Pusieron calma quienes oficiaban de mirones. Con dificultad, al fin las aguas volvieron al cauce natural del río, de donde no debieron haber salido.

Pero un francés no pudo menos que terciar:

-Así pagan nuestra hospitalidad. Estos españoles pasan nuestras fronteras como si fueran portillo de vecino y imírenlos! En lugar de agradecer, hacen líos.

-Yo creía que los franceses eran generosos -tronó el ruso.

-Es la costumbre, pero no la regla -acotó un francés.

-Además, toda regla tiene su excepción -completó una damisela con mohín encantador.

Los líos casi se reanudaron a consecuencia del galo.

Pero terció Fabián, con su melancólica calma, y todo se disipó en nueva ronda de alcoholes.

Acallados los ánimos, uno de los españoles, precisamente el Duque de Sesto se le acercó. En la trifulca había notado que, sin tomar parte abiertamente, en razón de su condición de dueño de casa caballerosamente inquieto por guardar equidad en las opiniones de sus contertulios, Fabián había mirado con beneplácito la defensa de los españoles.

Lo llevó a un aparte y comenzó su coloquio introductorio:

-Mientras Moisés, en lo alto del Sinaí, conversaba con Dios, el pueblo, en el valle, comenzaba a adorar el becerro... Mi amigo Gómez y Anchorena: nosotros, que no somos ni Moisés ni la plebe, hablemos como hombres -dijo y, tomando una copa de whisky, y dándole otra al dueño de casa, lo llevó a un rincón.

-Amigo -agregó acercándose aún más-, ¿ha tenido usted oportunidad de conocer a la Reina Isabel?

-Pues mire, no he tenido el gusto. Aunque, por cierto, i estoy al tanto de su odisea y de su actual situación. Cosa que lamento. Mi familia descende de españoles, y en mi casa se ha respetado siempre a los Borbones -sacó Fabián a relucir su estirpe, aunque no ignoraba los rumores de muchos que hacían a los suyos descendientes de judíos venidos de Portugal, y no de sangre castellana.

-Pues puedo asegurarle que a Su Majestad le interesaría mucho ponerse en contacto con un sudamericano que no ha dejado mancillar el nombre de Su Digna Persona en su casa -dijo el peninsular acariciándose los bigotes engomados.

A Fabián le pareció exagerado el comentario porque, en verdad, él apenas si había metido baza para que la sangre no llegara al río. Pero consideró interesante la invitación. ¿Qué mejor para un coleccionista como era él, que poner en su nómina a una reina, y a una reina destronada, y a una reina que ivaya con la fama de la destronada!

-Créame usted que conseguiré una entrevista. No pasará mucho sin que pueda usted conocerla.

-Estaré encantado, duque. Encantadísimo -contestó.

Fabián fue solicitado por algunos invitados que se iban. El Duque de Sesto lo miró con simpatía y para sí murmuró: esta flor le faltaba a mi ramo. Sor Patrocinio tendrá manos para sacar santos, pero a fe mía que yo la tengo para conseguir socios.

En eso estaban, algunos invitados, yéndose, Fabián despidiéndolos, Pepe Alcañices reflexionando, cuando entró sumamente convulsionado uno de los amigos españoles, arrebatado el rostro, jadeante el pecho, temblorosas las manos, desarreglada la ropa por el apurón, y ante la pregunta de todos, qué pasa, qué pasa por Dios, tirándose sobre un sofá exclamó:

-El general Prim... el general Prim ha sido asesinado. Con tal noticia, el peninsular más apático se hubiera puesto nervioso.

No hacía mucho las multitudes cantaban:

La libertad de España  
anda por el mar  
y ha entrado por sus puertos  
a hacerse respetar.

Y entonces, difunto. Vaya. Porque Prim era el hombre que había enviado al exilio a la Reina Isabel y su Corte sin decir agua va.

## CAPÍTULO 7

# El Palacio de Castilla

Por la ventana observó cómo se alejaba cielo arriba una nubecita blanca. Dejó la última carta del tío Juan sobre su escritorio y dijo en voz alta, aunque nadie podía escucharlo:

-A la mierda, tío Juan. Ya es suficiente.

Mal le caían los sermones por más que salieran de la boca de otro Anchorena y llegaran por escrito, vía ultramar. Imagínense.

-Lo lamento -se dijo-. Cada cual en lo suyo.

Se encogió de hombros con el estilo recién aprendido, de hombre mundano, y pasó a su vestidor para probarse un saco comprado hacía poco. Manga raglán le habían dicho que era esa manga de corte desusado. Y le agregaron algo más: había sido inventada precisamente por Lord Raglán, un inglés a quien por faltarle el brazo derecho se las había arreglado para disimular su carencia con tal innovación. Buena idea, se dijo, mirándose en el espejo biselado que reproducía su figura: elegante, de ojos negros, algo melancólicos, espesa cabellera partida al medio y bigote engomado, la última moda.

Entonces, bien emperifollado, en su corbata de seda color tabaco, como quien pone una firma, pinchó un alfiler. De diamantes.

Y marchó a la real cita.

Ya lo sabía, pero igual le llamaron la atención las manos. Blancas, de dedos rollizos y nerviosos, con esas manchas entre rosadas y pálidas: herpes. Enfermedad herpética: ese fue el diagnóstico cuando era apenas una niña. Decían que desde que nació tuvo los síntomas del mal. En las manos, en los codos, en las rodillas. Como remedio, baños aquí y allá, en lugares señalados por la ciencia médica y la recomendación de damas entendidas, a lo largo de los años. Y pócimas, y aguas milagrosas. De todo. Pero inútilmente. Allí estaban, floreciendo en las manos de Isabel II, la ex reina de España. Pero ella como si nada: movía las manos con gracia, llenaba de anillos sus dedos, jugueteaba con las joyas que adornaban sus manos, hacía ademanes subrayando palabras, personas, carcajadas. Decían que su amiga,



la monja Sor Patrocinio, seguía usando mitones aún muchos años después de aquel episodio en que sus manos sangraron porque en ellas aparecieron los estigmas de Cristo en la Cruz: las manos ya no tenían las Sagradas Llagas, pero ella, pudorosa, las escondía, como quien oculta el secreto que alguna vez fue. En cambio Isabel II, de carácter expansivo, de genio alegre, de palabra fácil, casi un torbellino, sincera, francota, no ocultaba nada. No ha escondido sus amantes, no ha escamoteado las divergencias con su marido, Francisco de Asís, no oculta esa desgracia, su psoriasis. Así había sido siempre, así entonces, cuando estaba en el exilio, destronada. Seguía siendo hermosa. Sus ojos, azules y luminosos, con desparpajo, reían con ella, miraban de frente, a veces escondían cierta ráfaga melancólica. Decían que un pintor la retrató muy bien pero, cuando llegó a los ojos, los llenó de oscuridades. ¿Cómo iba a ser una española de ojos claros? Se olvidó de los celtas, claro. Pero allí estaba Isabel, con esos dos lagos azules que no perdían destellos por más que la azotaran inconvenientes y problemas.

El peinado de la reina era complicado: dos bandeaux se dividían en lo alto de la cabeza. Cada uno de ellos partía con rumbo distinto hacia la nuca, y allí, mientras uno quedaba amarrado el otro caía en cascada de pequeños ricitos. Más o menos así era el peinado de Isabel II, salpicado de brillos provenientes de parte de las alhajas que la reina había llevado consigo al destierro. Decían que el rey consorte no le dejaba vender sus muchas joyas, porque eran el reaseguro de la pensión que le pasaba para que la dejara en paz.

Estaba engordando Su Majestad. Ella misma lo decía: estoy sobradísima de carnes. Pero ¿qué hacer? Había sido amazona como pocas, nunca le ahorró al cuerpo cabalgatas y jornadas de caza, batió aves del cielo y animales de la tierra en cacerías innumerables pero entonces, con esa vida sedentaria, sentía cómo ganaba en gordura lo que perdía en agilidad. Vaya, por Dios. Comenzaba regímenes, suprimía golosinas, eludía comidas... cuando se acordaba. Lo cual ocurría en contadas ocasiones.

Pero siempre castiza y alegre, expansiva y dicharachera. Ocurrente. Su Palacio de Castilla era centro de animosas tertulias y veladas culturales. En ellas siempre aparecía algún mago del Grand Cirque Colvi, o cierto personaje histriónico, o una cantante célebre o un torero de prestigio. Cuando Fabián se acercó a ella la vio, nave voluminosa pero grácil, moviéndose entre lujosos cortinados, mantones de Manila desparramados aquí y allá (señales españolísimas pero quizá inoportunas) y el inevitable frufu de sedas, cubierta de joyas. Se desplazaba con donaire sin par en el salón de ese Palacio llamado Hotel Basilewski, por haber pertenecido a un inmigrante ruso, pero entonces era el Palacio de Castilla, en la avenida del Rey de Roma y la rué Dumont D'Urville, de París, cerca del Arco de Triunfo. El Palacio remedaba, en pequeña escala, el de la Plaza de Oriente donde había sido Señora Soberana. La Reina lo había adquirido por consejo del Duque de Sesto, cuando éste se dio cuenta cómo se helaba y aburría la real familia en el Castillo de Pau, por más que la Emperatriz Eugenia lo hubiera acondicionado con florcitas de lis y chucherías valiosas para recibir a los ilustres exiliados que habían puesto los pies en polvorosa.

-¿Así que tú eres el sudamericano? -preguntó y su pregunta llegó a él en alas de una dulce sonrisa cuando lo presentó el Duque de Sesto, a quien llamaban, como les dije, Pepe Alcañices.

Isabel tutea a todos: a sus hijos, sus Ministros (ahora ex Ministros), a los Embajadores. Sólo se ha salvado el Santo Padre, ese bendito Pío IX a quien ama tantísimo. ¡Ah! y el padre Claret, su confesor de muchos años. Cuando escuchó las habladurías contra la Reina, el bendito dijo: con tantos chismes favorecen la revolución. Después, cuando vio cómo en verdad eran las cosas, la amenazó mil veces con abandonarla si seguía permitiendo la entrada a Palacio de sus favoritos de turno. Las malas lenguas decían que el padre Claret le había conseguido del Pontífice una bula que daba vía libre a sus escaramuzas sentimentales en favor del heredero imprescindible para la consolidación del Trono. Pero esas eran mentiras: el padre Claret era un

santo que no terminaba de curar sus espantos. Si permanecía allí era por obediencia y para salvar un alma que, además, era alma de sustancia real. No obstante, se había hecho popular una copla:

Pro causa naturae,  
el padre Claret  
una bula obtuvo  
para la Isabel.

Imagínense: puras mentiras. Para peor decían que la bula había sido otorgada por una limosna de doce millones de reales. Y que la Reina, decían, como para nada conocía el valor del dinero, a cuantos se le ponían a tiro les preguntaba: dime tú, ¿te parece que treinta millones de reales serán pocos? Cuando el Oriental se enteró del chisme, reflexionó: Pero ¿para qué quería la Reina saber el valor de la plata si quien pagaba era el Estado?

Al final, el padre Claret se fue, harto de los disparates de la coronada. Pero, volviendo al tuteo: si la reina tuteaba a todo el mundo ¿por qué no iba a tutear a ese joven buen mozo y tal vez algo tímido que la estaba mirando con atención no exenta de ternura, aquella tarde de otoño del setenta y cuatro en que recibía a sus amigos en su Palacio de Castilla de París?

Fabián se inclinó y besó la mano augusta. Allí fue cuando descubrió, bordeando la muñeca, perdida entre puntillas y brillos de joyas, cercada por un grueso brazalete, la mancha delatora del viejo mal. Esa tarde descubriría otras cosas, además: la obsecuencia de los amigos, alertas para recibir o solicitar siempre algo de la mano real; los conciliábulos de quienes apostaban a la Restauración del Trono; las envidias de unos; las esperanzas de otros; el sutil juego social mezclado con los intereses y... el amor a España. Porque también estaba, aunque muy opacado por ambiciones personales, el amor a la patria. Pero en ese momento el rioplatense se quedó prendido de los ojos azules que lo miraban casi con sorprendente ternura.

-Sí, Señora -contestó Fabián con voz que buscó ser aplomada porque, aunque acostumbrado a andar entre gente de pro, nunca le había tocado enfrentarse a una reina-. Sudamericano, argentino, Señora: de una tierra donde Su Majestad es muy amada.

Y pensó en la abuela Estanislada, siempre acordándose de los Borbones y de las relaciones de los suyos con distintos prohombres de la familia real. Alguna vez la había escuchado decir: Los Borbones son una familia imprescindible. Los ojos azules lo miraron con un dejo sobrador.

-¡Ah!, sí. Pampas llaman a esas tierras ¿no? Pero a mi padre, el Rey Fernando VII lo dejaron sin ellas...

Fabián se acordaba, por cierto de ese personaje, Fernando VII, en cuyo nombre se había hecho la revolución de sus tierras rioplatenses. El Rey, que primero había sido llamado el Deseado, y después el Indeseado, comparaba a su pueblo con una botella de cerveza: yo soy el corcho de la botella que hicieron saltar, decía. La revolución el espumoso líquido que me hizo saltar. Cuando murió, Fabián lo recordaba, le dedicaron unas décimas:

-Murió el rey y lo enterraron.

-¿De qué mal?

-De apoplejía.

-¿Resucitará algún día  
diciendo que lo engañaron?

-Eso no, que le sacaron  
las tripas y el corazón.

-Si esa bella operación  
la hubieran ejecutado  
antes de ser coronado  
más valiera a la Nación.

Sí, ése era el mentado Fernando VII, el padre que Isabel había recordado.

-Los pueblos sueñan con la libertad, Señora... -musitó algo confundido por

la imprevista estocada.

-Sí, sí, lo entiendo -condescendió la ex reina. Y como  
ÍMudóle una ayudita, agregó-. Además, allí estuvo el asunto de los ingleses,  
que apresuraron las cosas. Y los franceses, haciendo las mil y una en  
nuestra península. Hijo, la política es muy compleja. E imprevisible. Mírame  
a mi -agregó meneando al cabeza, mientras lo tomaba del brazo y conducía  
hasta la terraza abierta al jardín, que daba a la Rué Dumon d'Urville y la  
Avenida Kleber.

Como dos pájaros, sus ojos huyeron hacia el cielo buscando las estrellas  
que comenzaban a brillar.

-Mírame a mí -repitió-. Dicen que he sido una de las reinas más amadas en  
mi país. Apenas nací, me prepararon para eso, para ser reina. Por milagro  
de herencia goberné, hijo. Traté de hacer las cosas lo mejor que pude... y  
no hubo caso. Es tan difícil. ¿Sabes? En ocasiones uno manda, pero no  
gobierna. Y mi querido país es muy difícil. Pregúntaselo al pobre Amadeo  
de Saboya. Tú sabes... No, tú no puedes saberlo, porque eres  
sudamericano. Pero, si vas a vivir entre nosotros, vete enterando. ¿Sabes?  
Mis amigos, los políticos, después de defenestrarme se pasearon por  
Europa con la corona de España en el bolsillo, o tal vez en las maletas, para  
ofrecerla. Al fin picó el anzuelo Amadeo de Saboya: lo llevaron, lo  
instalaron en mi Trono, lo votaron las Cortes, pero ¿acaso va a durar? Está  
sobre un hilo, como el equilibrista... que no es. Questo non é un paese!  
Questo e una gabbia di pazzi!, se queja el pobre que ni siquiera habla el  
español! ¿Sabes?. Le dicen de todo: hasta le han dedicado una sátira  
grotesca, El Príncipe Lilu. El protagonista es Macarroni I. Más claro,  
échenle agua. ¡Ah! y ¿sabes? En una función a la cual había concurrido don  
Amadeo, unos rapaces interrumpieron para cantar el estribillo:

Cicirinella tenía un gallo  
E tutta la notte montaba a caballo.  
Montaba la notte bella

¡Viva el gallo de Cicirinella!

Dijo y cantó la reina destronada. Y después concluyó:

-Cómo la estará pasando de feo el pobre don Amadeo de Saboya. Ah, per Bacco, non capisco niente, dicen que dice. No creo que pase mucho sin que se vaya y renuncie a la Corona. Su mujer no se cansa de repetir: cuando me vaya ial fin podré dormir tranquila!

Meneó otra vez la cabeza, como confundida. Pero, imprevistamente, lanzó al aire una límpida carcajada. Quién sabe qué asociaciones se habían atado en su cabeza. Algo entendió Fabián cuando le dijo:

-Mira: yo me tuve que ir del Trono y de mi país por culpa de la Revolución. La Gloriosa, la llamaron ¿sabes? Pero el pobre general Prim tuvo que quedarse con ella... Y así le fue. Por más que sus adeptos hayan canturreado

En el puente de Alcolea  
la batalla ganó Prim  
y por eso lo esperamos  
en las calles de Madrid.

Escuchándola, Fabián recordó unos versos que los paisanos de la península no sólo decían sino que también llevaban escritos en pancartas en sus revolucionarias correrías callejeras:

Ni un solo crimen empaña  
nuestra gran revolución;  
ser libre sin un borrón  
no se hace más que en España.

Por cierto, Fabián sabía que, en otros lados, las canciones eran muy distintas. Como ésta:

Las lavanderas del río  
no quieren Constitución

porque con este sistema  
no pega bien el jabón. ¡  
Viva el Rey! ¡Viva el Rey!  
¡Viva el Rey y la Religión!

Así cantaban los realistas.

La Reina miró durante unos instantes más las estrellas volvió a tomarlo del brazo, esta vez para apoyarse en él.

-Discúlpame -le dijo-. Me estoy volviendo pesada. ¿Sabes? Mis enemigos dicen que estoy pepona... Y yo creo que tienen razón.

Después de unos instantes de silencio, que Fabián no supo cómo cubrir, decidió:

-Vamos, hijo, volvamos con los demás. No alimentemos a las fieras. Si nos demoramos no faltará alguno que mañana diga en los periódicos que la ex reina tiene un nuevo secretario privado... Antes decían que tenía debilidad por militares y lacayos. Ahora susurran que es el turno de los jóvenes, mira tú, sudamericano. No demos pasto a las fieras -repitió y algo en su voz le dijo a Fabián que esa posibilidad divertía mucho a Isabel.

Se separaron al llegar al salón. Ya estaba oscureciendo. Al pasar la Reina por una ventana recibió los últimos rayos del sol. Con su vestido rosado y su gran mole, le pareció a Fabián una hermosa ballena llegando a la playa. En la playa estaban sus súbditos. Mientras Isabel era arrebatada por varios, se le acercó el Duque de Sesto.

-¿Qué le pareció la Reina? -le preguntó acariciando sus mostachos.

-Maravillosa. Me hizo acordar a mi abuela Estanislada -dijo y pensó: cuánto hace que se murió. Dios mío, cómo pasa el tiempo.

Pero a su amigo Heyres le confesó algo más:

-Dicen que la Reina Isabel vive parloteando naderías. Te puedo asegurar que conmigo habló de cosas serias.

No pasó mucho rato sin que volviera a ver a Isabel, siempre centro de la escena, pero entonces sentada sobre un sofá, los pies apoyados en un

almohadón, hablando distendidamente. Se acercó y pudo escuchar el final de una de sus muchas anécdotas:

-...y entonces yo le pregunté al Almirante de Ultramar, y no se olviden que fue muy poco antes de nuestra partida: Si me cayese al agua, ¿habría alguien que me sacara? Imagínense: todos lanzaron su proclama de fe personal: yo, Señora, yo Señora... Pues miren ustedes si cumplieron: porque aquí me tienen, ien medio del agua y sin salvavidas! ¡Qué bribones!

Y la ex Reina rió alegremente. Isabel tenía muy buen humor. De pronto, alguien nombró a Emilio Castelar, el brillante polemista que le había dado tantos disgustos desde la oposición. Hijo de un desaparecido en tiempos de la reacción absolutista durante la regencia de su madre María Cristina, Castelar había heredado banderas republicanas y las había desplegado con valor y honestidad, siempre contra el absolutismo monárquico. Decía que el mundo estaba gobernado por las faldas y por las faldas. Es decir, por las mujeres y por las sotanas.

Alguien dijo que por entonces estaba enfermo, y muchos lo lamentaron, porque el periodista era un hombre probo. A la reina destronada la ocasión le sirvió para recordar la única oportunidad en que se habían visto. Se lo había presentado -recordó la reina- un ministro que tenía por entonces, eficaz en el gobierno, peludo en su físico. Tan peludo era, dijo la reina destronada, que ella lo llamaba Robinson Crusoe, porque sólo con la cara de su Ministro podía imaginar al célebre náufrago envuelto en sus pieles. Ambos eran jóvenes, de la misma edad, y ella, siguió recordando Isabel, queriendo atraerlo a sus filas, lo había citado a fin de tantearlo con algún ofrecimiento. ¿Una embajada? El, de entrada, fue claro: soy republicano. Y yo monárquica. No puedo menos: soy reina, dijo la reina que le dijo. Recuerdo, recordó la reina, que le pregunté: ¿republicano de aquellos que entonaron el himno de Riego? Le pregunté y se lo tararié, para que viera que no estaba en las nubes:

Si los curas y frailes supieran



la paliza que van a llevar  
subirían al coro gritando:  
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

Pero, prosiguió Isabel, empeñada en que Castelar no saliera de Palacio sin nada, como acontecía con todos los que llegaban hasta ella, siguió ofreciéndole, como quien presenta un variado menú, varias posibilidades: para servir a España, hasta que la Monarquía caiga, como usted asegura que caerá, dijo Isabel que le dijo a Castelar, le ofrezco lo que quiera. Entonces Castelar, dándose por vencido, puesto que era imposible no terminar aceptando algo, le pidió: Señora, entonces le solicito el permiso para leer en la Biblioteca de Palacio. Dijo la reina que así le dijo Castelar, y que ella primero se sorprendió mucho y después, ya sola, se rió a carcajadas y después...

-La verdad es que me olvidé, ¿pueden creerlo? -la Reina destronada se quedó pensativa un momento, sonrió melancólicamente y pesarosa agregó:- Pues miren ustedes... no sé por qué recuerdo esto; sin duda porque me dicen que el hombre está enfermo. Pero lo peor es que acabo de darme cuenta de que el pedido me resultó tan pero tan estrafalario, que nunca se lo concedí, válgame Dios.

La Reina, que tenía muy buena memoria, como en son de reparación, recitó un verso leído alguna vez:

Es demócrata y moral,  
pone al pueblo en movimiento  
su elocuencia virginal.  
Haría un gran general...  
pero dentro de un convento.

También tenía muy buena voz Isabel II. Y ánimo dispuesto: pronto se la escuchó cantar. Por el hermoso salón, cubierto de boiserie y damascos, sembrado de pesados muebles y tallas importantes, y habitado por una

heterogénea y muy chic concurrencia, la voz de la reina destronada se elevó esparciendo melodías.

De pronto se hizo silencio.

Tras la puerta acristalada que daba al interior del palacio podían verse los pesados muebles de comedor y platería toledana y loza de Talavera en los grandes aparadores. De pronto la puerta se abrió y apareció el Duque de Sesto flanqueando a un joven de buena planta. No muy alto, sino más bien tirando a bajo, enjuto, pelo oscuro, de ojos profundos y negros, con un algo melancólico, elegante, vestido según la usanza inglesa. No representaba más de quince años. En realidad, acababa de cumplir dieciséis.

Todos se pusieron de pie, incluida Isabel.

-Su Majestad -dijo el de Alcañices.

Fabián recordó que la Reina, después de muchos tira y afloja, porque soñaba con que la Restauración fuera isabelina, había abdicado a su favor: quien entraba, entonces, era el heredero del trono español, el Pretendiente. Su nacimiento había sido ansiosamente esperado en la Corte de Isabel II, puesto que después de varias mujeres, la aparición de un varón descartaría las pretensiones al trono de los carlistas, empeñados en que se hiciera cargo de los asuntos de España Don Carlos, hermano del difunto Fernando VII que había elegido a Isabel como heredera de la complicada familia.

Sí, allí estaba el mismísimo Alfonso, el Príncipe heredero.

El joven se acercó, gentilmente saludó a la concurrencia y a su madre. A Fabián le llamó la atención: había saludado en francés.

La reina le dio un beso en cada mejilla y se quejó cariñosamente, mirándolo y mirando a la concurrencia.

-Parece mentira: a este niño habrá que enseñarle la lengua patria.

-Tanto colegio extranjero, Señora -dijo el de Alcañices en tono de broma.

-Y tantas lenguas que ha aprendido con tanta facilidad... -musitó su hermana Isabel, a quien llamaban la Araneja por oscuras razones de filiación: decían

que su padre había sido José Ruíz de Arana, otro guardia de Corps que había tenido su turno como privado. Viuda desde hacía poco, estaba trabajando para el retorno de su querido hermano Alfonso. De ella se comentaba que cuando nació, después de un muy laborioso parto, uno de los militares asistentes exclamó, resentidísimo: Carajo, toda una noche y parió hembra. España entera esperaba el heredero varón, el mismo que llegaría mucho después y sobre cuya facilidad para las lenguas se conversaba entonces.

-En verdad, Su Majestad es un genio para el aprendizaje de los idiomas. Ha admirado a todos sus maestros. Así que el español no es ningún problema -aclaró el Pepe Alcañices, que era su mentor.

Alfonso sonreía divertido, como más allá de ese fútil intercambio de opiniones.

-Siéntate hijo -lo invitó Isabel tomándolo de un brazo y presentándole a Fabián-. Aquí tenemos a un nuevo amigo. Es rioplatense... -dijo recurriendo a la denominación que de entrada le pusieron a Fabián, aunque a los venidos de América generalmente les decían indios o vespusianos.

-Después que te sientes tú, madre -dijo Alfonso, depositando la humanidad de su madre en una chaise longue que a ella le encantaba porque le hacía presente la de su escritorio del Palacio de Oriente. Antes había pedido un chal, por favor, y una dama de su compañía corrió a solucionar el problema. Aunque no era invierno, estaba fresco y las penurias financieras de la reina obligaban a estrictas economías: ni se había instalado luz eléctrica ni había calefacción. Las bebidas y los abrigos solucionaban en parte el problema. Lo demás era crujir de mandíbulas.

Después de haber ubicado a su madre en la correspondiente chaise longue, con crujido de sedas y resortes cuando las borbónicas nalgas se instalaron, Alfonso, de la Casa de Borbón, Príncipe de Asturias, Duque de Covadonga, heredero del trono de España, miró en torno suyo, como conocedor de esos rituales que más de una vez lo habrían aburrido bastante. Lo miró a Fabián, interesado en la novedad del joven potentado

sudamericano que le habían anunciado, y se ubicó a su lado, mientras Isabel volvía a su canto, emprendiéndola esta vez con unos estribillos de Offenbach, siempre de moda aunque el Segundo Imperio ya hubiera pasado de ídem.

Aunque somos los inventores de la zarzuela, no está mal contemporizar con los franceses -dijo el Duque de Sesto.

-Que tan bien contemporizan con nosotros -agregó otro peninsular.

-La música sirve siempre para levantar el espíritu -murmuró el Duque de Sesto-. Acuérdense de Austria, que amenguó sus desdichas nacionales con el Danubio Azul de Johann Strauss.

-Las derrotas pasadas por aguas azules fortifican... ¿Con qué se fortalecerán nuestros sinsabores?

-Con la Restauración, hijo, con la Restauración, que otra no queda.

De manera que los hombres hicieron un corrillo apretado y aparte. Tenían tantos asuntos para comentar y tantísimos más para solucionar, si querían que la Restauración siguiera adelante. Antes de iniciar su chachara con el Joven heredero, Fabián alcanzó a escuchar:

-Ustedes saben que las revoluciones se hacen con dinero.

-Y las Restauraciones, también.

-El asunto es cómo conseguirlo.

-Acuérdense que Prim para la Gloriosa recurrió a la banca Blanco Brothers.

-Nos acordamos -dijo uno.

-Y conocemos el camino-agregó otro.

-Y sin duda lo recorreremos -rubricó un tercero.

Y no faltó el fulano que recordó cierto antecedente histórico y risible: Juan III, pretendiente de los carlistas, siempre escasísimo de fondos, había rifado en París el Parque del Retiro para cuando llegara al trono de España! ¿Qué me dicen?

-Pero la reina Isabel no puede hacer eso -siguió la broma el de Seslo, siempre dicharachero y muy generoso y no sólo de bienes ajenos, sino también de los propios-. Antes vamos a vender las joyas de todas nuestras

bellas.

Ya veo, pensó Fabián: esta gente tiene muchos títulos pero anda escasa de fondos. ¡Bah! Como en el Río de la Plata. Y pensó así porque en su última carta el tío Juan le decía: Madre ha hecho tanta compra de hacienda y tantas construcciones que al morir nos dejó llenos de deudas; hasta ahora está haciendo frente tu tío Nicolás, pero vamos a tener que darle una mano. Que serán muchos pesos, pensó Fabián y volvió al salón. Allá ellos.

A su lado Alfonso había escuchado algo, porque lo codeó a Fabián y le dijo: -Costó dinero para que nos fuéramos... y costará para que volvamos.

Lo tomó campechanamente del brazo y salieron.

Cierto ramillete de damas, concluido el canto de Isabel, prolongaba una discusión iniciada en el mismísimo Madrid porque, como quien dice, el problema había escalado los Pirineos para instalarse en ese otro rincón de Castilla. El caso era que se había inaugurado el tranvía en la capital peninsular y el problema, además de los resquemores propios suscitados por la seguridad del nuevo medio de locomoción, consistía en la disparidad de opiniones en cuanto al género del mentado elemento traslaticio. El vulgo estaba empeñado en hacerlo varón, razón por la cual decía el tranvía, en tanto los académicos pretendían que fuera fémina: la tranvía..Unos querían ponerle pantalones. Otros, faldas. ¿En qué quedamos, pues? ¿El tranvía o la tranvía...? Fabián se quedó sin poder escuchar el final de la discusión. El Príncipe Alfonso daba la espalda al corrillo de damas para dedicar su atención a las bandejas de refrescos que pasaban y al joven sudamericano. Lo llevó a la terraza, como un rato antes había hecho su madre.

Ya allí, mirando las avenidas y los techos de París, dijo:

-¿Conoces bien la ciudad? Una noche de estas podríamos armar una salida. Fabián le dijo cómo no, el crío de los Borbones le había caído bien. ¿Borbones? Fabián recordó una conversación ti e doña Estanislada con su hermano Arana, el diplomático, quien por serlo estaba al tanto de bastantes chismeríos internacionales. ¿Sabes? le había dicho a su hermana: dicen que este niño, Alfonso, no es hijo del Rey Consorte,

Francisco de Asís, primo de la Reina. Como la abuela, pese a ser bastante entendida en genealogías reales, no tuviera en claro por dónde eran primos los integrantes del binomio matrimonial, el tío Arana se lo explicó: este Francisco de Asís era hijo del Infante Francisco de Paula, hermano menor de nuestro conocidísimo Fernando VII, le dijo. Y le agregó: No sé si tendrás presente, Estanislada, que hubo un momento en que en aras de las veleidades monárquicas de algunos de nuestros próceres, se había pensado en traerlo al tal Francisco de Paula como Rey Constitucional al Río de la Plata. Por suerte, el asunto para nada prosperó, y aquellos hombres se arreglaron para hacer triunfar la República. Pero la abuela, más allá de las disquisiciones históricas, sin duda había quedado pendiente de la otra historia, porque preguntó: ¿Y de quién es hijo, entonces, este Alfonso, bendito sea Dios? Y lo preguntó escandalizada, pues esas cuestiones de "anormalidades" como ella decía, le ponían los pelos de punta. Pues mira, respondió su hermano, dicen que de un guardia de Corps, de indudable encanto marcial, un tal Puigmoltó, a quien la Reina dedicó sus devaneos en alguna temporada y lo convirtió en su pollo real, razón por la cual al niño le dicen el puigmaltejo. ¿Toda una reina de España en esos chanchullos?, preguntó enfadada: no puedo creerlo, hermano. Pues deberás creerlo, Estanislada; además, sabrás que no fue el primero. El primero (hizo memoria el Canciller), sí, el primero fue el general Serrano, a quien la Reina ¿sabes cómo lo llamaba? Pues el general Bonito. Entonces había reído el tío Arana, porque esas cosas divierten a los hombres, pero Estanislada se había quedado muy seria, porque esas cuestiones entristecen a las mujeres (al menos a las del temple de la abuela). Enseguida el hermano había agregado: ¿Y te puedo decir algo más? Parece que el chico conoce la situación. ¿Por qué? Porque un diplomático que anduvo por aquellas Cortes, contó que un día le contaron cómo en medio de una trifulca la reina, que no tiene pelos en la lengua, le dijo al mismísimo Alfonso: Hijo, puedes ir sabiéndolo: lo que tienes de Borbón, lo tienes sólo por mí.

La abuela Estanislada volvió a escandalizarse. Pero Fabián, que había

escuchado todo aunque hacía creer que leía una novela de Valera, ni se asombró. Porque los porteños chic no se asombraban de nada, según estilo adquirido en el Club del Progreso. Por eso, tal vez, le estaba yendo tan bien en Europa, pensó entonces.

Sea como fuere, Alfonso era Borbón. Y bien que le había caído a Fabián el Pretendiente que acababa de conocer. Algo le decía que haría buenas migas con ese joven que, de espaldas a París, en la terraza de ese Palacio Basilewski que estaban llamando Palacio de Castilla, levantaba su vaso ya no de refresco sino de champagne mientras brindaba:

-Por la vida que nos espera, Fabián.

-Por su vida, Majestad.

-Vamos, niño, déjate de majaderías, que majestad ni majestad, dentro de un rato salimos a divertirnos juntos por estas calles de París.

-¿Seguro? -preguntó Fabián, más bien incrédulo, porque veía difícil la escapada con la multitud aguardando en el salón.

-Segurísimo, niño. Palabra infalible como la de Inocencio IX, que por algo es mi padrino. -Y agregó como dando sus razones personalísimas:- Fíjate que a fin de mes ya tengo que volver al colegio Stanislas, y no puedo perder tiempo.

Fabián había escuchado en corrillos cortesanos que también para ese padrinazgo había corrido dinero peninsular: treinta millones, decían, para que Su Santidad fuera padrino de su primer hijo varón. Pero recordó también algo más: que Su Santidad había puesto como condición para serlo que se recuperaran ciertas cartas en que la reina, imprudentísima en la expresión amorosa de sus sentimientos, y con la multitud de faltas de ortografía que la caracterizaba, daba cuenta a Puigmoltó de que el hijo que esperaba era de él. No hay caso:

En toda clase de estados  
cuantos en el mundo están  
son todos hijos de Adán

de un mismo barro formados.

Pero Fabián no hizo ninguna alusión, aunque sí preguntó por el cercano destino que le aguardaba a Alfonso.

-¿Muy brava la vida en el Colegio?

-Imagínate, niño -le contestó el Borbón-. A las seis, diana; de siete a ocho, estudio; de ocho a nueve, desayuno; de nueve a once clase; de once a una, estudio; de una a dos, segundo ejercicio; de dos a tres, lunch; de tres a cuatro, ejercicios corporales; de cuatro a cinco y media, estudio práctico. A las siete y media, comida... Ya ves que no se pierde tiempo.

-Un espanto -murmuró el rioplatense.

-Ya lo creo. Pero para ser Rey hay que prepararse. Y yo me estoy preparando. El solo nombre de los reyes holgazanes me entristece.

-Pero ¿y la diversión? -quiso saber Fabián.

-Por las noches. Nos escapamos. Porque, crío, debo decirte que también me da tristeza la falta de divertimento en la vida. Y ahora -agregó tomándolo del brazo-, con disimulo, volvemos a la sala y después con más disimulo, nos hacemos humo y... ale, a la calle.

-Así sea: a trotar -asintió Fabián, contentísimo.

Pero no pudieron hacerlo enseguida. Antes de salir para la noche de París, se asomaron al gran salón. Allí la ronda se había centrado en torno a un par de personajes novedosos. Se acercaron. Alfonso explicó: uno era cierto músico callejero, violinista español, que estaba, en la ocasión, acompañado por otro de pinta tristonía.

-El primero se llama Pablo Sarasate -explicó Alfonso-. El otro, Saint-Saéns. Mi madre la Reina, que entiende bastante de música, dice que son dos talentazos y que por eso los ayuda. Si sonno rose fioriranno -agregó haciéndole señas al Duque de Sesto, de la partida.

La pandilla juvenil salió a la calle acompañada por la suma de arpeggios que subían al cielo estrellado.

-Por Dios, que ya es hora de hombrear y salir solos...



Así dijo el principito. Y el Duque de Sesto lanzó una carcajada, porque siempre festejaba las salidas de su pupilo. Y dijo me parece bien, y le acercó su sombrero.

-Póntelo; por ahora es un sombrero, pero ya llegará la corona.

-Así lo espero. Al fin y al cabo, si en la historia encontramos a tantos que han querido cambiar su casco por un capelo, ¿puede estar mal que un auténtico Borbón quiera corona?

-Para nada -respondieron en coro.

Y toditos se apresuraron a ganar la salida, en tren de joda. París los esperaba y ellos fueron a su encuentro tarareando:

Au claire de la lune mon ami Pierrot.

## CAPÍTULO 8

### Se viene la Restauración

Esa tarde Fabián había paseado a caballo por los bosques de Bolonia con Alfonso y su amigo íntimo, Julio Benalúa, sobrino de Pepe Alcañices, quien también oficiaba de tutor suyo, porque el joven era huérfano. En el paseo se cruzaron como siempre con multitud de breaks y de landos y de calesas y de tálburis y, de pronto, se dieron de narices con el mismísimo Rey Consorte, Francisco de Asís, acompañado por un prójimo de equívoca prestancia, monsieur Meneses. El consorte tenía casa y cama aparte del Palacio de Castilla, sede de la familia real en el destierro, como sabemos, y

vivía, precisamente, con ese íntimo amigo que, estando en Madrid, lo había flechado años atrás. Fabián había visto en el Palacio de Castilla de la rue Dumont d'Urville, en una de las grandes salas y junto a cierta acuarela de Worns, un cuadro con el Rey Consorte alzando al niño recién nacido para presentarlo a la Corte, como cuadro a un padre. Pero susurros y bisbiseos primero y noticias directas pronto lo convencieron de aquello que todo el mundo sabía: para nada era hijo de tal padre el heredero del Trono, que aquel retrato era pour la galerie, que por mera imposibilidad material (entiéndanme) aquello no podía ser. Otros azares amorosos quisieron a la reina encariñada por esos tiempos con uno de la Guardia de Corps, el capitán Enrique Puigmoltó (quien para los encuentros amorosos entraba por la llamada Puerta Incógnita), como antes lo había hecho el general Bonito. Este, pasados los años, junto a Prim, la empujó a París y al destierro.

En esa mañana del paseo por el Bois de Boulogne, ocurrió un hecho, si no curioso, por lo menos poco habitual. En medio de la cabalgata, los jóvenes divisaron de pronto a dos engalanados señores y un par de perros jugueteando en los jardines.

-Pero si es mi padre -dijo Alfonso y había alegría en el tono con que lo dijo, y ternura en la voz con que lo llamó, y decisión en el giro con que enderezó su cabalgadura. Don Francisco de Asís también se mostró contento con el encuentro y ambos se apartaron para conversar.

Fabián y Julio Benalúa, por su parte, quedaron aguardando, discretamente al margen. Pero Julio le dijo por lo bajo al rioplatense:

-Pobre Alfonso. Sin duda le está pidiendo que vaya a vivir con ellos en el Palacio de Castilla.

-¿El rey no quiere? -preguntó Fabián, aunque estaba enterado.

-No lo ha querido desde que está en Francia -meneó la cabeza con tristeza-. El matrimonio de los reyes fue siempre mal avenido desde el vamos. Matrimonio por razones de Estado, amigo, no de amor, y que por razones de naturaleza, tú me entiendes, aunque no me explye, era incompatible. Casi desde los comienzos de la boda don Francisco se fue del

Palacio de Oriente al del Prado, según me contó mi tío Pepe que, como sabes, está al tanto de todo.

Ambos seguían mirando al padre y al hijo conversando animadamente, mientras Julio Benalúa desgranaba en voz baja secretos familiares:

-¿Sabes? En aquel tiempo hubo mediadores importantes, sobre todo de parte del Vaticano y algo se consiguió. Transitoriamente, porque siempre volvieron a las andanzas. Sor Patrocinio se pasó la vida buscando reconciliarlos... sin conseguirlo. En los últimos tiempos, te digo, desde que están en París, Isabel reclama la presencia del Rey Consorte por causa de la Restauración y de Alfonso. Al menos quiere mantener las apariencias. Pero no hay caso.

-Además, tengo entendido que el rey ha tirado más para el lado de los carlistas...

-Y de los negocios, claro. Bien que ha sabido aprovechar su condición de cónyuge... y las debilidades y desvarios sentimentales de la reina, no te creas. ¿Sabes? Hubo un tiempo en que se decía: mandar en la cama de la Reina es mandar en el reino... -jugueteeó Julio Benalúa con uno de los perros que se había acercado, le tiró el látigo que tenía en la mano, corrió el perro, lo alcanzó, se lo trajo-. ¡Bravo, can! Por lo menos a ti tu amo te ha educado -y prosiguió-: Aunque te diré que uno de los más divertidos apodosos que tiene don Francisco, fue puesto por la Reina.

-¿Cuál?

-Paquita.

Dijo así y ambos se sonrieron, porque no hacía falta hacer un gran esfuerzo para comprender la razón de tal apodo: todo emperifollado, ajustadas calzas, tacones en razón de estatura, botas charoladas, barba y guedejas teñidas, profusa cosmética en la tez, manos arregladísimas, amanerado en sus gestos de femenil catadura. Fabián se acordó de las palabras que alguien le dijo había pronunciado la Reina: ¿Qué pensarías de un hombre que la noche de la boda tenía sobre su cuerpo más puntillas que yo? Y recordó también una copla:

Paco Natillas  
es de pasta flora y  
se mea en cuclillas  
como una señora.

Sonrió el de Benalúa y murmuró:

-...y sí. El pobre no es muy hombre. ¿Sabes que apenas casada, Isabel se quejó?: para marido es poco marido el que me han dado.

-Yo escuché decir algo parecido -dijo Fabián.

-¿Qué?

-Que alguna vez doña Isabel se quejó: "que este esposo que me dieron es esposo insuficiente".

-Así es.

Dijo Benalúa, y lo miró pensativo y murmuró como para sí:

-¡Ah! este rey de naipes...

-Que parece una hembra.

-Pero hembra desfachatada.

Después de algunos momentos de parloteo y de despedida con efusivos abrazos, los dos se separaron. El de Asís se fue dando saltitos con algo de odalisca mientras Fabián y Julio se reencontraban con el amigo. Fabián, antes de reiniciar su trote, alcanzó a escuchar al rey consorte gritarle a su hijo putativo, saludos a Isabelita, en tanto llamaba a sus perros con adamados gestos:

-Puigmoltó, Arana, Tenorio, Serrano, Marfori...

Fabián escuchó y no lo podía creer: eran los nombres de los amantes de la ex reina que el bendito don Francisco de Asís les había puesto a los perros. Marfori era el último el que los había acompañado al destierro y oficiaba de administrador del Palacio de Castilla.

-Chau, pichichos -dijo por lo bajo Benalúa. Y Fabián te quedó sin saber si lo decía sólo por los perros o por los otros dos también. Se estaba

acordando de un dicho conocido:

Isabelota tan frescachona  
y don Paquita tan mariquito

cuando escuchó a su amigo agregar:

-Saludos a los enanos.

Esto porque se sabía que en su palacio tenía varios con los cuales al hombre le gustaba jugar arrastrándose por el piso alfombrado. Nada menos.

Sin embargo, don Francisco no parecía haber sido marido celoso. Si hasta dicen que se divertía haciéndole chistes a su cónyuge: "Isabelita, mira que Arana te es infiel..." y cosas como éstas, porque fue bastante tolerante (salvo cuando se lo trataba con desconsideración o por asuntos de dinero), tal vez por aquello de injuria que no ha de ser bien vengada ha de ser disimulada.

De manera que, después de ese paseo que para Fabián resultó esclarecedor, por la noche marcharon a un teatrillo en las afueras de París. Estaba con ellos el duque de Tamames, otro de los amigos del futuro Rey, impartiendo una lección importante: cómo fumar sin ahogarse. ¡Programa completo! Aunque es verdad que para nada llegaron a los excesos de otros muchachos calaveras que se pasaban la noche haciendo líos. Verbigratia: golpeando puertas, dando aldabonazos, peleando a serenos y guardianes del orden, enfrentando a policías, despanzurrando gatos y ratas (según estricto orden de aparición en la noche parisina), corriendo prostitutas, meando en portales. Todo de acuerdo a la más depurada sensibilidad juvenil.

Más vale un jaleo probé  
y unos pimientos asaos,  
que no tener un usía,  
esaborío a su lao.

La canción venía de algún patio interno y la voz pertenecía, sin duda, a una muchacha del personal que Pepe Alcañices había traído de Madrid, y la hora andaría por el mediodía, y Fabián estaba en el palacio del Duque de Sesto porque había sido citado "para tratar asuntos importantísimos". Se venían tiempos bravos y había que apresurar los pasos. Quemar etapas, decía Pepe. Habían atentado criminalmente y del criminal atentado murió Prim, aquel Juan Prim Prats, con sus vocales de puro payés catalán, decían; Juan Prim que había sabido unir a todos los descontentos del Palacio para echar de España "a la reina de los tristes destinos". En honor de cuya hazaña golpista el pueblo cantó:

La niña bonita  
que en Cádiz nació  
el aire de Francia  
mala la puso.

Desde entonces, las cuestiones se habían precipitado y, si bien era verdad que estaba en el Trono el importado Amadeo de Saboya (quien llegó justito para asistir a las exequias del general difunteado de prepo), era verdad también que no daba pie con bola y el pueblo seguía levantisco. Vaya, un rey extranjero, se decían todos con asco, porque muy duro se hacía tener a uno de la Casa de Saboya sentado en el sitial de los Borbones, por más que éstos hubieran mostrado la hilacha más de una vez. El pueblo español es una mezcla de válgame Dios: por aquí los moderados que despreciaban a los exaltados; más lejos los monárquicos absolutistas y los monárquicos constitucionalistas (nueva especie en formación); por este lado los carlistas arrepentidos y por aquél los montpenserianos en vías de conversión y más acullá los republicanos que cayeron rendidos y... ¿Quién los puede entender? Fabián trataba de hacerlo.

Detente, detente Abraham

no sacrifiques a Isaac  
que ya Dios está contento  
con tu buena voluntad.

Así seguía en su mezclanza cantora, a todo lo que daba, la voz anónima y castiza, desde algún patio interior de esa casona de París que no era el Palacio de la Cibeles, de la calle Alcalá, y el paseo del Prado de Madrid, donde se reunía lo más comprometido de la vida social y política de España. Pero también era centro de los andariveles políticos de peninsulares en pos de la Restauración de la Casa de Borbón. Comandaba tales huestes el Duque de Sesto, con su perita altanera y sus trajes impecables y su mujer, la hermosa Sofía Troubetzkoy, hija del Zar, cuyo primer marido había sido el duque de Morny, hermano bastardo del Emperador Napoleón III. Ella dirigía la batuta desde cerca, estaba a la vanguardia, digamos. Y, desde lejos, Cánovas, con sus chalecos inevitables y sus quevedos imprescindibles y sus mostachones y sus artimañas políticas de gran estrategia intelectual.

-Flor de rejunte -Heyres dixit.

Se abrió la puerta del gran salón en el que estaba Fabián, traje oscuro y ajustadísimo el suyo, camisa blanca de cuello doblado, chistera en mano, atento a la cantarína voz y a los bellos adornos que habían donosamente distribuido por la casa el cultísimo Pepe y su hermosa mujer Sofía (hija, como les dije, del Zar de las Rusias, Nicolás I). Por la gran puerta abierta por la mano ducal entró el mismísimo Pepe Alcañices, elegante, con sus vistosos chalecos y la camisa abierta y un enorme lazo de corbata. Lo miró con sus grandísimos ojos castaños, tomó del brazo al rioplatense, lo arrastró hasta los ámbitos secretos en tanto le decía:

-Vamos, vamos, que los otros ya están aquí.

Recorrieron pasillos y salas y salones hacia un espacio lujoso y recóndito donde se encontraban los demás, mientras, impertérrita ante los cambios que se venían y el fra-goteo político que delante de las narices de tantos se

Llevaba a cabo, la feminil voz peninsular seguía con su popurrí, ajena a todo. Amenguada su voz por la distancia y el filtro de puertas y cortinados, esta vez cambió el registro vocal:

Santirulitos, bonitos, baratos,  
Ni comen, ni beben, ni gastan zapatos.

Los políticos quizá no se amen pero se ponen de acuerdo para sus trezadas. Las revoluciones no se hacen ni en los salones ni en las cárceles, pero por lo común en tales lugares se engendran. Así sucedía entonces. Era un vasto salón y distintas tendencias. Hombres que ayer estaban de un lado y en otro momento en otro, algunos que incluso se habían tirado contra Isabel II, otros masones con su pizca de krausismo, todos por esos tiempos se apretujaban en torno al Duque de Sesto, ayo, mentor y tutor oficioso para llevar a Alfonso de nuevo a Madrid, de acuerdo a unánime consigna: barrer para adentro. Es decir, sumar. La restauración isabelina se había ido en aguas de borrajás, por más que la reina castiza soñara con volver a sentarse muy oronda en el Trono legado por su papá, Fernando VII. Por entonces estaba claro que sólo la restauración alfonsina podía marchar. Fabián había sido introducido de lleno en el cogollo del complot gracias a la amistad que en poco tiempo, y a partir de muchas salidas y algunas parrandas juveniles, había entablado con Alfonso y, por cierto, con Pepe Alcañices, su tutor integral, si ustedes me entienden (y por si no me entienden: tenía que ver tanto con su formación intelectual, como con su carnal iniciación de adolescente o en sus preparativos para llegar al poder). Desde lejos, Antonio Cánovas del Castillo prohiaba al Pretendiente Real y a los conspiradores parisinos y hacía planes de largo alcance, aunque aparentemente parecía metido en sus libracos y sus estudios. Un intelectual. Un erudito.

La tertulia estaba animadísima, supuso el rioplatense porque, antes de cruzar la pesada puerta ya se escuchaba el borbollante rumor de palabras. Al entrar, para nada lo recibieron destellos o frufnú de sedas, propias de



vestiduras femeninas, puesto que se trataba de una reunión sólo de varones. Los conspiradores eran como treinta. Santo Tomás (recordó Fabián al de Aquino), dice que los demonios, en los que tanto creía la abuela Estanislada, no se aman, pero se ponen de acuerdo para hacer el mal. Esa pléyade que de una ojeada miró el rioplatense, estaba integrada por nobles tal vez mutuamente indiferentes, pero intereses comunes los hacían concordar y unirse como las perlas de un collar. Estaban sentados unos alrededor de la mesa y otros donde podían, todos vestidos de rigurosa actualidad, casacas, capas y esas cosas. De a uno no hubieran llamado la atención pero, juntos, impresionaban. Todos serios y solemnes, por lo cual desempeñaban a maravilla sus papeles de hombres de bien en vías de conspiración para salvar si no la humanidad, sí a España. En realidad, sus fines eran más acotados: salvar el Trono y sus intereses.

Eran hombres, entonces, aunque acerca de mujeres trataba la conversación. Estaba hablando un peninsular recién llegado de Madrid que oficiaba de corre ve y dile entre los madrileños y los parisinos. Maltraído por los años, pequeño de talla, menguado de porte, desleído de personalidad, modesto en su vestir, el buen hombre pasaba por eso, por buen hombre que en trajines de comercio iba y venía cuando, en verdad, portaba documentos y memorias de alto valor estratégico, es decir, conspirativo. Pero en esos momentos no hablaba de tales materias sino de algunos acontecimientos que, aunque se traían su cola, más bien resultaban risibles. Chismes, digamos. Pero la guerra de runrunes también funcionaba. El asunto era así: en Madrid funcionaba, a iniciativa del Duque de Sesto, una brigada femenina de alto copete que tenía por misión conspiradora obstaculizar las tareas del Rey Intruso y de su Cónyuge Regia. Se valían de cualquier medio. Verbigratia: por entonces, ninguna de las damas había aceptado ser Camarera Mayor de Su Majestad, la Reina. Por más que el cargo fuera prestigioso y bien remunerado. Además, todas llevaban entre sus joyas, una significativamente subversiva: la Flor de Lis, consigna y grito de batalla.

Pues bien: una de esas tardes la orden fue que las aristocráticas damas avanzaran por el Paseo del Retiro, en coches de variados modelos, tocadas de mantillas y con la consabida Flor de Lis en la parte de sus personitas que cuadrara. Según parece, así se hizo, con gran concurrencia. Un exitazo, subrayaba el peninsular maltraído por los años y de menguada talla. Si hasta el trotar de los carruajes parecía sonido de castañuelas, decía. De pronto, entre el oleaje feminil que se expandía, ensanchaba, avanzaba, enroscaba entusiasmado, torrencial, enardecido, galopante, victorioso, apareció una carroza paquetísima, con un par de caballos de asombrosa prestancia, portando a sendas mujerucas enmantilladas y empeinetadas, estridentes en sus ropajes y cataduras, exageradas en sus afeites, exaltadísimas de ademanes, dicharacheras de gestos, arrebatadas de voces, jocundas de ademanes. "Pelanduscas"; grotescas, en suma. Y sin duda, peligrosas, porque eran de esas majas acostumbradas a llevar navaja en la liga. Pero eso no era lo peor. Lo peor ni siquiera fue el cafirulo que, de pie en el coche, las mandoneaba con aires de lo que semejaba ser; lo peor fue que el personaje tuviera el porte, los bigotes, las largas patillas, el traje, el sombrero y cuanto ustedes quieran agregar, semejantes a los que en la vida real porta nuestro queridísimo Pepe Alcañices.

-Un agravio -concluyó con ánimo apesadumbrado el disminuido de porte, maltraído por el tiempo.

-¿Y después? -preguntó el de Sesto, entrando en la escena con tranquilo ademán y serena demanda.

-Después las damas, como euménides, persiguieron a las mujerzuelas que tuvieron que huir en medio de generalizado abucheo y sombrillazos al aire (a otro lugar no llegaban). Los de la ley vinieron a poner orden, armaron flor de revoltijo, y concluyeron sumando desorden como quedó una vez más en claro. De modo que la situación fue más o menos así: la policía seguía a los carruajes, los carruajes trotaban tras los caballos, los caballos llevaban a las damas, las damas perseguían a las mujerzuelas, las mujerzuelas

gritaban a su cafisho, el cafisho azuzaba al cochero. Hasta que el cochero, cansado de tanto despilfarro de tiempo y energías, por cuenta propia se paró, dijo basta. Con lo cual ipso facto decayó el magno suceso con un The End al cual el párate imprevisto privó de gracia. Pero ¿sabe dónde se detuvo el cochero? Frente al Palacio del de Saboya. Quien así se enteró de todísimo.

-¿Y el organizador, quién fue?

-Fue el marqués de Villarossa y su camarilla, sostén, como usted sabe, del saboyano. Gran botarate y buen mentecato.

-No tiene mayor importancia -dijo el de Sesto con señorío-. Apenas la coz de un zopenco. Este fue uno de los que medró con la Reina Isabel. Uno de los muchos parásitos que pululaban a su alrededor. Sabemos de la existencia de esos arrastrados adulones acostumbrados a cambiar, en cada cambio. No merecen un suspiro de fastidio. Pero la repetición agobia. Me alegro, eso sí, del éxito de nuestra brigada femenina. En cuanto a ellos... a compir la vendetta il ciel me invita.

-Ótelo -citó Fabián que hacía poco había asistido a una representación de la tal ópera. Y si no había caído en uno de esos aburrimientos prestigiosos que el teatro le aportaba, había sido por la presencia de una bella Desdémona.

-No, querido sudamericano -respondió el aludido por la broma-. Yo, el Duque de Sesto, detto Pepe Alcañices.

Y como el asunto no daba para más, se pasó a otra cosa.

Se pasó a armar las subsiguientes estrategias. Para las cuales el de Sesto tenía ojos de lince, cautela de zorro, argumentos de jesuíta, perseverancia de judío, sonrisas a punto, billetes a mano, lisonjas en ristre. Caballero español, patriota alfonsino, apasionado de la lucha, de las mujeres y de la Restauración, había entregado su vida y fortuna a la Causa.

Madrid estaba mal. Se contaba de una procesión reciente en que las bocas de los pobres se abrían y abrían, y el cura y el público en general no llegaron a entender si las tales bocas decían oraciones y letanías o

simplemente pedían pan. Por lo demás, seguían en pie las diferencias domésticas entre carlistas y alfonsinos. Las duras guerras civiles habían dado paso a una clase poderosa: la de los militares oficiando de políticos, que se cubrían de gloria y de títulos nobiliarios, mientras moderados y absolutistas y progresistas y... camarillas se sacaban los ojos. Y ni hablar de las ganas que le tenía al trono el duque de Montpensier, casado con la hermana de la ex Reina Isabel, María Luisa. Hermanita de guardar. Y la procesión de los muchos que esperaban ver de qué lado se ponía el comedero: si la revolución llegaba, serían republicanos; si la monarquía se consolidaba, gritarían ¡Viva el Rey! ¡Que viva, que viva!

El que fue divino  
y antes liberal  
como entró en Palacio  
se le pegó el mal.

El pueblo siempre había sabido de encontronazos sociales. ¿Acaso a principios de ese siglo no se cantaba la Trágala en varias versiones? En esta, por ejemplo:

Trágala o muere  
tú, servilón  
tú, que no quieres  
la Constitución.

O en esta otra:

Trágala o muere vil servilón  
ya no la arrancas  
ni con palancas  
de la nación.

En España cada movimiento nuevo irrumpe sacando reyes, cambiando

obispos, cagando al pueblo, censurando periódicos, escrachando universidades... y haciendo coplas. Todo con gran estruendo. En cada revolución un conde se vende por una túnica, un clérigo por una parroquia, una novia por su dote, un civil por algún título. Así comentaban. ¿En España? Pensó Fabián: sospecho que por doquier. Pero esa vez la cosa sería transparente. Ole.

Pues bien: las duras medidas de los revolucionarios, las tropelías contra la Iglesia, primero, los muchos despropósitos obrados después por el de Saboya, fueron encauzando el movimiento de restauración alfonsina. Y si éste había nacido desordenado y poco claro, fue perfilándose entre tanteos y corazonadas y, paradójicamente, azuzado por los dos extremos de la sociedad: por un lado, las encopetadas damas, desde sus salones, en los frívolos encuentros de costumbre, en teatros y fumoirs de bellas. Por el otro, en medios populares nucleados paso a paso en torno al hijo de Isabel como las partículas de hierro se agrupan en el imán. Ah, y hasta algunos masones con su pizca krausiana. Los intelectuales, siempre un mundo aparte, también se estaban decidiendo: Valera, Campoamor, Vital Aza, y muchos otros también dispuestos a poner hombro y pluma al servicio de la Restauración. Hasta hubo un exaltado, pésimo versificador, que con mucho espíritu y poca gracia se mandó su brindis:

No canses, regio alumno, tu memoria,  
con la lección que a España esteriliza,  
locura cantonal, que pulveriza  
arsenales, palacios, campos, gloria.

¡Ah! y también era de la partida restauradora Cuba, con sus indios ricachones, jipijapa en mano, habano en boca, reales en los bolsillos. Cuba era parte principalísima para la Restauración porque por esa área había muchos esclavistas y plantaciones de café y algodón y azúcar y... ustedes me entienden: dinero, quiero decir. -Y los demás, todos caguetas -decía el Oriental. Y de dinero comenzó a hablarse muy pronto. Hacía falta mucho

dinero. Si la República había destruido y expropiado, la Restauración debía reconstruir y devolver. Ciertamente, se necesitaba para proveer de armamentos a los ejércitos y de pitanza a sus soldados, y de sueldos y viáticos a los generales, y para comprar espías y para despedir soplones. Y la mar en coche.

El de Sesto se paseaba de una esquina vacía del vastísimo salón a otra esquina repleta del mismísimo salón, porque allí se amontonaban los conspiradores. Como ustedes saben, los peninsulares hablan mucho y, si son conspiradores, puesto que están obligados a guardar silencio afuera, adentro de las reuniones hablan por demás. Por demás hablaban en ese entonces. Las palabras subían y bajaban como las olas en el mar, retumbaban como los cordajes en los flancos de un barco, se empinaban hacia el cielorraso como las naves hacia lo alto. Y las palabras eran tritones y las frases marsopas, y las sirenas... No, sirenas no había: era un mundo de varones, ya les dije (aunque las damiselas trabajaban exhibiendo sus joyas Flor de Lis). Las lenguas se movían, los labios también, el movimiento engendra calor, el calor del movimiento bucal y lingual se unía al proveniente de la chimenea, encendida en razón de los fríos pertinentes a la estación en curso, el calor suscita olores y sudores, olores y sudores comenzaron a esparcirse generosamente por el recinto, el recinto se volvió sofocante y díganme ustedes ¿quién puede pensar si está sofocado? Por lo demás, se hace muy triste un paisaje donde todos son hombres, machos solemnes, por cierto, de edad tirando a propecta, que usan tupé y bastón y que, para colmo, tienen como materia para el diálogo una sola cuestión: el dinero.

Santo Tomás (el de Aquino) decía que los demonios no se aman, pero se ponen de acuerdo en hacer el mal. Esa pléyade noble y preocupada, tal vez era mutuamente indiferente, pero intereses comunes la hacían concordar.

El de Sesto, ducho en las artes de las peroratas y el aguante, se las arreglaba bastante bien: escuchaba algo, pestañeaba bastante, parlaba un poco. Pero Fabián perdía el hilo de sus ideas.

Ocurrió que, a esa altura de las múltiples peroratas había que definirse. Quizá el de Sesto razonaba que, cansados como estaban todos, sería más fácil tocarles el corazón para que abrieran las faltriqueras. Por eso dejó que cada quién se explayara, permitió la penúltima apelación a un heredero linajudo que sudoroso expresó:

-Porque donde la Revolución derribó, la Restauración restituirá...

Acto seguido a tanto prólogo y exordio, apestilló:

-¿Cuánto puede poner usted? -y acotó-: no es una donación.

-Es un empréstito -explicó un conde.

-Ni es una gracia -dijo otro conde al conde.

-Es una inversión -dijo el otro conde al otro conde.

-No es dar por lástima -dijo un probable inversor.

-Es para conseguir justicia -dijo otro seguro inversor.

En verdad, hay que decirlo, todo el mundo se estaba volviendo generoso con el apuro, quizá a la fuerza: las damas daban sus joyas, los hombres hipotecaban haciendas, el de Sesto había dado casi todo lo que tenía. ¿Y Fabián? Fabián, siempre tan suelto de bolsillo, que ha dado a diestra y a siniestra, que no sabe el valor del dinero porque nunca le ha costado ganarlo, puesto que él vive por milagro de herencias.

Fabián que ha desparramado sin ton ni son, sin saber a dónde iban sus obsequios, ni a qué pobres o pobrísimos o ricos o riquísimos atendía, Fabián, saliendo de su somnolencia, sacudiéndose los borborignos de sudor de su cara y el olor del ambiente mediante un rápido giro de su pañuelo, estiró su chequera a Pepe Alcañices diciéndole:

-Conde, para la restauración de los Borbones en España, para que Alfonso llegue al Trono. Ponga usted la cifra que necesite -y aclaró-: ya está firmado.

Y allí terminó el asunto del dinero y, por tanto, la reunión. Todos se fueron entre reverencias, golpecitos en la espalda, apretones de manos, nos vemos, nos vemos. Pepe Alcañices, Fabián y Heyres marcharon hacia el Palacio de Castilla para buscar a Alfonso y salir de parranda. A olfatear el

pecado, como decía Pepe, aunque en verdad, más que olfateada a veces se hacía zambullida, sobre todo en las noches de calorcito y luna. Pero antes de rumbear para el coche y la calle, Fabián dijo en voz alta, de arúspice más que profeta, esperanzado:

-Por obra de Dios y del Duque de Sesto, esto saldrá bien.

Y todos, aunque muchos sólo para su coleteo, murmuraron:

-Amén.

Fabián sonrió: a veces también él volvía a esa patria de la fe que había sido de la abuela.

## CAPÍTULO 9

### Un reino y una boda

Naranjas en condiciones: así decía el telegrama que el general Martínez Campos había recibido. Aunque parecía un mensaje disparatado porque ni él tenía plantaciones frutales ni había hecho pedido alguno de citrus a ningún lado, el general entendió eso de naranjas en condiciones, y porque lo entendió tomó la carretera y después tomó el tren y después tomó el mando de las tropas. Por fin, en Sagunto, donde los lugareños, en el invierno del 220 se habían defendido con uñas y dientes del cartaginés



Aníbal y su mortífero sitio, dijo:

-Señores, ya tenemos Rey. ¡Viva Alfonso XIII!

¿Qué había pasado? Amadeo de Saboya y su cónyuge habían vuelto a casa. La partida del saboyano fue todo un papelón, pero los italianos ya estaban acostumbrados. Vacía la plaza peninsular ¡Viva Alfonso XII!

Pero de esta proclamación sólo se enteraron los conjurados y los jefes de regimientos que se fueron plegando. Entre ellos, y de los primeros, aquellos en su momento creados por el Duque de Sesto quien, con su olfato político, aprovechó la anarquía reinante en las vísperas del pronunciamiento restaurador para dar origen a milicias callejeras, a fin de enfrentarse a la Milicia Nacional (para muchos Malicia Nacional). Como sus miembros eran amigos del alcohol en sus distintas variantes, una de esas agrupaciones se llamó Batallón del Aguardiente. Otra Batallón del Aguarrás. Otra Batallón del Agua de Colonia. Alfonso se había divertido mucho con el invento de Pepe Alcañices. Pero resultaron fuerzas decisivas y el elemento popular que faltaba a la integración alfonsina.

De lo sucedido en Sagunto muy pronto se enteró Isabel II, porque desde Madrid la alertaron: Triunfó la Restauración. Mientras tanto, Cánovas del Castillo sacaba a relucir los poderes que la reina le había otorgado para decir: venimos a continuar la historia de España y para eso tenemos el mejor candidato, Alfonso XII.

Pero ¿dónde estaba Alfonso?

En tanto se daba vuelta el destino de España gracias al esfuerzo de algunos y los desafueros de muchos, Alfonso permanecía en Inglaterra, por los oficios del Duque de Sesto. Antes lo había paseado por Viena, para hacerlo soldado. En la ocasión lo estaba convirtiendo en un Lord inglés, porque en el reino por venir todo sería nuevo, nuevísimo. Y se necesitaría un rey-soldado para poner en vereda a los militares lieros.

Esa noche de diciembre del setenta y cuatro, Alfonso llegó de Londres a París, en ayunas acerca de esa situación que le cambiaría la vida. Como era joven y le gustaba tanto el teatro (aunque más le placían las actrices),

decidió ir con sus amigos a la función de la Gaieté, donde daban La paule aux oeufs d'or. Entregó los regalos que había traído para las hermanas, las tres infantas menores a las que mucho quería, y para la madre, descansó unas horitas, y se puso en manos de su ayuda de cámara, Ceferino, a fin de acicalarse convenientemente. Las humedades londinenses nunca le caían muy bien y tenía que reaco-modar ánimo y físico.

En eso estaba cuando el mismo Ceferino se le acercó.

-Monsieur...

En bandeja de plata una esquila. De la esquila emanaba suave aroma a jazmín. La letra de la esquila perfumada con aroma a jazmín era letra femenina. Alfonso la abrió. Alfonso la leyó:

Sire, V. M. a eté proclamé roí  
par l' Armée espagnole. Vive le Roí.

¿Quién de sus amigas le daba la primicia?

Alfonso se volvió a su criado, después de ubicar la olorosa esquila en un bolsillo de su chaqueta y, con su mejor cara de piedra, ordenó:

-Sigamos, Ceferino... El peinado, por favor.

Pero ya en el teatro, los brazos en el antepecho del palco, mientras paseaba sus prismáticos por la concurrencia buscando caras amigas, o se esforzaba por entender la trama desarrollada en el escenario, más que a tales menesteres Alfonso se entregaba a sus recuerdos. Aunque no tenía buen oído y la música no le interesaba mayormente, como ustedes saben era asiduo concurrente a las funciones. En el teatro es mejor tener a quién mirar que a quién escuchar, decía. Pero esa noche ni miraba ni escuchaba: se había dedicado a los recuerdos. Y en ellos entraban dos mujeres: Elena Sanz y Madame Retazzie. Las dos lo habían visitado en Austria. Las dos enviadas por mamá, que quería hacerlo hombre cabal, no adamado (¡por Dios!) como el consorte. Una era cantante y la otra nieta de una Bonaparte, mujer de mundo y aventuras. Las dos lo habían hecho varón y feliz. Sus dos musas. Dicen que las musas no escriben sino que inspiran. Pero una de

ellas le había escrito. De los acontecimientos podrían haberse enterado una y otra, porque ambas se ejercitaban en lobbys y se cotizaban en las altas esferas donde se juega el poder. Pero ¿cuál de ellas había sido? Adivina adivinador.

De la Retazie tenía un recuerdo fugaz y más bien social. De Elena Sanz uno enternecedor y actualísimo.

A Elena Sanz, en verdad, la había conocido cuando él era un niño y ella una adolescente que cantaba en el Colegio Leganés, prohiado por la mujer de Pepe Alcañices. Pero el tiempo había pasado, con sus remolinos de días, él en sus estudios y en el aprendizaje de vivir; ella avanzando en la carrera de cantante lírica, a la cual parecía predestinada por su hermosa voz de tiple. Tenía el respaldo de la bella hija del Zar de las Rusias y esposa de Sesto. Y también el de la propia Reina Isabel II quien, encandilada con la lírica, solía invitarla a su Palacio de Castilla, para delicia de oídos y miradas del linajudo auditorio. Pero, además de su voz privilegiada, que le había otorgado la oportunidad de cantar junto a la grande Adelina Patti, Elena Sanz era mujer bellísima.

Alfonso siempre sospechó una intriga fraguada por su madre, piadosa y erótica con pareja intensidad y sin mayores cargos de conciencia, y por el Duque de Sesto, quien dos por tres se daba una vuelta por Viena para ver cómo andaban estudios y vida del protegido. De ese colegio de rango imperial, saldría un rey. Pero para serlo deberían, antes que nada, hacer hombre al heredero. ¿Cómo? Isabel puso manos en el asunto, Pepe Alcañices colaboró, y fue cosa hecha.

El caso resultó que, apenas quinceañero, Alfonso recibió, estando en Viena como alumno del Theresianum, la visita de la lírica dama. La dama se había hecho presente ante las autoridades como portadora de un mensaje para el marqués de Covadonga, nombre bajo el cual había sido inscripto. Un recado cualquiera, un obsequio de la madre, y he ahí instalada a la mujer, notoria beldad, en la vida del joven. Arreglan lugar y hora para un próximo encuentro, lejos de los severos y aristocráticos muros del colegio. El

Duque de Sesto ha pensado en todo. El lugar está preparado. El lugar era un hermoso piso en la vienésima Volksgarten. En él, entre besos y confidencias, Alfonso se hizo varón de veras, según los deseos de madre y tutor. Y encontró la mujer que acompañaría largos días de su vida. Aunque él por entonces para nada lo sabía.

Aquella noche, Alfonso pensó: con mamá no se puede, válgame Dios. Y agregó: con Pepe, tampoco.

Acodado en el antepecho de su palco, Alfonso se entregó al ensueño. Sin duda el mensaje era de Elena Sanz. Alfonso tanteó la perfumada esquila en el bolsillo de su chaleco, sintió en su piel las caricias de Elena, como en Viena, y como entonces, escuchó su voz diciéndole: ¡Ay, mi reyezuelo, qué feliz me estás haciendo!

Sin duda era así. Elena Sanz siempre le había regalado alegrías.

Al salir del teatro dio la casualidad que pasaban unos jóvenes españoles, sin duda de parranda, con una copla aragonesa en sus labios:

Cuando comenzó el diluvio  
todos estaban alegres,  
y unos a otros se decían  
¡qué buen año va a ser éste!

Buen augurio, pensó.

Volvió con sus amigos trasnochadores, a eso de la medianoche, al Palacio de Castilla. El Palacio era un hervidero. La reina lo abrazó sollozando (por haber alcanzado su personal sueño de la Restauración y porque se acordaba de que allá, en sus jovencísimos verdores, le había tocado a ella); las tres infantas lo besuquearon y dieron con él giros y pasos de baile; los notables desterrados españoles iniciaron el besamanos; el conde de Montpensier y su mujer María Luisa, pareja nefasta, vinieron corriendo en supremo rasgo de energía monárquica y reacomodamiento político; su padre (llamémoslo así) lo estrechó contra su pecho flaco y su corazón desatinado. En fin, todos allí para rendir homenaje al Borbón restituido al

trono gracias a la integración de españoles de todas las procedencias, según la concepción de Cánovas del Castillo, el de los quevedos imprescindibles y chalecos inevitables.

El representante de Cánovas le dio la gloriosa noticia.

Alfonso respondió escuetamente:

-Ya lo sabía.

Estaba aprendiendo a ser Rey.

Alfonso era ya Alfonso XII. Quiere decir que todo había salido bien. Las coronas atraen a ciertas clases como la luz a las mariposas: las señoras tenían, si no una reina, un Rey (jovencísimo y buenmozote) para sus besamanos y remilgos; los aristócratas, lacayos para los rituales palaciegos; cuanto parásito de apellido andaba suelto ya encaminaba sus pasos hacia los Sitios Reales; las sedas y las joyas crujían y destellaban en los salones bajo el peso de las humanidades borbónicas o amigas de los borbones y al pueblo, aunque estaba seguro de que la vida es cruel y es mucha, una vez más lo embaucaba la titilante luz de una esperanza: esta vez, las cosas irían mejor.

París había quedado casi vacío. De españoles, claro.

Todo el mundo, a Madrid.

Y en Madrid, Alfonso, de esa dinastía de los Borbones que jamás, jamás, jamás volvería a España (según la falsa profecía de Juan Prim Prat), entró muy orondo, de uniforme militar, montado en un caballo blanco, enhiesto, elegante, sonriente. En realidad, todos contentísimos. Cuando habló, un delirio, porque al pueblo en general lo enamoran los discursos que no entiende y lo excitan los uniformes que lo sojuzgan. Todo eso se explicaba por la historia del país, pero también por la meteorología que vino en ayuda: un hermoso sol iluminó Madrid e invitó a salir para oreearse y aplaudir, en nombre de la esperanza. Algunos dijeron que hasta al caballito blanco había esbozado una sonrisa equina, de puro contento. El caballito blanco se llamaba Segundo, pero era el primero de esa nueva etapa,

imagínense. El Rey, faltaba más, siempre había sido hombre de a caballo; de niño tuvo un poney, que llamaba Gil Blas, para sus correrías ecuestres por los bosques de Vincennes y de Boulogne. Fabián, ciertamente del cortejo, pensó en sus caballos de las Pampas. En el Chucaro, pensó. Y en el Trotón, pensó, y en cuando su tío Juan le había enseñado a aventurarse en las primeras galopadas, y en cuando atravesó la Pampa, en ciertas vacaciones, con una chinita querendona en ancas, camino a un resguardo que bien conocía, para beber nuevas mieles. Pero aunque tuvo nostalgia de ellos, fue nostalgia vana: él acompañaba al rey entre escuadrones de uniformados y salvas a troche y moche, y banderas rendidas, y artilleros y pontoneros, y ventanas cubiertas de banderines y mantones y alfombras coloridas. Lo acompañaba desde un coche último modelo que después serviría para las andanzas que ya habían programado: porque mira, Fabián, no te creas que todo va a ser Cortes y nombramientos de Ministros y mandatos y leyes. Tengo apenas diecisiete años, ¿no? Así le había dicho una de las tardes anteriores su real amigo.

Después de ese acto tan solemne y único, Fabián, que ya había cepillado sus últimos restos de provincialismo rioplatense en la provisoria corte del Palacio de Castilla y se había convertido en uno de sus íntimos, le escuchó confesar:

-Entre el traje que me quedaba chico porque, imagínate, me lo habían hecho en Madrid estando yo en Londres y sin tomarme medidas, y lo pesado que me resultaba el quepis cada vez que tenía que levantarlo para saludar (y fueron muchas veces), la verdad, te digo, con Segundo y todo, fue una tortura la ceremonia.

Y allí estaba el joven Rey recorriendo las prietas filas de paisanos que lo vivaban desde la multitud, entre banderas y estandartes y tapices y flores y doseles y colgaduras y mantones y chales, por el paseo del Prado y la calle de Alcalá y la Puerta del Sol y la Plaza Mayor, y la Plaza de Oriente. Y estaba oyendo las voces que lo exaltaban cantando loas. Y eran voces aristócratas y eran también voces orilleras y entre éstas alcanzó a

escuchar una recordándole:

-Ole, mi niño... Pero mira, hijo, que más gritábamos cuando la echamos a la puta de tu madre...

... y entonces, mientras marchaba hacia el vetusto Palacio Real, el joven rey no pudo menos que rememorar esa llegada con la partida del 68, tan distinta, cuando la llamada Gloriosa Revolución los había puesto fronteritas afuera. Por aquel entonces estaban en el Sitio Real de la Granja. Abiertamente se proclamaba la cercana revolución, pero su madre no había querido alterar los planes y se fueron nomás a ese Real Sitio donde las malas nuevas los alcanzaron. Entre las noticias y los chismes que les llegaron uno era hasta casi divertido. Según contaban, a la hora del pronunciamiento, de corte netamente masónico y en manos de Prim, Serrano y la Marina, el representante de ésta, Topete, llevado en andas por la costumbre, no encontró mejor manera para comenzar su hazaña que lanzar con su vozarrón siete hurras a la Reina. Por cierto, fueron pronto acalladas por el ¡Viva la Soberanía Nacional! seguido del ¡Viva el general Prim! y después el ¡Viva España con honra! Y, en seguida, las razones que habían dado motivo al desacato que se estaba cumpliendo, a saber: el impudor de la Reina y la corrupción del régimen. Como si por el lado de los revoltosos florecieran inocentes violetas, con tantos desleales y ese general Bonito a quien mucho había entregado la Reina (después de haberse dado ella misma en lejanos revolcones).

Alfonso recordaba que, aunque entonces era niño (niño precoz, según dictamen unánime y perdido entre toses y afonías y catarros constantes, según memoria personal), comprendió las condiciones que le imponían a su Madre: que volviera a Madrid inmediatamente, pero sin su favorito, Marfori; que abdicase en favor de él, Alfonso; que se hiciese oídos sordos al Montpensier, siempre mangoneando la corona para sentarse él en el trono; que el viaje a Madrid fuera en ferrocarril para seguridad de todos, pero que no, porque el ferrocarril estaba cortado; que... Pero mamá nada aceptó, recordaba Alfonso: sólo la batalla. Y la batalla se dio en Alcolea y la

batalla nos resultó desastrosa, y mi madre se quejaba, mientras ordenaba sus valijas, preocupada por la seguridad del tocón de sus joyas. Porque las joyas eran imprescindibles en esa esfera propia de su cargo, que era el de Reina:

-Dios mío, pensé que tenía más arraigo en este país. En tanto, en Madrid la gente cantaba, esperanzada:

En el puente de Alcolea  
la batalla ganó Prim  
y por eso le esperamos  
en las calles de Madrid.

Y decían que quien más cantaba era el tenor Tamberlik, a quien tantas veces había escuchado en el Real, el que había deslumbrado a los porteños en la inauguración del Coliseo.

-Yo tenía once años, pero de golpe me hice hombre -le contó a Fabián, un día en que estaban de tresillo y palique-. Fue cuando al llegar a Hendaya el Duque de Sesto, que se nos había adelantado para esperarnos, me dijo, tomándome de la mano y llevándome aparte: tú volverás pronto, hijo. Mañana ya empezamos nuestra tarea.

-¿Cómo será, Pepe?

-El padre Claret decía que el camino de la Revelación se hace al caminar. Cambia una palabrita, hijo: el camino de la Restauración se hará en el camino. Verás.

Así comenzaba Pepe Alcañices la educación monárquica de Alfonso. Luego vendría también su educación sentimental.

Y así había sido.

Y así estaba siendo.

-Soy una cosa nueva en España -se dijo Alfonso a sí mismo.

-Lo que más me gusta es que todo fue sin derramar una sola gota de sangre.

Así le dijo el ya Rey a Fabián la noche de tresillo y palique. Hablaban de la



guerra y la paz, y de bueyes perdidos, y de allá lejos y hace tiempo. Alfonso encendía un cigarro tras otro y entre nubes de humo conseguía ocultar su emoción. Porque este joven, que veía señales sanguinolentas en sus sofocones, si algo odiaba era verter la del próximo. Aunque díganme, ¿a quién le puede gustar ver sangre derramada? Ni a los vampiros, pues prefieren beberla.

Sin embargo, fíjense ustedes, apenas comenzado un reinado que parecía iba a ser el turno pacífico de los últimos años, apenas comenzado, adviértanlo, Alfonso XII, como Mambrú se fue a la guerra. ¿Razones? La vieja querrela entre carlistas y los ahora alfonsinos, ayer isabelinos. Y también porque Cánovas del Castillo, Arquitecto Supremo del Regreso Borbónico quería que, ante el pueblo, Trono y Ejército fueran un solo corazón.

Pero le costó partir a don Alfonso, porque su corazón por esos tiempos estaba enamorado. ¿De quién? Pues ¿de quién sería? ¡De una cantante!

La cantante era una tal Adela Borghi. La vida se la puso por delante en una de esas noches de jarana, copas, mujerío, teatros y flamenco a que se entregaba con la banda de sus amigos presidida por el duque de Sesto, "ese libertino" como decían muchos. Fabián lo entendía al Rey: bien que él se había encamotado por la Gavotti, allá en sus mocedades. Estas divas, caramba.

Alfonso la había conocido la noche en que estrenaban Los hugonotes. La gente aplaudía a rabiar a la bella contralto en el Real. Alfonso, que no entendía de ópera, según está dicho, pero sí de bellezas, preguntó:

-¿Quién es?

Aunque sin mayor entusiasmo lírico-dramático, lente y mirada real, llevados por impulsos altamente seductores apuntaban a la rubia esplendorosa de agradadísima voz.

-La Biondina -le contestó un Fabián ya informado-. Es italiana y también casada. Y veo que te gusta, majo.

Como era verdad que le gustaba, se siguió el trámite oportuno: al camarín

las flores, con abundantes propinas cascabeleras, la invitación para la cena, las joyas en la función siguiente.

Todo resultó como usualmente. Bien. Los amigos, contentos con la conquista. Adela Borghi, en la gloria. El duque de Sesto apreciaba las "hombrías" de su ex pupilo y sonreía:

-Estos Borbones son así.

-Los Borbones franceses -respondía Fabián, ya puesto al tanto-. Los españoles han sido continentes.

-Hasta no hace mucho, hijo. Al menos, no ha sido así en las últimas décadas -contestó, sin duda pensando en Fernando VII y en Isabel II y en el jovencísimo Alfonso.

En tanto, Isabel aceptaba alegremente el tren amoroso de su hijo. "Distracciones" necesarias, las llamaba ella, por entonces embarcada en una nueva aventura en su baqueteado Palacio de Castilla, de París: en lugar de Marfori, estaba Puente, ya no guardia de Corps sino administrador de su casa y acompañante de sus noches. Como se ve, la gorda Isabel seguía haciendo cosas gordas. Estos Borbones.

-La lascivia de la madre ha pasado al hijo -decían los hombres de Iglesia-. La sangre no es agua y se hereda. Por el contrario, la gente de la calle, festejaba:

-Es joven, es hermoso, es majó, tiene tantos dolores de cabeza; el amor le da fuerzas: ¡Viva el amor y los amores de Alfonso XII!

Pero llegó lo inevitable, y pronto: la hora de ir al frente. El frente era el Norte. Y el Rey jovencísimo marchó a la guerra por imperativo de ineludibles circunstancias para enfrentarse con un primo que jamás se había cruzado ante sus ojos, pero que sabía gigantón y barbado, fuerte y leñoso.

-En lance caballeresco entre los dos deberíamos dirimir esta antigua querrela de sangres -dijo Alfonso, cuando se discutían los prolegómenos de esa guerra.

-A ti y a mí don Carlos nos haría añicos entre sus brazos -le respondió

Pepe Alcañices, muerto de risa-. Te lo digo, es un Hércules, papilla nos haría semejante grandote.

Por eso ahora no voy solo, piensa el Rey jovencísimo mientras marcha hacia el Norte, donde está ese primo gigantón que quiere ser Rey; voy con mis hombres que son muchos y con mis razones que son justas. Pleito antiguo de sangre entre el difunto abuelo Fernando VII y su hermano Carlos María Isidro quien, cuarenta años atrás, se sintió desposeído cuando mi abuelo en trance ya de muerte y sin hijos varones, dio a mi madre, de apenas tres añitos, trono y herencia real, de acuerdo al dictamen de antiguas Partidas medioevales. Vetadas tales partidas por la llamada Ley Sálica, se prohibió a las hembras acceso a la corona, y en tal disposición amparó sus reclamos, cuarenta años atrás, mi parentela disidente. Lucharon mis abuelos y mis tíos y mis primos y corrió sangre inocente y sangre arrebatada y hubo asaltos y robos y estupros y violaciones y saqueos y hambrunas y epidemias y muertes subitáneas y muertes de las otras en las interminables guerras carlistas. Pero estas guerras no son irrevocables. Yo les pondré fin. Quiero tachar el odio. Y restañar heridas. Y borrar sendas empedradas de rabias. No quiero dos Españas. Quiero una. Yo, Alfonso XII.

Alfonso pudo contra don Carlos. Vencido en el campo de batalla por adversos azares de guerra, Carlos lo pensó mejor y tomó las de Villadiego. Mejor dicho, el tren hacia Francia y el olvido. No sin lanzar su última bravuconada antes del mutis por el foro:

-Volveré para salvar a España.

¿Y Alfonso? Alfonso pudo con él pero no con su destino.

En pleno invierno fue el glorioso regreso. Alfonso y los amigos salieron de parranda esa noche: el reposo del guerrero. Porque el Rey había decidido que los días serían para el reino y la corte, pero la noche para los amigos. Salieron, les cuento, a mirar Madrid bajo la luz de una luna esplendorosa. Y también a mirar y algo más a las muchachas de la noche. Caía una persistente nevisca, ellos se estaban congelando, y Fabián de pronto salió

con un domingo siete.

-En Buenos Aires se estarán derritiendo de calor, -murmuró en tanto no podía dejar de mirar a las muchachas y sus ojos iban a las viandas que se le estaban ofreciendo, y sus oídos a los cantos que escuchaba:

El espíritu lo quiere,  
la sangre lo añora  
bésame querida  
que sea ahora.

Pero Fabián las miraba sin verlas, porque el roce de la chalina de vicuña que acostumbraba a usar sobre sus hombros le recordaba, entonces, como caricia familiar, el pasado rioplatense, con la pampa de sus estancias y la ciudad de sus amores. Y en una y otra la abuela Estanislada. Pero no había para nada pesadumbre en su recuerdo. Tan joven, el perfume errante a pachulí de la abuela desaparece, él está allí, entre los que ahora son los suyos. Y eso está bien. Estimulado por la música y las muchachas, vive la alegría de esa loca determinación que lo llevó, en pos de una diva, creía, pero oh, misteriosos caminos, su destino era otro, a la vera de un joven rey exitoso. Y él, Fabián, no ha hecho más que seguir su destino.

Una mano tocó su hombro: acaba con tanta melancolía, amigo, le dijo Alfonso, ponte a comer con nosotros. Cenaron, entonces. El Duque de Sesto recordó cuando, durante la campaña, Alfonso había mandado de regreso a Palacio a los cocineros puestos a su servicio.

-Pero por Dios, ¿qué comerá Su Majestad, si parte el cocinero? -preguntaron los generales.

-El mismo rancho de la tropa -contestó el Rey.

Con cositas así Alfonso conquistó a la gente, dijo el de Sesto. Y dijo también cómo había sido valiente, y recordó que no había eludido las balas, ni los sitios de vanguardia, y cómo, en cierto momento, hasta corrió peligro de caer prisionero, razón por la cual los carlistas inventaron una letrilla que sobre el pucho entonaron los amigos al unísono, levantando las

copas:

En Lacar, chiquillo,  
te viste en un tris;  
si don Carlos te da con la bala,  
como a una pelota  
te planta en París.

Alfonso quiso fumar y pidió un pitillo. Pero en cuanto lo encendió y lo llevó a sus labios, amoratados por el intenso frío, lo miró como si en él viera algo raro, un bicho o cosa parecida. Y entonces comenzaron las toses, una aislada primero, seca y contundente, y después otra y otra, en rosario, y después el sofoco y entonces la decisión:

-Volvamos.

Y volvieron. Para dejar a Alfonso en manos de Ceferino, quien lo metió en la cama, y llamó a un médico y a otro (a la madre doña Isabel no la llamó porque Isabel se había quedado en Francia, a consecuencia de sus propios dislates y las órdenes de Cánovas que no quería nada de lo viejo en el novísimo régimen). Y Ceferino le puso cataplasmas de cebada y compresas de agua hirviente y sinapismos de diversas texturas y prendió ramas de alcanfor y eucalipto, y le dio tecitos de variadas sustancias y miel y agua de zarzamora y lo obligó a gárgaras y ventosas y protestó muchísimo: que el Rey había tomado frío en las muchas jornadas de la guerra, miren ustedes, y que sus ropas se habían humedecido con tanta intemperie, dónde se habrá visto, exponerlo tanto, y que el físico del joven no era el físico de su primo don Carlos. Y vino después la fiebre y las pesadillas.

Y a media madrugada Alfonso se despertó, en el torbellino de un acceso de tos interminable, empapadas sus ropas, asombrados sus ojos de ver lo que estaban viendo: un enchastre, la almohada tinta en sangre, roja como la de los soldaditos que en el Norte hicieron huir a su primo gigantón para que él pudiera reinar sobre una España unificada.

El médico dictaminó:

-A su Majestad se le abrió una venita de la garganta a consecuencia de tanta tos.

Todos suspiraron aliviados. ¿Nada más?

-Nada más, a Dios gracias.

Pero muchos sospecharon: hemoptisis.

También lo sospechó Alfonso. Algo similar le había pasado al finalizar la campaña del Norte. Alfonso decidió: seré prudente. Desde entonces, en su bota de montar, llevó oculto un pañuelo rojo.

-¿Dónde vives, Fabián? -le preguntó uno de los pocos amigos rioplatenses que había sido de la partida casamentera en la Iglesia de la Merced, allá lejos y hacía tiempo. Por entonces estaba debutando en Europa.

-Creo que vivo en el camino que media entre Madrid y Paris -le contestó Fabián.

Y así estaba siendo. Fabián, convertido en dandy con ribetes internacionales, dividía su vida entre las dos ciudades. De manera que, en tanto Alfonso aprendía a ser Rey y sus consejeros se preocupaban por encontrarle una consorte digna, porque lo imprescindible era, ciertamente, asegurar la dinastía, Fabián instalaba sus mansiones con gusto, dinero y dispendio. En un palacio y en otro, en el que había sido hogar de las damas Montijo antes del casamiento real y del descalabro imperial, en París, y en el que acababa de comprar en el Retiro, en Madrid. En ambos se fueron amontonando las obras de arte que iba comprando: el Tiépolo conseguido de un noble en bancarrota; cierto Leonardo rescatado en una casa de juegos donde se desplumaba a linajudos; una serie de Goyas prescindibles para muchos porque eran terroríficos los dibujos y el pintor demasiado moderno; ciertas estatuillas traídas por un genovés pero que eran de Pompeya y sin duda de contrabando; unos pergaminos arrebatados a los árabes; una Biblia en hebreo salvada del fuego y de la Inquisición y del rabino que había terminado dos siglos atrás convertido en tea ardiente; un piano de límpido sonido pero teclas manchadas por rastros de sangre y de

tabaco, que conservó con deleite porque había sido de Chopin, y esos rastros eran huellas perversas de la enfermedad y el vicio que acabaron con él, como tanto después acabarían con Alfonso; un paisaje marítimo de costa irregular y nubes que flotan en el aire como las olas sobre la aguas, y en la costa una mujer que tal vez no sea mujer sino sirena, porque su rostro es bello en demasía, y que firma (con hilos de pelo la tal firma), un nombre desconocido en el arte pictórico o noble, pero mirar tal cuadro hace las delicias de Fabián porque le recuerda cierto rincón del Plata un día de mucho tiempo atrás en que había sido feliz. Y joyas. Fabián amaba las joyas. Y como ese amor coincidía con el que las mujeres también sentían por ellas, el intercambio entre orfebres, bellas y el rioplatense dispendioso era intenso y apasionado.

Vincent Robinson and Company era una firma prestigiosa y tradicional: en sus manos (entiéndanme: en sus barcos y por sus operadores universales) quedó la tarea de proveer de alfombras de la India, tapices de Persia y Flandes, perfumes del Líbano, árboles de Australia, pájaros y pajareras de Brasil, lobos de Alaska y monos de Tanzania y pitirrojitos del Ibicuy y focas de la Península de San Borombón, y muebles de Escandinavia, y mármoles de Carrara, y porcelanas de Francia, y matrioschcas de Moscú, y de Pula candelabros de oro y del golfo de Dobrika pipas de esperma de ballenas. Innumerables, incontables, inacabables. Con ellos llenó las lujosísimas salas de sus palacios (en dueto) y suscitó envidias macarrónicas y admiraciones a granel.

Como Alfonso se había enamorado, él, Fabián, ileso sentimentalmente después de su fenomenal casamiento con la Gavotti, aunque había pasado de mujer en mujer, pensó que podía ya ser hora, si no de sentar cabeza, sí de tomar estado, como decía la abuela Estanislada.

Fue entonces cuando apareció Beatriz, la condesa parienta de las Montijo.

La conoció en el casamiento de Alfonso, precisamente.

Porque Alfonso se había casado con el lejano amor de su adolescencia, su

primita Mercedes, la hija de los intrigantes tíos Montpensier. Se habían conocido muchos años atrás, cuando Mercedes era una niña: espero que mi primo Alfonso no sea demasiado mandón y no nos tiranice con sus aires de heredero, dicen que había dicho la niña antes de su llegada. Pero se entendieron. Jugaron de lo lindo en esos tiempos de inocencia y felicidad, cuando las cuestiones políticas parecían estar lejos. Después, Alfonso la encontró en Sevilla, él de quince, ella de doce, la cara llena de sonrisas y la boca de coplas navideñas como ésta (que me transmitió Ricardo de la Cierva):

A caballo por los naranjales  
de mi Andalucía por la Navidad,  
los campanilleros llegan al cortijo  
trayéndole al Niño flores al portal.

Después se armó el casorio, porque la niña dio el sí y los políticos también: era un modo de acallar a los intrigantes padres. De aquí que, para muchos, el casamiento fuera un simple arreglo dinástico que unía a la familia y descartaba las ansias de poder alimentadas por el conde de Montpensier. Mal bicho, el hombre, que odiaba a su cuñada, la ex Reina Isabel, y siempre se aliaba con sus enemigos. Y vaya si maltrataba a su propia mujer, María Luisa, a quien dicen que le decía con la prepotencia del necio:

-A ver tú, borbónica: sácame las botas...

Pero en verdad el casamiento pintaba como una auténtica boda por amor. Mercedes era bella y era joven y era buena: tenía oscuros los ojos, dulce la mirada, mate la piel, garboso el andar. "Una Virgen de Murillo", decían muchos; en verdad, entre española y parisina. Alfonso, pese a que desde muy joven había andado con mujeres, conservó en París primero, en Madrid y ya Rey después, un encendido amor por la bella primita.

Como tal sentimiento coincidía con los intereses dinásticos, la boda se arregló para bien de todos, aunque con el enojo de mamá Isabel, que de los Montpensier no quería saber nada, porque habían colaborado en hacer



tronar su trono. Muchos años atrás había dictaminado para siempre:

-Mi hermana María Luisa es una víbora. Y su marido el más buscón de los avaros.

Decían que el inicio de tales desdenes entre las hermanas tenía origen cierto: las preferencias de la madre de ambas mujercitas, la reina Cristina, por la María Luisa. Quería que ella llegara a reinar. Pero debió aceptar que el trono quedara en manos de Isabel. Cosas de reyes. O de terrícolas.

De manera que Isabel no podía tragar el casamiento de su querido Alfonso con la prima Mercedes. Tampoco Cánovas del Castillo estaba por la afirmativa. Pero, buen político al fin, comprendió que la gente veía con buenos ojos a los tortolitos.

Alguien, en las Cortes, sentenció, refiriéndose a Mercedes, de modo definitivo:

-Los ángeles no se discuten.

Ya no había más que agregar. Hubo boda real.

-El amor en los tiempos de cólera -rubricó el Oriental.

Y allí estaban ellos, los amigos del alma, festejando la gloria de un casamiento que dio vuelta a Madrid y la envolvió en cantos de esperanzas.

Era enero y era la Basílica de la Virgen de Atocha, patrona de Madrid. Doce bandas militares recorrían las calles de la ciudad salpicándola de sones, la gente estaba vestida de fiesta y los timbales y clarines de la Escolta Real acompañaban el paso del Rey que iba al encuentro de la Reina. El Rey marchaba, oh paradoja del destino, con su padre Francisco de Asís (que no era su padre), porque la reina enojada, está dicho ¿recuerdan?, no había querido dejar su Palacio de Castilla, en París. Mercedes, cubierta de joyas y de gloria y de esperanza aguardaba a su amado. Cuando se vieron, simplemente fueron dos jovencitos atontados por esa felicidad de poder estar por fin solos. En sus ojos se veía: querían que todo acabara, que anta multitud desapareciera, que el mundo se borrara para quedarse solos, para comerse a besos, para hacer de los carnes, una. Como les había dicho el

sacerdote al casarlos. La gente cantaba:

Quieren hoy con más delirios  
y a su Rey los españoles,  
pues por amor se ha casado  
como se casan los pobres.

Y gritaban ¡Viva el Pacificador! por aquello de que gracias a Alfonso se había concluido la larga lucha civil. Y aunque muchos protestaban, pues nunca faltan recalcitrantes, Alfonso se decía: Pues válgame Dios, que para nada permitiré las mismas tempestades que tanto me ha costado calmar.

Así pensaba el joven Rey, con la mano de Merceditas en las suyas, mientras seguía aguantando la ceremonia: el besamanos interminable, y los saludos diplomáticos, y la función de teatro. Y... ¿y saben quién cantó en el teatro? Pues Tamberlinck, ¿se acuerdan? El mismo que había entonado la Marsellesa, con su hermosísima voz, cuando la batalla del puente de Alcolea. La que había puesto a la reina Isabel y a su crío heredero de patitas en París.

Pues bien: Fabián, a quien ya pocas cosas asombraban, se asombró cuando vio a Beatriz. La vio en la Catedral, durante la real función de las bodas. En medio de tanta algazara, le pareció a Fabián que también él encontraba su destino. Beatriz era alta y morena y tenía dos luceros por ojos y su voz era cantarina, y su porte señorial. El sintió como un calorcito en el pecho y una quemazón en las entrañas y otra quisicosa desconocida y pensó ¿qué es esto?, ¿me estaré enamorando? La llamó:

-Beatriz.

Sólo le contestaron timbales y clarinetes, y el repique gordo de las campanas madrileñas, y coplas y otras variadas facturas musicales, todas de acuerdo porque ese momento coincidía con algún momento importante de la real ceremonia. Pero si los oídos de la joven no escucharon nada, algo alertó su corazón, porque Beatriz se dio vuelta. Cuando Fabián recibió la mirada cargada de preguntas de la dama, y el fulgor de sus grandes ojos,

sintió que todo él se llenaba de ella, le urgió como una comezón interna: qué romántico estoy, ¿será esto el amor? Y porque fue amor comenzó el asedio. Para nada espantadiza, Beatriz aceptó el pie del joven sobre el suyo, debajo de la mesa durante un importante banquete en casa de ciertos marqueses amigos. Y después aceptó la mano descendiendo por su espalda desnuda en el teatro, y por la entrepierna después, cuando el mundo se oscureció, porque así correspondía a la escena de Don Carlos. Todo en un estilo porteño pasado por experiencias parisinas que, por lo que estaba viendo, funcionaba a las maravillas en Madrid. Pero, a no equivocarse: tuvo tanta facilidad en el asedio porque era fortaleza pronta a rendirse la que asedió Fabián. Plaza tomada. Sin duda.

Ocurría que, aunque de linajudo apellido, doña Beatriz pertenecía a una de esas familias de pasar discreto, porque entre los malos negocios y la política el patrimonio había ido mermando. O se fue al carajo, como sentenció el Oriental. En el hermoso castillo en que vivían, el abolengo de los siglos estaba en el orín de las paredes y la decadencia en las goteras de los techos. A Beatriz sólo le quedaba un camino para remontar en la escala social: un buen partido. Y buen partido parecía ese vespucio ricachón y exquisito (condición que ella creía natural de todos los americanos) quien, según los informes de las últimas novedades sociales, tenía una de las mejores casas de París y estaba instalando una admirable en Madrid, y era el mejor partido del momento. El Gómez y Anchorena devolvería a la linajuda familia los mejores días. Los fuegos de la imaginación hacen cualquier cosa. ¿No les parece?

Beatriz vivía en París y Fabián, después del casamiento del Rey, se trasladó a orillas del Sena. Ya allí, según su estilo, encargó a su joyero Hamelín un collar que debía ser insuperable. ¿Recordaría Fabián que para Josefina Gavotti habían sido perlas? Sospecho que no: tantas mujeres y joyas habían pasado y en el río del olvido embarcadas para el país de la nada... Pero se esmeró en el collar de Beatriz, la prima de la ex emperatriz Eugenia, a quien si bien no había conocido, sí había admirado y en cuya

casa seguía viviendo.

El día del compromiso entregó a la bella el collar, cuajado de diamantes, admirado por todos. Escuchó los ¡oh!, ¡ah! correspondientes a tanto dispendio. Cuando estuvieron solos Beatriz le preguntó, toda modosa.

-¿En Buenos Aires se usa ser tan exagerados?

-En Buenos Aires se usa así -contestó Fabián y estampó un beso interminable en labios de la bella y pensó que su historia iba a ser la de la dicha. Linda corazonada. Pero la relación no avanzó mucho más. Cierta mañana Fabián, impecable como siempre en su levita, tieso el cuello según los dictámenes de la moda, luciendo su hermosa cabellera enrulada y su barba cuidadísima, se acercó a casa de un prestamista de moda. Le habían dado las señas del hombre: allí encontrarás esas cosas que tanto te apasionan.

-¿Como ser?

-Como ser joyas antiguas y actuales de especial factura, muebles, medallas. ¡Bah! esas nimiedades que los ricos compran por millones cuando tienen y venden por nada cuando empobrecen.

Fabián fue. Fabián pidió ver. Fabián miró. Fabián vio. Casi se cayó de culo.

¿Qué vio?

Pues, entre tantísimas maravillas, el hermoso collar de diamantes obsequiado a la prometida entre los ¡oh! y los ¡ah! de Beatriz, parientes y amistades.

Había sido empeñado. Gente de alta condición. ¡Qué cosa!

Todo concluyó apenas comenzado. Se desplomaron relación sentimental y los sueños de un dandy.

Pito catalán para Beatriz.

Y colorín, colorado, este romance se ha acabado.

Entre perplejo y decepcionado, Fabián dejó París.

## CAPÍTULO 10

## Muere una reina y una esperanza

Te digo: el tiempo por entonces se había puesto hermoso. La primavera puso en fuga el mal tiempo.

Fabián regresó de París a Madrid a fin de reponerse del disgusto provocado por el asunto del collar y Beatriz, descubierto tan a tiempo. Fabián pensó: todavía es nonato quien me pueda vender gato por liebre (aunque no se había tratado de un felino sino de una probable esposa). El destino fue el aguafiestas. Pero en eso ya no quería pensar más. Aunque le quedaba la duda de si el disgusto mayor había sido la historia de la joya pignorada por la linajuda familia en bancarrota, hecha pública y escandalosa, o por la mujer perdida en el desengaño. Al fin y al cabo, él se había ilusionado con encontrar en la bella condesita de mirada agacelada algo así como el reposo del guerrero social en que se había convertido, más que por los reclamos de su personalidad, por los brillos y las originalidades de su tono de vida rumbosa. A veces recordaba cuando su abuela Estanislada, ante algunas de las singularidades de su adolescencia, exclamaba, encantada y quizá premonitoria: "Si este chico se fuera a Madrid, qué carrera haría".

En la ocasión, su amigo Heyres, siempre su ladero, le había preguntado:

-¿Por qué dejas París? No me digas que por esa mujer.

-Por decoro, compadre, por decoro.

Y le dijo compadre porque cada tanto se le daba por usar frases aporteñadas, como para no olvidarse de aquello dejado detrás del océano entonces, cuando se estaba volviendo tan europeo.

Por decoro, entonces. Y tal vez por decoro hizo lo que además hizo. Compró no uno, sino dos collares idénticos a los que había obsequiado a su fugaz prometida Beatriz. Los adquirió, como el primero, en lo de Hamelín, de París. Y una noche fue a la Opera, y se encontró con la prima donna, honorable desconocida de bellos ojos y rotundo palmo, la invitó a comer y cuando estaban concluyendo le puso el collar donde correspondía y después

la besó en la boca y después le dijo: es tuyo.

Con el otro collar traspuso la frontera. Lo llevó a Madrid. En Madrid, una noche de juerga con sus amigos cargó con el collar hasta un colmado de la calle Leganitos y allí pidieron a las bellas que alegraban el lugar compartir bebidas y vituallas y algo más. Y cuando estaban ya todos y estaban alegres, le preguntó a Heyres:

-¿Cuál de estas bellas es menos bella?

Heyres le respondió, presuroso:

-La menos bella no es ninguna de esta mesa. La menos bella es aquélla.

Y señaló a una mujercita bastante enclenque que los miraba desde el guardarropas donde habían dejado abrigos y galeras. Entonces Fabián, que aunque había tomado bastante se sentía (y se veía) sobrio, fue hasta el guardarropas donde habían dejado abrigos y galeras y tomó a la feúcha de un brazo, y la hizo dar vueltas, después de un atento me permite, y cuando la mujercita, asombrada, dijo sí, le hizo inclinar la cabeza, le colocó en el cuello el collar hecho por Hamelín, de París, besó su mano, y se fue no sin antes decirle:

-Es suyo. Que lo disfrute.

Y así fue como Fabián recuperó el decoro perdido con Beatriz en ese amor que duró un suspiro pero le costó sus buenos pesos.

Cuando lo supo Heyres le dijo:

-No serás el Señor de los Anillos, pero sí el Señor de los Collares.

Y bueno: estaba en Madrid. Tenía en el cuerpo y en el rostro treinta años, pero su alma y su corazón apenas si llegaban a veinte. Estoy con el mismo ánimo que en la época de la Gavotti, le dijo al Oriental, siempre dispuesto a ponerle la oreja. Y lo dijo sin ningún remordimiento por aquello perdido en el tiempo, que tenía que ver con la tiple y con la abuela. Pero dicen que las faltas olvidadas son las más difíciles de olvidar.

De manera que los días madrileños se fueron comiendo las tristezas parisinas, el reencuentro con los amigos resultó el mejor antídoto, y no tardó mucho tiempo sin que la alegre bandada volviera a corretear las

noches y Madrid con la galanura y el desenfado de siempre, que eso es lo bueno de la amistad: después de una separación, no importa si larga o corta, pronto se retoma el ritmo habitual y sin demasiados por qué.

Por entonces Fabián regaló a la pareja real un par de faisanes hermosísimos traídos directamente del centro del Asia. Los pájaros, transportados en lomo de elefantes por negros gigantes y azules, atravesaron medio continente, siguiendo el antiguo camino de la seda hecho por mercaderes de muchos siglos atrás, y por fin fueron depositados en el Palacio de Oriente y en jaula de oro. Los había encargado porque una tarde vio a la reina Mercedes admirando embelesada una pareja en la casa del Duque de Sesto, y porque enseguida había dicho, con su vocecita de niña y sus gestos de ángel:

-Ay, cuánto me gustan, cómo quisiera tener unos.

Allí fue cuando Fabián decidió lo del Extremo Oriente y los elefantes y demás.

De manera que una mañana la reina se topó inesperadamente con semejante regalo. Con la alegría de la sorpresa, Mercedes batió palmas y dio unos pasos de baile, mientras los faisanes hacían lo suyo desplegando su hermosísimo plumaje. No eran connaturales a su estado (casada) ni a su cargo (reina) semejantes expresiones de júbilo, pero sí a su naturaleza, que todavía demostraba su gozo como los infantes. Y, miren ustedes: Alfonso se unió a las piruetas de Mercedes porque estaba tan enamorado que hacía suyo todo lo de su mujer. Pero después, cuando estuvieron solos, le dijo a Fabián, con el ceño fruncido, no a consecuencia de un enojo sino haciéndose el enojado:

-Pues mira, guapo, me parece exagerado cuanto me regalas. Me has dado tanto, Fabián, contribuiste de manera tan importante a que me fuera devuelto el trono... Y ahora basta que abra la boca yo o Mercedes para que estés complaciendo nuestros antojos.

(Fabián solía decir: El duque de Sesto, conocido *urbis et orbi* como Pepe Alcañices, se quedó con el cheque que le di. Con el cheque hizo posible la

Restauración. Pero yo me quedé con la amistad del Rey.

Fabián lo decía, pero no sabía que el Rey lo recordaba.)

Pero el Rey prosiguió:

-En la Corte, se sabe, hay muy poca fidelidad sin interés. En cambio tú...

A tales palabras, Fabián las interrumpió con un:

-Pero majo, tú sabes que ése mismísimo es mi caso -y le elijo majo porque le había tomado gusto a las palabras madrileñas. Y el Rey le preguntó:

-Pues ¿por qué es tu caso?

-Pues porque yo tengo mi buen interés, Majestad.

-¿Y cuál es tu buen interés, coño? -y dijo coño porque al Rey le encantaba mezclar palabras de los bajos fondos.

-Pues mi gran interés es verte contento, hermano. Y le dijo hermano porque así se acostumbraba a nombrar a los íntimos en el Río de la Plata y a él se le daba, cada tanto, por recordar que también era rioplatense.

Después le dijo lo demás: que conseguir los faisanes traídos de Oriente no le había costado nada, porque conocía unos traficantes que le debían la mar de favores, y que el obsequiado había sido él al ver la cara de alegría de Su Majestad la Reina Mercedes. Y cuando dijo eso y mucho más se calló, porque pensó que ya todo estaba explicado y terminaría como en otras oportunidades. Pero esa vez Alfonso se puso terminante:

-Pues que no, Fabián, que no puede ser. Mira, dime qué quieres, qué necesitas. Y si no quieres nada, y si no necesitas nada, dime igual cualquier cosa, invéntate una necesidad o un caprichito, porque mi deseo es que recibas algo de estas manos que son lo que son porque tú ayudaste. Y cuánto. Vamos, Fabián, sé sensato, que la amistad se hace mitad con aquello que das y mitad con aquello que recibes.

Fabián hizo como que pensaba, se tomó el tiempo necesario a una voluntad titubeante para decidirse (y no fue tiempo excesivo por respeto a Su Majestad, que era rápido y tirando a nervioso), y como quien señala algo al pasar pero en lo que ha reflexionado, le contestó:

-Pues mira, amigo. Mi familia, allá lejos y hace añares, en América y en un



lugar llamado Santiago del Estero, tuvo un título de nobleza otorgado por favor real en vista a la altísima tarea de colonización que llevaban a cabo en aquellos lugares, perdidos en culis mundi. El título era de Conde. Condes del Castaño. Con toda humildad, pero también con toda sinceridad he de decirte: si algo me placería de veras, es que tal título me fuera devuelto.

-¿Y por qué os fue aventado el título? -quiso saber el Rey, mientras encendía un pitillo y jugaba con la sortija regalada por Mercedes.

-La Asamblea del año XIII, en mi país, entre otras buenas cosas como abolir la esclavitud, mandó al carajo todos los títulos nobiliarios. El de Conde del Castaño desapareció en la fogarata.

El rostro de Fabián se había puesto serio subrayando la importancia para él encerrada en el pedido. Tal vez hubiera deseado poder decir, como Cánovas cuando le ofrecieron un título de nobleza: "No los quiero. Yo los hago". Pero no era Cánovas. Y vaya si le apetecía el título. ¿Acaso no era un coleccionista?

Mas el rey ya lo estaba palmeando alegremente mientras le decía:

-Pues bien poco pides, vamos. Ya pondremos a nuestros genealogistas a hurgar en archivos y documentos. Y si no encontramos el consabido Conde del Castaño, pues lo fabricaremos, majó, que bien poco me estás pidiendo. Así que, vamos, ya puedes considerarte Conde del Castaño -y zamarreándolo cariñosamente agregó-: Y ojalá pronto puedas gustar las mieles no sólo de ser el Conde de Castaño, sino de tener una Condesa del Castaño.

Fabián esta vez se tomó el tiempo mínimo que necesita el alma para esconder una gran alegría. Hijo de un país lejano, perdido en encrucijada de aguas y destino, donde los títulos nobiliarios habían dejado de existir por mandato republicano, pero en el cual conservaban prestigiosa aureola, se le hacía lindo saber que iba a recuperar el que alguna vez adornó a sus antepasados (por más que por el momento su ansiedad tuviera que perderse en la reluctancia de los tejes y manejes burocráticos de genealogistas y afines). Se inclinó ante el Rey y amigo.

-Majestad, gracias -farfulló superando la momentánea emoción y dividido entre dos encontrados sentimientos: por un lado, gratitud por el beneficio acordado; por otro, contrariedad por haber quedado a mano con el Rey.

Hubo un momento de silencio. Luego, de acuerdo a su tradición operativa de promotor de salidas, ceñido a los rigores de una fama que le impedía aceptar cualquier velada casera, preguntó:

-Y esta noche ¿qué hacemos?

-Aja -contestó el joven Rey-. ¿Así que la corraste en París y ahora quieres seguirla en Madrid?

En realidad, el Rey estaba por esos tiempos bastante recoleto. El casamiento con Mercedes lo absorbía de lo lindo. Además, eran abrumadoras sus tareas de monarca católico y liberal, como él se llamaba, coronado constitucionalmente, en cuyas decisiones todos querían meter baza. No como antaño, cuando los reyes eran tales por mandato divino y punto. Ardua la misión de decidir y de ordenar, que al fin y al cabo son la íntima sustancia del trabajo de un Rey. Por Dios, que es dura la vida de un Monarca. Aunque, no digamos la de esos hijos de vecinos, los súbditos.

De modo que por tales poderosas razones se había alejado bastante de la alegre comparsa entre las que estaban en primer lugar, él, Fabián, y el Oriental, el Duque de Tamames, Julio Benalúa, el mismo Pepe Alcañices y algunos otros. Pero en noches como éstas, con la alegría del reencuentro y cosas así, la hermosa Mercedes era casi un estorbo, aunque regio. Pasioncillas de otro género a ese amor infinito que sentía por la reina cosquilleaban el real corazón; y tal vez más su tierna envoltura carnal de veinteañero arrebatado tirando a lascivo. Por eso, aunque la prudencia quiso retenerlo, en la ocasión no pudo con su genio:

-Pues bien, por ser esta noche, iremos al Real, pero disfrazados de majos y allá arriba -dijo, y los ojos ardientes puntuaron sus palabras mirando fijamente al amigo rioplatense para ver cómo le caía la variación, ese algo nuevo, entonces, cuando ya era hombre matrimoniado-, allá arriba, te digo, haremos de las nuestras. Festejo por partida doble: tu regreso, crío, y el

título que ya puedes considerar tuyo. Después del Real, a ese lugar que tú bien sabes, y donde me han dicho abundan unas majas que verlas nomás es miel sobre hojuelas.

-Las gustaremos, Majestad.

-Ustedes, que son solteros. Para mí, como hombre casadísimo... abstención.

-Espera un poco para pronunciarte, Alfonso.

-¿Esperar qué?

-Pues, tener la miel sobre hojuelas delante de tus ojos.

Y estaban así, en amistosa complacencia mutua, contemplando la miel sobre hojuelas, en un reducto del Pinar de la Castellana. Frente a una mesa en la que se encontraba la flora y la fauna que alegra o infecta a toda España convertida por arte de la gastronomía en sustanciosas vituallas. Y entre bocado y trago, mientras corrían el Burdeos y el Valdepeñas, miraban por la ventana que daba al patio una luna lunera encantadora y escuchaban el aire de unos fandangos excitantes. Y les llegaba el olor de jazmines, y en las copas el vino tenía reflejos tornasolados y al beberlo la alegría subía al corazón y arrebolaba las mejillas. Y entre tanta algazara y palique los mozos iban y venían cumpliendo su servicio como caballeros en una batalla, manejando previstas estrategias, mientras ellos, los fiesteros, roncós de la misma ronquera por el griterío, y alegres de la misma alegría, que era la de la vida y el alcohol, ni cuenta se daban del paso de las horas.

Estaban en todo eso, una llamarada de luces el salón y otra en los corazones. Pero lo que tiene que ser, es.

De sopetón Ceferino irrumpió en el salón, con arrebató de gestos y palabras. Y la cara de Ceferino era serísima y su rostro compungido a la par que aparatosa su inquietud. Y Ceferino habló, y cuando habló todos quedaron helados. Porque Ceferino, con pompa resonante de augur, dijo:

-Majestad, Su Majestad la Reina Mercedes ha tenido una descompostura muy seria. Ya está en manos de los médicos.

-¿Qué ha sido, por Dios? -preguntó el Rey mientras su incierto corazón

comenzaba a galopar, y en su mente estallaban zumbidos, y una ráfaga de algo como quemadura le abrasaba el rostro.

-Dicen que el embarazo, señor. Los médicos ya están atendiéndola. Pero debe usted volver -voceó su orden Ceferino, porque en cuestiones de emergencias domésticas, como ésta (y como cuando el asunto de la venilla abierta en el gaznate real) Ceferino trataba al Rey de potencia a potencia.

-Rediós -se escuchó decir al de Sesto demudado.

Noticias así le quitan el apetito a cualquiera. A los amigos de Alfonso se lo quitó.

Se acabó la festichola y dio comienzo al drama.

Rendidos a su suerte, todos salieron del salón de las majas que eran como miel sobre hojuelas, y de la reverberación de las luces sobre los espejos pasaron a la mortecina de los mecheros de gas y al parpadeo de las estrellas en lo alto, y luego a la desmayada oscuridad de los coches. Y marcharon por las calles macilentas, temblequeantes sus almas, bebiendo vientos y tragando maldiciones. Y algunos elevando preces.

-Que Dios nos ayude -dijo Tames.

-Y que ayude a España -agregó el de Sesto.

En verdad, al muy poco tiempo de casada (no sé si les dije que los esponsales habían sido en enero), Mercedes comenzó a sentirse mal. Se la pasaba en la alcoba real, entre vomitonas y vahídos. Al comienzo lenguas linajudas y de las otras no pudieron menos que murmurar: demasiadas noches en vela en razón de tanto amor; exceso de arrebatos eróticos. Después, cuando la Reina se convirtió en un lirio, acentuado su albo color, y en un suspiro, menguadas sus escasas fuerzas, y cuando una mañana debió abandonar el trono entre sofocos, y otra tarde se puso pálida de repente y izas! al suelo, supusieron: embarazo seguro. Los médicos dijeron sí: la Reina Mercedes ha encargado el heredero. Entonces, a los runrún siguieron certezas, aplausos y rogativas. Y qué será y qué no será.

La noche del alerta, Mercedes tuvo un aborto. Adiós crío y esperanzas.

Cuando todo pasó, Mercedes y Alfonso se abrazaron llorando el diseño de un sueño aventado.

-Pero somos jóvenes, Merceditas, somos jóvenes y nos queremos y la Virgen de Atocha estará al lado de nosotros. ¡Ea! A reponerse.

Pero no acertó. Por más que para reponerse se fueron a La Granja (donde, como en otros Sitios Reales, los nobles del entorno vivían en una promiscuidad corporativa que ellos supieron airoosamente esquivar); y aunque después, cuando llegaron los caloritos, marcharon a tomar baños, y a comenzar nuevamente los juegos del amor, que no eran juegos, porque en verdad se amaban. Se estaban las horas, sin decirse ni pío, haciéndose arrumacos. Y otra vez vuelta que dale, todo el mundo encantado ante esa pareja tan joven que prestaba alas a la esperanza.

La gente los seguía, aplausos van y vienen. En ocasiones, Mercedes protestaba: quisiera estar sola contigo, Alfonso.

-Son gajes del oficio. Hay cosas peores. Ya te acostumbrarás, Carita de Cielo -la consolaba el Rey. Y le decía Carita de Cielo porque así la llamaba el pueblo.

-Estoy seguro de que este par de pichones esta vez, aciertan -dijo Pepe Alcañices, según una operación mental que adelantaba mucho de su optimismo y poco de sus corazonadas.

-¿Aciertan a qué?

-A encargar el heredero.

Pero la vida, a espaldas de los tortolitos y del Duque de Sesto, fraguaba un estropicio mayor. Porque la Reina Mercedes, vuelta de ese temporario jolgorio con su esposo, comenzó a languidecer y esta vez de modo apresurado. Inapetencia por un lado, los consabidos vahídos y bascas y falta de fuerzas por otro, y un día y una semana y un mes y otro mes más. Y cada vez peor. Los días pasaban, la mañana hacía lugar a la tarde, la tarde a la noche y todo igual. Mejor dicho, peor.

Un atardecer, cuando se apagaba el sol de ese día, Mercedes cayó en cama. Y al otro día se levantó. Otro mediodía cayó en cama. Y ya no se

volvió a levantar. Por las mañanas en algo lucía el claror de su inteligencia, pero con el paso de las horas se iba amenguando hasta quedar borrada en el caos de intensas fiebres.

El tiempo no se movía.

Alfonso tampoco.

Se pasaba los días al lado de la cama, averiguando en el rostro de su amada y en la sabiduría de los médicos los pasos del mal. Ah, si hubiera estado sor Patrocinio, la monja de las llagas, amiga de su madre. Quizá habría podido hacer un milagro. Pero la monja había muerto. Alfonso vivía las noches en blanco, las manos cruzadas en la nuca, acostado boca arriba, mirando los trabajados artesonados de su alcoba, entre los olores a madera de tanto mueblerío y el de los remedios que se expandía como velo asfixiante, agotado el cuerpo, desorientado el espíritu, entregado a cábalas, esa variante grosera de la fe.

-Me voy, Alfonso. Me voy con María Amalia... -le dijo la Reina, una mañana mortecina, los ojos claros teñidos de sombras, la noche aposentada en su mirada.

Alfonso la tomó entre sus brazos, la acunó como a una niña, no te vayas, le dijo, quédate, Merceditas, quédate conmigo. Pero le pareció tener el viento entre sus manos. Ay, madre mía.

María Amalia había sido la hermana mayor, muerta siete años atrás, de tifoidea. ¿Era tifoidea el mal de la Reina? Probablemente. El bucólico paisaje de Sevilla y el Palacio de San Telmo, donde habían vivido, muy probablemente tuviera las aguas contaminadas. Quizás, perversas, fueron lentamente envenenando su sangre. Aturullado de dolor, Alfonso exigía respuestas: qué tiene, qué remedios, por qué esto, cuándo curará. Los médicos se perdían en conjeturas que no podían traducir en explicaciones. Por Dios, qué enrevesado el lenguaje de esos galenos y cuánto tardaban en decir lo que querían decir. Y cómo fueron inútiles los auxilios de la ciencia medicinal, los sinapismos y las fricciones de sulfato y de quinina en alcohol, y las inyecciones de sales antisépticas y febrífugas, y las lavativas con

disoluciones analgésicas, y las medicinas caseras de Ceferino y de la gente como Ceferino, y los pases mágicos enviados desde París por la ex reina Isabel, siempre dada a exotismos, arcanos y milagrerías. Un pizarro venido de América dictaminó: grasa de yacaré embebida en algodones vírgenes de Cuba destilada gota a gota en los labios reales. Y vinieron las grasas de yacaré y fueron embebidas en algodones vírgenes de Cuba, y fueron destiladas gota a gota en los exangües labios reales. Un sheik africano arribado de Sudán propuso: friegas de rabo de orangután con copos de aragüey recogidos en el Sahara. Y buscaron y trajeron el rabo de orangután y lo mezclaron con copos de aragüey recogidos en el Sahara. Un príncipe de Samarcanda aconsejó: emplastos de polvillo áureo con rocío del cielo preparado con las manos de una virgen. Y pronto estuvo el polvillo áureo mezclado con el rocío del cielo en las manos de una virgen (que no fue otra que la infanta Pía, hermanita de Alfonso) y se fregó suave pero intensamente el pechito agotado de Mercedes. Inútil todo.

Apenas a cinco meses de su casamiento, la dulce y frágil Mercedes se estaba muriendo. ¡Qué tristeza tan grande! Sufría tanto que un atardecer se le escuchó decir, basta ya, Dios mío. Pobrecita Mercedes, deseaba sólo la paz. Acababa de cumplir dieciocho años, paloma herida en su lecho real, carita de ángel, alma de arcángel, por qué te ha tocado sufrir, por qué. Imagínense: eso era lo que todos se preguntaban. Cuando el Cardenal, solemne en su ropaje áureo y conmovido en su corazón de viejo, la ungió con los óleos santos le preguntó:

-¿Sentiría Su Majestad dejar este mundo?

-Eminencia, siento morir porque lo dejo solo a Alfonso -contestó con sencillez desgarradora. Fueron casi sus últimas palabras.

Ustedes saben: todas las excelencias y todas las miserias de la vida se encuentran alrededor de un moribundo. También estuvieron en torno a la cama de la reina Mercedes. Quiero decir, estaban los que lloraban y estaban los que hacían cálculos. Parecía un desajuste en el orden universal verla allí, en la cama, muerta, mientras seguían vivitos y coleando su madre,

vieja e histórica, llorando a gritos, y Montpensier, con sus pies planos, que tanto lo hacían sufrir, y esos párpados marchitos que ocultaban ojos desvaídos por el sueño y el cansancio, agriado el gesto por desengaños políticos y maldades personales. Era el mismo Montpensier a quien alguna vez le habían cantado sus enemigos (que eran los amigos de Alfonso):

Yo soy el Naranjero  
de las huertas de Sevilla  
quise conquistar un trono  
y me quedé sin la silla.

Pero por entonces, aquel "naranjero" de las ricas fincas sevillanas que comerciaba de lo lindo mientras armaba perversidades políticas, estaba convertido en un lloroso padre que clamaba por destino tan injusto.

Sí, parecía un desajuste existencial y, mirado con ojos puramente humanos, lo era. Pero allí estaban los hombres de Dios para enviar preces al cielo y para encomendar el alma de la Reina y para decir que todo es transitorio y que los humanos, aun los reyes, son sólo aves de paso. Polvo eres y en polvo te convertirás. Un sacerdote joven, de ojos profundos llenos de lágrimas y voz encogida por el dolor le leyó a Alfonso y a las Infantas palabras del Apocalipsis. Y las palabras que les leyó fueron:

Yo, Juan, vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron. Y vi la nueva Jerusalén que descendía del cielo y venía de Dios, embellecida como una novia preparada para recibir a su esposo. Y oí una voz potente que decía desde el trono: Esta es la morada de Dios. El secará todas las lágrimas, y no habrá más muerte, ni pena, ni queja, ni dolor porque todo lo de antes pasó. Y el que estaba sentado en el trono dijo: Yo hago nuevas todas las cosas.

Fue un día de junio. El verano ya reinaba en Madrid y la ciudad se estaba



cubriendo de flores y las plantas de brotes reventones. Pero sobre los corazones cayó frío invernal. Fue en la alborada, cuando los pájaros inician sus trinos. Alfonso escuchó el último leve suspiro de Mercedes. Después no oyó más. Ni un pío oyó. Merceditas se había quebrado como un cristal. Después, el lloriqueo de sus hermanas menores, las infantas Paz, Pilar y Eulalia, a quienes Alfonso sacó del sueño para darles la noticia. Las infantas vivían en el piso alto del Palacio, "Portería de Damas", y con ellas de la mano rezó al Dios de los Cielos. Alfonso creyó que tanto infortunio era sólo delirio. Pero no.

Mercedes estaba muerta.

Los faroles del palacio  
ya no quieren alumbrar  
porque se ha muerto Mercedes  
y luto quieren llevar.

En tanto cerraban el cajón, Alfonso iba perdiendo la carita de Mercedes. Cuando lo cerraron del todo, del todo se le borró el rostro de Mercedes. Y comenzó a delinearse en el recuerdo. Pero no, no era lo mismo.

Alfonso nunca se había sentido tan solo.

Solo como nunca.

Mercedes fue sepultada en la capilla de San Juan, del Escorial.

El Rey entró en el duelo.

Ya murió la flor de Francia  
ya murió la flor de abril  
ya murió la que reinaba  
en la corte de Madrid.

El Rey se fue a Riofrío con Ceferino y sus ayudas de cámara. Extenuado de no dormir, de repetir, alelado, cuánta desdicha, de llorar a más no poder, de estirar las vigias, de sufrir sin pizca de consuelo. De soñar pesadillas.

Al subir las escaleras  
una nube negra vi  
cuando más me retiraba  
más se aproximaba a mí.  
No te retires Alfonso  
no te retires de mi  
que soy tu esposa Mercedes  
que me vengo a despedir.

-Ángel de Dios -decían las comadres-. El dolor le está haciendo ver cosas extrañas.

Alfonso se fue a llorar.

-Llora como una mujer -decían algunos.

-Pobrecillo -murmuraban otros-. Como todos los hombres: pantalones por fuera, sayas por dentro.

-Como todo enamorado que ha quedado solo: pura desolación al revés y al derecho.

Se fue para acostumbrarse a estar sin Mercedes. Pero el pensamiento va donde quiere y sin que nadie lo guíe:

Alfonso supuso, ya no podré vivir. Después se dijo: lo peor sería vivir mucho, tardaría demasiado en volver a ver a Merceditas.

En el país comenzaron a cantar la historia en dolido romance:

Dónde vas, Alfonso Doce  
Dónde vas, triste de ti.  
Voy en busca de Mercedes  
Que ayer tarde no la vi.  
Si Mercedes ya se ha muerto  
Muerta está que yo la vi  
Cuatro duques la llevaban  
Por las calles de Madrid.

Su carita era de virgen  
Sus mónitas de marfil  
Y el velo que la cubría  
Era color carmesí.  
Los zapatos que llevaba  
Eran de rico charol  
Regalados por Alfonso  
El día que se casó.

Un día, Alfonso regresó a Madrid. Adiós Riofrío. Regresó más alto de estatura y más flaco de cuerpo. Se dejó crecer bigote para parecer mayor (aunque el dolor lo había ya hecho mayor). Todo retornó a la órbita de siempre. Los amigos también.

Pero cada uno se preguntaba: y ahora, qué.

Entonces intervino el Duque de Sesto, antiguo ayo y mentor, actual amigo y asesor para todo. Para nada pactaría con el desánimo generalizado. Pepe Alcañices entendió que debía devolver a la vida al dolido Alfonso para que pudiera seguir cumpliendo con su deber de Rey.

Detrás del Rey estaba España. Junto al viudo, la corona. Sabía también, educado y experimentado en las antiguas disciplinas galanas, que no eran noches improductivas para el bienestar del reino las dedicadas a festicholas en las cuales el joven Alfonso reencontrara estímulos para su ardua tarea. Porque en la diversión -reflexionaba el duque- hallaría el equilibrio físico (u hormonal) capaz de alimentar el vigor intelectual y físico necesario para su labor monárquica. La dieta seca no corría con esos jóvenes. Tampoco la ascética. El de Sesto sabía muchas cosas. Y nunca ponía distancia entre lo que pensaba y aquello que ejecutaba.

Era una más de esas noches tristonas, habituales después del fallecimiento de Mercedes. Alrededor de una mesa de ajedrez Alfonso y Fabián buscaban aventar la mufa moviendo piezas y armando estrategias lúdicas. Estaban, como usualmente, Julio Benalúa, el duque de Tamames, Fabián y su

ladero Heyres. Pero la partida no iba ni para atrás ni para adelante. Se corrían alfiles, se derribaban peones, se cercaba a la reina entre bostezos y languideces. Se veía que cada uno andaba en lo suyo, más allá del simulacro guerrero. Alrededor de la mesa de juego, algunos de los amigos íntimos, con el Oriental y Tamames, buscaban disipar las malas ondas circulantes. Algún observador desprevenido podría haberse desconcertado ante las idas y vueltas de una perra alrededor de los contertulios. Era la preferida del Rey, de apelativo Fea y de índole trashumante y alborotadora que, con sus vueltas y solicitudes buscaba los juegos de antes, cuando todo era normal. Cualquier observador, además, desprevenido o no, se habría percatado enseguida, por más lego en materia de comportamientos humanos y por menos imaginativo que fuera, que el espeso clima reinante en el salón parecía nacido del aire pero en verdad brotaba de los espíritus humanos allí reunidos. Se debía a la difusa expansión de un estado letal que los iba succionando para absorberlos como una ventosa: el aburrimiento.

De pronto llegó Pepe Alcañices a la alicaída palaciega tertulia que agonizaba, está dicho, entre brocados y consolas de mármol y lujoso desparramo. Llegó con su impecable pinta de dandy maduro, la mano sobre el bruñido pomo de plata de un bastón de caoba, elegante en su levitón ceñido (porque la moda así lo dictaminaba, y guay que él obedecía las modas), con su castaño pelo ondeado y escaso en la frente, razón por la cual el duque le hacía dar un giro oportuno, convirtiendo un peinado destinado a ser cómodo y práctico, en algo más o menos estrafalario. Completaba luego el atuendo facial con nutridas patillas a ambos lados de la cara (en bandeaux como esos que suelen portar las mujeres en sus cabezas), en tanto cierto bigote elegante concluido en dos aletas a lo manubrio, ponía como el punto final a un conjunto que por su propia cuenta creaba un estilo llamativo.

El duque de Sesto, entre otras aventuras había sido Alcalde de la ciudad. Muy buen Alcalde. Todos comentaban que había logrado aquello que ni

Carlos III consiguió, a saber: que los madrileños se acostumbraran a utilizar los servicios públicos para hacer el imprescindible pis de sus humanidades.

Hasta un anónimo había comentado jocosamente la situación:

¿Cuatro duros por mear?  
¡Caramba! ¡Qué caro es esto!  
¿Qué cobraría por cagar  
el señor duque de Sesto?

Pues bien: entró el de Alcañices y con él se introdujo un aire renovador en la pesadez del clima que hemos llamado mero aburrimiento.

-Hola, hola -dijo moviendo sus bigotazos levemente marciales con la voz estentórea que probablemente en tiempos de la Restauración había usado para envalentonar a sus Batallones del Aguardiente y del Aguarrás-. ¿Qué es esta tertulia mortecina? ¿O se trata de una reunión de pulcras damas que en lugar de bolillo hacen ajedrez?

El Rey le contestó de mal talante:

-Pepe, ¿qué puñetas quieres? Ya vienes a molestar.

-Pues quiero que volváis a vivir. No puedo creer lo que estoy viendo. Estáis todos chalados. Yo a los años que vosotros tenéis, no me perdía un segundo en tontear. Que la noche se ha hecho para la diversión, para espantar los malos humores, ¡coño!

Y harto enseguida comenzó a armar preparativos de una cierta salida que les prometía fenomenal, porque le había llegado el rumoreo de unas majas capaces de alegrar los cojones de cualquiera.

-Tierra sedienta, tormentas a cientos -dijo.

Porque el Duque de Sesto la tenía clara: a toda costa debía casarse al Rey cuanto antes. Era necesario un heredero para asegurar el trono y cortar de raíz cualquier rebrote de las guerras civiles. Pero para lograr matrimoniarlo nuevamente (y a sus espaldas ya se estaba tramitando el asunto), era necesario primero levantar el ánimo real. Para conseguirlo qué

mejor camino que algunas canas al aire. Alcañices había pactado con los amigos. Y Alfonso no en vano era hijo de una reina exagerada en sus fornicios extramatrimoniales.

-La sangre no es agua.

-Y la de Alfonso siempre arde.

-Tan tirando a quebradizo y tan apasionado.

De tal cariz eran comentarios y runrunes pueblerinos. Sobre tales fundamentos se asentaban los planes del duque.

-Este cava un pozo para clausurar un hoyo -dijo Heyres.

Pero como todos, ante la orden de Pepe Alcañices de salir a tomar aire nocturno, decidió:

-Vamos.

Y salieron a la noche y a la farra.

El regreso fue al alba. Se habían divertido de lo lindo en esa posada de La Larga. Al comienzo, iban, abrazados, sosteniéndose entre todos, tarareando la letra de un cuplé que habían escuchado, y que trataban de recordar y cantar entre hipos y risotadas:

Yo tengo un minino  
de cola muy larga,  
de pelo muy fino.  
Si le paso la mano al indino,  
estira y se encoge  
de gusto el minino.

Durante la reunión, en un momento dado habían manteado a un novio que, en despedida de soltero, tuvo la mala suerte de caer con sus amigotes por allí, la posada de La Larga. Le habían hecho las mil y una. Primero lo obligaron a beber hasta decir basta, mientras Heyres, el más arrebatado, le decía, chupa, chupa de la botella que mañana te van a chupar a ti, cabrón, pero no de botella sino de esa pilula que estás preparando para las bodas.

Después, ya en cueros el hombre, lo embardurnaron con miel y almíbar, lo cubrieron con rosas y celestes pompones de marabú arrebatados a las chicas, lo largaron a la intemperie nocturna y al hazmerreír de los paseantes trasnochadores. Por cierto, jamás se enteraría el mentado prometido que manos reales y cortesanas habían sido las que armaron tal estropicio en su cuerpo.

Entonces, mientras la alegre y agotada troupe automáticamente atravesaba noche y calles tomados del bracete, en alegre bandada, festejando las pasadas hazañas, llegaron a la calle Mayor. Allí fue el Rey a subir a su coche, cuando pasó algo que nadie esperaba que pasara.

Se cruzó con ellos un hombre joven, bastante mal entrazado, con pinta de jornalero que a esas horas se dirige a sus tareas, mientras los señoritos venían de sus parrandas para la cama. Que así es la vida, fíjense ustedes. El tal joven con pinta de jornalero miró a la pandilla y humildemente fue a darles paso. No debió sorprenderse en exceso, pues era habitual tropezarse con semejantes balas perdidas: Madrid era así. Por un lado, los que trabajaban. Por otro, aquellos que la gozaban. Una cloaca. Pero hete aquí que al que he llamado jornalero, acostumbrado sin duda a tales encontronazos, algo debió llamarle la atención, porque se detuvo un instante, el instante apenas de un suspiro, y clavó su mirada en la del alegre jovenzuelo de parranda, que era el Rey, aunque él no lo supiera. Pero de quien sin duda sospechó. Al recibir esa mirada el Rey, siempre calmo, sintió algo así como una íntima excitación que le sacudía las entrañas. Pero ni tiempo tuvo de pensar si los otros sentirían lo mismo, eso tan inoportuno y aparentemente inoficioso que lo había alterado, cuando vio que el jornalero con aire de estar en nada, de modo imprevisible, como imprevisible habían sido detención y mirada, hacía algo. ¿Qué hacía? El hombre con pinta de jornalero sacaba de su saco una Lefauchaux y con la Lefauchaux en la mano y sin aparente odio en el corazón, sin duda, porque nada de odio vio el Rey en la mirada del jornalero que empuñaba la Lefauchaux, hizo con ella lo que nadie esperaba. Apuntó hacia el Rey

Alfonso. Y tiró.

Y fue el estruendo y fueron los gritos y fue el final de la parranda de Alfonso y sus alegres amigotes en esa noche que el Duque de Sesto había querido de real recuperación anímica.

Nothing comes to nothing babyshambles

## CAPÍTULO 11

### Los alegres amigos del Rey

Te cuento: el hombre con pinta de jornalero y de no hacer nada que esgrimió su Lefauchaux aquella madrugada que empezó en jolgorio y terminó en drama, se llamaba Juan Oliva. Enseguida sobre él cayeron los guardias que a prudente distancia acompañaban al Rey y vieron lo que vieron: un hombre empuñaba un arma y apuntaba sin temblequeo, y una viejecita, sin duda camino a la misa tempranera, por la calle Mayor, arrebuja en su manto y apoyándose en un bastón. En el momento en que el hombre empuñaba el arma, la viejuca que cruzaba por detrás suyo, a un metro, movilizó con escasas fuerzas pero inesperada premura el bastón hacia esa mano que apuntaba al corazón del Rey. Por semejante bastonazo el tiro fue a parar a la fachada de una cercana casa donde se alojó en un buraco que todavía, dicen, existe.

Los guardias se precipitaron contra el hombre y la viejecita, en estampida vaya a saber hacia dónde, porque nunca la pudieron encontrar. Los



hombres del Rey no lo mataron porque era pieza reservada, pero lo dejaron mal herido, con costillas rotas, dientes deshechos y esas cosas.

El hombre se llamaba Juan Oliva, era nativo de Tarragona, de profesión tonelero, de físico magro, de edad mediana, de izquierda su ideología, privadísima y momentánea inspiración su voluntad regicida. La Lefauchaux la había adquirido unas semanas antes y la idea de atentar contra el Rey le vino a la cabeza cuando en esa madrugada helada vio los ojos de Alfonso enfrentarse a los suyos, y reconoció en él la casta de los Borbones.

Nada de planes premeditados, nada de cómplices. El hombre había obrado solitas alma y mano, animado por una firme convicción. Pertenece a la Internacional Anarquista, renegaba de la propiedad privada, de los reyes y nobles, del Ejército y de la Iglesia, de los curas y las monjas, y su esperanza estaba en la solidaridad de los hombres y la patria universal. Y en la concreción de tales ideales para nada colaboraba ni el gobierno de los borbones ni el de ese jovencito que tenía enfrente.

Las fuerzas de seguridad no pudieron encontrar a la vieja que le había salvado la vida al Rey mediante tan oportuno bastonazo, por más que revolvieron todo Madrid; el Rey tampoco logró salvarlo al tonelero por más fuerzas que empeñó.

Por su parte, el bueno de Antonio de Cánovas del Castillo, jefe de gobierno, aprovechó para darle un buen tirón de cabeza a Su Majestad, cuando se enteró de las características en que estuvo envuelto el atentado. Quiero decir, la festichola, etcétera.

-Estas noticias que me han llegado de sus salidas nocturnas y de los lugares que frecuenta con amigos, me resultan muy desagradables, Majestad.

-Tiene razón, don Antonio. Trataré de que no vuelva a pasar -contestó muy compungido Alfonso, con aire de alumno pescado in fraganti. La intensidad de la salida y la muerte tan cerca y tan inesperada habían sacudido la melancolía y desalojado del presente el duelo por Mercedes. Pero, para nada arrepentido, ya pensaba en la próxima.

Cuestión de genes, quizá. ¿Acaso Fernando VII, su abuelo, no cambiaba

dos por tres su regias vestiduras palaciegas por las de los manólos orilleros para irse de parranda? Y su realísima madre ¿no solía pasar con su pandilla de amigos la noche en lo de Lhardy? ¿Por qué él, entonces, mucho más joven y moderno, debería privarse de los nocturnos y vivaces encantos de la diversión?

El juicio al tonelero fue contundente. Se probó, además, que con anterioridad el hombre ya había tenido intenciones regicidas: en Tarragona y en la catedral, durante una visita de Alfonso, subió a la torre para balearlo pero, miren si estará mal de la cabeza (dijo su defensor) que no pudo hacerlo porque se había olvidado de llevar el arma. Parece que por eso mismo, por semejante distracción, desde entonces siempre andaba cargado. Hasta esa mañana. En que hubiera podido salir con la suya de no haber sido por la viejecita embastonada camino a su misa tempranera.

-Yo no tengo la culpa de creer en lo que creo. Tampoco tengo nada personal con este Rey, pero es símbolo de aquello que debe destruirse -se excusó en el juicio. Pero se puso contento cuando se enteró de que Alfonso a su mujer y a su hijita, de su propio peculio, les pasaría una pensión vitalicia. Para esto, el Rey la pasaba mal: abominaba de la pena de muerte, interpuso su perdón real pero, rey constitucional como era, y no por derecho divino, según antaño acontecía, también él estaba bajo el imperio de las leyes y tuvo que aguantársela.

El día en que agarrotaron a Juan Oliva, el tonelero de Tarragona, Alfonso abandonó Madrid.

-Se fue a baraja -dijo el Oriental.

Pero se había ido al Pardo, diciéndose basta de sangre.

Para sangre, suficiente con ésa que cada vez más ensuciaba sus pañuelos en los ataques de tos. Aunque los que desde tiempo atrás eran rojos, la gente ya empezaba a sospechar.

Fabián, por su parte, al descubrir que en el pueblo podía haber odio hacia ese encantador gobernante que era su amigo, se puso alerta. La

desconfianza alimenta la llama de la amistad. Si una vez habían atentado, ¿quién aseguraba que no volviesen a hacerlo? De manera que la primera vez que se encontraron alrededor de una mesa, cuando el Rey fue a comer de su plato, Fabián, muy atento, lo cambió por el suyo.

-Majestad, si me permite.

Alfonso lo miró sin entender. Después se le encendió una lucecita y envió al aire una de sus conocidas carcajadas en tanto le decía:

-Amigo, estoy esperando el comienzo de las convulsiones producidas por las vituallas envenenadas que has quitado de mi plato.

Pero las convulsiones no llegaron, por cierto. Llegó el zafarrancho de los festejos. Heyres se puso cascabeles en los tobillos y bailó según usanza de las bayaderas orientales. Lo hizo con expresión en la mirada, seducción en las movedizas manos, agilidad en los pies, contorsión de las caderas y general desenfreno más o menos impúdico. (Pero ninguna bayadera acusa semejante perfil, dijo uno de los contertulios señalando ciertas partes del bailarín apócrifo.) Un éxito. Benalúa, para no quedar atrás, entonó canciones picarescas. El Duque de Sesto miraba, sonreía y se animó cuando entraron algunas damas para participar del jolgorio.

Todo en orden. Como antes.

Para esto, cerca del Retiro estaba la fabulosa casa que Fabián Gómez y Anchorena había instalado en Madrid, sede de sus bullangueras reuniones.

-Que ni las del duque de Medinaceli son tan divertidas.

-Y ni las de los marqueses de la Romana lucen tanto brillerío.

-¿Y en qué sitio se habla hasta el amanecer, largo y tendido, de toros y de política y de beldades, si no es en la casa del argentino llegado del Río de la Plata?

-Pues miren: ni en el Casino, y ni en la Gran Peña.

-Así es: lo mejor, en lo del Conde del «Castaño». Alfonso XII, por cierto, asistía a esas reuniones con bastante asiduidad. Se justificaba:

-Soy chozno de un rey, Carlos III, que se la pasaba de cacería y supo hacer buen gobierno. Y de otro, Carlos IV, que estaba en su taller de

ebanistería o jugando al tresillo con persistencia; tanto que a veces se quedaba dormido con las cartas en la mano. ¿Por qué yo no podré entretenerme con amigos?

Por cierto, Fabián se había convertido en uno de los mozos más populares de Madrid.

Una mañana para nada distinta a las demás, por la puerta principal salió, angosto el pantalón, elegante la levita oscura, derecho el cuello según los dictámenes de la última moda, el dueño de casa. Como acontecía en similares ocasiones, pronto se le abalanzaron varios pordioseros.

-Ole, mi niño, tan garboso y bello. Una limosna, majo... -gritó una gitana vieja y desdentada encarándolo con desparpajo para besar su mano.

A la doña sucedieron sin interrumpir la nefasta continuidad, un jovenzuelo de mirada brillante y torso encorvado, y un anciano de párpados pesados y medio cegatón que se las arreglaba sin lazarillo, pero con un bastón que manejaba como el esgrimista su espada.

-Señorito, señorito, no olvidarse de los pobres manda el decálogo de la Santa Madre, y usted que es un cristiano cristianísimo, cumpla hijo, que Dios le ha dado tantísimo.

Fabián, sin ninguna novedad, como en otras ocasiones entregó limosnas, repartió sonrisas, evitó empujones y el cerco de esa humanidad doliente que remolcaba los jirones de su miseria en las calles madrileñas, cerca de su mansión del Retiro, en esa mañana que presagiaba un día lleno de sol. Así lo decidía su corazón generoso y, sin duda, las lecciones aprendidas junto a la abuela Estanislada. De la abuela Estanislada Fabián había odiado sus rezongos, los gritos cuando estaba enojada (cosa que sucedía a menudo), y su pacatería mayúscula. La abuela seguía viendo en él al niño que alguna vez había sido. Pero él era un adolescente que se había volteado a más de una chinita en el campo, varias putillas barriales en la ciudad y criaditas de su entorno doméstico, con gran disgusto de sus tíos.

Pero de la abuela Estanislada había aprendido algunas cosas. Por ejemplo, que a los pobres hay que darles una mano, porque en ellos se encuentra,

escondido, el rostro de Dios. Fabián en ocasiones se preguntaba si él, en verdad, creía en Dios. Nunca llegó a una respuesta contundente, quizá porque jamás analizó a fondo el problema. Utilizaba la palabrita "Dios" para abarcar todo el espacio de lo inabarcable en que solía perder pie. ¿Cuándo? Pues cuando estaba enfermo. O necesitado.

De manera que Fabián ayudaba a los pobres porque la influencia de la abuela Estanislada seguía en pie. Aunque él no lo notara. O reconociera.

Y esa mañana, como sucedía cada vez que salía de su mansión los estaba ayudando. Pero cómo resulta difícil sacárselos de encima. Apenas atiende a uno aparece otro, llamado por quién sabe qué conducto invisible que comunica entre sí a esos dejados de la mano del Dios y del Estado y de la vida. Pero no de Fabián.

Así estaban las cosas. Un atildado Fabián repartiendo sus dones y los pobres como abejas junto al panal. Pero en lo alto del ventanal que daba la calle, detrás de cristales y cortinados, aunque les cueste creerlo, otro Fabián y su ladero, el Oriental, contemplaban la escena. No podían menos que reír.

-Estrategia cumplida -dijo Heyres, que había sido el de la idea.

-Pero vamos a ver cuánto puede durar el engaño -contestó Fabián, mirando el espectáculo en otras ocasiones protagonizado por él, una especial mansedumbre en la cara enmarcada en su negra cabellera, la boca entreabierta en sonrisas y el ademán decidido de quien va a salir. Por otra puerta. Por la de servicio.

Heyres el Oriental, por su parte, se estaba volviendo gordo. Como no era agraciado, pero sí adicto a los atuendos rumbosos, él mismo se tomaba el pelo: seré un mono, se decía, pero al menos un mono a la moda.

Adelanto: como el engaño no pudo durar, Fabián debió cambiar de planes. ¿Qué había pasado? Una mañana alguien miró detenidamente el rostro del benefactor y reconoció... a uno de los criados que tenía su familia en el barrio de La Lagartija Mocha. Y por el barrio de La Lagartija Mocha andaba siempre el mendigo de marras. Se armó la de San Quintín. El

arrebatado del pobrerío arracimado casi mandó al otro mundo al pobre criado que oficiaba de sosias.

-A la mierda con el cabrón que nos quiso dar gato por liebre. Mierda, mierda...

-Mira que querer pasarse por señorito. ¿No sabes, perdulario, que la mona, aunque se vista de seda, mona queda?

Lo golpearon, le quitaron la ropa, lo largaron con magullones y sin una peseta entre carajeadas y escupitajos.

Entonces Fabián cortó por lo sano: nada de exponer a nadie. Ni de exponerse. Después de castigar a los alborotadores, que se quedaron sin sus limosnas durante una semana, instaló una oficina. Por ella pasaban todas las mañanas los indigentes para retirar aquello que necesitaban a fin de sobrevivir en ese nuevo día que les daba el Señor. Los mendigos, que habían captado las señales del destino enviadas por ese rioplatense generoso, se portaron bien. Claro que no faltó quien, con el correr de los tiempos, llegó a envalentonarse, creyendo que lo gratis data era obligatorio. Pobre ángel. Fabián se dijo: nada complica tanto la existencia como hacer el bien. ¿Viste abuela Estanislada?, le preguntó al remoto recuerdo.

Sí: el ejemplo de la abuela Estanislada seguía siendo eficaz.

Cuando el Rey se enteró de la innovación administrativa incorporada por Fabián a sus actos benéficos, no pudo menos que aprobarlos.

-Pues majo, te pasaste. Ni a Pepe Alcañices ni al muy responsable Cánovas del Castillo se les ha ocurrido operación política tan interesante. A fe mía, chico, tú sí que merecerías ser rey.

-Sobre todo porque además de sus donaciones no se pierde una, Majestad -dijo el Oriental, siempre de respuesta pronta-. Como don Juan, nuestro amigo argentino bien que puede decir: "Yo a los palacios subí, yo a las cabañas bajé".

-Y en todos arremetí. Y victorioso salí... -prosiguió el de Sesto, que acababa de entrar, tremolante su madrileña capa, según acostumbraba, y

pronto a intervenir en cualquier conversación. O acción que levantara el ánimo de su discípulo y Rey. Desde que sabía los peligros que acosaban la salud de Alfonso, todo era poco para sus atenciones.

De manera que siguieron las bromas y aquello de que Fabián podía ser Rey, dicho con tanta ligereza, pasó. Pero a Fabián le quedó la frasecita en la cabeza. Si ya era Conde, ¿por qué no?

Por su parte el Rey había perdido de vista a Elena Sanz por un tiempito, pero no la había olvidado para nada. Rescoldo jamás decidido a convertirse en ceniza, el amor juvenil de Alfonso por Elena estuvo siempre pronto a resucitar, pese a La Biondina y a Mercedes y Blanca Escosura (quien era nada menos que nieta del poeta Espronceda, a quien había conquistado mediante versos) y a La Cubana y a tantas divas, chulas, condesas y mujercitas de toda laya recogidas en su pródigo nomadismo erótico por teatros, verbenas y privados. Porque se sabe: Alfonso era ecléctico en cuestión de amores. Y Fabián también.

Pero entonces una vez más intervinieron, por un lado mamá Isabel, guapetona aún con los años y la obesidad, cada vez más semejante a una gallina clueca aunque siempre de buen ver, y por otro el duque de Sesto, atento a las necesidades de su antiguo discípulo. ¿Qué hicieron? Pues nada menos que promover el regreso de quien, bel canto mediante, llegó de nuevo a los brazos de Alfonso. Llegó con La Favorita de Donizetti para la temporada del Real. Pero se quedó como la favorita en la Corte, del enamoradizo rey.

Los muchachos se encargaron de lo demás. Los muchachos eran varios, pero tres los más notables: "el terceto galante de más cuidado de la época", murmuraba la chismografía madrileña. Los tres eran, a saber: Alfonso XII, el Duque de Tamames y Benalúa. Pero, como ocurría con los tres mosqueteros, aquí en el terceto había un cuarto, Fabián el argentino. Como gemelo de Fabián, por cierto, el Oriental.

De manera que por esos tiempos, acalladas las tristezas debidas a la

muerte de Mercedes, y mientras los políticos y diplomáticos comenzaban a tejer su trama para un pronto casorio real, por razón del heredero, Alfonso dividía las horas de sus días entre las tareas de Rey Constitucional y las noches como amante de Elena Sanz en la casa que le había puesto en la Cuesta del Carnero, a pasos del Palacio. Porque para nada tal relación quedaba al reparo de la clandestinidad nocturna, sino que era pública y a la luz del sol.

¿Y el pueblo? El pueblo, encantado.

-Es tan simpático el Rey.

-Y tan jovencito.

-Y pobrecillo, mira que quedar viudo.

-Y ¿acaso hay algo más hermoso que el amor?

Ah, por cierto, los amigos le aconsejaban no trabajar tanto, pues lo veían cada vez más flacucho.

-Chicos, qué quieren -les respondía-. Me estoy ganando el sueldo. Que yo no tengo un papá rico como el de Tamames ni poseo un fortunén propio como Fabián. Mi profesión es la de Rey y es ésta profesión en la que uno no puede equivocarse ni por pienso. Por lo demás, tengo un pueblo rezongón que me marca los pasos. Y no puedo defraudarlo. Porque, como dice mi hermana Isabel, lo mejor que tenemos es el pueblo, pero al pueblo español hay que saber conquistarlo. Como a las mujeres.

Era sabido que Isabel, Princesa de Asturias, a quien apodaban la Chata por su nariz pequeñísima, para nada borbónica, era adorada por el pueblo. Trotaba por barrios y hospitales y colegios y entre manólos y chisperos haciendo sus cosas, que eran la caridad. Una vez, siendo aún niña, escuchó a uno del pueblo canturrear:

Isabelona tan frescachona  
y don Paquita tan mariquita

y se quedó muy entristecida, porque de quienes hablaban era de sus padres. Decidió entonces poner orden en el palacio (había quedado viuda



jovencísima, ya les dije), guardar castidad y dedicarse al pueblo. Unas cancioncillas recuerdan su paso por romerías y verbenas y toros:

Flecha de seda y charol  
sale el lando de la infanta  
y a ritmo de pasodoble  
van las yeguas alazanas  
llevando a doña Isabel de Barbón  
casi en volandas.

Para cumplir tales propósitos andaba mucho en las calles de Dios y Madrid, estaba a las órdenes de su hermano, que la había llamado como primera dama no bien asumió, y cuidaba del régimen doméstico de la Familia Real y del protocolo palaciego con férrea estrictez. Los extremos prejuicios de su educación, por un lado, y el ejemplo nada edificante de mamá y papá la ataron a un régimen estricto, de desusada severidad, para protesta de sus hermanas, las infantas. Fíjense: cierto día una de las adolescentes pretendió fumar para saber cómo era. Por cierto, recibió una recriminación mayúscula de la hermana mayor. Alfonso, empedernido fumador, la contuvo con una sonrisa:

-Hermana, deja, que con esta fumata las instituciones no corren peligro.

Alfonso era muy compinche de estas infantas, Pilar, Paz y Eulalia. Se decía que las tres eran hijas de un mismo padre, Miguel Tenorio, al cual un anónimo dedicó unos versos si no perdurables, sí populares. Una tarde de confidencias Ceferino, que los había escuchado en una terraza, se lo contó al Rey. Decía así:

Tenorio, tu dicha envidia  
y por imitarte lidio,  
más soy un pobre estudiante  
que aún no ha estudiado bastante  
el arte de amar a Ovidio.

De manera que Alfonso, para no defraudar a ese pueblo español y porque su corazón generoso así se lo imponía, y porque el asunto de Juan Oliva el tonelero le había hecho poner las barbas en remojo, marchaba de aquí para allá: que unas inundaciones espantosas en Galicia, que cierto movimiento sísmico en el sur, que la epidemia de cólera en Aranjuez, que los diplomáticos quieren esto y aquello, que Europa, que España. Que...

El joven Rey se rompía todo.

Y como con tanto trabajo y con tantas nocturnas salideras se estaba quedando entecado y pálido, se había dejado crecer unas patillas a lo duque de Sesto que disimulaban tales estragos. Pero por debajo de tanto pelo ex profeso cultivado se le veía la transparencia de la tez.

-Así son las cosas: de día trabajo. De noche gasto con los amigos el estipendio.

Cuando regresaba de sus viajes oficiales traía la mar de anécdotas que desgranaba con gracia ante sus amigos, en tertulias palaciegas o, mejor, en los privadísimos de los madrileños cafés de moda, como el Iberia, o el Lyon d'Or o el Lhardy, donde, entre brillos de espejos biselados y olor a maderas finas y humo y alcohol pasaban frecuentes noches. Aunque, está dicho, Alfonso no bebía: fumaba.

En una de esa tertulias, Fabián se dejó olvidada una preciosa capa recién estrenada. Al mozo que corrió para entregársela lo miró sonriente pero, para no reconocer su negligencia, con suma sencillez le dijo:

-Te la he dejado muchacho, como propina por tu buena atención.

Esa noche Alfonso les había contado, a su regreso de una hermosa villa marítima que estrenaba malecón y alcalde, cómo el mentado Alcalde, novísimo en el oficio, se aturulló de lo lindo en el discurso de bienvenida, motivo por el cual quedó, colorado, boquiabierto (como tararira en el barro, acotó Fabián), transpirando a más no poder ante Su Majestad y la correspondiente multitud. El Rey salvó la situación dándole una campechana palmada en el hombro en tanto le decía:

-Pues mi amigo alcalde, se ve que tanto usted como yo somos nuevos en el oficio. Pero no se preocupe, ya vamos a ir aprendiendo.

Con todo, nada hizo reír a los amigos como una anécdota reciente. Cierta noche de la semana anterior, dijo Alfonso, en que por esas tosecillas que a veces lo acosaban no podía dormir, decidió salir. Ceferino no quería dejarlo, que sí, que no, que sí, pues entonces lo acompañó, dijo Alfonso que dijo Ceferino. Arrebujados ambos en sus respectivas capas salieron, llegaron a un café del Retiro, Ceferino bebió algo en una mesa, Alfonso sólo una tisana caliente en otra, pues ésa había sido la condición de Alfonso: estar solo. Fuma que te fuma, empezó a conversar con un solitario como él, hombre de mediana edad, ensimismado y tirando a filósofo; luego de un palique extenso y promediada la madrugada, salieron juntos, Ceferino detrás, siguieron bisbiseando acerca de la vida, de las necesidades de los pobres, de qué sería la muerte y qué la felicidad, así pasaron una cuadra y otra, la ciudad dormía: sólo ellos dos y lejos, como una sombra, únicamente visible para Alfonso, Ceferino. Cuando llegaron frente a Palacio, Alfonso tendió la mano al transitorio compañero que tan bien había sabido acompañar su insomnio:

-Adiós, mi amigo. Cuando necesite algo, ya sabe. Aquí me encontrará. Soy el Rey.

El hombre lo miró sonriendo con desgano y tragando un bostezo se despidió:

-Muy bien Majestad. Y usted, cuando necesite algo me llama. Soy el Papa, y me encontrará en el Vaticano, Roma.

-Cuanta finura mutua -dijo el Oriental perdido en la humareda de su pipa.

-Pareces turco en la neblina -acotó Fabián, a quien cada tanto se le daba por recordar dichos rioplatenses. Y algo más; si la reina Eugenia de Montijo, para disimular su embarazo, había lanzado la moda del miriñaque, Fabián Gómez y Anchorena, para no olvidarse de su país, había incluido poncho y modismos criollos en su personalidad. Entonces hizo su aparición Enriqueta.

Enriqueta era longilínea y hermosa, de sólida entidad física y dueña de esos colores imprescindibles para alegrar primero los ojos, y después la vida, a saber, rojo, verde, azul. Podía decirse que reunía en sí la divina proporción elogiada por los sabios.

Cuando estaba donde le correspondía estar por vocación y destino, que era la mar, resultaba deliciosa.

Porque Enriqueta era un yate.

¿Cómo Fabián, hombre terrenal si los hay, había decidido su traspaso al universo marítimo? No por razones específicas, les digo, sino coyunturales. Entiéndanme. Ocurría que estaban a punto de cuajar los tejes y manejos diplomáticos para nuevamente matrimoniar al Rey. Aunque a desgano, Alfonso, obediente a los intereses de la Corle, había dicho acepto, me casaré, pero eso sí, ustedes me buscan la novia. La elegida de su corazón ya había sido. Entonces era el turno de la elegida por intereses políticos. ¿Y los amigos? Los amigos a la expectativa. En tanto se decidiera el asunto, Fabián la emprendió con La Enriqueta.

Por esos tiempos, y como cada situación marcha por su propio carril, Elena Sanz llegaba al término del embarazo iniciado en los arrullos de la Cuesta del Carnero. A punto de parir, fue enviada de incógnito a París. Claro que salvo algunos indiscretos que levantaron una punta del visillo, todo quedó en silencio. Sólo la buena de Isabel II, elegida madrina del crío, decidió:

-Elena, tú eres para siempre mi nuera ante Dios. Y la cantante, que había renunciado a las glorias del teatro para entregarse a los arrumacos de su real amante, tuvo un hijo ivarón!

Entre tanto, a Alfonso le acercaban fotografías y dimes y diretes acerca del ramillete de princesitas europeas aptas para candidatearse. ¿Con quién me casan hoy?, preguntaba Alfonso cada mañana al encontrarse con sus operadores. Al fin, pareció la más conveniente a la mentalidad alfonsina y a los intereses de España, una austríaca de la casa de los Habsburgos.

Cuando a Alfonso le presentaron el retrato de María Cristina, dijo: a esta

la conocí en Viena. Pareció buena señal,

-¿Y por eso habrá sucedido lo que está sucediendo?

-Qué va. Después de Mercedes para Alfonso cualquiera es lo mismo. La cuestión es...

-El heredero, claro.

-El heredero.

Y en razón del heredero, Alfonso marchó a la playa de Arcachón, lugar donde, como en Wiesbaden o en Spa, se reunía la crême para sus baños termales y tareas de reconstitución física. La gente iba para fortificar pulmones, enderezar huesos, desbaratar fiebres, concluir insomnios, ampliar relaciones, adquirir pareja, agenciarse marido, buscar cónyuge. El Rey marchó de incógnito, como antes, cuando era el Marqués de Covadonga. Marchó, como uno puede presumir, con Pepe Alcañices.

Pues bien: allí se encontró con la candidata. Para nada le impresionó esa muchacha alta y extremadamente flaca, de ojos oscuros y cara angulosa, esbelta y seria. Pero le cayó bien un detalle: sobre el piano, la princesa de Habsburgo había colocado un retrato de la difunta reina Mercedes.

No sería una belleza la candidata. Pero era inteligente. Al menos ese gesto así lo señalaba. Alfonso se franqueó con sus amigos:

-No es guapa. Guapa es la madre. Pero, puñetas, he de casarme con la hija.

Y se casaron, nomás. Otra vez, en la Basílica de Atocha.

La nueva reina, pobrecita, sabía cuánto le iba a costar borrar del corazón del pueblo el recuerdo de aquella cándida reina Mercedes, la Carita de Ángel. Dicen que la reina María Amalia de Sajonia nunca aprendió a hablar español y llegó a confesar: "Para acostumbrarme a este país creo que no bastarán todos los días de mi vida". María Cristina, por el contrario, siempre supuso lo contrario. Y supuso también que iba a conseguir aquello que Merceditas no había logrado: levantar en alto, arropado en blondas, un crío: ¡Este vuestro heredero!

Pero el día de las bodas simplemente les dijo:

-Desde hoy sois mi pueblo, y yo soy una española más.

Después, la pareja aprovechó el tiempo entregándose asiduamente al deber conyugal.

-El Rey Alfonso trabaja muy bien -decían sus amigos con picardía.

A fin de conseguir el niño con el que todos sueñan, claro. Para entretenimientos más placenteros, Alfonso, ya se sabe, conocía otros caminos. Más que el reclinatorio, necesitaba los muslos de alguna mujer.

Fabián, en tanto, de mieles con La Enriqueta. Aunque otras alegrías también estaban últimamente endulzando su vida. Las otorgadas por un bella madrileña casada con un famoso pianista húngaro de gira por Madrid, quien, no obstante, para nada se había negado a los galanteos del poderoso argentino.

Aunque atrevido en sus conquistas, el conde del Castaño guardaba ciertas formas y el encuentro que esa tarde debía tener con la bella había sido acordado en insólito lugar: nada menos que en el Museo de Armas vecino al palacio Real. Allí era la cita, entre algunos visitantes que sin duda irían a embobarse contemplando damasquinadas armaduras, yelmos empenachados, panoplias legendarias, espadas fraguadas en Toledo, probadas en el campo de batalla, aureoladas de gloria y depositadas, por fin, en el templo del recuerdo para devoción de las nuevas generaciones.

Acordada la cita mediante una esquila que un sirviente había llevado al hotel donde se hospedaba la dama. La respuesta había sido afirmativa. Desde allí, guardando resguardos oportunos, en los cuales era ducho Fabián, marcharían a su casa, en el Retiro, para entregarse a la mutua pasión mientras el caballero pianista a quien harían cornudo sin decirle agua va, se entregaría a los deleites promovidos por la gloria que otorgan los aplausos de un teatro repleto. La dama, por cierto, daría parte de enferma para no acompañar al cónyuge.

Pues bien: Fabián, pese a que la expectativa por la llegada de la dama lo mantenía más bien nervioso, como en otras ocasiones aprovechó la espera para mirar y admirar algunos de los múltiples trofeos allí expuestos. Vio el peto que cubrió el pecho acongojado de Boabdil, en Granada, y el casco

que el almirante de la flota turca, Alí Bajá, sostuvo en Lepante (en su visera decía: "Anuncia a los creyentes la ayuda de Dios y busca la victoria"); vio las labradas armaduras de Carlos V fraguadas por su amigo Kolmann, famoso forjador del Rey; vio a unos ingleses extasiados frente a panoplias de antiquísima estirpe; vio a un caballero andaluz de enhiestos bigotes y galera en mano explicar a un par de adolescentes, sin duda sus hijas, las leyendas que cubrían las aceradas superficies o las empuñaduras de las espadas colgadas de las paredes o acogidas en vitrinas. A fondo, dice una y otra Huye aprisa, y aquella No pares, y la de más allá Dios y el Rey y otra Por mi dama. Vio eso y mucho más Fabián, alta su galera, ancho el plastrón, abotonada la levita, nervioso el gesto, rápido el paso, alerta la mirada, atento el oído. De pronto la vio llegar, rubio el pelo, pálida la tez, elegante el porte, jadeante el resuello. La vio llegar y corrió hacia ella y fue a besarle la mano, como primera instancia, antes de besarla en otras partes más recoletas, cuando tanto ímpetu fue detenido por un gesto imprevisto: la mujer rechazó su amorosa galantería, le susurró con voz desfalleciente, Fabián por Dios, huye... mi marido me sigue, viene a matarte, antes de proseguir su marcha con paso enloquecido.

Pero no había llegado muy lejos la dama cuando Fabián vio lo que vio: el hombre desmañado, torva la mirada, alborotado el pelo, en la mano un revólver, en su rostro el color y el calor de la ira, mirando ¿dónde? Donde está él, Fabián. Y Fabián ¿tuvo tiempo de pensar acaso? Fabián saltó como un resorte, superó la barrera que separa a esos tesoros de los visitantes, cruzó la baranda, vio entre muchas una hermosísima espada, en su hoja una leyenda que entonces no alcanzó a leer pero que conoce, El que mató al moro en el campo, dice la leyenda que alguna vez descifró, junto a la añeja fecha, 1472. Recordó: era la espada del Matamoros. Pero no recordó más porque entonces puso manos a la obra: volvió nuevamente a traspasar la baranda, pero esta vez con el espadón de Matamoro apropiado, arremetió al hombre del revólver, lo acorraló contra la pared, le inutilizó el arma, fue un maestro de esgrima, un experto en fintas y mandobles, hubo gritos,

hubo espanto. Y un hombre que huía (el marido iracundo), y una dama desmayada (la bella), y revuelo de gentes. Y un vencedor al que van a quitarle la espada, pero que se adelanta, caballerescamente, para ponerla en manos de la autoridad. Y la autoridad ubica a la espada de Matamoros donde no debió haber salido. Y al galante espadachín donde debe estar: a la sombra, en la cárcel.

Pero esa noche a la prisión llega un mensajero de Palacio y una esquila a las manos del acusado de robo y alteración pública: "Conde del Castaño: esta noche nos vemos en lo de Lhardy. No me falles, amigo mío. Alfonso".

La Enriqueta. Su último amor. El comportamiento del hombre es imprevisible y Fabián lo comprobó una vez más. El hubiera querido que su historia fuera el relato de la dicha, pero le estaba llegando el spleen. Aburrido del teatro, con un torpor prestigioso, si ustedes quieren, pero tedio al fin, cansado de tanta mujercilla fácil, nostálgico de un Alfonso que se la pasaba en Palacio y cama cumpliendo sus obligaciones conyugales, Fabián, enfermo de irrealidad, no encontró mejor camino que iniciar rutas marítimas. De manera que quien ayer nomás había hecho caracolear a su caballo como Luis Napoleón al suyo en la avenida Marigny para conquistar a Eugenia, se dedicó a hacer caracolear La Enriqueta en medio de la mar, mientras su amigo hacía caracolear lo suyo buscando un heredero.

En el principal salón de La Enriqueta ubicó un cuadro hermosísimo, oro y piedras preciosas su marco, estampa real el rostro en él encerrado: el de Isabel II, la dama cuya mano ultrajada por la psoriasis había besado con unción unos años atrás, en el Palacio de Castilla, en París.

La Enriqueta lo salvaría de sí mismo. Comenzó a surcar los mares trajinando aguas en ocasiones serenas y en ocasiones tormentosas. Llamaron al barco "paraíso marítimo", porque La Enriqueta no iba sola sino en dulce compañía amistosa.

-Difícil faena engendrar un hijo varón, amigo. Que va. Al menos de ciertas mujeres como doña Virtudes -así le confesó Alfonso a Fabián, al regreso



de una de sus tantas correrías acuáticas.

Doña Virtudes, por cierto, era la reina, a la cual en otras ocasiones Alfonso llamaba el *Gendarme*, por el cerco que le ponía. Pero Alfonso sabía que debía ser prudente: lo primero, por entonces, el heredero. Y en esa pesca estaban.

Le contó: habían recurrido a prestigiosos facultativos. La noche de esa confidencia estaban en una recepción en el Palacio Real. Era una muy solemne ocasión en que recibían a embajadores de primera línea. Mientras hablaba con Fabián, el Rey advirtió que el delegado de Estados Unidos, americano típico por su alta estatura, piel sonrosada, pelo rubísimo, padecía de una incomodidad notable: los zapatos que usaba le ajustaban por demás. Alfonso, que conocía semejantes premuras por habérselas visto sufrir a su tío y suegro Montpensier, advirtió el tormento del buen diplomático que entre sonrisas forzadas y abundantes tragos de alcohol buscaba superar la dramática y acaso risible instancia en medio del aparatoso salón del Palacio. En un momento dado, el martirizado caballero se acogió a los beneficios de un rincón y allí, sin pensarlo mucho, pero creyendo que su situación pasaría inadvertida, no encontró mejor salida que quitarse los zapatos y dar un recreo a sus martirizados pies. Pero, entre el suspiro de alivio que brotó de su pecho cuando ellos alcanzaron libertad, y lo que sus oídos escucharon, no medió mucho tiempo. Y lo que el sufrido diplomático escuchó fue nada menos que la voz de un criado solícito que, en nombre del Rey, le tendía unas chinelas de procedencia real: para que se las pruebe, señor y, si le van bien, se las deja, que Su Majestad sabe lo que cuesta andar con calzado chico, dijo el criado que le mandaba decir el rey.

Satisfecho con la intervención que había aliviado al diplomático -y por lo tanto a las relaciones entre ambos países- Alfonso le siguió contando a su amigo: en ayuda de la real pareja vinieron tres facultativos de los países más avanzados en la ciencia de la creatividad genética. A saber, un inglés, un francés, cierto italiano. Dispares sus opiniones, dijo el rey, el trío

estaba de acuerdo en que era menester la intensificación de los contactos carnales. Como él, Alfonso, no se privaba de las aventurillas que sí le traían placer, la reina no pudo menos que llegar a triste conclusión.

-Alfonso es como una mariposa que vuela de flor en flor. Dice así, pero piensa cosas peores, le dijo Alfonso a Fabián. Piensa que, como todos los españoles, tengo más vivacidad que ingenio y más ingenio que juicio. ¿Y sabes qué dice de sí misma? Pues tengo dos defectos, dice: soy extranjera y no le he dado un heredero al Rey.

Pero volviendo a los galenos entendidos en procreación, dijo Alfonso, debe advertirse que, más allá de la unánime prescripción del coito frecuente, existen alguna diferencias entre una receta y otras. A saber: donde el francés acotaba complejos ingredientes químicos para beber, el inglés, muy voluntarioso y conciso advertía que siguiendo el régimen lunar de la dama el hijo macho llegaría de manera indudable. Por su parte, el itálico programó un divertido cóctel de prácticas medioevales, elixires gitanos y pócimas árabes en estricto orden sucesivo y con una sola condición: la unión debía hacerse, sí o sí, antes de la medianoche.

-Por lo demás, los discípulos de Hipócrates, unánimemente, proclamaron una condición sine qua non: consumada la operación erótica, la reina debe acostarse del lado derecho, a fin de preservar el semen real en el hueco correspondiente.

Según parece, el tratamiento se cumplió a rajatabla.

Pero hasta entonces el magro resultado había sido de dos princesitas. Por lo tanto la reina, como María Josefa de Sajonia, la tercera esposa de Fernando VII, ante la ausencia del ansiado varón bien podía decir:

Por mí no quedó qué hacer.

Obre Dios con su clemencia.

No obstante, la reina trataba de adaptarse a ese hombre encantador con quien se había casado y a quien amaba sobremanera. Y también de plegarse a esos emprendimientos tan españoles de tertulias, saraos, cotillones y

toros. Educada en las rigideces de la corte austríaca, no terminaba de entender ni gracejo ni excesos de su marido y de su nuevo pueblo. Un día, harta de tantas calaveradas de su real consorte, a su camarera, una mujer muy bella y pizpireta le preguntó:

-¿Cómo hace para que su marido le sea fiel?

La rápida respuesta fue:

-Le quiebro una pata cada mañana.

Pero ése no era consejo que podía seguir una Habsburgo con un Borbón.

Por su parte, al alegre Alfonso se le había dado por incorporar al trabajoso español que la reina iba aprendiendo, términos del bajo fondo que en él eran usuales (al menos cuando no los escuchaba don Antonio de Cánovas). De Manuel Barrios, siempre muy informado, escuché una anécdota divertida: según parece, cierto día la reina María Cristina se encontró con Cánovas, y tal vez para hacerle notar de qué modo estaba al tanto de lo que sucedía en los espacios oficiales, le dijo: señor de Cánovas, ya sé que ayer, en las Cortes, estuvo usted hecho un barbián, y se lo dijo sin comprender, por cierto, el significado del término, pero el rápido de don Antonio captó en seguida la procedencia informativa, por lo cual, muy educadamente, Majestad, dicen que le dijo, muchas gracias por sus expresiones, pero le advierto que barbián ha sido quien le ha enseñado semejante palabrita a usted, señora. Y la señora entendió. Pero siguió repitiendo inconveniencias porque, aunque era Doña Virtudes y la Austríaca o La Institutriz para el pueblo, amaba a su real esposo y buscaba su acomodo y el de su matrimonio. Y el pícaro de su marido, entre casticismos de alta lengua mezclaba unos conos y puñetas y otros desafueros impropios de esos férreos labios austríacos del Gendarme. Que así la llamaba entre sus amigotes Alfonso, como les dije.

Un día Fabián comprendió que La Enriqueta estaba para trabajos más importantes que oficiar como Paraíso del Placer. Fue cuando, por esas asociaciones peregrinas que en ocasiones se dan, recordó aquello de que él podía ser un buen rey según dichos del Rey.

Y díganme ustedes, lo que es la vida; un día se le apareció una situación de maravillas. En los Balcanes, hartos del dominio turco, los nativos buscaban independizarse. Dos facciones en pugna se estaban entregando sistemáticamente a los tiros no por un quítame allí esas pajas sino por un dame esas tierras a mí. Fabián, siempre peregrino de ideales y con la bolsa abierta, prestó su apoyo a una de las tales facciones. Pero eso le pareció poco. ¿Por qué no comprometerse él mismo? Sería cuentapropista en esa guerra de los Balcanes: empeñaría su dinero y su esqueleto.

Tener la idea y seguirla, fue todo uno. Y allá marchó una mañana, hacia las cabriolas del mar, bien pertrechado y con armas, arriba de La Enriqueta, rumbo a los Balcanes. Si todo iba bien, podía llegar a ser Rey. Y si no iba bien, perdía unos pesos y tendría algunas aventurillas más para recordar. Aunque, en verdad, Fabián ya en su cabeza había rehecho el mapa de Europa. Y al frente del balcánico reino recuperado estaba él, el conde del Castaño.

-Linda noticia para comunicarle al tío Juan: Fabián I, Rey de los Balcanes. ¿Qué tal? -le dijo al Oriental.

El Oriental, para no llevarle la contra opinó:

-Estaría requetebién.

Y ambos se pusieron a soñar.

## CAPÍTULO 12

### Boda y funeral

Fabián y los tripulantes de La Enriqueta fueron testigos de hechos inverosímiles en la guerra de los Balcanes. Nunca podrían olvidar a aquel coronel turco que había tenido la peregrina idea de cortar las cabelleras de las mujeres para con ellas adornar los cascos de sus oficiales. Y allí marchaban, coroneles y mayores, empenachados con pilosas cascadas rubias, castañas, renegridas y hasta algunas blancas como la nieve, de testas femeninas a las que habían quitado vida y honor. O a un oficial nativo a quien le tocó condecorar a cierto anciano guerrero. Lo hizo con lágrimas en los ojos y palabra entrecortada. Cuando su jefe le preguntó ¿conoce a este hombre, mayor? El mayor contestó, simplemente: Señor, este hombre es mi padre. O como echar en el olvido aquel destacamento diezmado, a quien su jefe animaba, en lo más duro de la campal batalla con un ¡Adelante, los cadáveres! ¿Cómo olvidarse de esas historias?

Fabián había hecho su acuática excursión político-militar a los Balcanes más bien al tun tun, llevado por retazos de informaciones novelescas que espolearon su interés aventurero. Pero la empresa resultó un desastre. La realidad destruyó las muchas fantasías. ¿Por qué? Porque los nativos para nada entendieron las altruistas motivaciones de la ayuda ofrecida, aunque de entrada los de La Enriqueta dieron extremas señales de respeto a los lugareños. A saber: se cortarían la mano a quien robara algo. Al acusado de violación se le arrancarían los testículos, los cuales serían enviados a la mujer de quien se había abusado, junto a la paga del violador correspondiente al mes en curso. Había otros signos propicios, aunque no tan notorios.

Heyres, que como buen poeta miraba con ojos torcidos la violencia, había ideado tales estrategias.

Tampoco los cruzados parecían tener muchas ínfulas guerreras. En la primera batalla que vino al caso, cuando desde el yate vieron las alineadas filas de nativos enfrentadas a las propias, fue el mismo Heyres quien le dijo:

-Fabián, son demasiados.

-Pues si te pone nervioso su volumen no los cuentes.

-No los cuento, los miro.

-Entonces no los mires.

Pero como no sólo Heyres sino también los otros miraban, sumaban y restaban, el aporte guerrero del Conde del Castaño murió antes de nacer: casi nonato.

Los nativos prefirieron entenderse entre sí, llegaron a las paces, aquí no ha pasado nada, váyanse a la mierda, les dijeron sin decírselo. De muchos modos les hicieron sentir el desagrado que albergaban en sus pechos. Más bien desagrados, no alcanzaron a comprender las múltiples molestias y los infinitos caminos que los cruzados habían recorrido para tenderles la mano.

De manera que, esfumados anhelos y aventura, Fabián y la valiente pandilla mandaron la guerra y los Balcanes al carajo, y en La Enriqueta pegaron la vuelta. Si no ultrajados, convencidos, en lo que a ellos se refería, de que los caminos de la vida corrían por otro lado.

Volviéron horrorizados del primitivismo de aquella gente; de los olores nauseabundos de las calles; de las epidemias desatadas (aunque se sabe, la guerra es madre de todos esos males), sobre todo después de los ataques bélicos, por cierto frecuentes. Volviéron asqueados de las comidas no aptas para paladares acostumbrados al champagne, el tokay y el caviar. Volviéron hartos de la soez costumbre de los nativos de rascarse los genitales delante de todos. Era gente que, si bien no tenía los ojos estrechos como los japoneses, sí tenía las mentes achicadas a más no

poder. Además, qué inoperantes para la diplomacia, qué aferrados a sus tradicionales costumbres, qué independientes de espíritu en medio de la pobreza, el hambre y las engañosas de los practicantes de la política. En fin: que con su pan se lo coman, dijo Fabián, más que desilusionado por no haber sido entendido en su gesto casi filantrópico de raza dominante. Después de haber compartido con uno de los sectores involucrados, algunos disparos, pum-pum, dieron media vuelta y a casa. La Enriqueta cambió el rumbo de su brújula. Viró hacia Europa.

Al fin y al cabo esa guerrita no había pintado linda ni de entrada.

Pero la habían sacado barata.

Regresaron a Madrid como quien retorna al cálido seno de una amante. A sus palacetes de mármol, a sus teatros modernos, a sus museos espléndidos (alimentados con las rapiña de tantos conquistadores), al cielo azul de Madrid (cuando no llovía) y, sobre todo, al enternecedor encuentro con el rey y amigo Alfonso.

Al conde del Castaño le trajo suerte el regreso a casa. Ya verán por qué.

Era una tarde de carreras hípicas y sol resplandeciente. Un vientecito joroben aportaba cierto indeseable polvillo y algo de alivio al bochorno de la hora. Porque, a pesar de la canícula ese altozano en que estaba el Predio de las Carreras parecía diseñado por Dios para hacer de corredera a brisas y ventoleras entre el verdor de los grandes árboles que se inclinaban para besar la tierra y el rumrum de algunas fuentes puestas para deleite de los ojos y bienestar de los pajaritos que allí bebían. Toda la gente amiga estaba en lo mismo. Es decir, mirando los caballos sobre los que habían depositado pesetas y esperanzas. La gente se amontonaba en las gradas para ver la competencia y para mirarse entre sí, sobre todo las damas y los mozos, mientras en la pista los equinos corrían a todo lo que daban. Entre los caballos estaban los de Fabián. Y entre los de Fabián (quien tenía, cuándo no, uno de los mejores studs madrileños), estaba Pampa.

Resultó vencedor indiscutible precisamente Pampa, y los que habían acertado estallaron en aplausos y gritos de regocijo, en tanto los perdidosos, llevados por la acidez de la derrota, tiraban al suelo sus boletos, llenando los parterres de volanderos papeluchos blancos. Prorrumpían en desarticuladas palabrotas contra la mala suerte que salían de sus bocas como perdigones. Y las manos se agitaban al aire lejos de toda cordura. Qué manera de perder la compostura social en medio de sociedad tan selecta. Miren ustedes, gente fina. No hay caso: en todos lados se cuecen habas.

Fabián, por su parte, recibió a granel palmoteos y felicitaciones. Casi casi era el héroe de la jornada:

-Bravo por el argentino, que tiene el mejor plantel.

-Por Dios, no es para tanto, que no he sido yo quien ha corrido sino los caballos.

-Los extranjeros suelen ser cabrones pero éste es una pinturita.

-¿Desde cuándo un argentino es un extranjero en la madre patria?

El humo de la soberbia para nada ofuscó la mente rioplatense. Más bien lo alteró un ramalazo inesperado de luz. Fue así: de pronto, alguien se le acercó, Benalúa, acompañado por un caballero de nivea barba que le caía como ramazón en el pecho. A su lado resplandecía una hermosísima mujer, joven y frutal, para nada emplumada como las otras señoronas. Llevaba traje de amazona color verde hoja, sus manos calzaban guantes de cabritilla y tocaba su cabeza un gracioso sombrero blanco que, si distraía el sol, acentuaba el encanto de su rostro.

-Fabián: quiero presentarte al Marqués de Henestrosa y a su hija. Están muy agradecidos porque ganaron bastante apostando a uno de tus caballos. Quiero que los conozcas -dijo el amigo.

De pie, Fabián vio al barbado señor y a su lado unos ojos azules como el Mediterráneo que acababa de surcar con La Enriqueta, cuando el Mediterráneo espeja el claror de los cielos. Y junto al choque de tanto azul -o a consecuencia de tal choque- sintió en sus entrañas una punzada



penetrante, y apenas si pudo murmurar:

-El agradecido soy yo, señores, por conocerlos. Y no sabe también lo enternecido que estoy con mi caballo porque les ha permitido la alegría de salir gananciosos -y aunque sus palabras parecían ir hacia el marqués, las miradas enfilaban hacia el lado de la dama. Cuyo nombre escuchó en tanto le besaba la mano. -Doña Catalina de Henestrosa.

Para recibir el premio, Fabián tuvo que dirigirse donde estaban la autoridades, pasando por un arco de flores. Por el arco de flores también pasó su caballito Pampa, indiscutible ganador. Fabián, muy atentamente, pidió al Duque de Henestrosa permiso para invitar a su hija a que lo acompañara a recibir los lauros. Y la dama recién presentada lo acompañó con gusto y timidez.

De manera que llegaron los dos, mejor dicho, los tres, entonces, por un túnel de flores. La gente aplaudió. Ellos -menos el equino-, sonrieron, aunque la dama, con cierta turbación por la circunstancia en que se veía, apresuraba el movimiento del abanico de sándalo con que buscaba aire y quizá el aplomo que le estaba escaseando. Pero la turbación la volvió más juvenil y fresca. En su nerviosismo la joven, mientras con una mano se abanicaba, con la otra, de modo casi imperceptible, tocó el brazo de Fabián. Fue un roce fugaz. Pero a Fabián le pareció una caricia: buen presagio, se dijo.

Doña Catalina de Henestrosa tenía los ojos color aguamarina, y tenía el cuerpo alto y delgado, y su rostro era un óvalo perfecto y su pelo un ramalazo de luz.

Catalina de Henestrosa era la más hermosa dama de Madrid.

Vestía con telas de prestigiosa textura, y prefería en sus vestiduras colores tenues y tonos claros. Usaba brillantes, pero sobre todo perlas, y era difícil verla sin aretes traídos de las costas asiáticas y collares de dos vueltas aportadas por mercaderes de lejanos puntos cardinales entre los cuales, sin duda, no faltaba Ceylán y Samarcanda y Brasil.

Catalina de Henestrosa era la dama más elegantemente vestida de Madrid.

La sonrisa de la dama era plácida y constante, y al reír mostraba en su boca una hilera de perlas que no habían sido compradas a ningún mercader de las costas asiáticas ni a Hamelín en París, porque habían nacido con ella, otorgadas por Dios. Y la mirada de la mujer era intensa y dulce, y el movimiento de sus manos sereno y elocuente, el ritmo de su cuerpo al andar, decidido.

Catalina de Henestrosa era la mujer más atractiva de Madrid.

La voz de la dama era angelical y su conversación amena. Sabía de muchas cosas la dama, porque era persona educada y atenta a los ritmos de la cultura y la novedad, y su charla jamás resultaba parloteo insulso como el de tantas.

Catalina de Henestrosa era la dama más interesante de Madrid.

Provenía de una antiquísima familia de la nobleza madrileña, era hija de marqueses y marquesa ella misma, su sangre se remontaba a la conquista de los moros y su blasón era un campo azul con enhiesta espiga de oro y un yelmo de hierro y una frase estremecedora: Sin mácula, guárdame. Catalina de Henestrosa era del más limpio linaje de Madrid.

Por cierto, todo esto era así para Fabián Gómez y Anchorena.

La naturaleza del rayo es fulminar y Fabián había sido alcanzado por un rayo. Como consecuencia, su corazón, helado como una lámpara de aceite apagada después del asunto de Beatriz y del collar de diamantes empeñado, volvió a encenderse, y vaya cómo.

La abuela Estanislada, conocida por su apego al pasado y los linajes, hubiera sonreído y dicho que sí.

Después la dama se fue. Al irse, no se molestó en dar vuelta la cabeza, porque eso no hacen las señoras de pro. Tampoco se molestó Fabián en seguirla con la mirada, porque hubiera sido demostrar ante los demás excesivo interés. Pero quedó muy seguro de que a ese nombre y a esa mujer no le sería posible olvidarlas. Estaba como pájaro atrapado en malla de seda. O mosca en un vaso de miel. Antes se había sentido atraído por las mujeres y varias veces creyó estar enamorado, pero ninguna había sido

tan intensa y clara como entonces.

Se siguieron viendo muchas veces. La noticia se aireó por los cuatro puntos cardinales de España y París. Dicen que el Bahadur Shah Zafar, cuando fue derrotado, liberó las palomas de sus palomares y les dijo que proclamaran la noticia de semejante desgracia. El Conde del Castaño hizo que los ecos de su buena nueva traspasaran el océano y llegaran hasta América. En la familia dijeron: A ver si así Fabián sienta cabeza de una buena vez.

Hablaron y hablaron. Nada quedó entre ellos por decirse. Catalina tenía la inteligencia de un adulto, la curiosidad de un niño, la pasión de una mujer. El recordó su vida en el país lejano y en una ciudad recostada contra cierto río ancho y oscuro, que parecía un mar, porque sus orillas no podían descubrirse por más que la mirada se extendiera. Le habló de la Pampa, de sus inciertos límites y de un silencio que competía con el rumor de las esferas celestiales. Le habló de la abuela Estanislada, que en paz descansa, y del tío Juan y del tío Nicolás y de la gran fortuna apiñada en casonas y campos y estancias y hacienda a lo largo de los siglos, y de las herencias, le habló, y de transacciones oficiales y de las otras. Pero sobre todo le dijo cuánto la quería.

Ella le contó de su infancia en un palacio oscuro y entrañable de Granada, donde antaño, huríes de ojos verdes y tez mate, mataban su aburrimiento jugueteando entre ellas, encerradas en palacios de mármol y jade mientras esperaban al dueño de sus vidas. Le habló de lo bien que lo había pasado de niña y de las expectativas que tenía entonces cuando, ya superada la adolescencia, lo había encontrado a él, al conde del Castaño.

Saciados los anhelos del corazón y de la mente después de tanta conversación y tanto arrumaco, quedaba despierto como nunca, inaguantable, el anhelo de los cuerpos. Decidieron casarse. Porque la niña quería llegar virgen al matrimonio. Y porque Fabián fue sincero, una noche que la estrechaba entre sus brazos arrebatados y la toqueteaba por todos lados (sobre todo en ciertas partes), a orillas de una fuente en el Palacio

de Oriente: pero si seguimos así, no llegarás virgen, Catalina mía. Y Catalina asintió, porque era una maja bravía.

Fabián cerró los ojos.

El reposo del guerrero.

Había encontrado la felicidad.

Del Plata llegaban noticias nada buenas como consecuencia de azares políticos y embrollos domésticos. Se las había traído uno de los parientes de viaje por París, hasta donde él había ido para encontrarlo. Según parecía, en su país las cosas estaban más embarulladas que el pelo de los negros que él había visto en Marruecos, en sus correrías con La Enriqueta. Imagínense. Pero Fabián estaba más perturbado por lo que pasaba entre él y Catalina que por la revolución en Buenos Aires o por los problemas de la familia. De manera que la relación argentino-madrileña quedó confirmada.

Fijaron fecha para la boda. Estaban seguros: su historia sería la historia de la dicha. Esta vez sí, se la palpitó Fabián.

Para el casamiento puso lo mejor de sí y de su fortuna. Así como le había abierto su corazón a la bella Catalina, le abrió sus arcas. Las arcas abiertas sirvieron para que ambos recorrieran los mejores importadores, los más duchos comerciantes, los anticuarios famosos, los tenderos importantes, los libreros conocidos, en busca de preciosuras con que adornar el nido de amor que se estaban preparando. Recorrieron París desde el Palais Royal hasta Saint-Germain, desde l'Etoile hasta Champs de Murs, desde el Marais hasta l'Ile de Saint-Louis, desde les Termes hasta la Opera, desde la Madelaine hasta Monceau. Buscando tentaciones exóticas, eludiendo banalidades, apeteciendo rarezas, desdeñando lo común. El lugar que instalarían el nido de amor sería Buenos Aires. Sí, aunque parezca raro, Fabián decidió el regreso. Ya había conquistado Europa, sus negocios estaban pasando por un período confuso -según el tío Juan y su administrador- y le pareció lo mejor asentarse allí para controlar la marcha de sus asuntos y presentar a su marquesa en la ciudad que lo vio

nacer. Por cierto, iba a extrañar a sus amigos, a la alegre comparsa encabezada por el inefable Duque de Sesto. Pero c'est la vie.

En trajinar de bodas marcharon a París en una oportunidad y en otra. Una tarde, visitando la Exposición Internacional de la Ciudad Luz, Fabián vio un palacete que era un sueño. Parecía hecho por ángeles para ser habitado por dioses. Tenía los techos de pizarra, y las ventanas eran de vidrio biselado, y los pisos de roble de Eslavonia, y tenía mansardas altísimas y sótanos misteriosos, y galerías con barandas que imaginó enseguida pobladas de flores, como los jardines flotantes de Babilonia. Y tenía habitaciones enormes y espacios profundos y una escalinata que llevaba a cierta terraza recoleta, y estaba rodeado de un jardín donde fuentes y plantas derrochaban el estrépito de colores y bisbíceos.

Fabián quedó boquiabierto. Catalina, también.

El palacete era desmontable. El palacete podía desarmarse. El palacete costaba una fortuna. Fabián pagó la fortuna que valía el palacete desmontable. Para llevarlo al Río de la Plata.

En la Maison Villard encontró una fuente morisca de azulejos incrustados de oro. Compró la fuente morisca de azulejos incrustados de oro. En la casa Herard halló un arpa maravillosa. Compró el arpa maravillosa de la Casa Herard. En Chez Marié encontró una vajilla de plata de Tiffany que era una preciosura y otra de Capodimonte que lo tentó. Compró la vajilla de plata Tiffany. Y la de Capodimonte. Adquirió gobelinos auténticos a precios inconmensurables. Y una fuente de esmalte formada por tres hojas donde reposaba un caracol hecho con una perla, una mosca de diamantes y una lagartija de esmeraldas. Y una aceitera de oro incrustada de marfil con un ramillete de piedritas preciosas bordeando la abertura por donde se deslizaría hacia ensaladas y vituallas el aceite o el vinagre, según preferencia del comensal. Y un biombo Coromandel del siglo XV y muebles chinos del XIV, y unas figuras de Ming que ni en sueño podían imaginarse tan delicadas. Compró un alto mueble laqueado, rojo oscuro su color, preciosas sus tallas, con tres anaqueles para en ellos depositar preciosuras

que también eligió: ceniceros de jade, cristales tallados, abanicos de oro y pedrerías, un reloj del siglo pasado, una pirámide de cristal con cierta escondida cruz de brillantes. Encontró una pequeña Virgen del siglo XII y la compró, y un panel oval de Sebastiano del Piombo y también lo compró, y un Goya de la época de la ermita de San Antonio y también pasó a ser suyo, y un par de dibujos de Leonardo, que siempre tendría entre sus tesoros preferidos. Fabián había aprendido a degustar las bellezas del arte. Como antes catava el vino y siempre las mujeres. Los arrebatos faroleros de Fabián parecían no tener fin. Pero hubo que decir basta. Todo estaba preparado: los muebles y los adornos embalados, listos para partir. Los servicios de la boda, contratados. El vestido de la novia, concluido. El atuendo del novio, también.

Pero entonces pasó algo. El destino había marcado sus vidas como algunos tahúres sus dados.

Fue en una de las fincas del Marqués de Henestrosa.

El Marqués de Henestrosa había dado orden de desmontar unos campos donde pensaba construir una casa para cuando los novios vinieran de visita desde las Pampas. Fabián y Catalina miraban los trabajos que realizaba un grupo de operarios. Los operarios utilizaban dinamita y la dinamita, se sabe, es muy peligrosa.

Esa tarde, la dinamita estalló con toda su furia. Hubo un estruendo excesivo. Volaron piedras y pedazos de troncos por los aires como si fueran pompas de jabón. Como la lana de una máquina de cardar, pensó Fabián, recordando los trabajos en la estancia, en días de esquila. Se oyeron gritos y se levantó una gran columna de polvo. Cuando el polvo se disipó, se vio: el estruendo había espantado al caballo que montaba la duquesa. Una gran piedra golpeó la rodilla de Catalina.

-No es nada -dijo la muchacha a un Fabián demudado-. Sólo un golpe.

Pero estaba muy pálida, la herida comenzó a sangrar, Catalina se desmayó.

Pronto se vio que la afección era seria.

La boda tuvo que suspenderse.

Por cierto, superado el problema, llegó el momento de la boda, aunque bastante más adelante.

Una breve primavera había bendecido el otoño de ese día del casamiento. Todo Madrid se volcó a la ceremonia. Su esplendor fue casi real, es decir, digno de un poderoso monarca, aunque sólo era la de un conde nacido en Ultramar. Los novios llegaron en carruaje descubierto tirado por seis hermosos caballos que, detalle exquisito, Fabián no había extraído de su stud madrileño sino hecho enviar de una de sus estancias pampeanas. Alfonso XII estuvo presente de cuerpo entero y con regios obsequios. También el Duque de Sesto y la alegre troupe de antaño. Fabián, por su parte, entre regalos notables, le ofreció a la novia una bandeja llena de piedras preciosas y rosas; las perlas parecían haber capturado los rayos del sol en su seno; las rosas el color del mundo.

Después partieron hacia el Río de la Plata y la Pampa. Antes, por cierto, tuvieron varias noches de húmedos delirios en el Real Sitio de La Granja, prestado por el Rey y amigo. Fabián pudo comprobar que la unión carnal con la mujer amada resultaba más gratificante que las calenturas múltiples y transitorias con loretas de moda.

Fabián recordó: como María Luisa de Parma lo único lindo que tenía eran sus brazos esculturales, ordenó que nadie usase guantes, a fin de poder ella lucir los suyos. Como Catalina era tan perfecta, ¿podría él decidir que todas las mujeres anduvieran en cueros para que se apreciara la belleza escultural de su esposa? ¡Qué ganas!

Pero ni el Conde del Castaño era rey ni Catalina le hubiera llevado el apunte. Tuvo que conformarse con mirarla y mirarla. Y después dibujarla con ojos, dedos, lengua.

Pues bien, el palacete comprado a precio desorbitante en la Exposición de París fue ubicado en uno de los tantos terrenos propiedad de Fabián en Buenos Aires. Era una cuadra muy céntrica, cerca de donde el clan de los

Anchorena había construido o estaba construyendo palacios, después de la epidemia de fiebre amarilla que les había hecho poner los pies en polvorosa y abandonar sus viejas casonas coloniales. En esos palacios se copiaban los jardines de Versailles y las estructuras renacentistas y los aires italianizantes y cuanta novedad fuera traída de allende el Atlántico.

El palacete de Fabián para nada desmerecía el lujo de los otros Anchorenas. Antes bien, los superaba en algunos detalles: por ejemplo, los gobelinos, auténticos, eran los primeros llegados al Río de la Plata, y cubrían las paredes de largo a largo con la sobria armonía de sus escenas de guerreros y reyes y bucólicas damas. En verdad, aunque él en su Palacio del Retiro tenía unos hermosísimos tapices de la Manufactura de Beauvais, fundada por Colbert, entendía que los gobelinos para nada desmerecían a los de su rival. Por eso habían sido traídos al Río de la Plata. Los primeros. Tres de ellos, según decían, flamencos, pertenecían a la serie de Escipión el Africano, estaban tejidos con hilos de oro y de plata, y habían integrado la colección de paños elegida por el pintor Velázquez para la infanta española casada con Luis XIV. Imagínense.

En lo único que se quedaba atrás la mansión era en los árboles. Por ser de reciente data, no tenían el abigarrado follaje y la corpulencia que sólo con los años alcanzarían (cuando ya la pareja, les adelanto, no estaría para verlos). Pero como contraparte, detrás de la casa, Fabián había instalado una gran fuente y sobre ésta un pabellón que parecía flotar sobre las aguas. El pabellón tenía el techo metálico, y en los días de lluvia era grato escuchar el chapoteo de las gotas, así como en los atardeceres, delicioso se hacía oír el murmullo de las aguas y el canto de los pajaritos que ya inundaban el parque.

En esa casa de la calle Sargento Cabral entre Suipacha y Esmeralda, se dieron fiestas y la pareja vivió feliz. La familia Anchorena, encantada: todos iban a ver a la marquesa. Por más apellido y dinero que el clan tuviera, nobles, para qué decirlo, no había tantos.

-Y miren ustedes, tan luego este tarambana de Fabián ha conseguido la



incorporación de semejante dama.

-Y ha conseguido algo más: recuperar, o adquirir, no se sabe muy bien, el título de Conde del Castaño, con ese escudo de la gran siete: sobre un campo de azur un castaño de esmalte y un lobo que pasa. Vaya mozo emprendedor y creativo.

Pero hubo alguien de mala entraña en la familia. Fue una mujer y dijo y Fabián la escuchó:

-¿Acaso la cerda ennoblece al cerdo?

Precisamente fue en un día de recibo cuando pasó lo que pasó. Habían llegado los tíos y algunos primos. Hacía varios meses que se encontraban en Buenos Aires, Catalina ya adaptada al ritmo de esa ciudad contradictoria. Por un lado mostraba el pobrericío de los barrios bajos, y las antiguas casonas donde comenzaban a amontonarse los inmigrantes que, en ese fin de siglo, estaban llegando de todos los lados del mundo. Por otro, las esplendideces de la clase cada vez más atrincherada cerca de la plaza San Martín, en ese círculo áulico casi formado íntegramente por los Anchorena, sus parientes y sus amigos.

En la reunión se hablaba, cuándo no, de la Bolsa. A Fabián le causaba gracia. En París o en Madrid las conversaciones usualmente versaban sobre los movimientos monárquicos, los chismes palaciegos, las revoluciones en cierne, los cambios en la gente de Cortes o gobiernos. En el Asia, le habían contado, se preocupaban hondamente por saber si el precio del pimentón subía o el de la pimienta negra bajaba. En Buenos Aires sólo interesaba la Bolsa. Si asciende, si desciende. En ese vaivén surgían y se acababan fortunas y prestigios sociales.

Según la mejor usanza europea, la pareja de los Gómez Anchorena, condes des Castaño, había despichado un batallón de veinticuatro mozos que marchaban con las viandas y las servían en esa enorme mesa a cuyo alrededor treinta y cinco comensales comían y hablaban. Brillaba la platería y refulgían los cristales, y las pedrerías de las damas, y el centelleo de los

diamantes. Después le llegó el turno al humo de los cigarros y al aroma de los licores finos y, en todo momento, el de los perfumes traídos de Ultramar. Porque la hospitalidad de Gómez y Anchorena era así, ostentosa y opulenta.

Por cierto, Catalina de Henestrosa podía sentirse como en Europa.

Precisamente Catalina de Henestrosa, en determinado momento, cuando la reunión estaba ya en su cénit, se puso de pie para saludar a una pareja que se marchaba. Era Eduardo Wilde, escritor famoso y su encantadora mujer, una de las damas más bellas de la ciudad, de la cual decían que en las reuniones de su casa, el marido permitía que los gustosos pispearan cuando la dama se dormía. Miren qué curioso.

Pues bien, entre las sonrisas y los apretones de manos, Catalina pareció, de pronto trastabillar, como si hubiera sido herida por un repentino dolor. Una intensa palidez cubrió su rostro, pero se repuso en seguida, aunque debió apoyarse en una mesita cuyo centro de orquídeas cayó, sin estruendo pero con desparramo de pétalos. Pero todo pasó. ¿Qué había sucedido? Fabián advirtió la situación, pero ni tiempo tuvo para preguntarle, porque su mujer ya estaba nuevamente despidiendo a la gente.

Cuando el último comensal se fue, Fabián se acercó sonriendo a su mujer para decirle: qué bien salió todo, mi amor. Pero la vio trastabillar nuevamente y apoyarse en un sofá oportuno. Si no hubiera llegado a tiempo, ¡zas! al suelo.

-Catalina, por Dios ¿qué pasa?

-Mi rodilla, Fabián. Mi rodilla. El dolor, otra vez. Catalina cayó desvanecida en sus brazos.

Y la rodilla fue el nombre de la desgracia.

Vinieron unos médicos y otros. Mantenían conversaciones entre sí, pronunciaban palabras difíciles, planteaban hipótesis incomprensibles. Con él sólo manejaban evasivas cuando no escabullían respuestas.

Un día Fabián, sin querer, o tal vez porque forzó a las circunstancias,

escuchó. La noche era negra como nubarrón de tormenta y la sala estaba oscura y hasta allí llegaba el rumor de los galenos que apostaban nombres como apuestas en una casa de juego.

Una palabrita aparecía una vez y otra vez: tumor blanco. Fabián irrumpió en la salita en que estaban los médicos. Más que sorpresa, uno de ellos mostró desagrado:

-¿Escuchando, conde del Castaño? -le preguntó, un poco insolente en su demanda.

Era un hombre viejo, alto, levemente encorvado por la edad, de gran fama y carácter ríspido que a Fabián no le gustaba para nada. Le contestó con sequedad:

-No, doctor. Y porque no he escuchado les pregunto ¿qué tiene mi mujer? Entonces se lo dijeron. Era un "tumor blanco". ¿Consecuencia de la caída? Probablemente. Estaban haciendo lo que podían para conseguir la remisión del mal.

-¿Hay posibilidades?

-Siempre las hay, señor. Usted sabe, además, que no existen enfermedades sino enfermos. Su esposa es joven, es sana, es...

-Ya, ya. Muchas gracias, señores.

Iba a marcharse, pero lo detuvo uno de los médicos. De mediana edad, usaba una elegante barbita gris y su incipiente barriga aparecía cruzada ancho a ancho por gruesa cadena de oro.

-Señor conde: para tener más posibilidades, habría que operar -arriesgó como con temor.

-¿Operar qué?

El tercero de los médicos, hasta entonces en silencio, joven y quizá por eso más valiente, pareció juntar ánimo. Era el que mejor le caía a Fabián. Pero dicen que cuando más suave es la piel de una serpiente, más poderoso es su veneno. El joven médico habló:

-Hay que cortar la pierna, señor.

A Fabián se le puso la piel de gallina. Todo el hielo del mundo se agolpó en

su corazón, un escalofrío recorrió su espalda, se quedó mudo, se fue. Los tres médicos retrocedieron para hacerle lugar. Como la niebla se dispersa con los rayos del sol, la esperanza se alejó del corazón del conde del Castaño. Hasta entonces había vivido en ese opulento mundo de viajes, champagne, orquídeas. Entonces estaba en el centro de otro remolino, el del dolor.

Como pasó con Merceditas, la Reina: Fabián asoció inmediatamente los dos casos. La enfermedad y sus premoniciones lo enloquecieron. Y un hombre enloquecido no sabe lo que hace. Cerró los oídos a todos los consejos. Sólo escuchó los de su corazón.

Un día llamó a un rematador, hizo inventariar los bienes de su casa, como una granjera suma la nidada de sus huevos y un quintero las bolsas de papas cosechadas. Por cierto, lo suyo valía millones. Pero ¿quién da millones cuando la transacción se arma de apuro? De un plumazo malvendió la casa con todo su contenido, muebles, vajilla, tapices, obras de arte. Vendió caballos y coches. Arbitró medios para volverse a Europa. No ya a París, tampoco a Madrid. Se iría a orillas del Esla, donde dicen que el clima recompone a los enfermos. Siempre a lo grande, alquiló un castillo morisco.

-Querida, me dicen que el castillo está rodeado por un foso antiquísimo que ahora, en lugar de agua, tiene un jardín espléndido en el fondo -le dijo a Catalina, mientras le acariciaba la mano y la miraba con el amor de la primera mirada-. Me dicen que sus habitaciones dan al oriente y al poniente, razón por la cual siempre tiene sol, mi amor. Me dicen que el aire es perfumado y el clima templado y que allí nadie se enferma porque sólo el Paraíso parece ser mejor lugar en la tierra.

Fabián trataba de dar ánimos, y Catalina hacía como que tales ánimos llegaban a buen puerto, y sonreía y murmuraba, está bien, mi amor, te entiendo, sí, estoy segura, esta rodilla allá se curará...

Pero Fabián pensaba: y a mí ¿quién me engañará? Sentía que el dolor era como una celda de la que no podía salir. Si hubiera sido un pájaro encerrado, se habría desquitado azotando la cabeza contra los barrotes.

Pero era un hombre, no un pájaro.

Desde la cocina le llegó, esa tarde, el eco de una cancioncilla que ya había escuchado en la vieja casa de la abuela Estanislada, en la calle Reconquista:

Si quieres llegar al cielo  
no niegues siempre tu cruz.  
Subite a ella primero  
y de allí, busca la luz,.

Fabián se tapó los oídos dando una puteada. Tomaron el barco al alba. El rocío caía como llovizna sobre el Río de la Plata y sobre el alma de los dos. Y hacia allá marcharon, por vía oceánica, el Conde y la Condesa del Castaño. Como había querido Alfonso XII. Pero ¡cuánta tristeza! Fabián recordó un viejo poema que en ocasiones citaba el Oriental. Y lo repitió en voz baja mientras veía perderse Buenos Aires tras un manto grisáceo:

Con risa vinimos  
con llanto partimos.

## CAPÍTULO 13

### Duelo, celda y resurrección

El eco de las niñas era un periódico encargado de transmitir a sus suscriptores cierta clase de novedades atinentes al corazón y el escándalo, una vez a la semana, desde páginas satinadas, breves y profusamente ilustradas. Sus lectores un buen día se encontraron con cierta noticia que

les llamó la atención. La noticia decía:

Desde el camarín de una artista a la celda de un Monasterio.

Se refería a Fabián Gómez Anchorena y del Castaño.

¿Qué había pasado?

A su regreso a Madrid, Catalina no pudo superar ese "tumor blanco" que había empezado a crecer en su rodilla al poco tiempo de casada. El Conde del Castaño, con tanto dinero como tenía para comprar lo que se le ocurriera, resultó un indigente para canjear lo único que por entonces le importaba: la vida de su mujer. Cuando lo inevitable llegó, comprobó, azorado, que los bienes habían cumplido en su vida la función de rodearlo de comodidades y placeres a fin de que las molestias cotidianas no lo lastimaran, de la misma manera que las pequeñas defensas de un barco impiden que éste choque reciamente contra el muelle. Pero, cuando el peligro fue grande, como en esa situación, el dinero de nada le sirvió, por más que de los suyos dijera cierta copla:

Todos tienen mucha plata  
La bolsa siempre rellena,  
porque cualquier Anchorena  
con decir quiero será.

Oh, aquellos días de tensa espera, languideciendo en las visitas médicas, al comienzo; en la alcoba de Catalina, muy pronto, siguiendo los pasos que el avance de la muerte iba tallando en la persona amada, patente en el hermoso rostro enflaquecido, en el cuerpo, cada vez más reducido, en la mirada, mortecina. ¡Dios! horas y horas así. Fueron las más largas y, paradójicamente, las más cortas que pasó en su vida. Ni siquiera cuando, en Buenos Aires, había estado en la cárcel, en razón de su casamiento con la Gavotti, había padecido tanto. La enfermedad de Catalina era un magma que lo cegaba y lo estaba matando.

Pero no hubo nada que hacer. Catalina murió al poco tiempo de llegar de Buenos Aires, después de una inevitable y complicada operación en la cual le amputaron la pierna afectada. Nunca pudo arribar al castillo del Elda ni conoció el paisaje idílico pintado por Fabián. Como a Mercedes, la reina de Alfonso, la enfermedad la había cercado para luego empujarla lentamente al dolor y a la muerte. Catalina, al igual que Mercedes, pasó a vivir de otro modo. Y a ser sólo un puro recuerdo para los demás.

Fabián la dejó en su ataúd, cubierta de flores, marfil labrado su rostro, las manos tantas veces besadas, inmóviles, cruzadas sobre el pecho. Ya nunca podría volver a estrecharla entre sus brazos. A ella, que había sido llama viva, puro fuego, canción. ¡Ah, Catalina!

Para muchos, los dioses viven en el cielo. Para Fabián, Catalina inició allí su morada.

Aquella noche del velatorio la miró así, estatua petrificada por la muerte, en tanto recordaba el primer encuentro, después de aquellas carreras ganadas por su caballo Pampa. Había sido a la salida del teatro. En una vuelta de la escalera, él tomó su mano y después su cintura y ya iba a besar sus labios cuando un movimiento brusco de Catalina, rechazándolo, desvió rostro y beso, imposible retener la mejilla de Catalina, el beso destinado a su boca fue a parar a su cuello y... y casi fue mejor. Porque en el cuello encontró cálido nido. En un recodo de la gran escalera solitaria pareció que el asentimiento de Catalina le daba permiso, pero, enseguida, Catalina se rehizo y comenzó a caminar, erguida, lentamente, en apariencia serena. ¿Escapas porque me tienes miedo?, le preguntó Fabián en cuanto la alcanzó. No, huyo porque tengo miedo de mí, respondió. Y esa respuesta le encantó de veras a Fabián. Siempre creyó que por semejante contestación se enamoró. Ah, las perplejidades de las vírgenes, pensó entonces, y lo vuelve a pensar cuando ya la muerte ha puesto distancia absoluta entre ambos y con tantas asociaciones dispersas llega ésta: nunca más su cuerpo, en la cama, junto a ella, buscando el acomodo necesario en las caderas cálidas de su mujer, mientras los pies tentaban, al fondo de la cama, el encuentro con

los de ella, y las manos se cerraban sobre la cintura que parecía ofrecérsele. Entonces entraban a tallar los labios, y los labios buscaban, con los ojos cerrados, en la tenue penumbra de la alcoba, los otros labios, y comenzaba el juego, y en el juego la risa y la ternura, y después la pasión, y también el delirio, hasta que al fin, entre humedades y suspiros, entre jadeos y lo quiero, el flujo del deseo en su cénit, llegaba la marea, el paraíso llegaba, el fin del mundo. O el comienzo del paraíso. Luego, apaciguados, en silencio, ya tranquilos, se entregaban a la tregua del sueño. Y en el sueño cabalgaban arcángeles y potestades y glorias. Ah, Catalina. Su muerte le pareció a Fabián el hecho más insensato acontecido en el mundo.

Los funerales de la condesa de Henestrosa y del Castaño casi superaron a la boda en suntuosidad y derroche de gente y solemnidad. Hubo flores en exceso y también de discursos y condolencias y funciones religiosas. Fabián repartió limosnas a los pobres y también la ropa de la muerta, y aceptó emocionado la presencia de los amigos de siempre, firmes en la mala como habían estado en las buenas. El Duque de Sesto, vino. Y el Rey Alfonso, claro.

Cuando todo acabó Fabián quedó solo y confuso, roto como un jarrón que imprevistamente cae al suelo y se hace pedazos. Pero ¿por qué a él? ¿Qué había hecho mal? Por ventura, ¿de qué equivocación mayúscula era objeto? Catalina, con su imprevista muerte, había creado una situación impensada. Todo cedía ante su ausencia definitiva. Era notable cómo esa mujercita no hacía tanto llegada a su vida, al irse lo sacaba de sus goznes. Ausente de su cuerpo la voluntad, perdido como una vela que parpadea en medio del vendaval, Fabián apenas si conseguía sobreponerse todas las mañanas para dar órdenes: comprar flores, pedir el coche, trasladarse hasta el cementerio, llorar sobre la tumba de su amada esposa. Consiguió, también, llamar a dos de los mejores pintores del momento a fin de que hicieran el retrato de Catalina. De algún modo quería perpetuar la figura grácil y



elegante de su mujer, sobre quien las ropas se dejaban caer como si con acercarse a su figura adquirieran artísticos pliegues que evocaban, antes que el cuerpo de una dama, la silueta de una escultura. Porque la marquesa de Henestrosa había tenido el secreto de la elegancia.

También deseaba hacer perdurable ese rostro levemente redondo, de ojos profundos y azules, como el Mediterráneo, había pensado cuando la vio por vez primera. Y el de sus manos, largas y flexibles, blancas y tiernas. Ah, Catalina, cuánta belleza y gracia perdidas para siempre. Que al menos en el arte algo se recuperara.

Los artistas vinieron. De París.

Por su parte, la gente que lo veía tomar el coche, o cruzar raudamente camino al cementerio -único lugar donde por entonces iba-, con simpatía lo miraban pasar, debajo de su sombrero oscuro, atildado como de costumbre, enfundado en su casaca siempre a la moda, impecable la camisa, un poncho de vicuña al hombro. Ese poncho era como el cordón umbilical que lo ataba a sus ancestros y también a la gente de sus pagos, los gauchos. Una vez, en cierta reunión mundana, había dicho, recordando las palabras de no sabía quién (aunque tal vez eran sólo fruto de sus reflexiones):

-El gaucho es el bohemio del nuevo mundo. Sin bienes, sin hogar, sin familia, tiene tres prendas: el poncho, el caballo, su cuchillo. Y paren de contar.

De manera que él, también bohemio aunque con muchos bienes en su haber, sentía como el gusto en sumar a sus vestimentas de dandy, el poncho pampeano. Y ahí iba, entonces, muy orondo, pero transido de pena. Y si antes le decían, muy sueltos de lengua, viendo al excéntrico sudamericano, ahí va el argentino millonario (cuando no, alguno más atrevido, se animaba a susurrar: míralo al rastacueros), entonces, ante el joven viudo agobiado por la tristeza (porque el dinero inviste a quien lo posee de cierto aura legendario, pero el dolor también), murmuraban condolidos:

-Pobrecito el Conde del Castaño, tan joven y tan viudo.

Pero más que viudo Fabián era un niño abandonado. Los madrileños, al

mirarlo con simpatía, no podían menos que traer a colación el caso de Alfonso:

-Qué cosa, igualito que con el Rey. Tan amigos y con destino parecido.

Para Fabián, en verdad, por entonces nada tenía sentido, estaba perdido en un páramo. Quizá sólo imploraba la misericordia de Dios.

Heyres, siempre compañero leal, en casos extremos como el que por entonces vivía Fabián multiplicaba sus esfuerzos para acompañarlo y sacarlo a flote. Si en ocasiones comunes ambos compartían frases y pareceres como las palomas se reparten picotazos y los perros revolcones, con tono dicharachero cuando no socarrón, según el mejor estilo de ambos perfeccionado durante años de fraternal amistad, entonces eran reflexiones de otro cariz las que buscaba acercarle el Oriental. Porque Fabián, decididamente, se había entregado al lloro y al mutismo. Pero ¿qué se puede hacer cuándo una criatura se siente perdida en la bruma y la bruma no se disipa? Heyres se lo preguntaba, pero sólo atinaba a repetir banalidades, lugares comunes.

Catalina se había ido como la abuela Estanislada. Pero si a la abuela Estanislada los años le otorgaron el rostro que uno puede imaginar con la severidad de la muerte (quiero decir: la frente despejada y surcada de arrugas, el pelo blanco y escaso, los ojos apagados, los músculos nacidos, las quijadas hundidas, manchas en la piel), la lozanía primaveral de Catalina ¿podía, acaso, asociarse al estatismo de un difunto? Fabián daba vueltas como perro enjaulado alrededor de pensamientos semejantes. No quería amargarlo al Oriental, única compañía que tenía por esos días, porque se acordaba de su criado Ramón. Ramón, cuando tenía problemas, decía "aquí estoy, tragando amargo y escupiendo dulce". Pero a él le costaba un huevo imitarlo.

-Dice un escritor que quien vive mucho ha triunfado al menos sobre una de las desventajas del hombre, la brevedad de la vida. Pero ¿me querés decir qué sentido tiene la persona si se acaba tan pronto como la reina Mercedes, como Catalina? La muerte arrebató tantas cosas. No puedo

entenderlo, Oriental... -se quejaba Fabián, lloroso y taciturno. Y detener su pena era intentar retener agua en el cuenco de la mano.

-Sirve para recordarnos nuestra indigencia. Y para hacernos aceptar la voluntad de alguien que está más allá de nosotros -le recordó Heyres en tanto fraternalmente lo palmeaba haciéndole presente su protección.

-Hablas como mi abuela Estanislada. Pero si en ella lo entendía, porque la pobre no había salido de su clan y de sus estancias y de sus rosarios, vos, Oriental, que te has paseado por el mundo y frecuentado libros y doctrinas...

Heyres lo miró con intensidad. Pero Heyres no estaba allí para mirarlo con intensidad sino para ayudarlo a salir del atolladero. Pero ¡puf!, vaya si era difícil.

-¿Qué diferencia hay entre tu abuela Estanislada y nosotros? Todos pordioseros, Fabián, acéptalo -le dijo buscando encerrar en una frase alguna indiscutible verdad.

Pero tampoco estaba para hacer lindas frases, sino para sacarlo a su amigo del marasmo. Ya volverás a amar la vida, Fabián, le decía. Puede ser, sólo que quien pierde un ojo queda tuerto para siempre, respondía de mal talante.

-Hablas como hubiera hablado el padre Balan.

-El padre Balan tenía razón en muchas cosas...

-Vaya, vaya, si hasta tuvo razón cuando no me quiso casar con Josefina Gavotti -certificó Fabián, como si ya hubiera llegado el día del juicio final y, por lo tanto, revisaba sus primeros años de juventud como si hubieran sucedido hacía mucho tiempo.

Fabián revolvió el pelo de su frente y después lo tiró hacia atrás, en un ademán al que estaba recurriendo últimamente, sobre todo en momentos de confusión. Y, ya lo he dicho, la muerte de Catalina lo había puesto muy confundido. Extrañaba la claridad de agua de sus ojos, el tono de su voz, los ademanes cariñosos. Aunque también el Oriental estaba desconcertado: no hay caso, la muerte, aun la esperada, hace trastabillar.

Así estaban los dos, horas y horas, discurrendo acerca de ella como los enamorados lo hacen sobre sus sentimientos, tratando de elaborar las consecuencias de esa partida definitiva, detrás de cuya enunciación se abría un vasto y misterioso panorama que no podían franquear.

Pero Heyres sospechó que, mientras así conversaban, otros pensamientos o quizá intenciones, albergaba el corazón de Fabián. Como si, mientras él buscaba interponerse entre el mundo y Fabián y su dolor, para orientarlo, el amigo, por las suyas, se las hubiera arreglado a su modo. Le fastidió bastante la sospecha. En una relación tan estrecha como la que habían mantenido durante tantos años, Heyres se creía al tanto no sólo de las actividades y movimientos de su amigo, sino hasta de su manera de pensar y de ser. Esa sospecha, la de que su amigo se las estaba manejando por las suyas adquiriría un grado de independencia ultrajante.

Heyres confirmó su palpito un día cuando, a punto de irse, ya calzados los guantes que nunca dejaba de usar, y con el sombrero en la mano, y la mano en la puerta, su amigo le espetó de pronto, tamborileando sobre el cristal de la mesa del mismo modo al del pájaro carpintero cuando golpea el árbol, como decidiéndose a comunicarle de una vez por todas lo que debía transmitirle y así acabar con la cuestión:

-Oriental, escúchame. Quiero decirte que la muerte de Catalina me ha abierto los ojos. He decidido...

-¿Qué? -preguntó Heyres, bastante alterado porque algo en el tono y la mirada de su amigo lo pusieron alerta.

-He decido irme de monje, Oriental.

Ante tan increíble proposición, Heyres se dijo, tierra trágame; pero como la tierra debajo de ese Palacio del Retiro en que estaban no lo tragó, turulato por semejante revelación, sin atinar a plantear ninguna cuestión, simplemente tomó la mano de su amigo y la estrechó mientras murmuraba:

-Fabián, por Dios.

Pero no pudo agregar nada más. Decididamente empujado hacia la calle, debió partir, mientras su amigo le prometía, ya hablaremos, ahora déjame,

necesito estar solo. Y tuvo que irse. Fabián alcanzó a vislumbrar, más allá del jardín, por encima de la recortada silueta del amigo en el vano de la puerta, el esplendor de la ciudad que las farolas comenzaban a iluminar. Pero fue tal el contraste establecido entre el indecoroso bullicio del afuera y el silencio del adentro, donde todo era recoleto y en sordina, que cerró la puerta con estrépito y ordenó a Juan, el mayordomo, y a los sirvientes:

-Cierren las ventanas, corran las cortinas, no estoy para nadie; para nadie. Los criados, obedientes, cumplieron las órdenes.

De manera que muy pronto ese palacio donde el matrimonio había retozado en los juegos de la intimidad o en fiestas compartidas con amigos, se llenó de sombras y silencios. Las arañas colgaban de los altos techos dentro de sus fundas de lienzo, los pisos de parquet brillante opacados por la oscuridad, los muebles enfundados, el arpa con crespones, sin flores los múltiples jarrones, silencioso el piano. Hasta los relojes acallaron sus tintan.

Ya una vez Fabián había tomado igual actitud, cuando el fallecimiento de la abuela Estanislada. Sin duda la muerte descentraba a Fabián. Sin embargo algo era distinto: en esa ocasión, el Conde del Castaño, mientras permanecía meditando, aguardaba. Porque hay un extremo de la desolación que se parece a la fe. Cuando se ha perdido todo, se puede encontrar el Todo.

Y ahí fue donde se enteró El eco de las niñas de la noticia y la publicó como una oportuna explosión de publicidad.

Pero los monjes se tomaron todo el tiempo del mundo para contestar al presunto candidato. Y Fabián un buen día comprendió que no podía seguir para siempre esa larga pausa existencial dedicada a la meditación de la muerte y al recuerdo de su mujer.

Cierta tarde recibió una misiva del rey que lo sacó de tanta reflexión perturbadora. Alfonso le decía: "Estimado Fabián, si yo pasé por lo mismo

y aquí me ves. ¡Animo y vente a verme!". Como respondiéndole, porque siempre es agradable decir sí a los deseos de los otros que coinciden con los propios, Fabián salió al parque trasero que rodeaba su mansión. El día estaba hermoso y hermoso el lugar con sus grandes olmos reverdecidos y sus castaños armoniosos, y a la distancia el compacto verde vegetal del Parque del Retiro. El cielo era un lago azul donde navegaban breves nubes que semejaban barquichuelos con las

velas desplegadas. Desde afuera le llegó el griterío de unos niños. De pronto vio cómo por el alto muro de su parque trepaba la estrella roja de una cometa, sostenida por un hilo invisible que, sin duda, alguna mano infantil mantenía asida por el otro lado. La cometa parecía un extraño pájaro multicolor. Fabián recordó las que antaño, por las tardes, remontaban él y sus primos y algunos chicos del barrio, en el baldío cercano a su casona de la calle Reconquista, abrasado por el sol a la hora de la siesta. Barriletes, les decían allá, en el Río de la Plata. Junto al barrilete los recuerdos pujaron en su mente y una como dulce y antigua melodía lo fue envolviendo, y su cuerpo, por tantos días insensible, pareció conmoverse no sabía por qué. Tal vez porque la vida lo llamaba nuevamente. Entonces Fabián entró a su palacio y mecánicamente abrió los postigones de la sala sin mayores preámbulos, y el sol invadió a raudales la habitación, sacudió el silencio y la tristeza que la impregnaban, y con el sol la agitación del día se hizo presente, y la sala y su malsano apilamiento de suntuosidades, pasaron a convertirse en un cuerpo sensible. Y Fabián pensó, qué bueno es esto. Y esto era la vida.

En las habitaciones de servicio Juan, el mayordomo, que había estado repasando por milésima vez muebles y vajillas impecables, se asomó a una de las ventanas para ver el cariz del tiempo y, cuál no sería su extrañeza al descubrir los postigones del salón abiertos a la luz del parque. Corrió a la cocina para averiguar tamaña contravención a órdenes estrictas, averiguó a los criados, preguntó al mismísimo señor.

-Fui yo quien las abrió. Siga usted con las demás, don Juan -le dijo Fabián.

-¿Abriéndolas? -preguntó azorado el mayordomo.

-Abriéndolas -contestó un decidido Conde del Castaño reiniciando, después de mucho tiempo, la costumbre de una leve sonrisa. Juan asintió, con el mejor estilo adquirido en años de servicio y con la complicidad que otorga el estar a las órdenes de una persona durante tanto tiempo. Exultante y veloz, como si el piso de roble de Eslavonia laboriosamente trabajado corriera con él, llegó a la cocina y anunció en el colmo de la alegría:

-El señor conde ha resucitado.

Así era. La desdicha de Fabián había sido inconmensurable. Pero Fabián volvió al mundo.

Al suyo.

Como antes.

De allí en más, mudadizos vientos lo llevarían, si no de la Zeca a la Meca, sí de Londres a Venecia, de Venecia a Montevideo. Y claro, siempre a Madrid.

¿Y Catalina?

Catalina, q. e. p. d.

Esa noche, a su regreso de Londres, Fabián estaba en Madrid y en lo de Lhardy. Con Alfonso y los de siempre. Encontró al Rey muy desmejorado. El dijo que por las muchas preocupaciones. España era país más bien ingobernable, pero insistentes rumores señalaban la agudización de su vieja enfermedad, tuberculosis.

-Siempre ha sido así y lo será hasta el fin del mundo -justificó Fabián el llamado espíritu español, que era el mismo del cual provenía su familia.

-Por suerte, mi fin llegará antes que el del mundo -aceptó riéndose Alfonso, como corroborando aquello de crónica de una muerte anunciada que muchos señalaban. Después de encender un pitillo, según acostumbraba, agregó:- ¿Sabes, Fabián? Hasta en mi casa es imposible, no digo gobernar, sino hacerse escuchar. Mi mujer es de Cánovas, mis hermanas de Sagasta, sólo yo soy democrático.

-Porque dejas que todos opinen, hijo. Tal vez seas demasiado blando, Alfonso. A veces hay que apretar las clavijas -le retrucó Fabián.

-Qué blando ni blando, coño. Ese es un error en el que aún no he caído. Ocorre que en este país por cada español que existe hay dos opiniones. Y cuando tienes la solución para una determinada situación, no falta quien de ella te haga un nuevo problema. Créeme, es así. Además, es un estado contagioso: mírala tú a Cristina, que de española no tiene nada, te imaginas, y ya ha adquirido este estilo propiamente peninsular de contradicción perpetua.

-Además del español que lo habla muy bien -dijo Fabián.

-Sí -aceptó Alfonso, sumando el humo de su cigarro al del ambiente-. Aunque a veces hace una mezcolanza feroz entre términos puntillosos y orilleros que dan risa y suelen exasperarme.

-¿No será eso culpa del maestro más íntimo que la reina tiene?

Todos rieron, porque recordaron más de una anécdota. Alfonso se quedó mirando el humo de su infaltable cigarrillo perdiéndose en el aire cada vez más denso, y agregó, como recapacitando:

-No, no puedo ser injusto con María Cristina. La pobre hace lo que puede y puede mucho. Mira, me contaba la otra vez Disraeli, el primer ministro de la reina Victoria, como saben, casado con una mujer mucho mayor que él, pero muy inteligente. Se nota la diferencia de edades, pero ella suele decir: Dizzi se casó conmigo por mi dinero, pero si tuviera que hacerlo nuevamente, estoy segura de que ahora lo haría por amor. Pues bien, yo, chicos, me casé por razones de Estado, pero fíjense, creo que ahora lo haría, si no por amor, por cariño -dijo y se quedó pensativo y continuó-: A veces pienso que, con la salud de mierda que tengo, a Cristina le va a tocar apechugar. Cuando pienso así, comprendo que la tengo que preparar. Pero ¿saben?, creo que el único consejo que le daré cuando llegue el momento será: Cristinita, tú ve de Cánovas a Sagasta y de Sagasta a Cánovas y... guárdate el coño bajo siete llaves.

Hablaba con un aire levemente burlón y tal vez displicente, pero sus



amigos, que bien lo conocían, podían advertir un cierto aire melancólico. ¿Estaría tan enfermo Alfonso?

-Majestad, qué de disparates estás diciendo -saltó Fabián.

-No te creas que son tantos, majo. Pero bueno, si tú no hablas y cuentas cómo te fue por Londres, tengo que disparatar yo -concluyó en tono de chanza; pero antes aún agregó-: Lo peor es que uno tiene que seguir gobernando; con ganas o sin ella.

-Y elegir entre Cánovas y Sagasta.

-Así es -aceptó. Pero entonces, decidido, cambió el rumbo de su interés, siguiendo el ritmo de esas conversaciones divagadoras que precisamente tenían en ese estilo, el de divagar, digo, su encanto mayor-: Pero chico, de una buena vez, ¿cómo te ha ido por Londres? Hace una hora que estamos aquí y no te has dignado contarnos nada.

Entonces Fabián informó acerca de la ciudad, hermosa, pulcra, encuadrada en cánones que tenían añares, con sus jardincitos enjaulados, y sus casas pintadas de similares colores, y sus comidas espantosas y algunas costumbres también espantosas, como ésa de que las mujeres lleven medias de gasa, ¿se imaginan?, y suspendan cualquier tarea, hasta la de hacer el amor, para el five o'clock tea.

-¿Saben? Yo viví un tiempito en el Claridge, pero me aburrió la vida de hotel y arrendé una casa en Gower Street y Bedford Square. La casa había sido de un tal Henry Cavendish, filósofo, y así lo señalaba una placa en la puerta que certificaba: 1731-1810. Pero averiguando, averiguando, encontré que antes había tenido un destino manifiesto más divertido, porque fue nada menos que sede de un lupanar donde las prostitutas venidas a menos encontraban alojamiento. Por esos tiempos pertenecía a un personaje que había tenido patente de corsario. Con los dineros ganados en su juventud, en la vejez cumplía esa obra de misericordia: atender a quienes, entregadas al amor, se habían olvidado de ahorrar para los tiempos en que el amor ya no llamara a sus puertas.

-Este Fabián, siempre con el corazón tan caliente que le calienta la cabeza.

-Sí, pero cuando de veras me emocioné fue delante de una casa.

Dijo Fabián pero fue interrumpido nuevamente:

-¿La de alguna loreta londinense?

-Para nada, mal pensados -contestó rápidamente y con algo de disgusto-.

Pónganse serios que va en serio.

Me emocioné cuando me vi frente a la casa de Grafton Street 27, en Fitzroy Square.

-¿Por...? -fueron varios en ayunas.

-Porque a esa casa fue, en 1811, José de San Martín para encontrarse con Alvear, Zapiola, Andrés Bello y otros americanos -dijo Fabián, y como entendió que nadie había entendido nada, aclaró-: En esa casa se reunía una de las logias masónicas que alentaban la independencia sudamericana. De allí salió quien sería el Libertador, iniciado en la Logia Lautaro, con el nombre de Arístides...

-Las cosas que conoces, hermano...

-Chismes de familia. Pero les digo más. Ustedes saben, y si no lo recuerdan se los cuento: Arístides fue un célebre ciudadano griego. Tenía bajo su mando el ejército pero, antes de la batalla de Maratón, se hizo a un lado a fin de que Milcíades tomara las tropas.

-¿Y...? -preguntaron varios porque Fabián, amigo del suspenso, había dejado pendiente su exposición y los demás no entendían nada.

-Pues miren ustedes lo que son las cosas: el nombre secreto de Simón Bolívar era el de Milcíades.

-Y San Martín, en Guayaquil, hace mutis por el foro para que Bolívar concluya la emancipación americana.

-Y nosotros nos jodamosper sécula seculorum... -dijo Alfonso.

-Ustedes ya habían tenido bastante, hermano -respondió Fabián, lo palmeó, siguieron charlando, las vituallas iban y venían porque estaban cenando. Después tendrían un espectáculo. Y si el ánimo aguantaba, cartas.

-Come, come, decía mi tía -dijo Heyres-, que si son amigos quienes te miran, se pondrán contentos. Y si son tus enemigos les darás rabia.

Pero no por la manducación la charla se sosegaba.

Heyres volvió a Londres.

-Y sin embargo, de esa ciudad el doctor Johnson pudo decir: cuando alguien se siente aburrido en Londres, es porque se siente cansado de la vida -dijo Alfonso, encendiendo otro cigarro y entornando los ojos ante el humo arremetedor por él mismo provocado.

-El doctor Samuel Johnson era inteligente y dijo cosas muy divertidas y atinadas. Pero no llegó a conocer al príncipe de Gales. Les aseguro que el príncipe de Gales es un muchacho que si no sabe vestirse con elegancia, se permite cosas como ésta: cuando cruza las calles, se levanta el orillo del pantalón para no ensuciárselo. Y tiene gusto con las mujeres. Claro que esto del paladar se mejoró después de su paso por París, durante la Exposición Mundial. Porque sabrán que el Príncipe se desquita de la obstinada insularidad de su país, y de la prepotencia de mamá, viajando de lo lindo. Allí, en París, las damas le enseñaron cómo comportarse. Por cierto, tenía tiempo, porque la reina Victoria se está desquitando aferrada al trono, como saben. Razón por la cual al pobre se le pasa la vida en expectativas.

-Sabia reina -acotó Benalúa-: financistas mediante ha tejido una telaraña económica finísima que ciñe a todos los gobiernos del mundo. Y eso que la isla no es poderosa en recursos naturales.

-Aunque sí financieros, has dicho bien -acotó con una pizca de sorna Heyres-. Pero es un Imperio y ese Imperio lo ha hecho Victoria. Los otros días un amigo me decía: la reina bautiza lagos, cataratas, ciudades... y terminará dándole su nombre al siglo. Me decía también, fíjate, que están edificando el Imperio sobre una notable combinación: apostolado y mercantilismo.

-Dicen que la reina no lo quiere al heredero, por eso se aferra al trono; con los años que tiene... -dijo Heyres cambiando de tema.

-Acusa al hijo de haber acortado la vida del padre con los muchos disgustos que le dio. Y tú sabes, la reina sigue enamorada de su muerto, el Alberto consorte.

-Medio tarambana el hijo...

Entonces todos metieron su cucharita, pero, nada proclives al arte de la injuria, ¿qué va a hacer si mamá gobierna y a él sólo lo manda para cortar cintas en las inauguraciones?, dijo uno, y el otro agregó: fíjense que este príncipe de Gales cierta vez estuvo enfermo gravemente, razón por la cual un poeta oficial, de los que nunca faltan, le dedicó estos versos:

De su cama brotan los flujos ahora.

No mejora, pero tampoco empeora,

y aunque el príncipe se curó y ha pasado mucho tiempo, las malas lenguas dicen que todo sigue igual, no mejora pero tampoco empeora. Y otro agregó, sí, pero bien que es admirable el harén internacional que ha conseguido reunir... Es un Príncipe en desuso, amigos, y con muchas energías. No podría ser de otro modo.

Los amigos se festejaban entre ellos, portadores de anécdotas y dichos. El del Castaño dijo hagan silencio, escuchen, y se mandó una anécdota que le tocó presenciar de visu. Había sido invitado a pasar unos días en el palacio de Oxford por el mismísimo príncipe, con varios de sus amigos. De la partida era Lord Beresford. Había ido con su amante de turno. Para nada enterado de la situación, quien distribuyó las alcobas los ubicó a uno y otra en habitaciones opuestas. La dama, con premura, le dio la clave a su amante: la octava puerta a la izquierda a partir de la escalera, será la de mi alcoba. Cuando el palacio quedó en silencio, y todo el mundo dormido, el amante, premioso y en camisón, salió en busca de su amada. Con toda atención contó las puertas ante las que pasaba raudamente, en alas de sus apremios eróticos: una, dos... siete, ocho. Sin golpear, sésamo ábrete, entró, siempre llevado por sus urgencias se quitó el camisón, se precipitó a la cama ikikiriki! entonando el grito de guerra de sus juegos amorosos con la dama. Pero, hete aquí que quien descansaba en la alcoba correspondiente a la puerta número ocho a partir de la escalinata encendió la luz y... dos

gritos surgieron en la oscuridad: el huésped de alcoba y cama era el obispo de Chester!

-Menudo papelón -resumió uno en medio de risas unánimes.

-Por cierto fue todo muy inglés.

-¿Por?

-Porque se hizo silencio. Stop. Pero Fabián agregó:

-Sí, todos hablan de la flema británica, pero pocos de la insolencia anglosajona.

Por su parte él, Fabián, había hecho buenas migas con el príncipe de Gales, quien tenía una antesala en su palco del Teatro y allí recibía a su amante de turno, por muchos años Alice Keppel.

Uno de los amigos le preguntó si, en definitiva, la había pasado bien en Londres y si volvería.

-Mal no la pasé porque la alegría ¿sabes? uno la lleva adentro. Pero no sé si volvería. Aunque cuando me fui no sentí ese estado muy wehmüthig que acusaron tanto la Reina Victoria como Eugenia de Montijo después de su encuentro londinense.

-Pues no te creas que sólo tu estás enterado de las andanzas de nuestros vecinos. A mí me contaron hace poco -comentó Alfonso- que una de las damas de honor de la reina Victoria había tenido la suerte o desgracia, quién puede saberlo, de quedar viuda, como la reina. Un día la encontró y, para consolarla y consolarse, le dijo la mentada dama, sollozando, que lo único que ambas ya podían esperar era volver a reunirse con sus maridos junto a Abrahán. A lo cual la reina Victoria, después de pensar un momento, le contestó muy suelta de cuerpo y decidida: pero yo jamás recibiré a Abrahán.

Todos rieron, más que por la anécdota, por la nueva cara de Alfonso. Había remontado la tristeza traída al llegar, provocada por un incidente inesperado: en una de las puertas del Palacio habían encontrado un cartel que decía: "Se alquila desocupado. Por decadencia de los últimos ocupantes, los señores Borbones". Y ¿quién, sobre todo si es Rey, no se entristece

con semejante anuncio?

Después de eso vino un atentado a Alfonso y la reina. Era cierto que en general la gente amaba a ese Rey jovencísimo, trasnochador y melancólico, nada proclive al arte de la espada que, por haberse afanado en conquistar a toda costa la paz entre los españoles, había alcanzado el título de Pacificador. Pero también era cierto que el rubro de los desconformes crecía. Y los desconformes engendraban anarquistas. Y los anarquistas se estaban volviendo rifleros. Y también ponían bombas.

Promediada la noche, cuando la melopea de los borrachos de las salas vecinas había logrado traspasar las puertas de roble y los espesos cortinados, y la luz del día comenzaba a filtrarse por los ventanales cerrados, Fabián desordenó las cartas sobre el tapete verde, donde se habían concentrado con ahínco de tahúres, y queriendo apresar el penúltimo claror de entendimiento de los amigos, dijo: basta, no más juego, ya es de día. Para la despedida había dejado el anuncio de su próxima partida:

-Les aviso que dentro de tres días nos embarcamos otra vez en La Enriqueta, camino a Venecia.

Alfonso lo miró por encima de la copa de champagne que Fabián tenía en sus manos y cuyas últimas burbujas languidecían lentamente.

-Otra vez te vas, amigo... Al diablo con tu vocación de judío errante. Si pareces con hormigas en el culo -dijo con palabras quejasas.

-Lo de hormigas en el culo, negado definitivamente, lo de judío está por esclarecerse.

-¿Por...?

-Porque según una versión, los Anchorena descendemos de Moisés, por vía hispánica. Les cuento: según tal versión, tres hermanos, Juan José, Tomás y Nicolás, hijos de un comerciante portugués y judío, tuvieron la desgracia de que sus padres verdaderos murieran en un naufragio. Ellos se salvaron y fueron recogidos y adoptados en Buenos Aires por Juan Esteban

Anchorena, quien les dio el apellido. That is the question. Después, entre todos, y a lo largo de los tiempos, hicieron fortuna y crearon "el derecho anchorénico"...

-Mira, hijo, no se si esa romántica historia de tus ancestros es verdadera, pero recuerda que por vía de los serfarditas habemos muchos. Nuestra dulce Isabel la Católica, ¿recuerdas? los quería a todos cristianados... Pero, volviendo a tu viajes, ¿a dónde partes, coño?

Fabián miró al amigo rey a través de las flores y las lámparas de la mesa. Y fue a decir a Venecia, Majestad, pero ya se había hecho dueño de los informes el Oriental. El Oriental deseaba ganarse la vida encadenando palabras como poeta. Pero la poesía no le aportaba dinero: el dinero lo aportaba Fabián. De ahí que tomara a su cargo tareas concernientes a la vida práctica de su amigo del alma. En la ocasión, puesto de pie, movedizo como era, peroró entusiasmado: allí, en Venecia, espera a Fabián un palazzo. Un palazzo que me he encargado contratar y, les aseguro, amigos, que ese palazzo será una fiesta de colores y luces y bellas y tendremos una góndola con los pertinentes músicos y cantores para llenar el silencio de las acuosas rutas venecianas con nuestra alegría, según me dijo Fabián, dijo Heyres. Todos preguntaron ¿y estaremos invitados? Y Heyres dijo: ¿acaso nosotros no somos "los peregrinos del Placer" como nos están llamando? Y después de Venecia -agregó Fabián mirando su copa de champagne como una adivina mira la bola de cristal nos iremos a Montevideo...

-¿A Montevideo? -se sorprendieron varios.

-Sí -aclaró Fabián-, porque Heyres, a quien todos conocemos como el Oriental, lleva ese nombre, precisamente, por ser de allí, de la región que los rioplatenses llamamos la otra banda del río.

Y allí siguió el cuarteto, todos jóvenes y alegres, con la alegría traída por ese superávit de las chicas del music-hall que se asomaron a ver, apoyados en la barandilla del palco, hasta el que se desplazaron, todos importantes, con ganas de vivir y de reírse, sin deseos de hacer mal, sin preocuparse por el dolor. Aunque a veces éste llegaba, como aquella noche cuando

apareció Ceferino como una ráfaga polar para decirles: Majestad, la Reina está mal. Y había sido el comienzo de su fin.

A la otra banda del Río de la Plata se fueron un día, en La Enriqueta, al regreso de Venecia y olvidados ya de aquellos sueños heroicos de conquistar un reino que los habían llevado a los Balcanes y a la guerra.

La Enriqueta llegó al Río de la Plata y los "Peregrinos del Placer" que, como les dije, eran Fabián, Heyres y una media docena de amigos, miraron para las dos bandas del río: de un lado (del lado de Buenos Aires) estaban en la generación del ochenta, que era una tanda de hombres intelectuales y bienpensantes que pasarían a la historia, según decían, porque se dedicaban a ser diplomáticos, escribir libros interesantes y sacar adelante el país, sobre todo por el esfuerzo de los inmigrantes que habían llegado para "laburar", como decían ellos. Aunque los habían confinado en fábricas, saladeros y conventillos, los pobres se manejaban bien y sacrificadamente, y no pasaría mucho tiempo sin que la mayoría de ellos tuvieran, de acuerdo a los sueños que los habían transportado a América, "m'hijo el doctor". Del otro lado (el que pertenecía geográficamente a Montevideo), estaban en carnaval, porque era febrero y el calendario señalaba que las carnestolendas caían entonces.

Aunque el corazoncito de Fabián se inclinaba para acercarse a Buenos Aires y las Pampas, las costas de Montevideo parecieron más tentadoras. Fabián había tenido ocasión de conocer en una tertulia de París a un escritor francés, gigantón, nieto de una negra antillana, de nombre Alejandro Dumas. Le había dicho: "lo primero que se divisa cuando el vigía grita ¡Tierra! son dos montañas: una de ladrillos, que es la catedral, y la otra de piedra, salpicada de manchas vegetales y terminada en un faro, que es el Cerro". Pues bien: al llegar a las costas montevidéanas, ningún vigía gritó ¡tierra!, como lo había señalado Dumas. Y como muchísimo antes gritó el grumete de Juan de Solís, aunque éste fue más preciso y dijo ¡Montevideo! En la ocasión, como todos los navegantes de La Enriqueta estaban en



cubierta, a la expectativa, vieron relumbrar ante el naciente sol la cúpula de porcelana de la matriz (como le decían a la catedral), y el Cerro, y las quintas y saladeros que lo rodeaban. Pero, de común acuerdo decidieron echar en suerte. ¿Se quedaban en Montevideo o seguían a Buenos Aires? Jugaron una partida de póquer. El azar quedaría para las astucias de los naipes. Póquer y azar decidieron: Montevideo. Desembarcarían, entonces, en "la ciudad de los miradores blancos y las largas azoteas". Allí, en la época de la tiranía, mientras el abuelo de Fabián, don Tomás de Anchorena, apuntalaba la economía restauradora y hacía sus buenos negocios siguiendo la brújula de los intereses familiares, muchísimos porteños se habían refugiado para huir del violín y el violón. Y de esa cárcel en que se había convertido la ciudad colorada.

Pasaron la noche en el yate, amarrados al muelle, después de haber dado cuenta a las autoridades pertinentes procedencia y destino de la embarcación. El Conde del Castaño acostumbraba siempre, al llegar a un nuevo puerto, izar la bandera real española y anunciar la presencia del navío con toque de trompetas. Semejante costumbre más de una vez le había costado serios llamados de atención, cuando las autoridades descubrían que no era el Rey de España, sino un simple conde latinoamericano el dueño del barco. Por cierto, en todas las ocasiones la inmediata orden de Alfonso, muerto de risa por el juego infantil de su amigo, anulaba arresto y castigo. Pero esa vez Fabián obró cuerdamente, quizá recordando el viejo pleito mantenido con la policía de Buenos Aires en sus mocedades, cuando el casamiento con la Gavotti. Quiero decir: nada de bandera real ni clarines sonoros, sino los trámites usuales.

Al mediodía siguiente bajaron.

Era Carnaval.

Participarían del Carnaval.

No bien pisaron el muelle llamaron a un coche, no sin que antes Fabián solicitara los diarios: ¿llegó La Nación? Estar en el Río de la Plata exigía ponerse al tanto. Aunque hacía mucho que faltaba de esos lares, tanta

parentela y conocidos como recordaba picaban su curiosidad; ¿qué pasaba en el país? Como el don que se lo acercó no tenía cambio, le dejó los níqueles de propina. Así dio comienzo a su día, como hacía antes: con las noticias y un gesto generoso. Así se lo había enseñado la abuela Estanislada. Después, por su cuenta, había aprendido lo demás: a ser no sólo generoso, sino pródigo.

Montevideo, hasta no hacía mucho una aldea de Ultramar agitada y febril, en las últimas décadas le había quitado el sueño a reyes, jefes de gobierno, periodistas, intelectuales y hasta "a las bellas de París", según consigno cierto escritor. ¿Por qué? Pues porque durante diez años (diez años!) soportó indigno asedio por fuerzas mucho mayores. Y por intereses que más bien tenían que ver con apuestas políticas ajenas antes que propias.

Pero por entonces había sacudido su pachorra provinciana en el jolgorio siestero del carnaval, que se festejaba en desbordes hídricos. Les explico: la modalidad consistía en correr con baldes de agua y zampárselos sin decir ¡agua va! a quien se ponía a tiro, es decir, a aquél que osaba transitar, en esos días, por las calles asoleadísimas. Por cierto, había siempre arriesgados que se lanzaban a la aventura. Y la guerra de mentirillas que se desataba era, sin dudas, guerra de sexos, puesto que entre quienes atacaban y quienes se defendían no había paridad de género. Razón por la cual la beligerancia adquiriría claros visos eróticos. ¿Quiénes eran más arrojados? ¿Ellos o ellas? Pues los unos y los otras.

Los viajeros de La Enriqueta olieron el clima en cuanto pisaron tierra. Algo nuevo, ya que no perturbador, ingresaba en la cadencia de esa busca de placeres en que estaban empeñados. Remedando un viejo diálogo de mosqueteros, al pisar las primeras calles de la ciudad, y ver a lo lejos las pandillas armadas de... agua, Fabián, fiel a los ancestros guerreros de los Anchorena, ordenó:

-¡Adelante! -y el sombrero que nunca abandonaba tremoló, ya que no en la punta de su espada, en la del bastón, mientras en su cara y en las de sus

compañeros, las máscaras venecianas, traídas de la ciudad de los canales ponían su aureola de misterio y exotismo indudables.

-¿A paso de carga o a paso ordinario? -preguntó Heyres y, siguiendo la broma, chocho por estar pisando su amada tierra, inició con garbo su marcha.

-¡A paso de victoria! -prosiguió la parodia el Conde del Castaño comenzando a caminar con desmañado paso y con jovialidad adolescente, aunque tenía más de treinta años.

Y así siguieron, munidos de los correspondientes baldes de agua, a paso de victoria, camino a un grupo de pardas empeñadas en esa que he llamado batalla hídrica. Pero que en el fondo era decidido desafío erótico a sus contrincantes, compadritos nativos de pelo engominado y porte canyengue que arremetían con baldes de agua y miradas querendonas al unísono.

Imagínense ustedes si, en el fervor de esa batalla en la que se estaba jugando algo más que una mojadura, podía caer bien lo que cayó. Porque lo que cayó fue nada menos que el contingente de La Enriqueta con sus baldes y sus aprestos viriles. Imagínense, les vuelvo a pedir.

Fabián embocó a una estrella rutilante en medio de esa galaxia bochinchera, cierta morena de pechitos enhiestos y sonrisa compradora, enfrentada a un grandote de nariz picuda y grandes bigotes, decidido en su acoso líquido y sentimental. El baldazo le cayó a la morena de los pechitos enhiestos y la sonrisa compradora, quien salió corriendo a todo lo que daba en medio de revolear de polleras y de risas que, se vio enseguida, para nada le cayó bien al moreno grandote, porque reaccionó de manera menos loable que la dama. A saber: partió, embestidor, no tras la moza sino, contra el intruso que así perturbaba el jugueteo de carnestolendas. Según está consignado, Fabián, Conde del Castaño, era el interferidor, por entonces de espaldas al susodicho grandote, porque su norte era la moza en general y los pechitos enhiestos en particular. Además, altamente trabado entre su máscara veneciana, el balde y el refucilo de los ojos de la moza que lo miraban con sorna no exenta de

coquetería, para nada alcanzó a percatarse de las intenciones del hombre. El cual, demostrando a las claras la irritabilidad de los nativos, no encontró mejor camino para enjuagar la afrenta infligida a su silvestre dama, que sacar a relucir un cuchillo de entre sus ropas empapadas, y al tal cuchillo, afinando la puntería, lanzarlo hacia la espalda provocadora de Fabián, empeñado en la moza de la sorna no exenta de coquetería. Pero entre la espalda de Fabián y el puñal del maldito apareció el Oriental, bravío en el gesto interponiendo su cuerpo. Y allí se armó la de gritos y espantos. Porque el Oriental dio un alarido cuando el acero penetró en su carne, y otro el grandote así engañado en su trámite, y otro la moza que había visto todo de frente y con asombro, y a quien el miedo volvió chillona la voz y destemplado el alarido. Y otro fue el grito de Fabián, cuando contempló al amigo del alma en el suelo, manando sangre. Y ahí fue cuando se acabaron las carnestolendas para los Peregrinos del Placer.

## CAPÍTULO 14

### De farra en París

-Destino adverso el mío que me hizo nacer en la orilla equivocada del Atlántico -dijo el Conde del Castaño más de una vez, estando en Europa. Pero cuando en La Enriqueta llegó al Río de la Plata, y vio la Cruz del Sur, y

sintió la cercanía de Buenos Aires y la pampa, y olió el aire del río, una noche confesó a su amigo Heyres:

-Esto es lo mío, y creo una metida de pata haber estado tanto tiempo en Europa, en el lado equivocado del océano.

Se lo dijo a Heyres, quizá el único de los Peregrinos del Placer que podía entenderlo. El Oriental aceptó la reflexión como válida y posiblemente compartida. Pero enseguida vinieron los líos del carnaval: Heyres al borde de la muerte por la puñalada del moreno iracundo (puñalada que él desvió del cuerpo de Fabián al suyo), y todos en la cárcel a consecuencia del tumulto mayúsculo. Porque el moreno de marras también había quedado malherido y contusos los otros, y hasta algunas mujeres intrépidas que terciaron en la cruenta algarabía, después de la apacible tarea de tirar agua, con soeces palabras primero y, enseguida, con adminículos contundentes. A saber: zapatos, palos, horquillas y hasta alguna navaja extraída con premura de prendas interiores.

Pero si tales damiselas habían salido en defensa de sus hombres, la sociedad montevideana, sobre todo en su versión femenina, se sintió comprometida frente a los jóvenes europeos que en son de vacaciones llegaron a esas orillas sudamericanas para ser tan maltratados por gente de la chusma. De manera que jóvenes y damas de la más alta sociedad se acercaron al hospital para interesarse por la salud de Heyres; fueron a la cárcel, donde el Conde del Castaño había ido a parar; hurgaron hoteles, hospitales o caldas buscando a los desparramados miembros de la legión de La Enriqueta. Las damiselas, sobre todo, se desvivieron, pues los afectados eran jóvenes y de pro. Pero la justicia, con fama de ser lenta, se manifestó de acuerdo a su prestigio. Porque ¿puede acaso una dama con los ojos vendados, obrar con premura de vidente? No.

Hubo mucho más: astutos juegos de intrigas, perversos movimientos dilatorios, sobornos y chicanas. Hasta entraron a tallar impensados intereses políticos entre la corona hispana, los siempre alertas lusitanos (representados por los matones de tez oscura y rápido puñal), y el cerco

de porteños que desde la vera del río se interesó en la situación de uno de los hijos, aunque bala perdida, de familia dilecta. Los Anchorena tenían conciencia de que la casta había producido una oveja negra en la persona de Fabián, quien atentaba contra la pulcritud social de la familia por su estilo de vida. Pero, llevados por la solidaridad doméstica, ofrecían un compacto frente defensivo, más en resguardo del apellido que por cándida y cristiana conmiseración. De aquí que hasta el tío Juan cruzara el río para darle una mano. Y, de paso, cierta noticia, que le transmitió con esa extraña expresión de vigilancia que ponía para tocar asuntos de intereses. De los cuales, de algún modo, se sentía custodio y salvaguarda. Fue al asunto derecho, porque para él andar con circunloquios era pérdida de tiempo: los asuntos económicos, le dijo, no andaban bien para la familia. Aunque la abuela Estanislada les había dejado un fortunón, para qué negarlo, también quedaron muchas deudas, como en su momento le había informado epistolarmente. Aún no habían podido levantar cabeza por más que él, Juan, y Nicolás, el otro hermano, adelantaron dinero y trámites. Es verdad que Fabián tenía sus muchos bienes propios; pero que también averiguara acerca de sus propios asuntos, le insistió el tío Juan, porque la economía estaba complicada en esos años, se sucedían reveses y problemas por cuestiones externas que pasaban de castaño oscuro.

-Controla tus gastos, Fabián. Gastar tanto te costará el patrimonio.

-Dejar de hacerlo me costará la fama -le contestó.

Fabián lo escuchó atentamente. Pensó, una vez más: el dinero, más que la marca o garantía de esta familia, es su destino, no hay caso. Le sonrió al tío Juan, le dijo te agradezco, pero yo tengo mi buen administrador. Le aseguró: me tiene al tanto, no te preocupes, tío, los Anchorena tenemos plata para rato.

En tanto, seguían los azares del juicio: los Peregrinos del Placer, que en el reciente paso oceánico habían pasado momentos bastante malos, entre tempestades y quietudes (por más que La Enriqueta tuviera recaudos

oportunos para tales eventualidades), ya en tierra sentían que igualmente se mareaban, si no con agua, con tantas peroratas y tejes y manejes leguleyos. Por momentos creían seguir estando a punto de ahogarse, aunque ya no en el mar, sino en un simple acuario.

Al fin, mal que mal arregladas cuentas y cuitas, con mucho gasto de retórica y dinero, La Enriqueta preparó su regreso y se hizo a la mar con su lote de aventureros. Antes de partir, Fabián le dedicó un moderado recuerdo a Catalina: al fin y al cabo el Río de la Plata había acogido sus amores. Pero el recuerdo no fue excesivo: el pasado suele enterrarse a sí mismo. Y ése era el caso.

Entre sentimientos encontrados, prevaleció la alegría de verse libres y a punto de regresar. Hicieron pito catalán a la ciudad y al Cerro también. A medida que iban llegando a destino, Fabián sentía que era lindo integrarse nuevamente al lado bueno del Atlántico. El que le correspondía por elección y por destino: Europa. En tales sentimientos pesaban, sin duda, aunque inconscientemente, algunos datos aportados por el tío Juan y por su administrador en la fugaz visita que ambos le habían hecho en Montevideo: los asuntos económicos andaban complicados, ya les dije. La noticia podría haberlo inquietado, imagínense. Pero nada de eso sucedió, puesto que el Conde del Castaño la creyó exagerada.

Los bienes permanecían; es decir, las casas, los campos, las haciendas. Pero no había dinero líquido. Dificultades financieras, decía el administrador. Y a Fabián lo que le hacía falta era dinero contante y sonante. Pues bien: partir significaba alejarse del problema. El era un hombre de hábitos distintos, de hombre de mundo, no de economista. Que resolviera tales problemas el administrador, que para eso estaba y por esas funciones recibía buen salario. Aunque en esa oportunidad, como no tenía dinero disponible, el pago fue mediante especie existente; quiero decir, un bien raíz. A saber, cierta estanzuela en la Pampa.

Aun cuesta abajo, este Anchorena era pródigo.

Fue agradable dejar atrás el mar y sus zozobras y divisar las costas

europas y presumir los gritos de alegría de amigos y parientes, recibéndolos.

-Gracias a Dios, en casa otra vez -apuntó Heyres y todos prorrumpieron en huirás, al aire las gorras marineras.

No bien pisaron Cádiz, sorteando bártulos y funcionarios, les salió al cruce un mensajero de Su Majestad, el Rey Alfonso XII: que inmediatamente fueran a Madrid, les mandaba decir. Quería verlos; ansioso esperaba a Fabián, salvado de la muerte, con su fraterno abrazo. Y a Heyre aguardaba una importante condecoración por haber arrebatado de manos de la pálida Parca, a su querido amigo.

Cuando lo supo el Oriental dijo, con aire satisfecho:

-Pensar que, por antigua decisión mi trabajo fue siempre descansar. En el descanso, por cierto, la diversión ha jugado una partida importante. Y, miren ustedes lo que son las cosas: gracias al descanso y la diversión me veré ahora con la Gran Cruz de Isabel la Católica.

Porque era esa la honorífica condecoración decidida por Su Majestad.

Fabián lo abrazó por undécima vez:

-Me salvaste la vida, hermanito.

Heyres puso sonrisa de iniciado en la gloria. Aun antes de recibir la condecoración.

Así se entretrejía el sino de su vida.

Cuando la planchada de La Enriqueta se separó de la tierra, y él avanzó orondamente por el muelle, supo que un mundo se clausuraba y otro se abría. Los muros habituales de lo suyo volvieron a atraparlo porque, en las puertas que permitían la entrada a ese mundo, permanecían sus amigos, como ángeles guardianes, espadas flamígeras en las manos, en los ojos consignas, contraseñas en los labios. ¿Cómo dejar de responder, si él era uno de los pocos iniciados? Eran palabras sólo apreciadas por ellos, los interiorizados en el misterio. Contraseñas y palabras y guiños decían Madrid, y París decían, y Venecia y también Florencia. El mundo de los ricos en Europa, una sociedad de personajes prepotentes porque tenían



buenas rentas o apellidos ilustres, frente a la legión de marginados sin rentas ni apellido, pero con hambre y con hijos. Los ociosos se reunían para divertirse. Sus mujeres se vestían elegantemente a fin de lucir modelos y joyas que se entrechocaban escandalosamente. Los hombres hacían coja para admirarlas y conseguirlas, en tanto todos obedecían a la idea de que la vida es corta y debe aprovecharse, mientras aguardaban otra ronda de Oporto o de Tokay. Carpe diem. Se habían tomado en serio la idea de pasarla bien y en eso estaban. En tanto, oscuras mayorías quedaban atrás. Anónimas.

Los amigos, acicalados como en las buenas épocas, con todo su plumaje y su inventiva, trazaron ante los ojos de Fabián, con imaginación cosmopolita y cortesía madrileña, itinerarios bulliciosos. El primero decía París.

-Vieras, Conde del Castaño, en París está el Príncipe de Orange y quiere conocerte. Dice que tú, Conde del Castaño, eres el único que le hace sombra con tus desplantes y tus dispendios. Te desafía.

-¿A qué?

-A competir en extravíos.

-Quizá a ser amigos.

-¿En París?

-Sí, en París.

-Pues entonces, vayamos a París.

Dicen que Talleyrand en alguna ocasión señaló que sólo quienes habían vivido en Francia antes de la Revolución pudieron tener una experiencia real de la *douceur de vivre*. Fabián pensaba, por el contrario, que en París siempre se estaba a tiempo para ser feliz. Lo sabía por experiencia. Había llegado, muchos años atrás, en la primavera de su pasión parisina y europea, sudamericano, solo, sin amigos famosos, sin un plan concreto. Había llegado, después de su desventurada aventura sentimental con Josefina Gavotti, decidido vagamente a protagonizar un Grana Tour que abarcaría no sólo París, sino el entero mundo. Pero ancló en la Ciudad Luz y

sus deleites penetraron en él como la flecha en la carne. En verdad, Fabián tenía los requisitos para triunfar en París: porte distinguido, carácter amable, bienes a destajo. Y la aureola de su lugar de origen, exótico por lejano y desconocido: Sudamérica. Con tales dotes y un notable superávit de desenfado, París fue suyo. Lo respaldaban sus millones y la energía de los países jóvenes que él representaba. Además, ciertamente, su encanto dicharachero, su conversación amena. En poco tiempo conquistó amigos deliciosos, fama creciente y, con dos o tres anécdotas picantes, la reputación del rioplatense subió de golpe y alcanzó gloria social de modo indeclinable. Los destellos de sus fiestas y el calor de sus bienes hacía feliz la vida de muchos. Y él, incomparable anfitrión, reservaba su mayor talento, precisamente, para ese oficio.

Sí, Fabián Gómez y Anchorena había conocido la *douceur de vivre* en París. Entonces volvió a París, como les digo. Su instalación resultó una novedad sorprendente y fue recibido requetebién. Se sabía que desde hacía años había elegido Madrid como lugar de residencia. De allí que su traslado causó sensación, quizá arrebató, pero sobre todo alegría: quienes conocían al Conde del Castaño, y eran muchos, sabían que la ciudad se volvía más divertida cuando él aparecía. La vida, por lo menos, intensificaba su ritmo: había cosas para contar en los bisbíceos sociales, ya públicos o privados. El gran mundo de París era, paradójicamente, pequeño. En el gran mundo de París (quiero decir, en sus salones), por entonces reinaba el Príncipe de Orange.

El Príncipe de Orange, epítome cabal del aristócrata mundano, era buen mozo y elegante. Bastante fatuo, además. Pero resultaba inofensivo. Alto y rubio, diletante, hombre de mundo, habitué de la noche y la diversión, el juego y las mujeres, heredero de la corona de Holanda: un aristócrata a quien popularmente se llamaba el Príncipe Citrón.

Heyres había conocido en sus correrías a un bon vivant y erudito inglés, lleno de citas y reflexiones; recordaba algunas y con ellas se lucía:

-Los aristócratas todavía existen, pero son como criaturas transpoladas:

no tienen poder, se hallan fuera de lugar, y son ligeramente ridículos.

Le gustaba hablar largo y tendido acerca de cómo, a lo largo de las vicisitudes históricas, habían buscado preservarse de la plebe. Verbigracia, decía con énfasis: durante el feudalismo, los aristócratas utilizaban la armadura como barricada que los separaba del vulgo. La armadura fue suplantada por la peluca, suerte de excrecencia capilar, soberbia y digna, hermosa y solemne, que bien diferenciaba a los unos de los otros, quiero decir, decía el Oriental, a los de cuna de los de la plebe. Hubo ciertos momentos en que peluca y armadura se usaron alternativamente en una ocasión o en otra. Pero después sólo las pelucas quedaron reinando olímpicamente: de ellas fue el siglo dieciocho. La revolución francesa no sólo acabó con las pelucas sino con las cabezas. ¡Vaya! ¿cómo se seguirían defendiendo los señores y señoras de la aristocracia, sin armaduras ni pelucas? Pues con los buenos modales! Los modales, el savoir faire, preservaron las castas de modo insuperable.

Pues bien: el Príncipe de Orange era un hombre de buenos modales.

Se había acercado a las orillas hospitalarias de París para mover los hilos políticos en cancillerías, gobiernos y salones, porque seguía el irreprimible deseo de llegar al trono de sus ancestros. Pero en el camino comprendió que ésa era tarea muy espinosa y cambió de misión: se puso a explorar el misterio siempre atractivo de las mujeres, los cotilleos sociales, los insondables abismos del placer. Se convirtió en el genio tutelar de fiestas y mundanidades. Pareció que el tono de su vida cambiaba rotundamente. Pero los tonos en ocasiones no son verdaderos: en el fondo, le Prince Citrón seguía aspirando al trono, pero para cuando envejeciera. Por entonces sólo quería divertirse.

Fabián lo encontró en ese momento de su vida. Simpatizaron. Se hicieron amigos. Los dos tenían algún signo trágico en el pasado: a Fabián, la muerte le había quitado a su esposa amada. Al Príncipe Citrón, le habían birlado una corona. Los dos buscaban lo mismo: pasarla bien.

El temor superlativo del Príncipe Citrón era el aburrimiento. Su anhelo

constante, la novedad. El Conde del Castaño, no para consolidar su amistad, sino para causar asombro a su par, apeló a su personal creatividad a fin de cumplimentar las dos actitudes existenciales del amigo. Pero ¿cómo hacer? ¿Cómo barrer su aburrimiento y suscitar su asombro? That is the question. La vida mundana de París estaba llena de extremismos. Las fiestas eran un frenesí; la erudición para prepararlas, inagotable; las controversias que se suscitaban, infinitas. Se combinaban variaciones insólitas, fantasías impensadas, osadías inenarrables. Se utilizaba la inteligencia para programarlas, pero mucho más la intuición y ¿por qué no? la inspiración. Otra vez: ¿qué hacer?

El Conde del Castaño, pronto supo qué hacer.

Aquella mañana el Conde del Castaño, airoso su figura emperifollada, salió de su palacete, el mismo que otrora había albergado a las chicas de Montijo, cuando eran niñas abriéndose a la adolescencia y estaban muy lejos de sospechar el destino glorioso que tendrían. Especialmente una, Eugenia, futura Emperatriz de los franceses.

Las campanas de Notre Dame tocaban a vuelo llamando a misa de las diez, los parisinos marchaban presurosos a sus variadas labores, los barrenderos intentaban mal que mal asear en algo las calles, porteros y mucamas procuraban lo mismo en las desaliñadas veredas, cuando el Conde del Castaño salió con airoso envión y destino ignoto.

Su fantasía antojadiza, guiada por repentina iluminación, lo llevó por calles y callejuelas parisinas hasta dar con una gran casa de departamentos cercana a La Madeleine, en el Boulevard Des Italiennes. Fabián bajó del carruaje que había contratado (descartó el uso de alguno de los suyos en razón del cariz de extrema privacidad que quería darle al trámite en curso), averiguó ciertos datos al portero, ascendió por una escalera, sin duda otrora majestuosa y entonces venida a menos, pulsó el llamador de la vasta puerta de madera. Era una mano de bronce. Fabián tuvo tiempo de advertir, mientras esperaba, el mentido encaje que la bordeaba y el

cintillo, gastado por cierto, que adornaba el metálico anular.

Apareció la criada, de cofia y delantal blanco, como correspondía. Lo hizo pasar a un salón más bien pequeño y atiborrado de muebles y tapices que testificaban si no un presente esplendoroso, sí un pasado opulento. Después lo guió por un pasillo que apenas si tuvo tiempo de mirar porque era breve y él llevaba prisa, aunque alcanzó a percatarse de la presencia de airosos amorcillos guiando sus pasos por paredes y tabiques. Arribó luego a un boudoir que condensaba aromas entremezclados de pachulí, tabaco e innominados polvos y cremas femeniles. Fabián, a la media luz de ese ambiente que apenas permitía el incierto paso de un leve resplandor por la ventana de persianas entornadas y cortinados corridos vislumbró, primero una guirnalda de puttini deslizándose por el aire; después, cierta forma extendida largo a largo en una coqueta chaise-longue.

La dama alargó lánguidamente su mano cuajada de anillos, que emergía de la bata ornada de encajes y cintajos y plumerío exuberante. Aun en su multiplicidad tropical permitía entrever las sonrosadas carnes de la dama.

-Monsieur... Perdón... -dijo la vislumbrada dama entre tintinear de pulseras y humo de cigarro.

La dama de la chaise longue explicó que esas horas eran excesivamente tempranas para ella; insalubres, digamos, dijo con un gesto que fluctuaba entre la queja y la demanda de mimos. Pero, siguió diciendo, en vista del apremio del caballero, había pactado la visita para entonces, como fina atención a señor de tamaño prestigio. El caballero, es decir, Fabián, agradeció el gentil gesto de la dama, que así había alterado sus hábitos para atender demanda apremiante y, quizá, extemporánea, como ésa de querer verla a solas y con premura.

En tanto el caballero hablaba vio cómo la dama despachaba un cigarro tras otro, y cómo un fino delantalcito (de cuero, parecía), recogía las cenizas dispersas que no alcanzaban a dar con ese destino manifiesto del cenicero de jade, al alcance de las intenciones pero no de la mano de la dama de la chaise longue. Vio también la tez pálida y los vivaces ojos negros y las

formas opulentas que el deshállé disimulaba pero también exponía. El caballero, que era Fabián, Conde del Castaño, pensó: he dado con la damisela oportuna. Porque si, según decires, los sastres del cinquecento rellenaban las braguetas de sus señores a fin de atraer miradas y deseos, las partes de esa damisela para nada necesitaban de aditamentos mentirosos: él la estaba viendo sin interferencias y podía dar fe. Todo auténtico: senos y corvas. Un encanto.

La damisela se llamaba Cora Perl. Cora Perl, née Emma Grunch, tenía una historia bastante escandalosa, aunque no original, puesto que casos parecidos podían registrarse, aunque no habitualmente.

Había nacido en una aldea rural. Como en su casa existían muchas bocas y pocas entradas, se fue a trabajar de sirvienta a una ciudad cercana. Allí, la "ligereza juvenil" de un conde de escaso seso y sangre ardiente le arrebató la virginidad. Aunque nada predispuesta para tal inicio, el abuso le resultó un hecho afrentoso que no sólo alteró su condición de doncella sino que no dejó lugar para el placer. Mal comienzo. Como al conde de "ligereza juvenil" le sucedieron otros, pronto acusó determinadas consecuencias para nada apacibles, a saber: el mal francés (transmitido junto con los humores varoniles) cuando apenas se abría a la vida, y un hijo que nació deforme y, para colmo, duró más de la cuenta. ¿Qué hacer con el niño? Lo llevó a su aldea, lo presentó en familia. Muy mal recibimiento para ambos. El bochorno alteró las relaciones domésticas, nunca muy amables, que se volvieron sumamente agrias: a la vergüenza, se sumaban dos bocas más para comer. ¿Cómo hacer para seguir viviendo?

Emma Grunch era mujer de recursos. Y de excelente físico: lo había comprobado. Se fue a París. Allí el Segundo Imperio expandía su frívola mundanidad en tiempo de vals. En París nació Cora Perl.

Cora Perl trabajó a destajo. Fue lorette, es decir, una damisela que daba placer. Tenía pasta para ello. Entiéndanme: tenía buen cuerpo. Al buen cuerpo le agregó oportuna dosis de increíble desenfado. Verbi gratia: en pleno teatro abucheaba a las divas y aplaudía a rabiar a los señores que

apoyaban su gesta de mondaine. Mostraba sus encantos en exceso pero, en ciertas ocasiones, hacía gala de un recato exagerado que la llevaba a prorrumpir en alaridos si alguna mano se colaba en muslos y entrepiernas sin su previo consenso.

Esas cosas y muchas más hacía la novísima Cora Perl en su vida galante.

Lo demás fue cuestión de suerte.

Pero de aquellos avatares hasta la matinal entrevista con el Conde del Castaño, habían pasado ya veinte años. Y si la fama de la loreta no había concluido, sí había hallado fin la ebullición de aquellos tiempos que aportaron a la antigua femme de chambre fama, dinero y escándalos. Con todo, aunque más bien retirada, Cora Perl resurgía cada tanto para algún hecho, visiblemente escandaloso, aunque morigerado con respecto a los de antaño.

Pues bien, volviendo a aquella mañana en que Fabián salió de su palacio con paso garboso, emperifollado, al son de las campanas de Notre Dame y a impulsos de su inspiración, debo decir que fue largo y detallado el coloquio mantenido entre damisela y caballero. El humo llenaba el boudoir y los refrescos aportados por la camarera aligeraban los bisbisees. De qué hablaron se sabría después. Qué negocio tuvieron entre manos, también. Los términos del acuerdo verían la luz más adelante. Sólo pudo escucharse, cuando el conde salió, la reiterada recomendación de la Perl:

-Monsieur le conde: ocho hilos, por lo menos, monsieur... Ocho.

Por lo cual puede presumirse que Cora Perl no sólo era ambiciosa sino también avara.

Fabián ni lerdo ni perezoso, no bien abandonó la casa del Boulevard des Italiannes, raudamente se trasladó a la de su joyero, Moisés Goldesmit. No quería perder tiempo.

Antiguo conocido suyo, el viejo hijo de Abraham pretendía el calificativo de mejor orfebre de París, y se las ingeniaba bastante para serlo. Era hombre feo. Con un ojo extraviado, cierta jorobita y petizón: ¿podía no serlo? Pero resultaba insuperable como orfebre. Había puesto fin a la

tradición que consideraba a los judíos mercaderes sin corazón, se enternecía cuando un joven enamorado no podía pagar una joya para la amada, se la fiaba, y si es verdad que después era recio en la cobranza, el gesto primerizo resultaba bastante enternecedor. De cualquier modo, no era ésa la razón que sustentaban las estrechas relaciones entre el joyero de la rué de la Vendôme y el conde rioplatense. Moisés Goldesmit le rendía trato preferencial al Conde del Castaño, porque éste era uno de los pocos clientes que nunca regateaba el precio de las compras ni dilataba el pago de sus muchas adquisiciones; antes bien, lo hacía efectivo en contante y sonante. Y si es verdad que en ocasiones mantuvieron arduas discusiones, más que por asuntos de pago se había debido a que ni el joyero ni la joyería tenían en su haber la exótica alhaja o la piedra exquisita que al sudamericano se le había metido entre ceja y ceja conseguir. En tales ocasiones, el buen hijo de Abraham sufría más que cuando tenía esos ataques de ciática que lo doblaban en dos. Lo cual era ya mucho decir.

Pero esa mañana el trámite no los entretuvo demasiado, puesto que Fabián requirió inspeccionar de visu la calidad de ciertas perlas y luego traducir, con energía, pero siempre dentro de las reglas de buena educación, la ecuación estética a números.

Después partió, todo emperifollado. Con una leve sonrisa prendida a los labios.

Mucho trajín hubo durante esa semana en el palacio que otrora cobijara a las Montijo. Pasaron por allí una legión de pinches de cocina y un profesional de la gastronomía traído de Moscú. El tal profesional había servido al Zar y a la Zarina pero, tentado por un noble de la casa de York, había recalado primero en Londres y luego en París. Según comentarios unánimes, poseía hondos saberes culinarios y era maestro en el arte de presentar las naturalezas cocinadas como si estuvieran vivitas y coleando. Verbi gratia: podía ofrecer a selectos comensales (y alguna vez lo hizo en San Petersburgo, en el Palacio del Zarevich, y el bis lo realizó en el de Schombrun) un ciervo como si estuviera atravesando el bosque,



perseguido por perros y caballeros de carabina al hombro y malas intenciones en los ojos. Quiero decir, las patas en tensión, la mirada iracunda, acezantes las fauces, la piel humedecida. Y sin embargo, se lo podía comer, aderezado con setas y ambrosías, que las carnes salvajes, es sabido, comulgan con los dulces.

Pues bien, un largo conciliábulo mantuvo con Fabián y largas conversaciones con cierto decorador que era audaz en su estilo y muy conocido en la alta sociedad.

Después vino lo demás: invitaciones (doscientas veintitrés), flores (cinco arrobas de rosas, diez kilos de nardos, ocho de tulipanes, veinte de orquídeas traídas del Amazonas, que es donde mejor se dan), vinos (cientos de botellas y algunos botellones). Pero de ellos, mejor, ni hablar.

Porque se trataba de un banquete.

De un banquete en honor del Príncipe de Orange, futuro heredero de la corona de Holanda. Como siempre, el Conde del Castaño sobreactuaba. Pero él era así.

Sólo de arpas la música. Y la luz tenue, y la vajilla espectacular (alguien lo consignó: porcelana japonesa de Arita, decorada con cigüeñas y flores de loto), y el buffet froid con todo lo comible y bebible en exquisito rango. Promediada la noche se corrió lentamente un suntuoso cortinado carmesí. Por el arco entreabierto dos heraldos estremecieron a la multitud con el alerta de sus trompetas. Los heraldos llevaban bordadas las armas del Conde del Castaño. Las cornetas eran solemnes y jocundas a la par. Heraldos y trompetas anunciaron aquello que entonces, de improviso, irrumpió: dos donceles gigantes, rubios de buena planta y seráfico rostro. Sobre sus hombros, una enorme bandeja de plata (del tamaño de una bañera, acotó un cronista). Y sobre la bañera, enhiesto, dorado en su color, crocante en su estructura, apetitoso en su sustancia, un pastel. Su forma era la forma de una concha, como aquella que, en los Uffizi, da paso a Venus en el sueño pictórico de Boticelli.

Puesto el pastel sobre la bandeja de plata, cuando las miradas y los aplausos de los comensales celebraban con gritos y exclamaciones y aplausos y iah! y ioh! y iuy!, tamaño despropósito bienaventurado, he ahí que, de pronto, ante las miradas atónitas y los ojos incrédulos de todos, las valvas de la concha lentamente comenzaron a abrirse, hasta que, como en supremo envión, el parto se produjo. Y de las entrañas de las doradas vulvas surgió, prístina, soberbia, hermosísima, escultural, nácar su cuerpo, en alto los largos brazos, como asas de ánfora, rollizos los senos, rosáceos los muslos, alabastrino el sexo levemente sombreado, vestida sólo con un collar de perlas de ocho hilos que desde el cuello descendía en magnífico oleaje hasta el ombligo, el perlado cuerpo de la mismísima Cora Perl.

Y ahí volvieron a resonar los ioh! y los iah! y los iuy!

## CAPÍTULO 15

### Muere un Rey

Después de la fiesta en homenaje al Príncipe de Orange, la fama del Conde del Castaño se acrecentó, porque hechos como ése incrementaban el prestigio de cualquiera en París. Claro que no cualquiera podía llevarlos a cabo.

Aunque la festichola trascendió por ella y por sus posterioridades. ¿Qué había pasado? Les cuento.

Superada la instancia de asombro fenomenal que provocó la aparición de Cora Perl emergiendo, cual Venus de Boticelli, no de vulva de nácar, sino de hojaldre, y concluidos los aplausos y los vivos, el Príncipe de Orange,

queriendo ejercitar su imaginación como Fabián lo había hecho con la suya, se sintió con derecho a peticionar.

-Cora Perl, encanto de mujer, este servidor suma a la dote que te llevas con ese increíble collar de perlas, la pulsera haciendo juego, si te atreves a cruzar el Boulevard y esperarnos en el Café Anglais. -Así le dijo.

Cora Perl lo miró desde el fondo azulino de sus ojos:

-¿Una pulsera de perlas? ¿De ocho hilos, como el collar? -preguntó y, ante el gesto afirmativo del Citrón, hecho con la cabeza, se apresuró a testimoniar, con revoleo de ojos y de gestos que hacían juego con su descarada desnudez-: ¿Atreverme? ¿Crees tú que hay algo a lo cual no se atreva Cora Perl?

Muy discretos, todos se abstuvieron de pedirle especificaciones, porque imaginaban que la dama de altiva desfachatez tenía empuje para cualquier cosa.

-Pues, niña mía, deleite de los ojos: para que no pases frío con las humedades de la alta noche prometo llevarte al Café Anglais algunas prendas para hacerte entrar en calor. Estas -dijo levantando sus brazos y haciendo el ademán de estrecharla entre ellos. Como un criado había traído un par de zapatitos de raso y pedrería, agregó el de Orange, mostrándoselos-: Y éstos.

-Y yo esto -sumó Fabián mientras tomaba de manos de un camarero el corsé negro, con sus correspondientes encajes y ballenas.

-Y yo esto -intervino otro de los comensales, un duque polaco que, sin familia ni dinero, sobrevivía gracias a amistades como la de Fabián. Y lo que mostraba era una enagua color carne adornada con indiscretas puntillas negras.

-Y esto yo -cual bandera mostró los calzones de la dama el dueño del "Cirque d'Eté", invitado también a la fiesta, porque los calaveras del grupo le estaban siempre agradecidos: tenían puestos preferenciales para las funciones y estaban abonados a las comidas en las cuales, después de las actuaciones, participaban las mujeres. Sobre todo Mademoiselle Océana,

equilibrista de fama internacional y Elisa, la rubiona ecuyére. Desde las increíbles alturas del trapecio o la cúspide del lomo de un caballo al cual se habían agregado una silla, y una bicicleta y algo más (un par de patines, verbi gratia), les enviaban a los jóvenes miraditas y sonrisas que eran un mar de promesas. Y ni hablar de Nancy, damisela que en tanto cruzaba las llamaradas de un arco ígneo mandaba saluditos, más quemantes que el mismo fuego, hacia los corazones suspendidos de quienes estaban debajo de la carpa de ese bendito "Cirque d'Eté".

Con arrojo, y sin ningún interludio de meditación interior o trascendental, la Perl aceptó el desafío. Y la correspondiente paga.

Se lanzó al Boulevard como una sirena a las aguas del río. Como estaba. Desnuda y con el collar de perlas.

Entonces, en la noche cuajada de estrellas y con bastante silencio, porque ya era tardísimo, los doscientos comensales cruzaron el salón, atravesaron el parque, salieron al Boulevard, lo pasaron, y al fin se asomaron al Café Anglais en pos de la desnudísima Cora Perl. Como una exhalación meteórica, restallante el perlerío de ocho hilos, superó el Boulevard y entró al salón para amodorrarse frente a la chimenea y comenzar a ponerse, por orden de aparición, y entregados por las devotas manos de sus admiradores, las prendas correspondientes a su persona que le iban entregando. A saber: enaguas, corsé, zapatitos de raso y pedrería.

La historia pasó una noche. Pero el cuento de lo que pasó esa noche dio origen a muchas jornadas terminadas en locas carcajadas y múltiples versiones.

Fabián la hubiera seguido en París, pero recibió malas noticias de Madrid. El Rey Alfonso estaba mal.

Adieu, adieu, mon amour, murmuró Fabián al oído de Cora Perl, con quien después del collar de ocho hilos había intimado; au revoir au revoir le expresó al empresario del Cirque d'Eté y a su troupe de damas, a saber: Mademoiselle Océana, la ecuyére Elisa, la trapecista, la siempre ígnea

Nancy; abrazó al de Citron, nos veremos pronto, mon ami, volveré; volveré le dijo sin decírselo a París. Dejó el hermoso palacio que había sido de las Montijo, lo dejó con sus consolas de palisandro, y sus muebles de caoba y su escalinata de mármol, y las exquisiteces en porcelanas y pinturas y gobelinos dejó, y la Venus que desde un rincón parecía viva porque una luz oportuna daba textura carnal al mármol de su cuerpo.

Y se fue.

A Madrid.

Su casa del Retiro estaba, como siempre, impecable. Los diligentes servidores mantenían, como de costumbre, todo en óptimo estado. En su escritorio el fuego encendido, los libros en las estanterías correspondientes, en las vitrinas sus preciosuras de jade y piedras duras, en rincones y mesas las estatuas de mármol, las porcelanas en sus estantes, en las paredes ya gobelinos, ya pinturas de firmas prestigiosas. Entre éstos, su última adquisición: un impresionante cuadro de Salomé rebanándole el cuello a Holofores, creación de un ignoto pintor de la escuela de Caravaggio que, según le habían dicho, no era pintor sino pintora y se llamaba Artemisia.

Le informaron que el Rey estaba mal. Se lo dijo el amigo Maltus, última carnada de la legión farandulera, un joven moreno, con pinta de torero y alma de poeta que, mientras esperaba heredar un condado en Transilvania la pasaba todo lo bien que podía en Madrid; y la pasaba bastante bien. Fabián escuchó al amigo que lo recibía con toda la blancura de sus dientes jóvenes y el brillo de los ojos juveniles. El temor descendió de sus ojos a los labios y preguntó al amigo dador de la noticia.

-¿Cuánto de mal?

-Mucho, aunque- todo se disimula. Con decirte que al teatro no falta ni su madre, Isabel, ni su mujer, María Cristina. Anoche estuve con ellas.

A Fabián le corrió un sudor frío. Por lo que escuchó: como otras veces estaban usando a esas damas de pararrayos o máscaras, para ocultar la

verdadera situación: que el Rey estaba acabándose. ¡Oh! los perversos cánones de ocultamiento que rigen la vida palaciega. Pobres: con qué cara mirarían los oropeles del escenario y escucharían los gorgoritos, instaladas ambas en la misteriosa autoridad de sus rangos, aguardando, desde la excelsitud de sus terciopelos y joyas y convencionalismos, sin pestañear, como ídolos, inmóviles, saludos y sonrisas cortesananas, mientras pensaban la una en el hijo, en el marido la otra, perdido entre toses y esputos, también aguardando. Aguardando qué, Dios. Alfonso, sin duda, se la veía venir. Fabián se estremeció: otra vez la cercanía de la muerte. Uno no nace adiestrado para ella, pensó; pero qué pronto la espiral de acontecimientos te envuelve y se aprende: la vida es un viaje por zonas inexploradas y tenebrosas. Por más que la risa cascabelee por doquier, en cualquier recodo izas! Sus ojos se enturbiaron. Otro ser querido, esta vez su amado Alfonso, como la abuela y como Catalina, la esposa, y como Mercedes, la Reina, desaparecería en la nada... Con extraña persistencia volvían las mismas quejas y lamentos de antes. Y también idénticas escasas esperanzas. No puede ser, fue a protestar. Pero simplemente miró al portavoz de la mala nueva, en sus ojos una consulta y también un pedido:

-Quiero verlo.

-El también quiere verte. Anoche le dije que vendrías.

-¿Dónde?

-En Palacio. Su médico de ahora, el doctor Camisón, lo ha encamado.

-¿Qué otra cosa puede hacer si es un Camisón? -dijo Fabián y se arrepintió del mal chiste.

Era un atardecer otoñal de increíble transparencia. Los árboles comenzaban a despojarse de sus galas y adquirirían una severidad que por momentos impresionaron a Fabián. Como si la naturaleza estuviera poniéndose de acuerdo con su espíritu. Una serena paleta de amarillos, ocre y pinceladas verdes se había adueñado del paisaje.

Fabián marchó hacia Palacio con el corazón hecho pelota. Ya le habían

comunicado las últimas novedades. Aun aquellas que el pueblo no sabía. Ciertamente, la salud del Rey había empeorado en los últimos meses. Por otro lado, diversos movimientos republicanos surgían como hongos después de la lluvia. Alfonso y Cánovas y el Duque de Sesto sabían que, si en 1869 el rosario de intentonas fallidas había desembocado, al final, en el pronunciamiento de Prim y el derrocamiento de su madre, Isabel II, podía repetirse la historia nuevamente. Por eso Alfonso estaba atento y presente en todo. Había asistido a la colocación de la piedra fundamental del nuevo Banco de España, que se levantaría en el solar del Duque de Sesto, entre Alcalá y el Paseo del Prado. Después vivió duras jornadas cuando los terremotos asolaron el sur. Y luego, llegó el cólera morbo. ¿Presagios? ¿Señales? Quizá. Isabel, tan dada a corazonadas sin duda así lo pensaría. El Rey Alfonso quiso acercarse hasta los afectados, como había hecho con los refugiados en Málaga, con quienes comió sardinas asadas con los dedos, como ellos. Pero Cánovas, testarudo cancerbero, se opuso: la salud del Rey no estaba para ésas. Iría el, Cánovas. Fue la decisión.

Y marchó Cánovas con los funcionarios. Pero, sin que nadie lo supiera, también don Alfonso, de particular, digamos, con apenas un ayudante militar. Llegó a Aranjuez. Pero allí lo descubrió el ojo meterete de un policía que reconoció a su Rey y dio la voz de alarma. Que fue también de alegría: porque icómo no enternecerse ante ese muchacho delgadísimo, siempre sonriente, que cada tanto sacaba con disimulo de su bota un pañuelo rojo para llevarlo a sus labios y silenciar la llamarada roja!

-Majestad: no nos ha quedado más que la tierra, el cielo, y usted que es nuestro padre.

Así le había dicho uno de los tantos desgraciados del terremoto. Así se lo dijeron entonces.

Después, para reponer fuerzas, en algo al menos, Alfonso pasó unos días en Betelú. Breve interludio entre baños e incursiones amorosas que, quizá, retaceaban lo recuperado mediante medicinas y descanso. Pero la tradición manda: Hornero fue ciego, Penélope fiel, Alfonso, mujeriego. Su amigo

Julio Benalúa solía decir que genio y figura hasta la sepultura y que "la sal ática" no lo abandonaría. Y él contestaba: que así sea.

Mudadizos acontecimientos lo llevarían de la Ceca a la Meca, del Pardo a la Granja, de la cama al trono, de los brazos de una mujer a los de los médicos, de las juergas con amigos a las discusiones con Cánovas y Sesto: así se deslizaban, en torbellino, los últimos días del Rey. Porque era notable: aun en aquellos tiempos Alfonso no renunciaba a sus parrandas. La sentencia de muerte adosada a su enfermedad, conllevaba esa pasión por el gozo del instante, esa urgencia por acatar las hilachas de placer que aún le estaban permitidas. Pobre joven Rey Alfonso. La pasión carnal lo abandonó en las últimas.

Esa tarde el Rey estaba descansando en su habitación del Palacio, en Madrid, entre encabritadas molduras de artístico diseño y cuadros de maestros célebres, clausurados en áureos marcos, y tapices, y alfombras de Aubusson. Ceferino lo recibió con cariño. Y con los ojos opacados de lágrimas. Mal presagio el bajón de Ceferino. A su pesar, por cierto, se unió al desánimo Fabián, pero trató de reponerse mientras avanzaba por la antecámara que conducía hacia el enfermo.

Alfonso, arropado, endeble pero sonriente, lo miraba desde un remoto nido de edredones y blancuras ubicado en esa imponente alcoba, caudalosa en dimensiones, inquietante en su lujosa solemnidad, sofocada por exceso de muebles, cortinados, cuadros. Lo miró, tierna la sonrisa, los ojos avivados por la fiebre, replegados los brazos detrás de la nuca, que desenredó para extenderlos en el cariñoso ademán de siempre.

-Fabián, Conde del Castaño, amigo, cuánto te he extrañado, pillete.

Blanca su camisola, níveas las sábanas, anguloso el rostro, enfermo, desmejorado, Alfonso seguía siendo el mismo muchachito de volandera jovialidad conocido años atrás en el Palacio de Castilla, en París.

Desde que había empezado a enflaquecer, Alfonso acostumbró a dejarse profusas patillas según el mejor estilo de Pepe Alcañices, el Duque de Sesto. Pero algo extrañaba Fabián en la figura querida de su amigo. Algo,



¿qué? ¡Ya! el cigarro en la mano, el humo a su alrededor.

-Me lo han prohibido los médicos. Au revoir a los poderes malignos de la nicotina, me dicen. Así que, por ahora: abstención -le explicó una voz que salía de las profundidades de la cama, con cierto aire levemente jocundo. Se veía: ni de lejos Alfonso sería pregonero de sus dificultades, por más situación de emergencia, y quizá de emergencia extrema, que estuviera pasando con su salud.

-Ya pasará -dijo Fabián tontamente y, sin poder impedirlo, lo miró a través de sus pestañas humedecidas.

-Mira, niño, si hasta ahora tantos mediquillos juntos reehilados por Cánovas y Pepe no me han podido enviar al Paraíso, no sera un pitillo el que lo haga.

Siempre dicharachero, qué Alfonso. El Rey pareció comprender la situación y, dispuesto a ahorrar todo exceso de emociones o dispendio de quejas, exclamó:

-Vamos majo, que me han contado de tus andanzas parisinas, pero quiero escucharlas de tus labios.

La enfermedad había malherido el físico del Rey pero el espíritu juguetón seguía íntegro.

Parlotearon naderías. Al Rey se le dio por recordar, en tanto echaba miraditas al reloj que estaba sobre una mesita. Decían que a ese reloj le había dado cuerda Carlos IV y que desde entonces marchaba sin interrupción. ¿Por qué lo miraba? ¿Contaba las horas que podía seguir tejiendo? Fíjense: como si un presagio le dijera que ya futuro no habría, prefirió, en lugar de fraguar planes, rememorar pasajes del ayer, cuando hacían de las suyas en esas noches que el Rey se había reservado para sí, mientras las horas diurnas, según decía, las dedicaba a su trabajo de ser Rey. Fabián lo escuchaba.

-Rayas en el agua, todo. O humo en el aire -dijo el Rey, melancólico.

-Escribimos en la arena -certificó Fabián, entristecido.

Pero empinó su ánimo el Borbón, quizá a instancias de la vieja doctrina

aprendida en la infancia.

-O palabras escritas en el Libro, Fabián, como hubiera dicho el padre Claret, confesor de mi madre.

-Así me enseñó también mi abuela Estanislada, Alfonso. En ese libro estará escrito el título que se te ha dado, amigo: Rey Pacificador.

Así se lo dijo Fabián porque así lo llamaban en España, como ya creo haberles dicho.

Sonrió Alfonso:

-Créeme, rioplatense: sé que he sido un señoritingo jorobón, pero también estoy seguro de que trate de cumplir bien con mi oficio de Rey.

-Y lo seguirás haciendo, Majestad.

Volvió a sonreír el Rey, pero entonces como perdonándole la sandez, y prosiguió en su charla. Conversaron largo rato. Nadie los interrumpió. Ceferino cada tanto llegaba, arreglaba los abrigos, azuzaba el fuego, aportaba una taza de té para calmar ciertas flemas, ya un expectorante para el ataque de tos, o una bacinillas para los esputos, o un caldito con vino para energizarlo. En una de esas venidas encontró al Rey destemplado. Alfonso estaba cansado, él debía irse. Se abrazaron tiernamente. Fabián se estremeció cuando rodeó con sus brazos el cuerpo casi traslúcido de ese amigo que estaba entretejiendo sus últimos días.

-Hasta pronto, Alfonso.

-Vale, crío, hasta pronto -dijo el Rey. Después le envió su linda sonrisa y después le hizo adiós con la mano, en un gesto similar a aquellos con que buscaba apartar el humo de sus cigarros. Pero entonces no había humo de cigarro sino de recuerdos y un amigo que se iba. Cuando Fabián ya estaba en la puerta, agregó:- Te dije ¿no? Mañana parto para el Pardo.

Después cerró los ojos. Hasta los amigos te excluyen en vísperas de la muerte.

En realidad, al Rey lo trasladaban al Pardo porque los médicos le daban pocas semanas de vida.

No regresaría del Pardo.

Fabián subió al coche. Su peso hizo gemir suavemente los mullidos cojines. Sobre el patio engravillado se alejó el lando con Fabián y su pena. En sus labios se deshizo un balbuceo: Dios mío, haz que Alfonso se salve.

La llovizna había agrisado el paisaje. El coche se alejaba traqueteando, las herraduras resonaban sobre la grava, y por las mejillas de Fabian comenzaron a resbalar, temblorosas, algunas lagrimas, como las gotas de agua raían por el tejado de la casa de la abuela Eslanislada allá, en Buenos Aires. En el corazón del rioplatense resonaron las palabras del Rey amigo con eco mortuorio. Vale, amigo, hasta pronto.

El 25 de noviembre de 1885, a las nueve menos siete minutos de la mañana, murió el Rey Alfonso XII. Dicen que sus últimas palabras fueron ¡Qué conflicto! ¡Qué conflicto!

Tres días después, el veintiocho, hubiera cumplido veintiocho años.

Si la muerte del Rey Consorte Alberto, en Inglaterra, se consideró "una calamidad nacional, mucho más importante de lo que la gente piensa", la de Alfonso XII resultó un verdadero dilema, como lo había previsto: una reina joven y austríaca, con dos niñas y un embarazo de pocos meses. ¡Qué conflicto!

Cuando la Reina pidió retirarse con sus hijitas para llorar al esposo y padre, Cánovas fue inflexible:

-Señora, sus deberes de Regente están antes que su dolor -le dijo. Le presentó unos documentos para la firma, y le susurró-: Nombre a Sagasta como primer ministro.

María Cristina pensó: como me lo dijo él, de Cánovas a Sagasta, y guarda el coño. Así se hará.

Después le contaron a Fabián: las niñas fueron a ver al Rey. Una de ellas preguntó:

-¿Por qué padre no habla?

-Porque está dormido.

-Entonces ¿por qué le ponen flores?

Y le contaron también. A último momento ocurrió un hecho inesperado: Fea, la perra preferida de Alfonso, que había desaparecido el día antes de la muerte del Rey sin que nadie pudiera dar con ella, surgió de pronto de entre los largos paños del túmulo. Había permanecido debajo del ataúd, velando a su amo.

Apareció y se puso a aullar.

Afuera, una llovizna pertinaz agrisaba el cielo, en tanto la pena apretaba las almas de la familia real y del pueblo.

Todos, otra vez, en veremos.

## **TERCERA PARTE**

CAITUIX) 16

CAPITULO 16

### **La vuelta al pago**

En enero Buenos Aires tenía los días muy calurosos y la ciudad sin gente. Todos los que podían abandonaban calles y hogares porque la humedad era inaguantable y los mosquitos un azote difícil de eludir. Quienes poseían quintas se marchaban a ellas, aquellos que podían usufructuar de casas en las playas, emigraban, y los pobres a los que sólo les cabía la posibilidad de aguantar calor, humedad y mosquitos, provistos de grandes abanicos y

pañuelos, hacia el atardecer, esperanzados, tomaban el camino del río a fin de respirar un poco de aire y recibir el vientecillo que sopla en las orillas. Aquel enero de 1890 fue especialmente caluroso y Fabián sufrió el impacto del cambio de clima casi tanto como padeció las últimas noticias que le habían hecho atascar el freno, como hubiera dicho la abuela Estanislada. Las noticias de sus graves inconvenientes pecuniarios, claro. Porque la realidad hizo que las alarmantes novedades aportadas unos años antes por el tío Juan y por él tomadas como simples comadreos, concluyeran convirtiéndose en noticias con visos verdaderamente dramáticos.

Una leve resquebrajadura había comenzado a minar la integridad de su fortuna: susurros insistentes advertían que los vastos bienes del ayer nomás llamado Niño de Oro estaban tocando fondo. Esto en Buenos Aires. En París, la noticia fue más contundente. Dios nos valga, se dijo Fabián con palabras de la abuela Estanislada.

Fue así: Fabián solicitó a su administrador en Buenos Aires los fondos necesarios para un viaje que pensaba hacer a Oriente, precisamente con el Príncipe de Orange, aquél a quien había obsequiado, una cierta noche, el cuerpo perlado de la Perl, envuelto en perlas, saliendo de una crujiente masa de hojaldre, en el palacio que había sido de las Montijo y entonces era de él. Pero la respuesta de su administrador fue contundente:

-No hay dinero disponible.

-Consiga un crédito. Soy persona solvente como para que me sean otorgados.

-Imposible. No se ha podido cumplir con los últimos préstamos.

-Hipoteque alguno de mis muchos bienes.

-Imposible. Están todos enajenados.

-¿Qué camino queda?

-Regrese, señor.

-Lo haré cuando mis compromisos lo permitan.

Las cartas de su administrador eran terminantes: no había dinero. Los créditos estaban agotados. Los compromisos contraídos, extremos: debía

pegar la vuelta. La insolencia de Fabián pintaba fea. Pero él no podía quedar mal con el amigo. Su palabra, antes que nada. Prefería seguir hundiéndose económicamente, pero no descolocarse frente al de Orange. ¿Acaso el dinero le había importado, alguna vez? ¿Por ventura, no había librado un cheque en blanco para poner al Rey Alfonso en su trono? ¿No era él quien gastó, a lo largo de su vida, fortunas para conquistar una mujer o para homenajear a un amigo? ¿Entonces? ¿Iba a privarse, a esa altura de su vida, por razones de dinerillos, un viaje pensado con insistencia y hasta en sus menores detalles? Vaya, majo, le hubiera dicho Alfonso.

Fabián no titubeó un momento, revoleó su bastón con contera de plata, decidió: si el administrador le cortaba víveres, se las arreglaría por su cuenta. Para nada estaba acostumbrado a andar corto de plata: vendió el palacio de París. Hizo el viaje con el Príncipe de Citrón. Anduvieron por allí pavoneándose lo más que pudieron. Regresaron. Entonces, vuelta a los problemas. ¿Por qué grietas ocultas se le estaba escabullendo el dinero? ¿Qué sangría invisible menguaba sus rentas? ¿Qué excesos convertían en humo su fortuna?

El Conde del Castaño estaba quebrado.

Para no creer.

El primero en no creerlo fue, precisamente, Fabián.

No obstante, al volver de su periplo oriental con el Príncipe de Orange, comprendió que se hacía necesario regresar a Buenos Aires para echar una ojeada. Era el único camino. Lo hizo.

-Como dijo Rubén Darío de la nariz de Jean Moreas, no está atrozmente aumentada con un garbanzo, como la de Cicerón, ni tan desarrollada como la de Corneille, ni es fea hasta la provocación y el insulto, como la de Cyrano de Bergerac. Es una nariz importante y sin duda orgullosa de su razón de ser -así definía su naso el Oriental. Y así lo repitió aquella tarde, haciéndose el payaso. Estaba allí, oficiando de ladero, alto y erguido, desdeñoso, sus bigotes cuidadísimos y la nariz grande pero soberbia.

Siempre hacía hincapié en su apéndice nasal. Lo repitió esa tarde para aligerar los ánimos. Pero tristón.

El día era alegre y dorado y los amigos habían ido a despedirlo. Vinieron de París y de Roma, de Barcelona y de Madrid centro y Madrid aledaños. El Duque de Sesto, vino. Envejecido: no le había ido bien con la reina María Cristina, quien no podía olvidar algunas de las trapisondas de Alfonso amparadas por el de Sesto. Le dio un fuerte abrazo, Pepe Alcañices, en nombre de los buenos tiempos. Y también el Oriental lo estrujó hasta más no poder. Después Fabián, desde la cubierta, y mientras sus ojos miraban los blancos pañuelos que lo saludaban y levantaba el suyo diciendo adiós, adiós, recordó la copla de un cantaor escuchada una tarde, en el sur, muchos años atrás, junto a un Alfonso de por sí pálido, pero que ya iba quedando traslúcido:

Aben Amet, al partir de Granada,  
su corazón desgarrado sintió,  
y allá en la vega, al perderla de vista,  
con débil voz su lamento expresó...

Pero Fabián no expresó en palabras esa pena. Dejó que las lágrimas descendieran de sus ojos camino a esa barba que, a similitud de la de Alfonso en los últimos tiempos, disimulaba la flacura provocada por las múltiples preocupaciones y su grave enfermedad.

Regresaba con todos los atributos intactos de esa leyenda de activísimo dandismo que había vivido. También pegaba la vuelta con la medrada fama hecha casi leyenda.

Se le hacía cuento entender que volvería de nuevo a esa ciudad lejana llamada Buenos Aires, eterna como el agua y el aire, lisiaba en la América del Sur, en el Río de la Plata: así le había detallado su lugar de origen, en el momento oportuno, muchos años atrás, a Isabel II, en el Palacio de Castilla, la tarde en que también conoció a su amigo querido, Alfonso.

Durante cierta conversación mantenida en Firenze con una bella romana

interesada en saber de dónde provenía ese dandy que la tenía subyugada, Fabián había explicado:

-No soy ni francés ni inglés, y mi país, la Argentina, se pierde en el mapa del mundo a fuerza de estar lejos.

Había respondido como alguna vez Miguel Cané contestó a pregunta similar, según relato de la abuela Estanislada.

-Pues mire, caballero: por primera vez escucho ese nombre, Argentina. Pero no se enfade: soy completamente ignorante en geografía -le respondió la florentina.

-No se sienta mal, mi querida señora -aclaró él con su mejor tono y el francés aprendido en las aburridas clases de Mademoiselle Leroux, a quien pagaba la abuela Estanislada, en el Río de la Plata, para que él entendiera la lengua de Racine-. Hay ministros de Estado que se encuentran en su caso, con la diferencia de que estos ministros tienen una cuestión pendiente con el gobierno de mi país desde años atrás, y todavía no saben si el Río de la Plata es tributario del Nilo o del Océano.

Ese viaje, tan difícil aun para la imaginación de la bella florentina, era el que había hecho. Para estar en Buenos Aires. Para enfrentar sus asuntos cuesta abajo. Lo demás quedaba atrás: Alfonso en su real tumba del Escorial; sus palacios vendidos (malvendidos a fin de satisfacer deudas); La Enriqueta, yate del alma, rematada; la casa que había sido de las Montijos, entregada al peor postor, porque no había tenido tiempo para esperar uno bueno; de sus colecciones, muy pocas salvadas. ¿Y él? El dispuesto a recuperar lo recuperable, a exigir lo suyo. Para empezar de nuevo. Basta ya de ocultarse tras la tapujera necesidad de ocultar la verdad de su crítica situación económica. Basta, se repitió.

Por cierto, para superar esos momentos, malgré luí, debía ponerse al frente de sus intereses y ver qué había sucedido. Tenía que dejar esa actitud hasta entonces mantenida de cobijarse, lamentándose, en el rescoldo de recuerdos conjurados por su desazón. Tampoco podía seguir



en una somnolencia dorada, entre fiestas y jaranas, como hasta entonces (cosa por otro lado ya imposible). Entonces, cuando el sentido común por fin parecía haberlo tocado, debía alcanzar una pizca de ese espíritu pragmático que tantísimo necesitaba. El espíritu de los Anchorena, decía tomándose el pelo él mismo. O algo de alma leguleya. Porque para Fabián su grave situación económica no pasaba tanto por malos trámites de su administrador, ni por sus excesivos gastos (derroche, los llamaban en la familia y esa palabrita había sido como la secreta polilla, el taladro insidioso que había ido minando sus bienes), sino que pasaba, pensaba él, por el escamoteo que, de la herencia de la abuela, habían hecho sus parientes. Es decir, los tíos Juan y Nicolás. Esta reflexión sustituyó a cualquier otra y con insólito resplandor se irguió, como en un pedestal, para alertarlo. Sus presunciones se fueron enriqueciendo con matices que la realidad le suministraba. La realidad se llamaban libros de contaduría, datos de balances, suma de hijuelas: los tíos se habían quedado con parte de su herencia. Para decirlo claramente: la herencia de los abuelos no había sido repartida equitativamente. Por cierto, tales reflexiones lo llevaban a Fabián a regiones inquietantes. Pero estaba decidido: si a las buenas, y dentro del ámbito familiar, no llegaba a arreglarse el pleito, se dirimiría en la zona neutral de tribunales. Pero estaba dispuesto a enfrentar el problema. Aunque en la agarrada pareciera un gallito de riña, como hacía años le había dicho el tío Juan después de un cierto enfrentamiento con la abuela, en la época de su desvarío por la Gavotti.

-Fabián, nada de hacerte el gallito de riña.

La cosa había sido así: la abuela Estanislada, ofuscada por los rumores que señalaban el idilio entre su nieto Fabiancito y la diva, había protestado y, queriendo impedirle una salida más bien extemporánea, le preguntó:

-Fabián, por Dios, ¿dónde puede uno estar mejor que en su familia?

A lo cual él respondió, muy suelto de cuerpo y de lengua:

-En cualquier lado.

Fue ahí cuando el tío Juan dio un respingo y le dijo:

-Fabián, nada de hacerte el gallito de riña. Con la familia no te metas.  
Tal vez tendría que haberle dicho: con el patrimonio no te metas.

La primera vez que se vieron ambos, a su regreso, fue en la casa del tío Juan. Por cierto, encontró al tío Juan más avejentado: tampoco para él habían pasado en vano los años. Aunque no hacía, tanto que lo había visto, en su fugaz visita en Montevideo, cuando el lío de los carnavales, advirtió los cambios obrados por el tiempo. El tío Juan había entrado en carnes, sus ojos aparecían rodeados por una finísima red de arrugas no descubierta la vez anterior pero noto que, sobre todo, había sacado, con el correr de los días, quien sabe de donde, cierto airecito paternalista que a Fabián siempre le había irritado, pero que entonces lo sublevaba mucho más: seguía diciendo maíz y país como había dicho su padre, pero el lenguaje suyo estaba aggiornado con términos recientes extraídos de la Bolsa y su entorno, y por admoniciones morales adquiridas en algún tratado teológico o en conversaciones con sus amigos monseñores.

Cruzaron palabras amables y un abrazo fraterno, tratando ambos de evocar, cada cual por su lado, sin duda, los mejores momentos de la familia, cuando Estanislada, madre y abuela, todavía vivía y con su obesa humanidad nucleaba al clan. Por ejemplo, aquellos que los reunían en las navidades, en torno a las vituallas preparadas artesanal y laboriosamente durante la semana, en la gran mesa del comedor, mientras en la sala los niños se arrebuaban para mirar el inmenso pesebre y por los aires sonaban coplas de tiempos pasados, en letras y tonadas, dichas por voces nuevas:

¡Cúrraselas, que gordo está el pavo;  
carrasclás, qué gordito está;  
carrasclás, qué enjundia que tiene;  
carrasclás, carrasclás, carrasclás!

O aquella que con su voz tenue, frágil como papelillo que echa a volar,

entonaba la tía Anunciación, vieja en años y pictórica de historias. Siempre vestida con esas blusas de encaje o gasa prendidas en lo alto del cuello con un hermoso camafeo, a ella y a la familia les encantaba recordar lo hermosísima que había sido. Pero esa belleza había florecido cuando la Revolución de Mayo, en tiempos de la Independencia, y en días así, de conmemoraciones familiares, la tía se sentía nostálgica a más no poder. Entonces entonaba canciones frágiles como papelillos que echan a volar, según señalé:

La Nochebuena se viene,  
la Nochebuena se va,  
y nosotros nos iremos  
y no volveremos más.

Pero más allá de esos signos de fraternidad elemental, los dos tuvieron la certeza de que sus caminos se bifurcarían inevitablemente porque ramalazos de intereses antagónicos cruzaban por sus almas. Para el tío Juan, Fabián había sido un derrochen sin medida que había tirado, sin ton ni son, una fortuna inconmensurable. Y se lo dijo sin vueltas ni atenuantes, con tono que no prometía nada bueno. Para Fabián, el tío Juan representaba el espíritu fenicio de un clan que había esclavizado no sólo sus personales vidas, sino la de varias generaciones en pos del dios del oro y de la economía. Calibán. El espíritu fenicio y el ánima ahorrativa habían hecho brotar fortunas inconmensurables, a la manera de Dios, quien, con su fiat, arrancó de la nada el universo. Inmenso soliloquio de números y pesos. Creo que el tío Juan en su vida escuchó música más celestial que la leve trepidación de los papeles sonando en sus oídos, pensaba Fabián. ¿Cómo iba a ser posible solucionar, entonces, semejante conflicto entre el derrochador y el avaro? Pónganse en su lugar.

Por cierto, el día en que se encontraron para hablar de "esos" asuntos, manipularon un diálogo de sordos, porque cada cual iba a lo suyo. Fabián se

salía de la vaina por mandarlo a la mierda, pero se contuvo. De cualquier modo, los petardos verbales se sucedieron y la fanfarria de gestos fue acentuándose a medida que la conversación se acaloraba.

-Has sido un irresponsable, Fabián, dedicando tu vida a una vocación cómoda que convertiste en carrera -le dijo con gesto severo: estaba claro que el tío Juan no tenía una opinión favorable sobre él.

-¿Qué carrera, tío Juan?

-La de ser un heredero ricachón y dispendioso. Y punto.

-¿Eso cree, tío? ¿Y mi casamiento, y mis colecciones, y mis donaciones y mis amistades? Sobre todo mis amistades, señor.

-Las amistades, por cierto; tenes razón: esas amistades en las que has gastado dinero como si hubieras sido el rey Midas.

-La riqueza no compartida es un abuso, tío Juan. Tener dinero y no gozarlo junto a los que se quiere es casi onanismo.

-Está la familia, Fabián. La riqueza no es de uno, sino de la familia y es para ella. Convéncete, sobrino: has sido un irresponsable siempre.

-La irresponsabilidad no tiene edad, tío -y fijó sus ojos en los del tío como diciéndole: mírese usted. Con sorpresa observó Fabián que el tío tenía los ojos claros, pero su mirada era negra.

-La tontería tampoco tiene edad.

-¿Es tontería querer ser feliz? ¿Es tontería querer conocer el mundo? ¿Es tontería huir de una ciudad húmeda y atrasada, de una familia anquilosada en el tiempo? ¿Es tontería dar a quienes no han tenido la suerte de tener, como uno?

A Fabián le salió el espiche como un borbortón. Pero llegó también en borbotón la respuesta:

-Es tontería gastar sin ton ni son, y gastar más de lo que se puede, y gastar sin llevar cuentas.

El tío Juan se había sofocado, se llevó una mano al corazón. ¿Taquicardia? Recordó Fabián que el tío Juan andaba mal del corazón. Pensó: con lo poco que lo ha usado. Pero no quiso que le diera un soponcio, como hubiera dicho

la abuela Estanislada. Cambió el tono y decidió terminar.

-Quizá tenga razón, tío: ha de ser tontería sentir el arrollador deseo de querer ser feliz... y hacer felices a los demás.

¿Será también de tontos llorar las ocasiones perdidas? Dudó Fabián. Pero se dijo: la vida tiene un camino, aquel que elegimos. Pero ahora lo sabía: a la felicidad uno puede acercarse, pero nunca poseerla totalmente. Y fue a perderse en un mar de reflexiones: desde que andaba en las malas se había vuelto proclive a las disquisiciones filosóficas. Pero se reubicó. Quiero decir, volvió al lugar en que estaba:

-Tío Juan, quiero ver la papelería.

-Te los enviaré.

-Los veré con mi administrador.

Dijo y se fue. Convencido de que querer llegar a un acuerdo con el tío Juan era como intentar poner su pie derecho en el zapato izquierdo. Y viceversa.

El tío Juan cumplió. Tuvo los documentos de la enredada testamentaria, algunos firmados por él y otros por su apoderado, las deudas de la abuela, los títulos de propiedades, las cuentas de abogados y albaceas, el cobro de alquileres, el arreglo de casas, las ventas de baldíos, la edificación en ciertos predios. Papeles. Papeles. Papeles. Fabián les dio un vistazo: garabatos, números, cifras, códigos. Fabián no tenía soportes pragmáticos ni sústeno teórico para encararlos. Sumó, restó. Al final sólo restó. Estaba fundido. Ananké, fatalidad, hubiera dicho el Oriental. Pero de una cosa no tenía dudas: las herencias de su padre y de su madre, habían sido manejadas siempre por su familia (él era apenas un bebé cuando murieron). Y después vinieron las herencias de los abuelos. Y él siempre al margen, porque todo quedaba en manos de sus tíos. ¿Cómo se llegó a semejante situación? Había consultado, en París, en Madrid, con abogados y economistas: semejante fortuna no puede acabarse así como así, no se volatiliza en el aire, le dijeron todos, unos y otros. Gente que sabía, por

cierto.

Feo lidiar con tanto papeleo, él que sólo había batallado en fiestas y jaranas, entregado siempre a su trabajo predilecto: divertirse. Fabián comprendía qué difícil se le haría impulsar su voluntad: esa lucha se le hacía espantosa. No era hombre para litigar. Por dinero, al menos. Y la familia estaba en eso. Y la sociedad, también. Un inglés, un tal Burton, andariego el hombre y observador, que había venido al Río de la Plata no hacía mucho, le había comentado en París:

-Hasta la Catedral de Buenos Aires tiene el aspecto general de una Bolsa de Valores, de un hogar de Mammón antes que lugar de oración. ¿Qué tal? Pero el desajustado combate entre un hombre de negocios y un soñador comenzaba. El tío Juan tenía la cabeza macerada por los negocios. Y sus razonamientos eran los de un libro de contabilidad. Y Fabián, de eso, nada. Recordó, además, que los Anchorena siempre sabían sacar provecho de los tiempos revueltos. Ellos eran dos versiones Anchorena. Pero entre ambos se extendía la inmensa distancia que va desde generaciones entregadas al trabajo, la ganancia, el ahorro y la dureza del corazón, y las proclives al dispendio. Probablemente en el justo medio estuviera la verdad.

-Todas las sociedades se basan en la posesión de cosas -le había dicho un amigo, en París, una tarde de juego-. Todas las sociedades, de cualquier clase que sean. Y la familia es una sociedad. Antes que ser, tener.

Fabián se replegó, se fue, con la cara de los días malos. ¿Es un estrategia que huye antes de la batalla? No, poco tiene de estrategia Fabián. Es un hombre vencido de antemano. El tío Juan, por su parte, se marchó con la cara de siempre. Como si nada.

Se las hago corta: Fabián adquirió una casona en Reconquista al quinientos y, un poco más abajo, al doscientos, instaló su escritorio, a fin de ponerse a hurgar en los papeles la realidad de su situación, en medio de una sociedad que tampoco podía arreglar la suya. Ambas casas las amuebló decorosamente, aunque sin caer en los excesos anteriores. Ya no había alfombras espesas en las cuales se hundían los pies al caminar, ni paredes

de damascos, ni tapices recamados en hilos de plata y oro, ni cuadros de autores del cuatrocento, ni excentricidades de coleccionista de primera. Sí muebles sólidos y de buen gusto, candelabros dignos, dos estatuas de bronce custodiando la entrada que un espeso cortinado cubría cuando Fabián buscaba aislar el vasto salón en que había dividido comedor y salón. En ambas casas, en el dormitorio de la primera, en el escritorio de su estudio, ubicó dos hermosos crucifijos traídos de España. Uno, obra de Zurbarán; el otro, del Veronese. Uno había presidido su alcoba nupcial. El otro, su palacete en París. Pero esta vez los ubicó más con ánimo conjuratorio que con espíritu puramente ornamental: Fabián sospechaba que le serían necesarias ayudas del cielo.

La casa quedaba cerca de un lugar querendón: la cortada Tres Sargentos, hacia donde de niño se escapaba con alguno de sus primos o amigos, a la hora de la siesta, para pescar mojarritas o simplemente sapos en un arroyo maloliente que por allí corría. Un día, siendo muy pequeño, recordó Fabián, en una pelea con sus amigos, se fue al suelo. Un señor lo vio así, chiquito, esmirriado, la cara cruzada, por rasguños, tirado en la tierra, barrosa para colmo. Se acercó para prestarle ayuda:

-¿Te pegaron? -le preguntó muy solícito.

-No -le contestó terminante-: yo le estoy pegando al suelo.

Ya pintaba así desde pequeño: nariz parada.

El arroyo que por allí corría se llamaba Tercero del Medio. Sobre Florida tenía un puente levadizo (por cierto como otras calles), por lo común ladeado, por lo cual los transeúntes los días de lluvia debían apechugar las aguas. Cuando estaba seco, una escalerilla permitía pasar a la gente de un lado a otro. Con el tiempo, fue cegado el arroyo y dio origen a la mentada cortada de los Tres Sargentos. Razón por la cual él y sus primos y sus amigos ya no tuvieron ni escapadas a la siesta, ni mojarritas, ni sapos, ni las recriminaciones de la abuela Estanislada. Pero cierto hecho se le quedó clavado como astilla: un día de lluvia, cuando el arroyo desbordaba por todos lados, se abrió la puerta cercana del convento de Santa Clara y se

vio salir corriendo bajo la lluvia a una monja, con sus hábitos negros y la toca blanca y almidonada. Al poco tiempo los hábitos de la monja estuvieron empapados, y la monja de hábitos empapados se acercó a la orilla del arroyo y pronto a la monja del hábito empapado no se la vio más porque desapareció bajo las aguas barrosas del arroyo, con su hábito negro y su toca blanca. Las malas lenguas dijeron después que la monjita estaba embarazada. Pero a los chismes no hay que hacerles caso. De cualquier modo, ¿cómo iba a olvidarse de esa escena un niño que acababa de estar pescando mojarritas y había hecho abandono del lugar por la lluvia fuerte que caía? ¿Cómo? Fabián nunca lo olvidó. Imagínense.

En la infancia, Florida había sido la calle de sus amores. Hasta allí se escapaba para ver el paso de los sepelios que, necesariamente, tomaban esa vía para ir al trotecito hacia el Cementerio de los Recoletos. Le encantaba mirar el desfile de los cortejos, con sus hasta cincuenta coches emplumados, los cocheros disfrazadísimos, de negro, guantes blancos, altas galeras, y los angelotes que ornaban la parafernalia mortuoria. Y aunque no había alcanzado a ver a las multitudes que se abalanzaban por esa calle, presurosas, para acercarse a la Plaza de Toros del Retiro, le llegaban las historias de aquella época por boca de la abuela Estanislada, o de sus tíos, que sí habían sido testigos de visu como les gustaba decir. Si hasta recordaban las coplas colgadas de labios guitarreros:

Tengo mi amor torero vivo con pena.  
No me mate un toro en tierra ajena.

O aquella otra, cantada por las chinitas hasta quedar roncas, en la cocina, después de un día de fiesta:

Bien puede decir que ha visto  
lo que en el mundo hay que ver,  
el que ha visto matar toros  
al señó Curro Guillen.



También entonces, a su regreso, Fabián se acostumbró a recorrerla. Había cambiado mucho. La podía comparar, sin mayor esfuerzo, con el Corso de Roma, o con la Puerta del Sol de Madrid, o con el Strand de Londres. En horas tempranas de la tarde, se amontonaban grupos de petimetres en las puertas de las confiterías, o en las esquinas.

Un amigo suyo, español y también dandy, le había dicho:

-La calle Florida, hijo, a la caída de la tarde, es puro y neto Madrid: el Madrid de la Carrera de San Jerónimo.

Y así le pareció a Fabián aquella tarde de febrero, cuando la vio después de tanto, a su regreso. Aunque alguien le susurró al oído.

-No te engañes, suele tener mucha más gente. Casi todos están ahora de veraneo, afuera. O en Europa.

Porque había llegado la fiebre por Europa. Justo cuando él, Fabián, volvió.

No bien llegó Fabián se dio cuenta de cómo el país había cambiado. Durante los veinte años de su faltazo, pasaron muchas cosas. Pero en la última década, entre otros acontecimientos importantes, fue la revolución del ochenta y la federalización de Buenos Aires. Trance difícil pero superado. Concluida esa crisis, en el país se había iniciado un período de prosperidad, con el plan creado por la oligarquía. Pero, a diez años vistas, el proyecto demostraba que había sido una construcción artificial: las crecientes exportaciones de carnes y cereales y la importación masiva de productos manufacturados (eso era, en síntesis, el pregonado plan de desarrollo) se venía abajo: Buenos Aires crecía como una cabeza fantástica pero las extremidades estaban paráliticas. Una nueva fenomenal crisis cercaba al país, sobre todo por desarreglos de tipo financiero. El mayor cambio Fabián lo veía en las clases que se iban perfilando tan netamente. Por un lado, la oligarquía, la alta burguesía, los ricos, los que tenían capitales que habían crecido poderosamente. Por el otro, la gran avalancha de inmigrantes, obreros y empleados cuyos sueldos se cobraban

en papeles que cada vez valían menos, porque el precio del oro subía, mientras la carestía de la vida aumentaba. Papeles ñanga pichanga, decía la gente. En el aire flotaba un tufillo de disconformidad que él ya había olido en Madrid: era el de los necesitados. Allá lo había pisado cuando un obrero empuñó su Luchefaux contra Alfonso y después, cuando otro apuntó contra el Rey y María Cristina, a la salida del teatro. Y también lo había advertido en los puños en alto, amenazantes, y en esa raza de los anarquistas que se estaban multiplicando. El mismo aire encontró acá. Si hasta entonces se había gobernado entre cánticos al progreso y loas a los negocios o negociados pantagruélicos y a los resonantes triunfos en la Bolsa, se acercaba el crack. El terrorismo bursátil acabaría mal.

-Las fiestas del oro y la especulación siempre terminan así -pensó Fabián, que traía en sus ojos algunos ejemplos de Europa. A los que sumaba el de su propia situación-. Aunque lo mío no fue especulación, sino sensualidad.

Sí, Buenos Aires había cambiado mucho. La vida de la ciudad no giraba ya en torno a la catedral ni a la casa de gobierno, sino alrededor de la Bolsa, lugar donde el dinero es fácil y la virtud, difícil. Verdadero Júpiter tenante, a su voz de mando se movían los hilos de la sociedad entera. Al abrigo de esa timba institucionalizada caían fortunas y se levantaban imperios, en tanto la mayoría de la gente estaba mal, empobrecida, sin trabajo. Los políticos se despedazaban en rencillas, cuando no en chanchullos.

Al margen, por cierto, de toda creatividad para salir del paso. En todos lados se cuecen habas, pensó Fabián: en Madrid un pueblo monárquico, aquí una República. ¿Cuál sería el camino?

Un hombre de la oposición aventuró: donde no hay buenos políticos, no hay buenas finanzas. Y donde no hay sanas finanzas ¿cómo no habrá pobres? Él lo escuchó hablar en el Club Progreso. Y pensó: piensa bien el hombre. Preguntó ¿quién es? Le dijeron: es el doctor Alem.

Una mañana le trajeron una colección del año anterior de La Nación, diario que seguía leyendo, tal vez por fidelidad a la abuela Estanislada. Quería

hojearlos para saber qué pasaba en el país. Se sorprendió ante un fervoroso artículo, Tu quoque juventud, Tú también juventud. Un joven estudiante, provinciano, de Entre Ríos, llamado Barroetaveña, estaba alcanzando notorio activismo político y contestario. Protestaba, en la ocasión, por cierto homenaje que un grupo, también de jóvenes, le daba a Juárez Celman, el presidente del país, muy cuestionado por entonces.

Juárez Celman había sucedido a Julio A. Roca, de quien alguno dijo que había suprimido a los indios en el desierto y a los ciudadanos en las ciudades. El artículo de Barroetaveña era un llamado a la esperanza, buscaba apretar filas, y salía de la pluma de uno de los muchos jóvenes hartos de tanta corrupción y politiquería barata. A Fabián le interesó la juvenil figura que hasta se permitía cierta fina ironía: ... la posteridad le estará agradecida al presidente de que durante su gobierno se haya divertido mucho y cuidado de su hacienda, en vez de pasar a ejercicios más trascendentales.

Porque parece que el presidente, en cuatro años, se había convertido en millonario y vivía con lujos orientales. El presidente era Juárez Celman, como les dije, y contra él y su camarilla la gente se levantaba como leche hervida. El clamor fue reguero de pólvora y estalló en pólvora.

-Dicen que este joven lleva una revolución francesa en el pecho -le dijeron a Fabián en el Club del Progreso, donde solía ir al caer la tarde.

Averiguó acerca de él. El año anterior, los jóvenes se habían convocado para una importante reunión en el Jardín Florida, un inmenso local, en esa calle al cuatrocientos. El día señalado, primer día del mes de setiembre, hermosísimo domingo que ya presagiaba la cercana primavera, un impensado aglomeramiento llenó el recinto, por cierto adornado con banderas y gallardetes y bustos de algunos prohombres presidiendo una tribuna cubierta con un paño rojo. La gente que no entraba en el lugar se arracimaba en las puertas, desbordaba hacia la calle, sorprendidos ante tamaña multitud y entusiasmo.

-Y pensar que todo esto ha sido obra de muchachos-decía la gente.

Así era. Pero, aunque ellos habían promovido la reunión, según le contaron, en los palcos muchos señorones los acompañaban: Vicente Fidel López, Pedro Goyena, Luis Sáenz Peña, Torcuato de Alvear.

Le siguieron contando al Conde del Castaño, en el Club del Progreso, que el joven orador Pancho Barroetaveña, estuvo estupendo. Que sentenció, por ejemplo: abrigamos la fundada esperanza de encontrar una juventud viril, firme en su puesto de honor y dignidad cívica, resuelta a ejercitar con amplitud y entera independencia los derechos del hombre y del ciudadano... Y que después advirtió sobre la peligrosa crisis del país, con el sufragio popular confiscado por el presidente y los gobernantes. Después denunció la falta de moralidad y rectitud administrativa. Y señaló cómo la nación gemía bajo el peso de deudas enormes, con la moneda depreciada y la vida encarecida. Y subrayó las sumisiones desdorosas en favor del Presidente. La presencia de tales claudicaciones significan la muerte del civismo, pero se hace necesario afirmar la vida, le dijeron que había dicho esa tarde de domingo, en el Jardín Florida. Y que había terminado con una frase que hizo saltar las lágrimas de la multitud: Los grandes sólo nos parecen grandes porque estamos de rodillas: ¡levantémonos!

Fabián se emocionó cuando se lo contaron; pudo imaginarse, entonces, la impresión de los demás, aquel día.

Después, agregó el informante, la multitud había pedido que hablara Leandro Alem, retirado desde unos años atrás, pero que seguía siendo el preferido del pueblo. Y ante el pedido, le contaron, Alem, alto y barbado, subió a la tribuna, y sus palabras iniciales casi fueron un mea culpa:

-Yo creía hasta ayer que ya no había jóvenes en la República: que los que se titulaban tales, lo eran sólo por la edad, y que cuando se les hablaba de la Patria y de los deberes cívicos, respondían con un solemne desprecio.

Dijo así, le contaron a Fabián en el Club del Progreso, y pidió perdón con la voz con que levantaba a las masas en los atrios de Balvanera. Como lo hizo esa tarde, arengándolos:

-No desfallezcáis en la grande obra que iniciáis hoy, llenos de fe y

entusiasmo. Y si alguna vez necesitáis la ayuda de un hombre joven con las largas barbas blancas, pronunciad mi nombre y correré presuroso a ocupar mi puesto con el entusiasmo de los primeros años.

Todos estos detalles se los fueron transmitiendo a Fabián, y él, interesado en la marcha de la situación del país, que veía complicada, se dedicó a seguirla desde el diario y las conversaciones. Por otra parte, ése era un modo de atemperar el martirologio que estaba viviendo con su propio litigio.

-Lo que pasa aquí es tan interesante como en España, en épocas de la Restauración -le dijo a un contertulio en el Club del Progreso-. Sólo que aquí se sufre más, porque esto es de uno.

Una mañana, a poco de llegar, se enteró de que en el Frontón de Buenos Aires habría un gran acto. La convocatoria era de la Unión Cívica, grupo surgido por la gestión de los jóvenes del Jardín Florida, en el año anterior. Estaba presidido por el doctor Alem, quien así había vuelto a dar batalla.

La tarde de la cita pública, después de almorzar, Fabián decidió echar un vistazo. Quería pulsar el espíritu de la ciudad. Era abril, corría un vientecito más bien frío, pero se encontró con un gentío de más de quince mil personas de ánimo caldeado. Debajo de chaquetas y ponchos descubrió el bulto de algún revólver, la silueta de puñales y, a la vista, bastones empuñados con aire nada inofensivo. Miró sorprendido, Fabián: en París, desde un palacio, y señalado con el dedo de muchos como el indiano con plata, había asistido a la restauración de un trono, ¿qué se estaba gestando entonces en su propio país, que lo tendría por testigo, esta vez totalmente anónimo y empobrecido?

De pronto, escuchó una voz profunda que se levantaba desde el palco respondiendo al pedido de cientos de voces. Entre los rugidos de la multitud y los aplausos, se le había perdido el nombre.

-¿Quién es? -preguntó a un vecino en el apretujamiento.

-Es el doctor Alem, don Leandro.

Por los intersticios de hombros y cabezas, reconoció al entrevistado en el

Club del Progreso en más de una tarde.

-La vida política de un pueblo marca la condición en que se encuentra, marca su nivel moral, marca el temple y la energía de su carácter. El pueblo que no tiene vida política es un pueblo corrompido y en decadencia, o es víctima de una brutal opresión -decía con voz de trueno, en tanto el público marcaba su asentimiento con aplausos y vivas.

Estalló el delirio cuando la voz del orador señaló:

-¿Y qué hacen estos sabios economistas? Muy sabios en las economías privadas para enriquecerse ellos; en cuanto a las finanzas públicas, ya veis la desastrosa situación a que las han traído.

Fabián no necesitaba escuchar más. Ya había medido el entusiasmo de una ciudad. Intentó salir.

-Este hombre no tiene desperdicio. Si vuelve a la lucha, puede ser el salvador.

Quien así había hablado era un hombre de edad mediana, alto de porte, moreno de cara, fácil de palabra.

Lo invitó a tomar un café. Les costó encontrar sitio disponible pero al fin lo hallaron, cerca de la Plaza de Mayo. Entonces Fabián averiguó. Le había impresionado ese hombre, el doctor Alem, y quiso saber de él. Y lo supo.

Le dijo su contertulio fortuito que era hijo de un pulpero de arrabal, que también había sido vigilante a caballo de la policía.

-Su madre es tía de don Hipólito Yrigoyen. Don Hipólito era el otro líder opositor. Le contó cómo el padre de don Leandro, en la embarullada época que siguió a la batalla de Caseros y Urquiza, había sido fusilado, por mazorquero. Gran drama para la familia, imagínese, le contó el informante. Pero salieron adelante: el joven Alem había estudiado en la Facultad de Derecho, donde se codeó con gente de pro, mientras en las pulperías de los barrios arengaba a la gente con su palabra y con vidalitas y coplas que entonaba acompañándose con la guitarra. Había sido diputado y político siempre pero, por litigios partidarios, y también por enfermedad, se había alejado en los últimos tiempos. Por suerte ya se lo veía de nuevo en la lucha.

Lindo. Porque el doctor Alem era hombre de agallas y al país le hacía falta gente así.

Mientras seguían en el lugar, y pasaban del cafecito a la caña, vieron cómo la multitud del Frontón se aproximaba en larguísima y bulliciosa caravana. Cuando llegaron a la estatua del general Belgrano, en la Plaza, le pusieron flores, mientras desde los balcones llegaban aplausos y vivas.

Entonces alguien que pasó les dijo:

-Me parece que esta vez se arma la podrida. La gente ya no da más.

Y porque la gente no daba más al poco tiempo se armó nomás la podrida, como dijo aquel interlocutor fugaz de la tarde de abril, en el Frontón.

Al llegar a Buenos Aires la primera salida de Fabián Gómez y Anchorena - genio y figura hasta el sepulcro- fue al Teatro, ya no el Colón, pues el Colón había abandonado su viejo reducto para que en su predio se levantara el Banco de la Nación. Mientras se estaba construyendo uno nuevo, en las cercanías del Retiro, se habían habilitado otros. Nada que ver con aquellos que a principios de siglo recordaban su abuela y las coplas:

Se iluminará el corral  
con esperma de sartén,  
que hará a los ojos, bien,  
y a los vestidos, mal.

No bien entró recordó las lejanísimas noches de veinte años atrás, cuando ingresaba al teatro y nacarados gemelos (desde los del brillante rintero del avant scene hasta los más pobretones de cazuelas y altos), giraban cauta o escandalosamente para mirarlo a él, y pispar a la Gavotti, rotando en el escenario con sus gorgoritos prendidos a la voz y sus miradas buscándolo en el palco correspondiente a la familia Anchorena. ¡Qué tiempos! ¡Joven y Niño de Oro!

Pero eso era ayer. Entonces llegaba, carambolas de la suerte, con veinte

años más y al borde de una quiebra. Flor de fisura se había abierto en su confortable existencia.

Un día, cuando vio anunciada en la cartelera la llegada de la célebre contralto Adelina Borghi, decidió volver al teatro. La Biondina había sido la amante del rey Alfonso, en Madrid, y una de las grandes beldades de Europa, ¿se acuerdan que se los dije? Fue a verla. Habían pasado muchos años, pero la diva igual lo reconoció y se alegró por el reencuentro. Ella seguía bella, con su carita amable y consentidora levemente ultrajada por los años, rubia como siempre (aunque Fabián ya dudaba de la autenticidad de su pelo), su voz espléndida aún. En verdad, lo que hicieron fue recordar al amigo desaparecido. La Biondina revivió la primera vez en que vio a Alfonso, en el Real, cuando apenas se había hecho cargo del Trono.

-Pero siempre fueron amores contrariados, Conde -le explicaba la diva a Fabián, dándole el título nobiliario por el que era conocido en Madrid, casi veinte años después en el Club Progreso, donde la llevó a comer-. Los consejeros del Rey me tenían entre ojos...

Fabián guardó silencio pero recordaba: la cantante se había pasado de viva buscando acomodar a los suyos. Y ésa era la razón de la ojeriza de muchos funcionarios.

Un buen día Cánovas -seguía la Biondina-, por intermedio de un lugarteniente, un tal Elduayen icómo para olvidarme del nombre! me puso de patitas, fuera de Madrid. Sí, Conde del Castaño, fíjese usted: me llevó hasta la estación y el muy maldito no me dejó hasta que vio cómo el tren partía conmigo a cuestas.

La diva fue a dar una patadita en el suelo, como sin duda lo hizo en aquella lejana ocasión, pero optó por reírse ante el recuerdo: los años habían aventado el disgusto.

De espaldas al mundo, se miraban los dos, Fabián y la Biondina, en ese espacio que era el pasado, como quien contempla las aguas quietas de un lago.

-Pero después volví. Siempre volví, Conde; y siempre encontramos ocasión



para vernos con Alfonso, pese a Cánovas y a Elena Sanz y a la de Espronceda, y a todas las que usted conoció, Conde, porque usted sabe el nomadismo sentimental del Rey... La última vez que nos vimos fue en el ochenta y cinco, muy poco antes de su muerte. Ya el pobrecito estaba hecho un Cristo, con su barba y sus ojeras, y ese pañuelito rojo para disimular sus esputos. Dios mío... cuánto sufrió el pobrecito.

La Biondina enjugó una lágrima, suspiró, pero enseguida volvió a sonreír, ante el ramalazo de otros recuerdos:

-En uno de esos encuentros ¿sabe, Conde? Alfonso me comentó cómo se había vengado de Elduayen, el cancerbero que me había puesto en el tren, fuera de Madrid. Según parece, Cánovas, su ministro ¿recuerda? le llevó al rey un decreto para que lo firmara. Alfonso lo leyó: por ese decreto se nombraba a Elduayen ministro de Ultramar. ¿Sabe usted qué hizo el Rey?

-¿Qué...? -preguntó Fabián.

-Pues no lo firmó...

Sonrieron ambos. Pero Fabián recordó lo que la Biondina o no dijo o no sabía, pero que él supo por boca del mismo Alfonso cuando una noche, en lo de Lahrdy, le confesó:

-¿Sabes? Este maldito de Cánovas me ha hecho nombrar ministro de Ultramar nada menos que al majadero de Elduayen, aquel que me la puso de patitas en el tren a la Biondina... Por cierto yo me negué a hacerlo, pero el muy cretino me dijo, con esa cara de culo que suele poner, detrás de sus anteojos, cuando busca impresionarme: tengo compromisos con el hombre: si no me firma el decreto, Majestad, renuncio.

-¿Y tú qué hiciste? -había preguntado él, que siempre compadecía a su amigo por las decisiones que debía tomar.

-Pues qué iba a hacer, cono ilo firmé! ¿Crees que me puedo dar el lujo de perderlo a Cánovas? Eso sí, cuando lo firmé le dije, con una de esas contestaciones que mi madre llama borbónicas: Si no quieres caldo, toma tres tazas.

-¿Y Cánovas qué hizo?

-Cánovas puso la lapicera con que me había humillado, en uno de los bolsillos de esos horribles chalecos que usa, y me dijo con aire compungido: perdón, Su Majestad. Usted ya sabe lo difícil que es gobernar. Créame que más de una vez me ha tocado tomar más de tres tazas de caldo. Con lo poco que me gustan esos mejunjes.

La Biondina gustó mucho en Buenos Aires. La Biondina renovó en Fabián el recuerdo de Madrid y sus jornadas alegres. Cuando se fue, Fabián le llevó de regalo una hermosísima pulsera con una hilera de esmeraldas y otra de rubíes.

-Para que no me olvide, Madame. Y me asocie al recuerdo del amado Alfonso -dijo besando la mano de aquella luciérnaga de la noche bastante marchita que había amado su amigo querido, el Rey Alfonso.

La Biondina no lo podía creer. Se esponjó de puro gozo. Lagrimeó. A esa altura de su vida ni los pedidos de bis eran muchos, ni los aplausos exultantes, ni aparecían regalos de semejante porte. Como los de antes.

¿De dónde sacó dinero Fabián para comprar esa joya? Pues había vendido uno de sus crucifijos, el de Veronese. Con que quede uno en la casa, por el asunto de las bendiciones que necesito, pensó, ya será suficiente como pararrayos.

El encuentro con la diva renovó su ánimo, dije. Como lo renovaban algunas cartas que llegaban de Europa: de sus parientes, los Henestrosa, del amigo oriental, casado entonces con una italiana, bella y rica, aquella que le había preguntado una vez, en cierta inolvidable reunión, intrigadísima:

-¿Y cómo se viene desde el Río de la Plata a Roma?

-Se puede venir hasta Civitavecchia, por mar, en buques que hacen los viajes ultramarinos y si es buque a vela, serían necesarios tres meses de navegación a lo menos, y si es buque a vapor, cincuenta o sesenta días de mar.

-¡Dios mío! ¿Y qué se hace en todo ese tiempo... siempre en el mar, sin hacer escalas como los vapores que van a Marsella?

Pues bien, a esa dama había desposado Heyres. Y por ella no había vuelto

al Río de la Plata como él, Fabián. Pero cartas y noticias cada vez eran más espaciadas.

Fue en el mes de junio, bien entrado el invierno, cuando se armó la podrida política presagiada aquella tarde por el fortuito interlocutor encontrado por Fabián en el Frontón. Fue en el Parque de la Artillería, donde los revolucionarios se concentraron, frente a la plaza Lavalle. No muy lejos de la casa de Fabián, porque en Buenos Aires todo sucedía en el perímetro de esas pocas cuadras que formaban el centro.

Había una Junta de Gobierno Revolucionaria que sería provisoria y convocaría a elecciones. Adhirió al hecho parte del Ejército y de la Armada porque ¿qué revolución se hace sin fuerzas armadas? Los rebeldes tomaron como insignia la boina blanca. No tenían ni escudos ni uniformes: la boina blanca los identificaría. Estaban en el Parque, y en los altos de las casas. Tenían armas en las manos y fuego en el corazón. Querían el poder. Pero el poder resistía. Las fuerzas gubernamentales avanzaron, entonces. Llegaron a la plaza Libertad, allí se ubicaron. Allí sería el enfrentamiento. La lucha fue cruel y mucha. La lucha resultó dura y pareja. Cayeron de un lado y de otro. Muchos heridos. También muertos. Al día siguiente de iniciadas las acciones, se proclamó un "alto el fuego". Los rebeldes no tenían ya municiones. Los rebeldes capitularon.

Fueron vencidos. Pero abrieron un camino, por vías violentas, desgraciadamente.

En el Senado de la Nación, alguien certificó:

-Señores: la revolución ha sido vencida, pero el gobierno está muerto.

En la calle los muchachos improvisaron:

¡Ya se fue, ya se fue  
el burrito cordobés!

La lucha proseguiría por caminos pacíficos.

iHombre! No busques rencillas  
Por unos míseros pesos!

Los versos de Guido Spano le bailoteaban en la cabeza. No obstante, Fabián tomó la pluma y escribió a su tío Juan:

Respetable tío:

En atención a las consideraciones debidas entre personas que están ligadas por un estrecho parentesco y las que usted merece por su respetabilidad, me dirijo a usted para imponerle del asunto que motiva el adjunto escrito, antes de dar ningún paso judicial que ponga en transparencia cosas de familia. Si yo actualmente tuviese bienes de fortuna protestóle con toda sinceridad que prescindiría de molestar a Ud. con reclamaciones pecuniarias, por más que me asistiese el más completo derecho, como conceptúo que me asiste, en el caso presente.

Después de recordarle que él, Fabián, había sido siempre un hombre absolutamente desinteresado, y aún algo más: que el dinero no le interesaba, como excusándose, señaló al tío que, si pedía lo que consideraba suyo era, simplemente, porque debía hacer frente a obligaciones ineludibles, razón por la cual solicitaba la parte legítima que le correspondía en bienes que Uds. con exclusión mía disfrutaban y que pertenecían a la sucesión de mi finado abuelo materno.

Inmediatamente aseguraba que, si el tío consideraba esa reclamación susceptible de un avenimiento honroso y amigable, a fin de que todo quedara en la intimidad de la familia, esa actitud empeñaría su agradecimiento. Pero necesitaba que le fuera comunicada en ocho días. De lo contrario, es decir, pasados esos ocho días, iniciaría su demanda en Tribunales.

Acto seguido daba el nombre de su abogado.

Después se puso a esperar. Ocho días.

Concluyó el plazo, y no tuvo contestación.

Fabián inició el juicio.

Un día, inesperadamente, lo encontró al tío Juan a la salida del Club del Progreso. Fabián fue a esquivarlo: después de la última entrevista, ya no tenía nada que decirle. Pero el tío lo tomó de un brazo:

-Fabián,, ¿estás realmente seguro de lo que vas a hacer? -le preguntó, tenso.

-¿De qué quiere que esté seguro?... No, no estoy seguro de nada -le contestó. Y se fue.

Dicen que a San Hilarión el demonio se le presentaba llorando como niño, mugiendo como buey, gimiendo como mujer, rugiendo como león. A Fabián se le presentó perorando como abogado. Los abogados suyos, con sus exigencias: presénteme tal escritura, busque aquellos recibos, indague sobre tales propiedades. Los de la parte contraria con sus escritos, sus audiencias, exhortos, marchas y contramarchas. Unos por fas, otros por nefas, lo enloquecían.

Pero estaba en el baile y debía bailar. Abandonar la partida sin concluirla, aunque ganas no le faltaban, le parecía una trastada. ¿A quién? A sí mismo. ¿Quién no ha pensado alguna vez cuánto tarda en apagarse una esperanza en el alma?

Un crepúsculo melancólico -porque pocas cosas hay más tristes que esperar-, bajo la perlada luz de la luna, recordó un cierto cantautor que con el Oriental encontraron una vez en la sureña España mora. El hombre tenía la cara rapada, el pelo encrespado y una voz larga y finita que parecía de ultratumba. La voz que venía de otro mundo y a otro mundo se iba al compás de ese bastón con el cual el hombre serio, de una raza pensativa y misteriosa, que creía en la fatalidad antes que en otra cosa, llevaba el compás de tonadas que más que canciones resultaban lamentos, ayes interminables con mucho de tristeza y algún signo de agónica desesperación. En andas de sus recuerdos le llegó la voz suplicando:

¿No hay quien me pegue un tirito  
en medio del corazón?

Y ese anochecer en que le volvieron al alma las palabras del cantaor se estremeció. Porque esa copla coincidía con el pedido de su alma, y en ella había como el susurro de sutil tentación.

¿No hay quien me pegue un tirito  
en medio del corazón?

Fabián aún no había cumplido cuarenta años: demasiado joven para querer morir. Pero ese día le habían comunicado, después de muchos meses de trajinar entre papeles y abogados, que su causa estaba perdida. Herencia caída sin vueltas. Las fatigas del inútil litigio se le habían metido en el alma. Imagínense.

Cuando recibió la cédula, fue como si el mundo hubiera suspendido su movimiento. La pompa de jabón se estrelló. Fabián recordó a su amigo Heyres que decía: los poetas son la estirpe de Caín, Génesis 4-21. No, te rectifico, hermano: los poderosos son la estirpe de Caín, Génesis 4-21, le mandó decir a un oriental que no podía escucharlo, porque estaba en Firenze con su bella esposa.

Por entonces Fabián había perdido aquella pinta de lechuguino arrebatado de los diecinueve años, cuando su enamoramiento con la Gavotti. Nunca había sido muy alto, pero sus medidas proporcionadas y la regia manera de su porte siempre habían dado la impresión de que poseía una estatura mayor a aquella de la cual en verdad era dueño.

Pero la mirada alegre de aquellos años había devenido tristonía y con algo nostálgico; su boca, siempre pronta para la carcajada, fruncida entonces en un gesto que podía ser de determinación o quizá de impotencia; en su rostro, patente se hacía la fatiga que pone sombras en la tez, algo así como leves magulladuras en la carne y ligeros pliegues en las comisuras de los labios y el contorno de los ojos. Como si los acontecimientos que le tocaban

vivir fueran cincelando pliegues indecorosos, márgenes oscuros en su cuerpo y también en su ánima. Oriflomas del sufrimiento, tendidos a los vientos de la vida. Su barba caía, oscura como siempre, ahorquillada y espesa, y seguía elegante y caballeresco. Aunque el infortunio le estaba poniendo su sello. Pero era otro hombre. Un hombre marcado por la pena. Y sin saber qué carajo hacer.

Un día Fabián dijo basta, la corto, hay que saber retirarse a tiempo.

Con la sentencia negativa en sus manos, vendió la casa y las oficinas cercanas a Tres Sargentos. Con el importe pagó sus muchas deudas. Quedó a fojas cero. ¿Y su fortunón? Lo que el viento se llevó. Fabián no tenía nada. Su abogado le ofreció la estanzuela con la que en algún momento anterior él había cancelado compromisos profesionales.

Aceptó.

Rarísimo: este jovial caballero de salones y fiestas, para quien la soledad parecería imposible, decidió entonces retirarse. Levantar vuelo. Como veinte años atrás. Pero entonces hacia la nada.

Porque ya lo único que le quedaba era hacerse humo.

Lo decidió una mañana, al alba, mientras miraba desde un café de Florida a la gente que comenzaba a transitar por la calle. Fabián se sentía desanimado, es decir, sin alma. Enfrentó el espejo que repetía su imagen y se vio solo, vulnerable. Pero de pronto también vio cómo el sol enviaba sobre su taza de café, con brío singular, rayos que parecían la vanguardia de un ejército victorioso.

-La vida sigue -se dijo en voz alta.

Pero nadie lo escuchó. Estaba solo.

Unos días después, cuando tomó el coche que lo llevaría al lejano poblado de su confinamiento, en la Pampa, se descubrió tarareando, como el rey Rodrigo:

Ayer fui señor de España.  
y hoy no tengo una almena que

pueda decir que es mía.

## CAPÍTULO 17

### Los restos del naufragio

Era como en todos los lugares del mundo: los días pasaban, a la mañana le sucedía la tarde, la tarde se hacía a un lado para que llegara la noche, la noche se esforzaba en que uno abandonara fantasías y sueños y se negara a las sollicitaciones del miedo, siempre alerta, a fin de arribar a ese hueco de nada que los mortales llamamos sueño. Y con él a esa inconsciencia, sosiego, pequeña muerte portadora de paz, hasta que la luz nuevamente cosquillara en los párpados y, como el labriego en medio del campo o el marino entregado al mar, uno comprendiera, entre celajes de bruma, que el nuevo día comenzaba su rutina mientras los astros seguían girando en su órbita cósmica, imperturbables.

Así pensaba Fabián. Pero en verdad, para él la situación había cambiando. ¡Y tanto!

El "allí" era ese rincón de la Pampa donde había ido a parar cuando sus bienes se redujeron al puro vacío después de saldar deudas, con responsabilidad, aunque sin ninguna gana. Como está dicho, había aceptado la invitación de su abogado, el doctor Piran, para vivir en la casa que, en algún momento, él le entregó en pago por sus trabajos. Por cierto, en aquella ocasión Piran fue para Fabián como, según las Sagradas Escrituras, el arcángel Rafael para Tobías. Pero, ya en la casa y después de algunas semanas, Fabián se dio cuenta de que ese lugar no era para él. Si Tobías no se había equivocado en seguir a San Rafael, él sí que la había errado al ir detrás de su abogado y administrador. ¿En calidad de qué podía permanecer en una estancia que había sido suya y ya tenía otro dueño?



¿Cómo habitar con una familia ajena, a la cual nada lo unía? Podía ser huésped una semana, un mes, varios meses, pero... Cuando se lo preguntó, nadie le contestó porque no había nadie.

En algunas cosas el cambio en su vida, quiero decir su voltereta existencial, le pareció no sólo apaciguante sino hasta con su buena dosis de gratificación. Fabián había vivido mucho tiempo en ámbitos en que el ruido y el exceso de gente configuraban su habitat, en tanto la exigencia usual para sobrevivir, dentro de su estilo, era compostura en la vestimenta y conversación no sólo inteligente y oportuna, sino también original. Cuando, de pronto, esas dos condiciones que debía cumplir para ser quien era, no lo presionaron más, se dio cuenta del peso que se sacaba de encima. Encontró en el silencio resarcimientos antes ignorados. Antes, cuando estaba atosigado por constante bullicio, mujeres casquivanas y amigos embadurnados de humo y alcohol. O al final del final, cuando le tocó ese mare mágnum de compraventas, exhortes y audiencias. Qué bocanada de alivio, créanlo.

Buscó, de acuerdo a lo que le daba el cuero, una casa modesta, en las afueras, donde el poblado se dispersaba en la Pampa y la Pampa parecía un quieto lago. Y le encantó, de entrada nomás, ponerse a la puerta de la casita que había conseguido comprar, mirando el ondular del trigo que proveería el pan crujiente para su mesa. O contemplando, durante horas perdidas, los mares azulados de ese lino con el cual alguien haría la tela rústica o fina para confeccionar las camisas de ricos y pobres, y las sábanas en cuyos pliegues transcurrirían las batallas del amor y también las que libra el hombre para nacer o para morir, esos dos topes de la vida humana. Fabián no había sido nunca hombre de mucho pensamiento. Más bien la acción lo había llevado de una cosa a la otra, como las olas transportan a los barquichuelos de velas débiles, o como la tormenta arranca hojas y raíces no muy asentadas. Pero desde su llegada al caserío, nació y creció en él el gusto por mascullar ideas y pensamientos que sin ton ni son se sucedían en su cabeza, en locas asociaciones suscitadas por los

más peregrinos ramalazos.

Por cierto, en los primeros tiempos, pese a su monotonía, el lugar le pareció encarnación de paz y quizá andarivel para vivir en sosegada dulzura. En algún momento hasta pensó que tal vez los designios de la abuela no habían sido tan errados, cuando proyectaba para él, el nieto, hijo único de su amada Mercedes, un destino similar al de sus otros vástagos, Juan y Nicolás. A saber: convertirlo, andando los años, en administrador de los muchos establecimientos que poseía. Destinarlo, al igual que a los otros del clan, a entablar conversaciones, cuando no disputas, con arrendatarios, capataces, empleados y demás miembros de ese inmenso ejército que fluctuaba alrededor de campos, propiedades, estancias, predios, haciendas y negocios de la familia. Pero Fabián, al enamorarse de la Gavotti, dar curso a su pasión y partir hacia Europa para llevar la vida alocada que llevó (en palabras oídas en la domesticidad de la familia) y con su mutis por el foro durante veinte años, hizo trizas aquel proyecto. Ahora, en campesina soledad sonora, pensaba que no hubiera sido mal destino circular por tal ruta. Siempre que los negocios no le hubieran exigido restricciones. O mezquindades. Para él, dicho está, el dinero sólo tenía destino manifiesto: ser gastado.

Su tío Juan, durante la última conversación mantenida con respecto a la herencia y su parafernalia, le había dicho:

-Fabián, nunca te ocupaste de llevar tus cuentas, de saber qué pasaba con tus bienes. Siempre te dormiste en brazos de tu administrador. ¿Por qué no empezás a hacerlo ahora?

Fabián no contestó, para nada se hizo cargo de la insinuación, se limitó a sacudir la cabeza con un gesto negativo que a él mismo le recordó la reacción del perro cuando presume que alguien quiere ponerle un collar. De algún modo era como si Fabián, que en su vida anterior nunca había sabido decir no a quien le pedía algo, sino que, por el contrario, siempre decía que sí, ahora asentía al destino, es decir, a las circunstancias que lo habían trasladado, de París y Madrid a Buenos Aires, primero, y a ese villorrio

después; del palacio de las Montijo y del Retiro, a semejante casucha pampeana; de la baraúnda de salones y fiestas a la soledad de un desierto verde y dorado, ¿por qué no sabía decir no o porque todo le resultaba indiferente?

Pero había más: hasta entonces Fabián había sido un alma inquieta marchando tras las últimas novedades, en pos de proyectos siempre un tanto alocados. Entonces se sentía anclado. La pérdida de su fortuna, devorada por dispendios y aviesos manejos y, quizá, por rapiñas domésticas, lo estaba devolviendo a Fabián a sí mismo. Dejaba el afuera para tomar el adentro.

El caserío, perdido en medio de la Pampa, era apenas un conjunto de casas dispersas, la iglesia, el almacén donde los lugareños pasaban sus ratos de ocio, dirimían contiendas políticas y alimentaban la chismografía del pago en torno a la copita de caña, el tapete verde del billar o la mesa del truco. Para ir por orden, fíjense ustedes: las casas eran chatas y achaparradas, pintadas en su mayoría de blanco, a la cal y sobre el ladrillo desnudo. Eso sí: todas portadoras de un jardincito delante, y una huerta en la parte trasera. No tenía nombre el poblado, porque casi era una nada. Pero empezaban a llamarlo general Piran, por los campos de uno de los antiguos propietarios allí afincados.

La iglesia, pobrona y bastante naíf, reunía a los fieles para la misa dominical y los responsos. En ese poblado el cura era tan ignorante como sus fieles. De tal pastor tales ovejas, o viceversa: los fieles, en su mayoría, firmaban con una cruz; el pastor, escribía con faltas de ortografía. Pero todos eran devotos de la Virgen de la Desembocadura, una muñequita española encontrada, un día de hacía años, en el recodo que el cercano río hacía por allí. Por aquellos lejanísimos tiempos, cierto jovencito que pastoreaba su manada la encontró, un atardecer de primavera, entre la resaca traída por la creciente, y escuchó cómo la Señora le decía, sin mover los labios pero mirándolo a los ojos con los suyos de vidrio, pero entonces iluminados: haz penitencia y levántame aquí una capilla. A la capilla

el pastorcito no pudo levantarla, porque a la dama celestial se la llevaron para el poblado. Allí construyeron la iglesia. En ella, pusieron la Virgen. El pastorcito, por su parte, abandonó manada y familia, vagó por esos lugares con su rosario y una capucha regalo de cierto misionero. Vivía de animales que cazaba, pájaros, perdices y pescados. Pero un día advirtió lágrimas en los ojos de la liebre que había conseguido apresar en una trampa. El animalito parecía llorar, más que su propio sacrificio, la glotonería del hombre que había encontrado a la Virgen. ¿Así pagaba aquel regalo? Al menos eso imaginó el pastorcito. Sollozó tanto de sorpresa como de pena. Juró entonces no comer más carne de animal viviente. Y así lo hizo.

Con el paso del tiempo el pastorcito se volvió viejo y la barba blanca aureolaba su rostro y los ojillos relucían a través de una espesa red de arrugas, pero su voz temblorosa seguía llamando al amor de Dios y de su madre desde el escondrijo con pinta de tapera que lo albergaba en la espesura del monte que le dio refugio durante años y años. Para los creyentes, el ermitaño era el Santo. Para los descreídos, el Loco. Para unos y otros, una criatura excéntrica provocadora de asombro pero para nada incitadora de imitación.

Cuando el pastorcito murió, quedó la imagen en la Iglesia y su leyenda. La que escuchó Fabián.

-La Pampa, con su infinita extensión, aunque no lo creas, es una cárcel - murmuró Fabián mientras sus ojos correteaban por la inmensa extensión, y se detenía en el molino sobre cuyas cañerías trepaba una enredadera, reseca como sogas trenzadas, por obra del invierno y de los años.

-Todo el mundo es una cárcel, Fabián -oyó que le contestaba, escrutando primero sus ojos, buscando signos conocidos y las nuevas marcas del tiempo, y después ojeando el entorno. Pensó que sólo la costumbre o la indiferencia podían hacer de semejante lugar un hogar donde vivir.

Y consintió en ese hilo de ternura instalado entre ambos. Como antes.

Porque quien así le había respondido a Fabián era el Oriental. Había dejado

a su hermosa mujercita florentina y atravesado el océano, para arribar primero a Buenos Aires y después a ese rincón, culis mundi, como decía, a fin de encontrarlo. Después de algún intercambio epistolar la correspondencia entre ambos se cortó. En la última carta, de bastante tiempo atrás, Fabián parecía dispuesto a celebrar las virtudes de la vida campesina. Heyres no lo había podido creer. Después de eso ¿se perdieron otras cartas? ¿Fabián había dejado de contestar? ¿Le habría acontecido alguna desgracia? Heyres decidió tomar el toro por las astas y se largó a buscarlo. Y allí estaba. En la puerta de su casa, a la sombra de un paraíso que se elevaba alegremente al cielo porque era primavera, y la primavera cosquilleaba en su savia y explotaba en miles de botones violáceos. Charlaban. Como antes. Pero ¡qué distinto todo, por Dios! Aunque en verdad encontraba algunos signos distintos en Fabián, reconocía su porte distinguido y ese centelleo en los ojos, premonitorio de sonrisas y celebraciones.

-Elegante como siempre, Conde del Castaño. Aunque ahora con trousseau montaraz -le dijo el Oriental mirando las bombachas impecables del amigo, su casaca oscura, el pañuelo al cuello, el sombrero en la mesa, el bastón en la mano-. Siempre un dandy.

-Así es: en lo malo y en lo peor. Pero, amigo, han cambiado mucho los tiempos. Lo difícil es que uno cambie. Se adapta -suspiró, miró la brasa de su cigarro Cabur, después el horizonte, más allá del paraíso y la llanura-. Pero ¿cómo llegaste hasta aquí?

Heyres se enteró de lo sucedido primero por las informaciones de algunos viajeros que aparecieron en Europa (aunque pocos extendían su turismo hasta Florencia, acotó el Oriental); y después, en Buenos Aires, supo de su destino por miembros de la familia Anchorena a los que había acudido en busca de noticias. ¡Mire usted! Fabián quería cinco millones, dijo alguno de los parientes puesto a tiro. Decía que le correspondían por la herencia de la abuela. ¡Ni soñando! Las cuentas estaban arregladas y bien. Pero Fabián es un buen muchacho, un poco tarambana y no más. Al fin, la familia es la

familia, reflexionó el Oriental y Fabián agregó: así es, la misma amalgama de genes nos une, aunque seamos tan distintos.

-Sangre y esperma, por supuesto. Pero hay algo más: la vida que cada uno ha llevado. O porque se te dio o porque la elegiste... ¿Recuerdas? De Enrique VIII, el que mató a tantas de sus mujeres, se decía: este Rey corta y cambia. Claro, cortaba cabezas; cambiaba esposas. De mí puedo decir que, porque la vida me quebró las alas, he cambiado; y ciertamente, no de esposas, sino de ritmo... Pero dejemos eso, Oriental. El tío Juan es un buen tipo, aunque decididamente incapacitado para reflexiones ajenas a lo contante y sonante, a la propiedad, el comercio y la banca.

Lo miró a su amigo y sonrió:

-Tú sabes, estas familias de largo abolengo a veces crecen al favor de la mitra. A veces al del oro. La mía...

Dejó en suspenso la respuesta, si es que la tenía.

-Pero vamos, que todo aquello ya es asunto acabado y no seré yo quien se pase el resto de su vida lloriqueando como una mujer, a semejanza de Boadbil, lo que no supe defender según mi condición de hombre. Perdí todo porque gasté en exceso, o porque me robaron. Si hubiera vivido de manera distinta... Pero te juro: esa idea, la de vivir de modo distinto, digo, ni se me pasó por la cabeza. Mejor dicho: se me pasó por la cabeza pero cuando ya era tarde.

-Cuando se te paso por la cabeza?

-Pues hace unos meses, en Buenos Aires, una tarde en que asistí a una reunión política armada por unos jóvenes llenos de ideales... ¡Ah! De veras que pensé: si yo hubiera tomado ese camino...

-¿Cuál camino, Fabián?

-Bueno, el de servir a los demás.

-Qué ideas se te han dado, hermano. Siempre has sido generoso, siempre prestaste ayuda a los otros. ¿Te acuerdas de las limosnas que dabas en la puerta de tu palacio del Retiro, en Madrid? ¿Y cuando ya no pudiste con el lío que armaban los pobres y se te ocurrió instalar una oficina? ¿Te

acuerdas?

Sonrió Fabián ante el recuerdo. Eran memorias de otra vida.

-Oh, sí. Pero aquello era repartir limosnas y yo podía hacerlo, hermano. Yo digo otra cosa: servir con las ideas, con programas. Servir para el cambio, digo. Fijáte: los otros días me acordaba de una escena de la Biblia que siempre me impresionó.

-¿Cuál escena? -preguntó el Oriental-. Pero antes permíteme sorprenderme: ¿tú lector de la Biblia?

-Siempre la leo, Oriental. Fue una costumbre que adquirí en París, cuando la muerte de mi abuela. ¿Te acordás que me encerré durante varias semanas? Pues... fue allí el encuentro. Pero voy al asunto. El capítulo del que te hablo es ése en que se cuenta de Caín y Abel, cuando Caín mata a su hermano. Siempre me impresionó ese pasaje. Será porque yo no tuve hermanos y toda mi vida lamenté esa carencia -suspiró Fabián y continuó-: Pues bien: cuando Caín mató a Abel, se le aparece Dios, ¿te acordás? Se le aparece y lo increpa: ¿Qué has hecho con tu hermano? Y Caín, ¿tenes presente qué le contesta Caín? Caín se sacó la responsabilidad de encima con un "¿y qué tengo yo que ver con mi hermano?" Lo ninguneó al hermano ¿entendés?

Calló Fabián y quedó en silencio Heyres.

-Fue una respuesta asesina, Oriental. Esa es la cuestión. Todos nos decimos qué tengo que ver yo con mi hermano. Y la verdad es que tenemos mucho que ver con nuestro hermano... ¿No te parece?

Heyres no contestó. Pero después agregó, casi en voz baja:

-Tenes razón, Fabián -lo palmeó. Pero permitime decirte: ésos son razonamientos de cura. No me dirás que otra vez estás por meterte en un convento.

-No, no hay peligro. Ya lo pensé una vez y no fue. ¿Te acordás? Cuando murió la pobre Catalina. Ahí era el momento. Pero me fui a Baraja. Ahora ya estoy viejo, hermano. -Suspiró una vez más.- Lamentablemente, estoy viejo para todo. Dios dirá por qué las cosas sucedieron como sucedieron. Pero te aclaro: este desgraciado asunto de la pérdida de mi patrimonio y del

subsiguiente litigio judicial, primero fue una incertidumbre, después una dura batalla, luego una tristísima convicción. Ahora, te lo aseguro, es un cierto estado de paz. Y de aquí no me voy a mover.

-Pero así... -murmuró el Oriental y paseó sus ojos por el entorno con algún destello fisgón en la mirada, y no quiso agregar más: todo tan pobre, tan misérrimo, el horizonte perdido en nada, el viento peinando los árboles, el silencio. El silencio...

-Oriental, créeme: no estoy instalado sobre mis propias ruinas para llorar. Estoy frente a un nuevo proyecto, para vivir. Oriental: vos lo sabes, siempre he pensado por mí mismo... y a veces contra mí mismo. Pero ahora, esto es lo mejor para mi proyecto, insisto.

-¿Proyecto?

-Proyecto, sí. Pero no comercial, ni económico, ni mundano, como antes - agregó, palmeándolo con cariño-. Como antes, cuando no hacíamos nada interesante pero todo parecía divertido. Olvídate de esas cosas. Proyecto existencial, querido. Leer, mirar, conversar algo con alguien. A mucho más no puedo aspirar. Amigo mío: igual a los animales, sólo cuento con mi vida - dijo alegremente, como si le estuviera dando una excelente noticia. Inmediatamente le tiró de la lengua-. Pero contame, ¿cómo está aquello?

Aquello era Europa. Aquello eran los amigos.

Europa, ya conoces, Fabián, comenzó el Oriental, entre delirios patrioteros y preparativos bélicos, como siempre. Ya han pasado casi diez años desde tu regreso, Fabián, estamos al borde de un nuevo siglo, las cosas han cambiado mucho pero no te creas que para mejor. Como decía Alfonso, dijo el Oriental, a veces uno triunfa y no se sabe de quién. ¿Sabes? Su hijo crece bien, demasiado mimado por la tía Isabel, que se ha puesto gorda como su madre. La reina Cristina ha hecho todo lo que ha podido, lástima su dureza con Elena Sanz. Y con los hijitos de Alfonso, los que Alfonso tuvo con Elena. Ha habido un juicio, la pobre Elena vendió, a la familia real, claro, las cartas que tenía de Alfonso para conseguir un poco de dinero. Para la educación de los hijos, por cierto. Pero tú sabes, la Sanz



nunca fue una de esas damas de la época dadas a languideces y cosas similares. Renunció a su carrera por amor a Alfonso, renunció a Alfonso por amor a España. Siguió adelante por amor a sus hijos. Ahora está enferma, pobrecita. Probablemente pronto estarán juntos -concluyó el Oriental mirando al cielo.

-Si en verdad existe otra vida. Quis est Deus? -dijo Fabián, taciturno. Pero cambió de tono en seguida.- Mejor pensemos en lo que fue. ¿Te acordás aquella vez que Alfonso compró un hermosísimo collar de perlas y se lo llevó a Elena, y nosotros fuimos con él a la casa que le había puesto, ay, tan cerca de Palacio, y cuando le entregó el obsequio le dijo, con esa gracia amorosa que ponía con las damas: perlas para una perla?

-Cómo no voy a recordarlo. Y de aquella vez del perro...

-¿Cómo fue?

-Pues así: paseaban por los jardines el Rey Alfonso y la Reina María Cristina, cuando cierto cuzco salió de unos arriates y comenzó a hacerle festejos al Rey. "¿Te conoce?" le preguntó la reina. "No", contestó muy serio el Rey: "quizá haya oído a Fea". Pero la reina sospechó algo. Y tenía razón en ese algo: el perro era de Elena Sanz, por lo tanto lo conocía a Alfonso, y si se había escapado de su casa era porque la tal casa quedaba cerca de Palacio. Y así era. ¿Te acuerdas, Fabián? Allí comenzó en serio el acoso al Rey: Elena debía abandonar España. A la larga, así se hizo: Alfonso, enfermo como estaba, debía cuidar el prudente matrimonio al que había accedido.

-Oh, como para haberlo olvidado -respondió Fabián, mientras revivía la escenografía caótica en uno de los salones del Lhardy, y allí una mesa servida por la que habían pasado comensales deslenguados, y horas perdidas, y charlas infinitas-. Recuerdo también que, en aquella ocasión, Alfonso reflexionó: Yo creía que los celos eran cuestiones españolas pero veo que las austríacas son iguales.

-¿Y aquella otra vez?

-¿Cuál vez...? -preguntó Fabián-, Hubo tantas veces. -Pues aquella cuando

conquisté una muchacha en una batalla que comenzó con versos y terminó en la cama. ¿Te acordás? Alfonso me dijo: Heyres, qué poder el de tus versos, no sólo destrozan corazones sino también camisas. Por cierto, rieron.

-Y aquella otra, cuando el Duque-de Sesto preguntó: ¿a ustedes qué les gusta más: el poder, las mujeres o el dinero? Y tú, más rápido que volando dijiste: a mí las celebraciones.

-Sí, las fiestas -dijo Fabián, casi soñador mientras miraba afuera un paisaje que se iba diluyendo ante la leve llovizna que había comenzado a caer-, qué inconsciente. Yo era un amable hombre de mundo.

-Un dandy. Eramos unos dandys.

Eché la cabeza hacia atrás, como en los viejos tiempos, y envió al espacio una larga carcajada.

-¿Sabes en qué pienso? Mira, el Restaurador Rosas decía: cuando dos portugueses se juntan, la conversación va a ser siempre sobre putas. Mi abuela Estanislada decía que por eso Rosas no los dejaba bajar a Buenos Aires. Y fíjate nosotros: cuando nos juntamos, es siempre para hablar de los buenos tiempos. Pajerías, hermano.

-Así es -asintió Heyres-. Sin embargo, para los jóvenes un mundo con futuro es mejor que uno con pasado. -Para los jóvenes, Oriental. Para los viejos... ^

Siguieron, por lo tanto, recordando sus andares europeos. Amigos a quienes la vida había llevado a otros menesteres o destinos -el Duque de Sesto, Benalúa, Tameses-; acontecimientos, importantes o frívolos vividos en compañía; proyectos que se hicieron... o se deshicieron. Después, Fabián lo llevó al almacén donde de día jugaban a las bochas y de tarde al truco y de noche comían unos hombres de bombachas oscuras, a veces blancas, pero siempre sostenidas por gruesos cinturones tintineantes de monedas. Y en un repliegue de las ropas el puñal, infaltable. Hombres con sus aludos sombreros oscuros, que tocaban levemente con la punta de los dedos, en son de saludo; varones portadores de unos ponchos que además de abrigar

servían para envolverse el brazo cuando era necesario sacar el cuchillo y enfrentar a alguno en la pelea criolla. Fabián los había visto cierta tarde en que se preparaba para una buena tormenta, que no se dio, porque llegó el pampero y dispersó las nubes, aunque no pudo dispersar el encontronazo que acabó con un muerto y un judío, como dijo la gente del lugar, persignándose.

Al atardecer, en el boliche, preparaban algo para comer, por lo común un asadito, debajo de la enramada, o algún guisote en la cocina que siempre olía a humo y a fritangas. Era el momento para que el Conde hablara. Porque el Conde tenía muchas historias para contar. Y todavía hablaba. Era como en la Corte: él peroraba, los demás atentos. Así pasaban largas horas: algunos concluían dormidos, casi todos, mamados.

Aquella noche se sorprendieron por ese viajero de tanta categoría. Claro que era visita para el Conde. Y el Conde, era él, señor de alto abolengo, no como ellos. Al principio, cuando Fabián había llegado, hacían las mil y una para encontrarlo, tropezar con él, averiguar. Aquello que no pudieron saber, lo inventaron. Pero pronto el interés menguó: Fabián fue, desde entonces, un hombre como ellos, aunque más fino. Eso sí: nunca se les caía de la boca el señor Conde, instaurado por don Joaquín como el summum del respeto que podían tributarle. Por cierto, para muchos ese título, el de Conde, digo, era, simplemente, apellido del señor.

En esa ocasión comieron el asado que, extremando sus atenciones culinarias, preparó el mismísimo don Joaquín. Y gustaron las empanadas preparadas por la mujer del bolichero, doña Rosa, gorda, rubicunda y alegre. Pero el vino lo había traído Fabián de su casa.

-¿Sabes, puñetas? He renunciado a muchas cosas, aun al vino. Pero si lo tomo, debe ser bueno.

-Como antes -sugirió Heyres.

-Como antes ya no es nada, amigo. Estas son reservas para cuando vienen amigos.

-Pues las repondré, Fabián.

-No estará nada mal que lo hagas, Oriental.

Días después Fabián acompañó a su amigo a Buenos Aires para despedirlo. En Buenos Aires se hospedó con él en un hotel de la calle 25 de Mayo donde paraba en cada viaje a la Capital, sobre todo por asuntos médicos. Visitaron muchos lugares de los de antes: la Iglesia de la Merced, aquella en la cual Fabián se había "casado" con la Gavotti; el nuevo teatro Colón, donde se reencontró con la Biondina, el Café de París, lugar al cual va la mejor gente a comer, le dijo Fabián, y donde te tocará pagar, porque yo... Después, cuando llegó el día del regreso, lo llevó al puerto, y en el muelle, antes de partir, le dio un fuerte abrazo y le dijo: amigo, hasta la vista. Pero Fabián sabía que ya en este mundo no volvería a verlo.

-Sabes cómo soñaba con llevarte conmigo, de vuelta. Nos arreglaríamos, Conde del Castaño. Durante tantos años me diste una mano; ahora yo hubiera podido.

¿Podido qué? Sin duda, el Oriental pensaba: hubiera podido pagarte lo que antes hiciste por mí. Pero a eso el Conde del Castaño no estaba dispuesto. Lo habían discutido mucho. Era inútil proseguir el debate allí, en medio de la baraúnda de la gente, entre trajinar de baúles y equipajes.

-Gracias una vez más, Heyres. No me abrumes con algo que no puede ser - murmuró Fabián, al borde de las lágrimas. Heyres lo miró: un hombre distinto, aunque entero-. Hasta siempre.

-Pero que quede en pie mi invitación, Fabián. En Florencia tenes una casa. Y en mi corazón, un hermano.

-Lo sé, lo sé, Oriental. Lo sé desde aquella noche en que mezclamos nuestra sangre, en los pajonales del río. Pero anda tranquilo. Como dicen los árabes y lo leí alguna vez, quedo en la tierra donde sopla el viento del sur, fluyen las frescas aguas, crecen las flores, y los frutos, y la Naturaleza mira al Omnisciente.

Varios abrazos, muchos hermano, hermano, y adiós. Los dos veían poco: tenían los ojos perlados de lágrimas. Fabián, además, sentía una intensa

flojera en los pies y le costó repechar el muelle. Plata para un coche no tenía.

Paciencia.

Subió la cuesta despacito. Camino al pobre hotel de la calle 25 de Mayo, al lejano poblado pampeano, al olvido. ¿A la nada?

Después de la partida del Oriental, la vida de Fabián siguió igual. Se pasaba los días sentado a la puerta de su casa, mirando, perdido en sus pensamientos. Él, siempre tan elegante y a la última moda, había adquirido una propensión casi maniática por la pulcritud: el pelo arreglado, la barba impecable, las manos cuidadísimas. Era como si su atildamiento personal, que no le demandaba dinero sino simplemente tiempo y aplicación, constituyera el último reducto de una personalidad que así expresaba su casta. Inmóvil, sentado en su sillón de paja, debajo del viejo paraíso miraba, hacia afuera, la extensión de la pampa hacia un lado, las vecinas casas del poblado por el otro. En silencio, durante horas, como si el tiempo no contara, a veces un libro en la mano, o los diarios de la semana. Luego bajaba al pueblo para echar un parrafito con algún circunstancial poblador. Como para no olvidarse de hablar.

Así, siempre sobrado de recuerdos y escaso de presente, un día su vida pareció dar un giro más. Si hasta entonces, en algún recodo de su corazón, y quizá al amparo de las distorsiones de su memoria, había pensado que en su vida algo podía cambiar, después de sus largos diálogos con el amigo comprendió que todo estaba concluido. La vida le había hecho un corte de manga y él, señor capaz de aceptar su destino, había dicho amén.

En eso estaba, les decía. Pero entonces fue cuando apareció Luisa. Apareció un día en que finaba el invierno, apuntaba la primavera y él había salido un poco para estirar las piernas, y otro poco para darle a la sin hueso con alguien más que con su perro. Se llegó hasta el boliche del cual ya he hablado y, solitario como siempre, tomaba su caña, al atardecer. Era escenario amable, aunque paupérrimo, oscurecido por la hora. Al fondo el

billar, el mostrador pintado de rojo, las estanterías bastante surtidas, el piso de ladrillos recién refrescados, y esa media docena de mesitas con sus correspondientes sillas de paja. En pocos instantes más se llenaría de pobladores.

A Luisa la vio como ya les dije que era al comenzar esta historia: morocha de tez, de ojos oscuros iluminados por puntitos dorados, pelo largo y alborotado semejante a una ráfaga oscura llevada por el viento, rostro agraciado por dos estimulantes hoyuelos y una risa cascabelera que iluminaba a cualquiera puesto a tiro. Así era Luisa.

La muchacha había ido en busca de algunas mercaderías y, mientras el dueño las preparaba, conversaba con él. Fabián, perdido en sus ensoñaciones como estaba, para nada les prestaba atención. De pronto, sintió cómo en el espacio irrumpía esa risa cascabelera. Miró y entonces la vio: vestidito de percal y silueta juvenil, con algo de agreste y quizá de dejadez pueblerina, pero con la airosa frescura de los pocos años, la cabeza echada hacia atrás, a consecuencia de la carcajada que había llegado hasta Fabián. Mientras reía, la muchacha tendía las manos hacia el envoltorio que don Joaquín le entregaba, y enseguida enfilaba hacia la puerta con hasta mañana y muchas gracias.

Al pasar frente a Fabián hizo un leve saludo con la cabeza al señor solitario. Y se fue, dando un portazo.

Fabián llamó a don Joaquín. Don Joaquín, gordo y retacón, tenía encendidos mofletes ornando sus bigotes, era amable y bastante sucio. Aunque tenía dientes de mastín, resultaba una paloma.

-¿Quién es? -le preguntó como quien ordena, porque hay hábitos que cuesta desarticular en uno.

-Es la hija de una vecina, viuda la pobre.

-Y ella ¿qué hace? -preguntó con displicencia, como que no iba mucho en la pregunta, con el vaso detenido a medio camino entre sus labios y la mesa.

-Hace trabajos de limpieza en algunas casas. Lo que venga. Hoy aquí, mañana allá. No es en este lugar donde se pueda encontrar fácilmente

trabajo.

Fabián pensó un instante. Don Joaquín supo enseguida el resultado de su pensamiento.

-Tal vez podría venir para limpiar mi casa, y atender la comida, ¿no le parece, don?

-Tal vez, Conde. Cuestión de preguntarle, nomás. Pero le advierto: es medio cardo, la Luisa.

El Conde se-queadó sin saber qué era eso de medio cardo. Pero don Joaquín le preguntó a Luisa. Y como Luisa dijo que sí, pronto empezó a trabajar en casa del Conde del Castaño.

La casa desde entonces dejó de tener ese olor a intemperie que parecía imperar en ella.

Al poco tiempo Fabián se dio cuenta de que si su corazón no se alborotaba cuando la veía llegar a la Luisa, sí descubría cómo su carne se iba despertando. Ya conocía esos síntomas: si los habría sentido de veces. Eran los del deseo. Y fue como ya les dije al comienzo: un día la pellizcó en el trasero, y otro la arrinconó en la cocina y al fin un atardecer le ordenó: esta noche te espero. Y la Luisa fue. Y se metió en su cama.

Desde que Luisa se metió en su cama, Fabián pasó las noches de muchos meses más dado a tareas concernientes al entretenimiento carnal que a la normal empresa del sueño. Pocas de las damas o loretas que habían pasado por sus lujosas alcobas le habían dado gustazo grande como esa chinita en el triste dormitorio de su casa campesina. El, por cierto, recordaba a más de una, aparte de Catalina de Henestrosa, su esposa, la Condesa que tanta felicidad le otorgó y por tan poco tiempo. Tenía muy presente a aquella diva que, en París, solía esperarlo en el Ritz, tirada en un canapé, la boquilla en los labios, la habitación llena de humo y de sonrisas. Y a la circaciana del circo que le enviaba besitos con la punta de los dedos antes de entrar en el aro de fuego que atravesaba sonriendo, mientras él aguardaba con el corazón en vilo. Aguardaba en su palacio del Retiro, que saliera del arco de fuego y le diera los besitos prometidos, después de la

función. Y recordaba aquella gitana que encontró en los Balcanes, en medio de la guerra, en el improvisado refugio de una casona abandonada entre centellantes llamas de fuego que devoraban, en la lejanía, media ciudad. Hacía mucho frío, ella tenía una manta, lo llamó, ven, que caben dos, él fue, por la manta y por ella, porque en medio de tanta muerte, separado de los suyos y de la realidad, iba a ser bueno sentir la vida, de nuevo. Y se comieron a besos y fueron felices, y se durmieron, porque el amor siempre trae cansancio y a veces más que la guerra. Cuando despertaron él miró el desolado paisaje y dijo, qué desastre. Y ella, me cago en estos turcos de mierda. Y entonces la gitana se fue a buscar a los suyos y él a rastrear a La Enriqueta.

Sí: le iba bien con la Luisa.

Pero él ya no era el de antes.

Con todo, así seguían los días. Dolce far niente.

Fabián recordaba el caso de cierto músico de la corte de Luis XIV. Dirigía su batuta, con alma y vida, convocando a sus músicos con un bastón, punteando fuertemente en el suelo. En una ocasión, en lugar de asentar el susodicho bastón dónde correspondía, lo ubicó desafortunada y desafortunadamente en su pie. ¿Quién había sido? No lo recordaba, aunque sí tenía presente el curso seguido por los acontecimientos en el mentado hecho. A saber: el director de marras se agujereó el pie, el pie se infectó, el pie se gangregó, hubo que cortar el pie. Pero ya era tarde. El músico murió. Miren ustedes qué desgracia. Cuando escuchó la anécdota que alguien le contó en el estreno de Tanhauser, en París, Fabián dijo:

-Un mártir del fervor musical.

Qué lejos estaba de imaginar que a él podía pasarle algo parecido.

Pero veamos qué.

Una serena mañana Fabián estaba en el jardín. Podaba sus rosales. Para que las rosas crecieran lozanas, punteaba la tierra con un azadón, plaf-plaf. Fabián estaba contento: la Luisa de veras alegraba su vida, ya no había



desorden ni en su casa ni en su cuerpo ni en su ánimo. Un golpe con la azada en la tierra y un silbido desde el alma para demostrar dos cosas: que no era un inútil y que estaba feliz. Un golpe con la azada y un silbido; golpe va, silbido viene, golpe va, silbido viene, azada abajo, silbido arriba, azada abajo, silbido arriba... hasta que de pronto ¿qué confusión? ¿qué cambio en el ritmo? ¿Qué...? ¿Qué pasó...?

El silbido fue donde debía ir, arriba, al aire. La azada desvió su camino. En lugar de la tierra, fue a dar al pie. Al pie de Fabián.

Fue el comienzo de un largo martirio.

La gangrena no perdona, al menos si no es a costa de grandes sacrificios.

Aquella mañana, en el Hospital Español, los médicos, después de revisarlo y volverlo a revisar y consultarse entre ellos, y mover la cabeza, lo dejaron ir, acompañado por la monjita que lo había tomado a su cargo. El director reclutó a todos los médicos del Hospital, especialistas o no, para estudiar el caso: al fin y al cabo se trataba de un Gómez y Anchorena, que de yapa era Conde, aunque estuviera en las últimas. Después de intercambiar ideas y cruzar pareceres y traer libros y repetir teorías, se acercaron a su cama, que era la tercera viniendo de la puerta y estaba al lado de un joven recién operado y de un viejo que no terminaba de morir, razón por la cual le había hecho pasar casi toda la semana en vela. Se acercaron, volvieron a saludarlo, cruzaron entre ellos miradas, como diciendo quién habla, hasta que uno pareció tomar el toro por las astas y, decidido, arremetió:

-Señor Gómez y Anchorena, tenemos que decirle que el diagnóstico es muy serio. La infección está muy avanzada, la gangrena ha tomado toda la pierna. Después de muchas consultas hemos llegado a la conclusión de que hay un solo modo de salvar su vida. Es... -titubeó el doctor, carraspeó un poco, lo miró a los ojos-. El único modo es amputar la pierna.

Fabián le devolvió la mirada.

-Esto ya lo viví -se dijo. Y a ellos-: Hagan lo que deban hacer.

Ah, Catalina.

A Fabián le cortaron la pierna. La izquierda. Lo operaron en el Hospital Español. Era 1900.

-Comienzo el nuevo siglo con un año más y una pierna menos -reflexionó.

Después se lo dijo a Monseñor Terrero.

Monseñor Terrero era conocido de los Anchorena. Había sido muy amigo de doña Estanislada, y la piadosa señora lo ayudaba en sus obras de beneficencia y le transmitía sus dudas y problemas espirituales. Una mañana fue al Hospital Español para bendecir ciertas nuevas instalaciones. Después recorrió las salas. Una, otra, otra. Conversó con algunos enfermos, bendijo a todos, entregó medallitas y consejos. Después fue a la sala de hombres, en la que estaban los recién operados o de mayor cuidado. En la cama de un rincón vio a un hombre pálido, de gesto severo y algo altivo. Una barba cuidada recortaba su rostro y los ojos muy negros se posaron en él con cierta indiferencia y volvieron a cerrarse, como negándose a conversar. Monseñor Terrero se acercó, fue a saludarlo pero, cuando lo vio así no quiso molestarlo. Es la sala de enfermos de cuidado, recordó. Cuando ya se iba, el director del Hospital lo detuvo.

-Monseñor, ¿sabe quién está en este Hospital?

-Pues si no me lo dice.

-Alguien a quien sin duda conoció de jovencito. Porque usted era muy amigo de los Anchorena, al menos de la difunta Estanislada ¿no?

-Sí, sigo siendo amigo de la familia. Pero ¿quién está aquí, que no me he enterado?

-Pues nada menos que Fabián Gómez, el Conde del Castaño.

-¿Fabián...?

Todos quedaron en silencio. Vaya si conocían las mentas de Fabián Gómez y Anchorena. Pero ien el hospital!

-Sí... Acaban de amputarle una pierna.

Monseñor Terrero fue a visitarlo. Lo encontró sentado en la cama, viviendo ese tiempo sin orillas de los enfermos que pasan muchos meses siguiendo las alternativas de una enfermedad larga y una convalecencia indecisa.

Quedó impresionado por la tranquilidad del enfermo y por la manera con que aceptaba su destino, no sólo en cuanto a esa terrible operación, sino con respecto a todo lo que le estaba pasando. Pero algo más impresionó al sacerdote: la convicción que tenía Fabián de que su familia se había quedado con parte de su herencia.

-¿De veras usted cree que ha sido así?

-Estoy seguro, Monseñor. Créame que es casi el único dolor que tengo. El de sentirme objeto de tamaña injusticia por parte de mi propia familia.

Monseñor Terrero se fue sin decir nada. Pero pensó: veré si puedo hacer algo.

Fabián regresó después de varios meses de permanencia en el Hospital. Encontró que Luisa había cuidado de su casa y parecía dispuesta a seguir acompañándolo, aunque se la veía impresionada por esa falta de pierna. Pero Fabián, aunque había perdido una extremidad, para nada había perdido su compostura ni, podría decirse, su elegancia. Fue por entonces cuando apareció la noticia de su muerte en el diario La Nación. Y fue entonces cuando

mandó la atenta desmentida de su defunción. Aquella tarde, el paisano que oficiaba de cartero no había terminado de perderse en el horizonte, y la Luisa no había concluido de insinuarle, entre, señor, que ya comienza a refrescar y puede caerle mal este airecito, cuando ya Fabián se sentaba a la mesa que le servía como escritorio y se ponía a escribir al Señor Director de La Nación, muy señor mío y de mi mayor consideración:

En el número de hoy de su apreciable periódico, veo anunciado mi fallecimiento; gracias a Dios en este momento gozo de perfecta salud, no teniendo ninguna enfermedad crónica ni pasajera, lo que no obsta para que

le agradezca sinceramente los para mi halagüeños conceptos de mi anticipada necrología.

Nunca me he creído acreedor a tanto, no habiendo ocupado puestos públicos ni contraído méritos suficientes que motiven ese honor; pero es el caso que con los parientes con que aquí me honro, tengo allende los mares deudos a quienes quiero y que sentirán, a no dudarlo, mi desgracia, tanto más si transmitida en esa forma.

Por eso vengo a rogarle tenga a bien rectificarla, para así evitar disgustos a los que tanto quiero ya que no me es dado hacer otro tanto conmigo mismo.

Pidiéndole dispense tanta molestia aprovecha la oportunidad para ofrecerse de Ud. atto. y S. S. Fabián Gómez del Castaño y Anchorena.

En esos días, a consecuencia de los buenos oficios de Monseñor Terrero, la familia de Fabián decidió entregarle una pensión.

Una semana antes de que le dieran el alta, cayó al Hospital una dama, madre de su primo, Aarón. Ambos, hijo y mamá, acababan de regresar de Europa, donde habían residido largo tiempo. Cuando se enteraron, por Monseñor Terrero, de la situación del pariente, conmovidos, y como no habían estado en medio de la fogarada del litigio, y como ya había muerto el tío Juan, decidieron tener un gesto caritativo: pasarle una mensualidad. La tía no agregó lo demás: cómo, en París, una tarde en el Ritz, fue presentada a una condesa. Y cómo la señora condesa, cuando escuchó su apellido, se acordó del Conde del Castaño, y cantó loas a la inteligencia y a la caballerosidad del joven, y dijo qué fiestas espléndidas había dado ese mozo rioplatense, en su palacio y en aquel yate, ¿cómo era que se llamaba el yate? Ah, Enriqueta, y cómo está ahora, supe que se había marchado a América, era muy rico, muy poderoso y se lo extrañó tanto al conde, ¿no volverá, madame?

Fabián, aunque estaba en la cama, se las arregló para tomar la mano de su tía, besarla ceremoniosamente como en los buenos tiempos, mientras le

decía, sin afectación pero muy convencido.

-Acepto, urgido por las circunstancias. Pero acepto su generosa ayuda, tía, en nombre de la justicia. Esta pensión la recibo como devolución por la herencia de mis abuelos.

¿Puede alguien agregar algo frente al lecho de un lisiado que ha perdido todo? No Aarón ni su madre.

Se saludaron, se fueron.

Los tres eran Anchorena.

Por cierto, con esa ayudita, Fabián pudo en algo levantar cabeza. Pero las cosas no se dan siempre parejas. Un día Fabián vio cómo las miradas de Luisa y el capataz de una estanzuela vecina que solía acercarse para conversar con él, se cruzaban con algo más que trato de buena vecindad. Llamó a Luisa y le preguntó si no se había cansado de él. Ella le dijo que no. Después le preguntó si no había alguien que le gustara más que él. Luisa se puso colorada y le dijo que no. Después, directamente, le averiguó qué pasaba entre ella y el capataz de la estanzuela vecina. Luisa se puso a llorar.

-Prefiero estar solo antes que estar acompañado pero ser cornudo - reflexionó.

Al otro día Luisa se fue. Al fin y al cabo era de esas mujeres sensatas que prefieren un marido más joven y con trabajo antes que a un viejo aristócrata sin futuro aunque lleno de recuerdos.

Así terminó la historia de su pasión argentina. Cuando se fue, Fabián la acompañó hasta la puerta, puso en sus manos toda la pensión entregada por la familia, que había recibido ese día junto con la correspondencia.

La muchacha se resistió a recibir el dinero.

-No señor, qué le va a quedar a usted para este mes -le contestó una llorosa Luisa que, después de tanto tiempo, seguía llamándolo señor.

-Me arreglaré, Luisa, me queda algo del mes anterior. Y a vos te servirá para el ajuar -tuvo fuerza para una ironía. La besó en la mejilla: en verdad, la estaba despidiendo como a una hija-. Llévate. Y créeme que lamento no

tener más para hacerte el regalo de bodas que te mereces, pero vos lo sabes, mis bolsillos están muy livianos.

Sonrió, sin duda recordando los magníficos obsequios que había sabido distribuir con ocasión o sin ella, mientras escuchaba a la muchacha que entre lloros le decía: le diré a don Joaquín que le mande la provista para el mes, señor, no se preocupe, y cuando quiera que le dé una mano, llámeme nomás, señor, para la limpieza o para lo que sea. Fabián mantuvo a raya tanto ofrecimiento, le dijo suerte, volvió a besar su mejilla, se fue por la galería que rodeaba su casa, taconeando firme con un pie, y más fuerte aún con la punta de su muleta. Ya había aprendido a manejarla.

Cuando entró a la casa y se vio sólita su alma, Fabián pensó ¿y ahora qué? Pero ya se había acostumbrado a no amasijarse por demás. Tomó los diarios de la mañana que no había leído aún. Desplegó La Nación. Entonces se sobresaltó: una noticia inesperada, en grandes titulares, aparecía en la primera página: Leandro N. Alem se suicidó.

Sobre el empedrado rezongan las ruedas del coche y los goznes de la carrocería se quejan, chac-chac, y el cochero marcha sin prestar atención al recorrido que hace, que es recorrido habitual porque casi todas las noches lleva al doctor desde la casa de la calle Cuyo en la cual vive, a ese edificio de Perú donde está el Club del Progreso del cual es habitué. El doctor ha sido diputado y es un hombre importantísimo y el cochero está orgulloso de servirlo. El doctor es Leandro N. Alem y esa tarde, a eso de las nueve de la noche, lo llamó muy apurado: rápido al Club del Progreso, le dijo. Ya están llegando, ya llegan. El portero del Club, veterano en esos menesteres, deja la puerta que custodia y baja para abrir la portezuela. También desciende del pescante el cochero. Cuando la puerta del coche es abierta ambos, al unísono, lanzan un grito: sobre el asiento, las blancas barbas teñidas de sangre, vestido de negro, como para ir a un encuentro de etiqueta, envuelto en su poncho de vicuña, un revólver en la mano, está el cuerpo sin vida de don Leandro. El reloj de la cercana iglesia de San Ignacio ha dado la hora. La media hora de las diez de la noche.

Los socios del Club del Progreso se aglomeran, entran el cuerpo inmóvil, lo depositan sobre una mesa, en medio de exclamaciones de sorpresa, gritos, frases incoherentes. De pronto irrumpen Pancho Barroetaveña: esto es un crimen, lo mataron, no se puede haber suicidado, dice acongojado. Pero ya llega el médico, ya la policía, revisan sus ropas: en un bolsillo hay una esquela:

Amigos, perdónenme el mal rato, pero he querido que mi cadáver caiga en manos amigas y no en manos extrañas en la calle o en cualquier otra parte.

Después se supo lo demás. El doctor Alem estaba enfermo, el doctor Alem estaba deprimido, el doctor Alem decía me rompo pero no me doblo. Esa mañana muchos de sus amigos habían recibido una esquelita:

Ruégale haga un esfuerzo y venga un momento mañana a mi casa de cinco y media a seis de la tarde. Tengo que decirle algo muy urgente. No venga antes de esa hora porque no me encontrará.

Conversan, platican, se separan en grupos. Están haciendo tiempo ¿para qué? Para que llegue alguien que sólo puede hacerlo más tarde. Como el ausente tarda, Alem los deja en libertad hasta la nueve. A esa hora se reunirán nuevamente: pero no dejen de venir, por favor. A las nueve, cuando ya están todos, les anuncia: debe salir un momento a recoger un dato importante. Perdón, espérenme. Recoge su sombrero, llama el coche, se va. Los demás quedan esperando. Cuando regresa, lo traen. Lo traen muerto. El doctor Alem se ha matado. Dicen que se iba a suicidar en una salita contigua a aquella en que estaban reunidos sus invitados. Pero que, al dirigirse allí, la encontró ocupada. Rápidamente, entonces, optó por su otra casa, el Club del Progreso. Andaba deprimido. Estaba enfermo. Sus utopías no se habían cumplido. Alguien recordó una de sus vidalitas:

En el monte gime  
vidalita

gime la torcaz,  
porque vive errante  
vidalita  
en la soledad.  
Así nuestras almas  
vidalita  
vuelan con afán  
tras tiernos ideales  
vidalita  
que no ven llegar.

Una multitud lo lloró en su entierro. Era el caudillo de los orilleros, de las multitudes mestizas a quienes entendía porque había sido pobre y marginado. Se había hecho de una posición como abogado, pero no olvidaba a los oprimidos por el régimen. Había sido el cantor de Balvanera y de otras parroquias. Había sido esperanza de los jóvenes y quizá de un país.

El Conde del Castaño imaginó la muerte del hombre que una tarde vislumbró en el Jardín de Florida. Qué pena. Qué pena para el país, se dijo. Fabián recordó uno de sus versos

Triste es, muy triste en desdichado día,  
llorar del alma la esperanza rota...

En eso llamaron a la puerta. Era el muchacho que ayudaba a don Joaquín, el bolichero. Traía una canasta con mercaderías para todo el mes. Lo prometido por Luisa.



## CAPÍTULO 18

### Primer Centenario y tercera boda

Hasta entonces Fabián Gómez y Anchorena, Conde del Castaño, había vivido en las orillas de la Pampa, en ese lugar arrinconado del mundo, General Piran, con la vida reglé comme de papier á musique, pautada como un pentagrama. Pero entonces vino el viraje.

Con el Centenario, llegó.

Para quienes no lo saben o no lo recuerdan, les cuento que se llamó así, el Centenario, al año 1910, cuando se cumplieron los cien años de la Revolución de Mayo, momento inicial de la liberación de los pueblos rioplatenses. Un país que cumple cien años es un país en serio, reflexionaron los políticos y también los politólogos (aunque todavía no se llamaban así) y semejante cumpleaños debía festejarse en serio. Un país que cumple cien años es un país con todo. Este tenía vacas, trigo, políticos, pasado. Tenía también esperanzas, y tal vez eso era lo mejor que tenía.

Después de la Revolución del noventa y del consiguiente cambio, el país estaba progresando más en su mentalidad que en la eficacia de los gobiernos. Todo parecía bajo control, razón por la cual los argentinos decidieron tirar la casa por la ventana en los festejos. En verdad, eran tiempos de prosperidad. En las escuelas se enseñaba que la Argentina era el frigorífico y el granero del mundo, porque carnes y cereales de estas tierras se repartían por todo el universo; aunque tal vez no era para tanto. Habían aparecido escritores brillantes, se creían consolidadas las libertades democráticas, aunque recién la Ley Sáenz Peña hacía sus pininos

y, pese a que subsistían grandes diferencias sociales, una llamada clase media, burguesía trabajadora, profesional, ponía el equilibrio en un Estado que, por suerte, gozaba de movilidad social. El inmigrante soñaba con m'hijo el dolor. Y mi hijo el doctor, llegaba.

Cierto intendente creativo de la ciudad de Buenos Aires abrió avenidas y construyó paseos. Algunas no servían para nada, otras sumaban belleza, las menos eran útiles. El Colón, ya inaugurado en el viejo Hueco de la Ánimas, que ayer nomás olía a caballo muerto y porquerías, era una belleza. Se había convertido en uno de los teatros más importantes del mundo, donde venían cantores famosos (aunque eso más o menos siempre había ocurrido) y en sus fastuosos ambientes las bellas damiselas porteñas lucían que ni les cuento. Claro que la mayoría quedaba afuera. Como siempre.

Por lo demás, las grandes fortunas, cada vez más poderosas por sus caudales, pero también más escasas por su cantidad, hacían de determinados sitios de la ciudad una réplica de París: se iniciaba requetebién el nuevo siglo. Antes de que fuera inventada la clonación, los porteños finiseculares la estaban intentando, sin saber qué mierda llegaría a ser.

Hasta el reducto pampeano de Fabián llegaron noticias de los preparativos consignados por los viajeros y comerciantes que circulaban por allí, aunque escasa y lentamente. Y por los diarios, que llegaban atrasados, pero llegaban. Todavía no eran el Cuarto Poder pero servían. Cierta mañana Fabián llegó al almacén por algunas compras y para mover las piernas; mejor dicho, para movilizar en ese mísero footing medicinal la única que le quedaba del parcito primitivo. Porque Fabián hacía la caminata por consejo del médico. En el Hospital Español, donde cada tanto iba, le decía siempre: no se me quede quieto, don Fabián, sería peligroso, tiene que moverse.

Desde que Luisa se había ido, se las arreglaba con la ayuda de un muchachito que él llamaba mi valet y que, en verdad, era un peoncito que le daba más trabajo que satisfacciones. Pero Fabián estaba dispuesto a ayudarse con él (y ayudarlo), porque reunía dos condiciones que admiraba,

inteligencia y humor. Y porque su madre se lo había encarecido. La madre tenía seis hijos y en esa familia no había marido.

Pues bien, esa mañana le acercaron los diarios y él se puso a leerlos allí, en el almacén, cerca del brasero que don Joaquín había prendido para caldear el ambiente, porque hacía un frío de aquéllos. Como se cansaba enseguida por eso de andar con muletas, prefirió permanecer leyendo allí, en el boliche, al resguardo y amparado por el calorcito, antes de regresar a su casa, despacito, como él decía, toc-toc las muletas sobre las desparejas veredas, por el camino de tierra, en la galería de su casa.

No bien abrió el diario, un titular atrajo notoriamente su atención: Para los festejos del Centenario, llega la Infanta Isabel de Borbón.

No se cayó de culo porque estaba sentado, pero lanzó flor de exclamación. No lo podía creer. Le dio un ataque de tos, no se sabrá si por la ginebra que se mandó de un saque o por la emoción. Don Joaquín, con quien, en verdad, en esos años había si no intimado, sí adquirido una relación dotada de cierta camaradería, se acercó presuroso:

-Señor Conde, ¿qué le pasa? Pero ¿qué ha leído usted, que me lo puso al borde de un soponcio?

-Pues que viene Isabel de Borbón -dijo lentamente, mirando no los mofletes de don Joaquín, sino la brumosa lejanía del horizonte, a través de la vidriada ventana del boliche, turbia por las muchas suciedades de moscas.

-¿Y quién es esa señora Isabel de Borbón, si usted me permite? ¿La conoce usted, señor Conde?

Fabián fue a decirle icómo no la voy a conocer! Pero se limitó a contestarle:

-Es la hermana del Rey Alfonso XII. Es la tía de Alfonso XIII.

Cuando Fabián reparó en la llegada de la querida hermana de su amigo Alfonso, pensó que estaba delirando. Sólo en sueños le podía caber ventura semejante. Con su acelerada tendencia para la fabulación, los días que siguieron a la novedad fueron de mucha excitación. Hizo y deshizo castillos en el aire, fue de Goya a Magoya: que la vería a la Augusta Dama,

que recordarían y vaya cómo, días pasados; que a ambos se les humedecerían los ojos al evocar a Alfonso y, quién sabe, por ahí Isabel, salerosa siempre, le volvería a decir como en alguna otra ocasión: ay, majó, qué problema no tener dos bocas para poder contarle todo lo que tengo para contarle.

Esa noche, en su solitaria cama de fierro, dio vueltas y vueltas. No pudo ni dormir ni quedarse quieto. Pero la pasó divinamente reviviendo sus noticias del imperio. Si alguien hubiera pasado por el camino vecinal, solitario a esas horas de la madrugada (en verdad, a cualquier hora del día), se habría asombrado de ver una luz encendida, cierta sombra cruzando una vez y otra vez por las habitaciones, saliendo a la galería, asomándose a la noche. Era Fabián. Correteando por los recuerdos de aquella venturosa amistad con los Borbones de su juventud.

Fabián recordaba: la había conocido a Isabel, grácil y jovencísima, reciente viuda, en el Palacio de Castilla. La vida de la Infanta había sido desgraciada y así se lo comentó su amigo Alfonso en los comienzos de la amistad. Según parece, sucedió un hecho desairado no bien nació esta Princesa de Asturias (título que le valía la posibilidad de convertirse algún día en Isabel III si no aparecían otros herederos que le hicieran un corte de manga). Y fue el siguiente: cuando la Reina, según lo requería la tradición, fue a presentar a la recién nacida a la Virgen de Atocha, un enemigo de la monarquía que vestía sotana y tenía escondido un puñal, arremetió contra el orden y la reina: un empujón y izas! el filoso acero asesino se introdujo en el... corsé de la Reina. Isabel se salvó del puñal, aunque no del susto, en tanto, un oficial puso en resguardo a la criatura al tomarla en sus brazos como quien toma un pañuelo. A los guardias, por su parte, les tocó el trabajo sucio: apresar al guacho que quiso hacer lo que no pudo hacer y, rápidamente, enviarlo al otro mundo. Al oficial, ipso facto, Isabel II lo hizo Marqués, con un rotundo: Manolo, que te lo mereces.

Se decía que esta niña no era hija de Francisco, el Rey Consorte, sino de un elegante capitán de apellido Arana, por lo cual, como ya creo haberles

informado, de entrada nomás la llamaron la Araneja. Papel mojado, entonces, lo estampado en las actas correspondientes por las cuales se informaba a la posteridad que Isabel, Princesa de Asturias, era la primogénita del rey Consorte, Francisco.

A Isabel, con apenas diecisiete abriles, por enredados acuerdos políticos, la matrimoniaron con un hombre que nunca había visto, Cayetano Borbón de las Dos Sicilias, duque de Girgenti. Desde el vamos, es decir, desde el casorio, las cosas no anduvieron bien para la pareja. Por más que vítores y aplausos dejaron sordo a todo el cortejo el día de la celebración, a los cuatro meses vino el levantamiento del puente de Alcolea, y izas! por tierra Trono y mamá Isabel II. Fue cuando nació la copla que ya les comenté:

En el puente de Alcolea  
la batalla ganó Prim  
Etcétera.

Dicen que en la batalla, arrebatado de valor, el de Girgenti, novel yerno, en medio del fragor de la artillería y las quejas de los heridos, gritaba entusiastas y repetidos: ¡Viva mi suegra! Caso probablemente único. El de semejante ardor político filial, digo.

El final del matrimonio fue rápido y trágico: Grigenti tenía una enfermedad congénita, y la pobre Isabel convertida en su enfermera devino viuda muy pronto. Una mañana, Grigenti aprovechó que Isabel había salido a hacer unos mandados para tirarse un tiro en la propia cabeza, mediante trámite personal. Viuda a los diecinueve años, y sin ganas de casarse después de experiencia matrimonial tan traumática, Isabelita volvió con mamá y los hermanos, no ya a Madrid sino a París, donde la República los había desplazado. Y allí se dedicó a trabajar para el trono de Alfonso. Y a mandonear a las hermanas menores, a las que hizo siempre víctimas de una severa etiqueta palatina. A su entender, eso no estaba mal: después de los desarreglos de todo orden de su madre, Isabel pensaba que venía bien ajustar las clavijas a la familia.

-Hermano, ser rey es una profesión que no permite errores -le decía a Alfonso. La había nombrado su dama en la corte, porque si bien él había vuelto al trono, a la ex reina Isabel no le habían dado calce.

Cumplió tal condición hasta que aparecieron las dos reinas sucesivas. Primero la dulce Mercedes; después María Cristina, la austríaca, futura madre de Alfonso XIII. Como decía el Rey, a Isabel la tengo siempre a mano. Parecía un boy scout, aunque todavía los boy scouts no existían.

Estas cosas le contaba Fabián a don Joaquín y a los paisanos de la pulpería, en los atardeceres previos a la llegada de la real dama, mientras gustaban sucesivas copitas de ginebra, cerca del fuego que prendía el dueño para atemperar el frío, bravo en ese mayo pampeano. El surtido de caras atentas y, a cierta hora más bien perdidas en nieblas alcohólicas, era precioso. La gente paraba la oreja para escuchar detalles y chismes, porque de reyes, ni mu. Y querían asomarse de algún modo a la vida de esa princesa que venía, como la guinda al postre, para engalanar las fiestas del Centenario. Por eso la voz del Conde, pausada y de vasto registro, piquito de oro para esas habladurías, se elevaba transmitiendo chismes de la vida en el Palacio de Castilla, primero, cuando la había conocido, joven y hermosa, y después de la Restauración, en el palacio Real de Madrid, donde la princesa se había hecho tan popular. Por su generosidad. Y por un cierto estilo de madrileña castiza y hasta achulapada, que la hacían habitué de verbenas y romerías y jolgorios, de churros y toros. Le decían la Chata pues, faltaba más

la infanta, por popular  
como el que más, tiene su alias.

Tomando un sorbo de ginebra tras otro, Fabián les contaba cómo, hasta en algún romance se cantaron sus loas. Y para que le creyeran hasta largó algunos versos, como éstos:

La corrida se desliza

bien... y mal... una de tantas.  
Doña Isabel de Barbón  
tras de la regia baranda  
bulle, ríe, palmoteo.  
y hasta jalea en voz baja;  
y rompiendo el protocolo  
más de un iole! se le escapa  
con el acento chispero  
que suspira en su garganta.

y todos escuchaban, y hasta moqueaban porque esa historia, carajo, también tenía ver con ellos, pues por algo España es la madre patria ¿no? Y porque allí había muchos españoles, y otros que, aunque mixturados con criollos y con indios, no dejaban, faltaba más, de sentir en sus venas la sangre peninsular que entendían, más que según sus oídos, de acuerdo a sus entendederas. Además Fabián, llevado en alas de su memoria, pasaba de una cosa a otra, como esos pájaros que al atardecer se enloquecen buscando el lugar de su acomodo y van de esta rama a aquélla y de un árbol al de más allá. Pero si algo no decía, si ocultaba con cuidado alguna cosa, era su deseo más escondido: que se moría de ganas por volver a ver a la Infanta. Pero ni siquiera se animaba a pensarlo mucho. Cuando concluía su relato del día, era como si despertara de un sueño, o de una larga estación en otro tiempo, o quizá en geografía diversa. Porque, Santa Madre de Dios, ¿dónde estaba él? ¿Allá? ¿Acá? Entonces, al despertar, digo, sacudía la cabeza, se restregaba los ojos, bueno, basta por hoy, se hace ya tarde, empinaba el último trago de su ginebra, tomaba sus muletas, y comenzaba su toc-toc por las malas veredas, los caminitos irregulares, la soledad de aquella galería que abrazaba las de su casa con tejas y algarrobo y madreselvas. A veces algún vecino que tenía su sulky le decía, vamos, señor Conde, lo llevo. Y Fabián subía y esa noche se ahorra el largo trajinar y los monótonos toc-toc.

Un atardecer en que el día se hacía noche, en eso estaban los contertulios de don Joaquín, de lechachara, cuando la puerta se abrió para dar paso a cierto forastero. Buenas, dijo, y todos contestaron buenas. Menos Fabián, que su voz dejó colgada en el aire.

-Prosiga, Conde.

Pero él siguió mudo.

-¿Por...? -preguntó alguno.

-Pues porque éstas son cosas para decirse en familia. Y no para gente de afuera.

Alguno dijo:

-¿Pajueranos? Caca de vaca.

Todos entendieron. Algunos pescaron la onda: el Conde ya era uno de ellos. Y porque era uno de ellos, y porque en los ojos del señor Conde descubrieron las ganas que tenía de darse una vuelta por la Capital con eso del Centenario y la llegada de la Infanta Isabel, decidieron ayudarlo para hacer realidad de sus deseos. Unas mujeres pusieron en orden su ropa, y alguno buscó el pasaje, y otro aprontó el vehículo para el traslado y cómo va a ir solo, con sus muletas a cuestas, y entenderse en el tremendo gentío que se va a juntar cuando llegue la Borbón?

Primero decidieron:

-Alguien tiene que acompañarlo.

Decidieron, en seguida:

-Que lo acompañe doña Victoria Ponce, viuda de buen nombre y no mala presencia, con tiempo disponible porque está sola.

La verdad que se les fue la mano, de puro generosos que eran. Pero la señora estuvo de acuerdo en acompañar al Conde. Fabián, por el contrario, no resultó muy complacido. Mira a quién me eligieron por compañía, pensó en cuantito la vio. En verdad, le hubiera interesado alguna hembra más parecida a la Luisa de los primeros tiempos pampeanos. Hasta pensó: ésta es una guachada de don Joaquín. Pero casi en seguida cambió de opinión. La señora Victoria era una cuarentona delgada y morena, de fácil sonrisa y



físico para nada desagradable. Parecía despabilada, y eso le cayó bien. Su piel, sin duda resplandeciente en otro tiempo, por entonces estaba levemente marchita y en algunas partes colgaba como descorazonada. Esto, con algunos kilos de más, se arregla, pensó Fabián. Penurias de la vida, sin duda, le han tocado a la señora Victoria. No era la Luisa, claro. Pero a medida que uno envejece, siguió pensando Fabián, resulta más cómoda la compañía de la gente grande. Los jóvenes (las jóvenes, sobre todo), excitan pero también perturban. Te obligan a pensar en el porvenir, en esas cosas del futuro, para uno tan problemáticas. Por el contrario, las personas de la edad de uno te permiten mirar el pasado, recogerte en ese espacio sedante de lo que ya fue. Y aunque esta señora era mucho menor que él, pertenecía a la categoría de "persona grande". Con ella podía quedarse largo tiempo en silencio, como si los dos fueran mudos. A veces eso era lindo. Fabián recordó una muy aristocrática dama escritora que en Londres le había dicho, en aquel fin de semana en el Castillo de Windsor donde, por la noche, cada cual había desaparecido con su cada quien:

-Tengo un personaje en una de mis novelas que dice: Es terrible tener veinte años. Es tan malo como enfrentarse con la necesidad de correr en la pista del Gran Premio Nacional. Uno sabe que, casi con seguridad, va a caer en el Arroyo de la Competencia y quebrarse la pierna saltando el Cerco de la Desilusión, va a tropezar con la Alambrada de la Intriga y, con toda seguridad, fracasar ante el Obstáculo del Amor. Cuando uno es viejo, se puede tender a descansar como el jinete lo hace a la tarde, después de la carrera, y decir: Bueno, en esa pista no tendré que correr nunca más.

En aquella ocasión Fabián, por entonces joven, se dijo: qué pálida. Pero a la dama escritora, como educadito que era, la aplaudió: muy bien.

Entonces, tantísimos años después, reconoció: la Sackville-West tenía razón; pero la escritora ya no estaba para comentárselo. Y él hacía tiempo que había dejado de tratarse con gente de aristocracia y palacio.

A doña Victoria Ponce también le dijo: me alegro de que me acompañe, doña.

Fue en la Avenida de Mayo. Un mar era el gentío, y las banderas flameaban por todos lados, y las serpentinas atravesaban la calle y había flores y gallardetes y los vivos y hurras horadaban espacio y tímpanos y todo el mundo estaba contento. Isabel de Borbón alcanzó a escuchar una vez y mil veces:

-¡Viva la Infanta de España!

Tanto escuchó tales vivas, y tanto la emocionó oírlas en tonada argentina, que al final, o porque se empalagó o porque creyó injusto que nadie recordara al soberano a quien representaba en esos actos, su adorado sobrino Alfonso XIII, gritó para que su voz superase ruidaje y estruendo y pudiera llegar a esa multitud olvidadiza.

-No, a mí no... ¡Viva el Rey! ¡Viva Alfonso XIII!

Los interesados no estaban ni un carajo enterados de ese lejano Alfonso XIII. Pero un hispanoparlante de ancho corazón, sin duda para complacerla, no encontró mejor camino que vivir a alguien por todos conocida:

-¡Viva Isabel la Católica! -gritó poniendo en marcha sus buenos pulmones.

Y el coro solidario se le unió:

-¡Viva Isabel la Católica!

Miren ustedes.

Se vio sonreír a la señora Infanta, y también se la vio inclinarse sobre su vecina, que era dama de compañía, y alguno escuchó lo que varios repitieron después:

-Pues mira tú, yo no sé cuán lejos iremos nosotras... Pero fíjate lo lejos que se ha ido este buen hombre.

En eso estaban cuando la carroza pasó frente al lugar en que hacían guardia el Conde y la señora Ponce. El Conde miró y su mirada, por esas casualidades que suele deparar la vida, se topó con la mirada de la señora Infanta. La vio clarito, porque como a lisiado que era le habían hecho un lugarcillo, de pura lástima. Pero fíjense, con aquellos ojos delante, para

nada le pareció verla a la Chata, como le decían allá en Madrid, sino que estuvo seguro de que era a Isabel II a la que estaba mirando, como tantísimas veces en el Palacio de Castilla, en París. La vio, gorda y grande, igualita a su madre Isabel II, envuelta en los profusos pliegues de la ropa negra y su capa de piel, con un surtido abundante de joyas encima, y sus muchas vueltas de perlas; la vio, perdida la belleza de un día, ausente el encanto de la juventud, pero sin los gestos dulces que acarrea la vejez, tal vez con los superfluos rictus de la vida mundana. Y fue a saludarla, claro, a gritarle, Chata, como los madrileños, o Isabelita, como le decía Alfonso, y estiró su brazo todo lo que pudo para el saludo, pero un nudo se le hizo en la garganta, quizá por aquellos ojos delante, o por la emoción o, tal vez, porque creyéndose el ágil Conde del Castaño de sus antiguos años, cuando no le importaba si dormir o no dormir, sino divertirse, sin darse cuenta abandonó la muleta. Y, díganme ustedes, ¿qué puede hacer un lisiado sin su muleta? Irse al suelo.

El Conde del Castaño se fue al suelo. Ananké, fatalidad.

Cayó en el desmayo como una piedra se precipita al fondo del pozo.

Con él, el vasto castillo fraguado en largas ensoñaciones hizo iplaf! Quiero decir: al suelo, hecho trizas.

Cuando se recuperó la fiesta había pasado, la Infanta seguía trotando por otros lados, a él se le había dislocado un tobillo, descolocado dos costillas, rasguñado el rostro, saltado un diente, arrugado el traje, y estaba con toda la pena del mundo porque la Infanta ya había sido. Pero doña Victoria Ponce estaba en eso de su recuperación asistida y lo cuidaba con afecto. En el Hospital Español donde otra vez lo habían llevado.

Doña Victoria Ponce le contó:

-¿Sabe, Conde? Después empezó a llover, según me dijeron, porque yo con el susto sólo atiné a pedir socorro y a traerlo aquí. Empezó el chaparrón, le digo, y los cocheros cerraron la capota, pero la Infanta se enojó y ordenó que la abriesen, porque ella quería ver y quería que la vieran, pues para eso había venido de las Españas. Y además, me contaron que dijo:

-Si todos estos han estado esperándome a pie firme largo rato, y debajo de semejante aguacero, ¿voy a refugiarme yo como una gallina por algunas gotas? Vamos, abran, abran la capota, que ustedes quieren cumplir con su deber pero yo quiero cumplir con el mío. Y si se mojan ellos ¿por qué no puedo mojarme yo?

Y así se hizo.

La Chata seguía siendo una Borbón de ley: puro culo y mandona, suspiró el Conde del Castaño. El tiempo había marcado a la grácil Infanta; y de qué modo. Todo se fue a la mierda, hubiera dicho el Oriental. Pero ¿acaso con él no había pasado mucho peor? ¡El, a quien antaño ni los confines del universo ponían límites, ahora reducido al espacio de una casucha en la pampa! ¡El, dueño de cuanto nuevo modelo de elemento traslaticio aparecía, ya fuera coche, lando, break, volanta, tilbury, carroza, calesa, berlina, victoria, limitado entonces a esa trágica muleta que sólo le permitía caminar a saltitos, como los patos! El, dandy elegante que había recorrido los mejores lugares de Europa derrochando en fiestas y obsequios dinero y juventud, devenido ese viejo inválido a quien la muchedumbre aplastó como a una cucaracha. El, elegido por las más bellas, prometido de una parienta de las Montijo, casado con una condesa de los Henestrosa, acompañado por esa simple y viejuca mujer de pueblo. En qué había venido a parar su suntuosa prehistoria. Vaya, crío, cómo has caído... Le pareció escuchar la voz de Alfonso. Y después el eco de una carcajada de aquéllas. Y luego lo vio sacar de su bota el pañuelo colorado para contener el acceso de tos. ¡Qué va, crío! ¡Mira cómo hemos quedado tú y yo, coño! Tú, un inválido que da lástima, y yo, peor aún, en el Pudridero del Escorial primero, y ahora con todo el peso del Panteón de los Reyes encima. ¡Joder! El Conde del Castaño se despertó bañado en lágrimas y sudor.

Pero los acontecimientos suelen traer a la zaga consecuencias inesperadas. Así fue en el caso de Fabián. Hombre con un acentuado poder de comunicación, Fabián hablaba de sedas con la ex Reina Isabel II, y de

pajaritos del cielo y criaturas de la tierra con la Reina Mercedes, y de hembras hermosas con Alfonso, y de joyas con las muchachas de los teatros, y de caballos y polo con sus amigos del hipódromo, y de política, con el Duque de Sesto, y de poesía con el Oriental. ¿De qué hablaba con Victoria Ponce? Hablaban de esto y de lo otro, es decir, de la vida. A Fabián le parecía que todo el mundo seguía andando y que sólo ellos dos estaban quietos, ahí, a orillas de la Pampa, en el patio de su casa, en ese caserío desperdigado que apenas configuraba un pueblo. Estaban él hablando, y la mujer escuchando, y a veces los dos mudos porque a la gente grande en ocasiones les resulta bueno quedarse un tiempo sin palabras.

El caso fue que, al regreso de Buenos Aires y del Centenario, y ya concluida la misión que la gente le había encomendado, la señora Victoria Ponce y Fabián se siguieron viendo. Y conversando. O callándose. Quiero decirles, tenían ya conversaciones entrecortadas o silencios corridos. Pero siempre juntos.

A veces a la salida de misa, a la cual Fabián había comenzado a ir por aquello de llenar la tarde de domingo echar un parrafito con el cura. O en el boliche, donde él marchaba en busca de su consabida ginebra y ella por esos asuntos de compras domésticas. O en la vereda, cuando Victoria Ponce pasaba camino a sus menesteres y él estaba, ante la enormidad de la llanura, en venturosa contemplación, o en el recuento de su pasado. O, quizá, como quien desafía un palimpsesto, mientras trasladaba su cigarro de la mano a los labios, de los labios a la mano, y sus ojos se perdían en el horizonte del afuera o en los abismos de su adentro.

Y fue en una de esas pláticas erizadas de silencio o en esos bisbíceos llenos de gestos con doña Victoria Ponce, cuando él dijo, como pensando en voz alta:

-¿Sabe, mujer? Estoy viendo la posibilidad de cambiar de paisaje.

La cosa tenía su intrínquilis pero no dijo más. Victoria, por su parte, fue lacónica como telegrama de pobre.

-¿Por...?

-Porque a éste ya me lo sé de memoria.

-¿Y para dónde quiere irse, Conde? ¿Para las Españas?

-De dónde... En España estuve cuando fui joven y rico. Ahora quisiera buscar un lugar más modestito.

-¿Cómo cuál?

-Como la tierra de mi padre y de mis abuelos.

-¿Y esa tierra cuál es, si puede saberse, Conde?

-Esa es la tierra de Santiago del Estero, mujer. Y en Santiago, una zona que se llama Choyas, ¿sabe? Allá llegaron mis antecesores, hace como dos siglos llegaron. Y allí vivieron y fundaron familias. Yo pertenezco a una de ellas. La familia a la cual el Rey, en la época de la colonización, le dio el título de Condes del Castaño. Título que yo recuperé por gauchada de mi amigo, el Rey Alfonso XII. Mi padre, en un momento de su vida, se vino para acá. A mí me gustaría irme para allá. Como quien dice, me gustaría devolverme.

-Y... la sangre tira, señor Conde -asintió la viuda como quien afirma una verdad verdadera. -¿Usted lo aprobaría, doña Victoria?

-Claro, cómo no lo voy a entender. Pero ¿yo qué tengo que ver, Conde?

-Usted comprenderá: yo sólo no me podría mover -lo dijo como avergonzado, aceptando su sino. Pero los ojos se le pusieron más lánguidos. La señora Victoria Ponce reflexionó: pobrecito, cómo se le entristece la mirada, se ve que sufre. Y estaba en eso cuando escuchó lo demás.

-Porque pienso que a lo mejor usted sería gustosa en acompañarme -agregó Fabián y no dijo más por entonces.

Una de las tantas tardes de plática, entre bisbíceos sin mayor ton ni son, se puso más cerquita de la viuda, cuestión de alcanzarle a tomar la mano. La aprisionó entre las suyas, en las que ya estaban apareciendo manchitas oscuras y venas saltonas: como a la abuela Estanislada, como al tío Juan, en los últimos años, cuando engordó de lo lindo y se le dio por ser más pijotero que nunca en su vida. Aprisionó las manos de Victoria, entonces, porque aunque había perdido la plata, Fabián no había olvidado modales, y

estampó un solemne beso en esas manos de campesina trabajadora, y le dijo despacito, mirándola fijo, cuestión de entender su respuesta antes de que le llegara a los labios:

-Señora, me gustaría casarme con usted. ¿Qué me dice?

La señora Victoria Ponce lo miró sorprendida, un cierto desasosiego en su cara, algún temblequeo en la mano que puso sobre su propio pecho, mientras le preguntaba:

-¿Conmigo?

-Sí, con usted -le respondió Fabián, al tiempo que miraba con el rabillo del ojo a un jinete que pasaba, porque ya se le había ido la inquietud, ya había visto la cara de asentimiento de la viuda, a punto de decirle que sí. Y cuando la viuda le dijo nomás que sí, antes de darle las gracias, Fabián llevó su mano al rostro de Victoria y mientras le hacía un mimito le confesó:

-Será la tercera vez, Victoria.

-¿La tercera vez de qué, señor Conde? -preguntó porque no entendía nada.

-La tercera vez que me caso. Y la tercera es la vencida, según dicen -dijo sonriendo con picardía pero también con ternura. Y agregó-: Y por favor, basta de decirme Conde, porque ahora vos sos vos para mí y yo ya soy Fabián a secas para vos.

## CAPÍTULO 19

# Cae el telón

Allá por la Edad Media, cuando sucedían cosas extrañas como tropezar con hipocentauras y faunos y sirenas, tres benditos monjes, Teófilo, Sergio y Elquino, decidieron un buen día partir en busca del Paraíso Terrenal, a fin de poder edificar luego a las gentes con la narración de los hechos maravillosos obrados por el Señor del Universo. Salieron en peregrinación por el mundo "hasta llegar al lugar en que se junta el cielo con la tierra". Recorrieron, así, Jerusalén, Belén, Nazaret, Persia, la India, parte del África y si no llegaron a América fue porque América aún no había sido descubierta. Mejor dicho, ella no había descubierto al mundo. En tantos y tan variados lugares encontraron monstruos, y sitios paradisiacos, y enigmáticas criaturas. Ante la curiosidad que les llevaba a preguntar por todo, escucharon una voz celestial que les decía: Non ci conviene a voi conoscere il segreti giudice di Dio; ándate alia vía vostra.

Estos increíbles místicos eran algo así como los Marco Polo del espíritu. Pero debieron regresar. Habían llegado cerca de las puertas del Paraíso, a veinte millas de distancia, pero un querubín con espada de fuego en la mano guardaba la entrada. Lo miraron: sus pies parecían de hombre, su pecho de león, sus manos de cristal. No pudieron entrar. Pegaban la vuelta cuando encontraron a Macario, un eremita que había dejado novia, lecho y alcoba el día de sus bodas para seguir al Señor. El buen hombre tenía su faz como de ángel, y por la mucha vejez casi no se le veían sus ojos. Les señaló el camino del regreso. Para que nadie les hiciera daño, adoctrinó a las



alimañas diciéndoles: hijitos míos, estos hermanos han venido del siglo a visitarnos, cuidado con hacerles algún mal. Por si eso fuera poco, les puso dos leones como pajes para que los escoltaran.

Esto, les digo, pasó en la Edad Media y muy lejos.

Pues ,bien. Fabián conocía esa historia de los mentados monjes Teófilo, Sergio y Elquino. La había leído en el libro de un poeta nicaragüense que también había cantado al Centenario, en versos rimbombantes:

fufa, viene el cortejo!

¡Ya viene el cortejo!

Ya se oyen los claros clarines.

espada se anuncia con vivo reflejo;

a viene, oro y hierro,

el cortejo de los paladines.

Entonces Fabián quiso conocer el Paraíso Terrenal. Pero ¿por dónde buscarlo?

Su padre había nacido en Santiago del Estero.

El Conde del Castaño supuso que por allí podría estar. El Conde del Castaño decidió partir hacia Santiago del Estero.

A Victoria, para convencerla, le habló de aquellos benditos! monjes Teófilo, Sergio y Elquino, que un día quisieron Buscar el Paraíso Terrenal. Y la convenció.

Icaño es un pueblo pequeño y pobre.

En ocasiones Fabián se preguntaba cómo fue a parar a ese caserío de mala muerte si su plan había sido llegar a Choyas, la tierra de sus ancestros. Y debía contestarse que el cambio fue por una casualidad.

Veamos.

Ya señalé que Fabián estaba fundido. Había pasado aquel tiempo en que se decía: todos los días pienso que mis bienes no pueden empeorar y todos los días empeoran. Ya no tenía bienes. Pero también está dicho que su

familia había condescendido a pasarle una pensión mensual. Pues bien: con ella alcanzaba condiciones de sobreviviente. Pero sobrevivir acá o allá ¿no es lo mismo? ¿Por qué, entonces, no buscar nuevos horizontes? Fabián quería reacondicionar su vida. O quizá su alma.

Al traslado Fabián europeo, al yachtmán de La Enriqueta, al coleccionista de París, le estaba siendo necesario algo de movimiento. En ayuda de su sueño vino un vecino: el hombre había heredado una casa en Icaño, de donde eran sus padres, en Santiago del Estero. Y al hombre no le interesaba para nada la casa que su padre había edificado, en un lote heredado del abuelo, a fuerza de sacrificios. Y no la quería no porque la ninguneara, sino porque, si hacía años andaba por Buenos Aires, ¿para qué podía apetecer una propiedad tan lejos? Se la vendía al señor Conde; a él más falta le hacía el dinero. ¿Qué podía darle el señor Conde? ¿Hasta cuánto podía estirarse?

El señor Conde le dio lo más que pudo y la casa de Icaño fue suya. Mejor dicho, de doña Victoria Ponce, porque Fabián puso la propiedad a nombre de la señora con la que se había casado. La señora primero dijo no, después dijo sí.

Cuando se la dio Fabián le dijo:

-Esta es tu casa, Victoria Ponce. Acostúmbrate a ella. Y acostúmbrame.

De manera que doña Victoria, sin abrir la boca, se ligó una casa. Y Fabián, sin buscarla, una tercera esposa. Y ambos, muy de acuerdo, armaron un viajecito a ese Icaño hacia donde marcharon diciendo a la buena gente de la perdida orilla pampeana, adiós, adiós.

Pero no bien pisó la tierra de Icaño, Fabián se dijo:

-Amigo, hasta aquí llegué.

De un lado estaba el pueblo. Sus casas eran achaparradas, de aspecto terroso, en su mayoría de adobe, de tierra apisonada sus pisos y con gruesos horcones de quebracho para sostener techo y corredores. Asiento de viejas y sucesivas parcialidades indígenas, sede de una capilla

más adelante, supo hasta no mucho antes de la llegada de Fabián y su mujer de ataques de aborígenes y de encarnizados enfrentamientos, de los alaridos de la indiada y del clamoreo de las mujeres y los niños arrebatados para el cautiverio por el malón prepotente. Si hasta la Iglesia había sido decapitada, hacía añares, por la furia del malón que la dejó sin cruz por un tiempo, y sin torre para siempre. Fue paso de los convoyes que hacia el norte y hacia el sur llevaban las mercancías de la tierra. Fue también encrucijada de batallas entre montoneras. Y lugar de luchas fratricidas y de encuentros pautados para la supervivencia. Porque Icaño se levantaba entre el desierto y la salina, entre el polvo de los caminos malabiertos y los cardones centinelas, en medio del bravío Bracho y los esperanzados trigales. Pero, como sucedía en tantos caseríos antiguos, pronto fueron más los que se estaban yendo que quienes permanecían. Hubo un momento en que el pueblo sólo estuvo habitado por arenisca, viento y muerte. Con el nuevo siglo llegó el ferrocarril. Bienhaya. Y con el ferrocarril, se renovó el caserío. Que quedó en veremos, por cierto, porque con ferrocarril y todo el pueblo fue menguando. Pero entre las casas más nuevas estaba ésa de don Fabián y la Victoria Ponce.

La casa era un insidioso ámbito sin orillas, parapetada entre los salitrales cercanos y el aire siempre polvoriento de sol y aplastado de silencio. Horas se estaba Fabián, como en el otro poblado, perdiéndose en recuerdos y también en desvaríos. Si ayer escuchaba las voces de la Pampa, entonces oía las del Salitral. Los recuerdos llegaban en alas de su memoria. Los desvaríos, en la voz de lugareños que se acercaban a platicar y terminaban con historias que él, y en ocasiones también Victoria Ponce, escuchaban, como alélados, porque eran historias de difuntos y también de aparecidos. Por otra parte, de Buenos Aires apenas si tenía noticias; ya ni leía los diarios de la capital, porque los diarios no llegaban. De España, menos. Todos, ausentes sin aviso. Sus huellas se habían perdido. Sus amigos, también. Un día el Oriental no le escribió más. Le escribió su

mujer, la bella florentina que no alcanzaba a imaginarse un viaje por mar que durara tanto y siempre quiso saber cómo habían hecho para no morir de aburrimiento. Por carta y en italiano, le contó: el Oriental había muerto. La noticia lo hizo llorar, pero se banco la pena. Y le entibió el corazón saber que la sposa florentina se hubiera acordado de él para darle la lúgubre noticia. A Victoria Ponce simplemente le dijo:

-Se acabó el Oriental. Pero las cosas son así: cuando menos te acordás, llega la muerte y te tenes que ir -se quedó en silencio, prendió un cigarrillo, murmuró casi como para sí, aunque la mujer lo escuchaba-. Las criaturas pasan, vienen, se van. Como las nubes, como los barcos, como el sol y las estrellas.

Doña Victoria Ponce no bien llegó al pueblerío se hizo amiga de algunos vecinos, y después trajo a vivir con ella a unas primas y también a un muchacho que había criado en General Piran, desde chico, antes de su viudez. De manera que formaron una familia allí, en Icaño, donde menos podía pensar Fabián que iba estar alguna vez. La realidad era que, a la hora de la comida, daba gusto verlos a todos, reunidos alrededor de la mesa, presidida por Fabián. En momentos así, por demás se abuenaba con su destino: él, que no tenía nada, se había agenciado de una familia. ¿Qué tal? Debo decirles que Fabián había mandado al carajo el título de Conde que, por otra parte, por allí nadie hubiera sabido qué mierda quería decir. También había borrado de su firma el apellido Anchorena. De manera que, para la gente del lugar, que era gente de pueblo, a saber, chacareros, peones, algunos dueños de campos, el señor era Fabián Gómez y punto. Fabián ya no hablaba de sus viajes ni de su antigua riqueza, como lo había hecho en aquel caserío a orillas de la Pampa. Entonces hablaba de las cosas del lugar, y aconsejaba a quienes necesitaban de una palabra, porque a todos, de entrada, el señor Gómez les había parecido un hombre criterioso al que le gustaba ayudar. Y así era.

Un día, en ronda de parroquianos en el boliche, donde Fabián solía caer,

apareció el cura de esa iglesia que por hazaña de aborígenes belicosos había perdido la cruz por un tiempo y la torre para siempre. El hombre ensotonado de vez en cuando también solía hacerse presente. Conversando, conversando, el hombre vestido de negruras le requirió a Fabián:

-¿Quién es usted, don Gómez? Dicen que fue rico. Dandy, dicen que fue. Dicen que fue Conde. Dicen que se casó con una Duquesa, dicen que tuvo mil mujeres. Dicen.

-También dicen que he sido una bala perdida -acotó sonriendo el aludido.

-Pero usted ¿quién es? -insistió el hombre al que en el pueblo decían el pollerudo.

-Si lo supiera -masculló Fabián.

La mayor parte del tiempo Fabián se la pasaba mirando y mirando. Para un lado el caserío, para el otro, allá a lo lejos, el Bracho y más allá todavía el Salitral. Aunque nada de eso se veía, sólo se presentía. Para Fabián esos puntos cardinales eran como la luz para las mariposas nocturnas: centro de atracción, convocatoria. Y él en medio, como en el deslinde.

Para nada bajoneado por tanta monotonía, dejaba que el sol calentase sus huesos, cada vez más doloridos, y madurase las naranjas de su casa. En ocasiones pensaba: a lo mejor también al alma me la está madurando.

En las largas conversaciones, mitad palabras, mitad silencios, que seguía manteniendo con Victoria Ponce, decía cosas que la mujer, para no olvidar, empezó a anotar en la libreta en que llevaba las cuentas del almacén. Así, un día escribió, junto a los dos kilos de yerba y el medio de polenta: He desplegado mis alas, Victoria Ponce. Ahora que estoy quieto, vuelo.

Y un viernes de lluvia en que hubo tortas fritas, y compró grasa y azúcar, puso: El no tener nada te deja ver más claro. Y enseguida agregó: La vida me quitó todo no para hacerme más pobre sino para que tuviera más. Y esto lo puso porque recordó que Fabián así había dicho mientras miraba para afuera, no bien se había levantado en esa mañana nublada. Y cuando

Victoria le preguntó *¿qué mira, Gómez?*, Gómez le contestó: *Miro los lirios del campo. Victoria se acercó a curiosear a la ventana y sólo vio un tristón manto gris.*

Otro día Gómez dijo y Victoria escribió en su libretita del almacén: *Porque si abres con diligencia las puertas del corazón, llegas a saber. Y otro: Muchos buscan afuera, pero por allí andan impedimentos que traban; la verdad está adentro. Y también las dádivas.*

Lindas cosas las que dice Gómez, pensaba Victoria Ponce: lindas para seguir las rumiando. Porque, la verdad, de entrada mucho no las entiendo.

Los años se le habían puesto en el cuerpo, para entonces, con ese maldito reuma. Pero lo peor no resultaba la artrosis, sino el dolor en la pierna que no tenía. Lisiado como era, cada vez más frágil en su apariencia y más como amedrentado, comenzó a sentir agravados males de antes y otros recién estrenados. Y, de pronto, una novedad dolorosa: como las enredaderas se precipitan en avalancha sobre el muro, tenues veladuras empezaron a ponerse en los ojos. No es que viera menos, sino que tenía que entornar los ojos para poder ver, como antes los entrecerraba para escabullirse de la luz. Con todo, como compensación, sin duda, solía perderse en vistosas ensoñaciones, *verbi gratia*: con la duquesa de Henestrosa galopaban largo y tendido en la campiña que rodeaba el castillo, hasta que un tirón en sus vértebras, o un estremecimiento en la pierna que no tenía, ponía las cosas en su lugar.

Debe decirse que se la vio venir. A la muerte, digo.

Le fue entrando un desgano, un decaimiento crepuscular. Se lo comentó a Victoria, como quien no quiere la cosa:

-Este desánimo me parece que sé a dónde me está llevando.

-¿A dónde, Gómez?

-A donde debemos ir todos, mujer. A donde se fue la abuela Estanislada, y mi amigo Alfonso, el rey, y el Oriental, no hace tanto -dijo mezclando épocas y afectos, porque ya se le había dado por entreverar los tantos.

Como advirtió que Victoria Ponce se entristecía, agregó:

-La muerte no me asusta ¿sabe? La muerte es un incidente. Lo que no me gusta es tener que dejarla sola, aunque de poco te sirvo, mujer.

-Un hombre siempre sirve, Gómez.

-Pero yo no le ayudo en nada, mujer.

-Un hombre siempre ayuda, Gómez. Con estar donde debe estar, ayuda -  
dijo, terminante.

Fabián se sonrió.

Sonreía también aquel atardecer en que Victoria lo vio, sentadito en su silla, los ojos entreabiertos, cuando volvía del caserío donde había ido por comestibles y esas cosas. Sonreía pero no levantó la mano, como hacía siempre. Tampoco contestó su saludo:

-Hola, Gómez, ya estoy de vuelta, ¿cómo está?

Victoria Ponce no se sorprendió. En ocasiones Fabián quedaba así, como ido. Ella se limitaba a sentenciar: el pobre anda en sus cosas, hay que dejarlo y hacer la vista gorda.

Y lo dejó esa tardecita. Habían pasado ocho años desde el Centenario y era un veinticinco de junio. Cuando se hizo la hora de comer, Victoria Ponce fue a buscarlo. Ya pasaba de castaño oscuro tanta quietud. Lo sacudió. Enseguida puso el grito en el cielo.

Victoria Ponce alcanzó a escuchar a un arriero atrasado, camino al Salitral:

Cuando salí de mi tierra  
de nadie me despedí.  
Las piedras lloraron sangre  
y el sol no quiso salir.

Y el arriero seguía con su canto.

Y la Condesa del Castaño con su lloro.

7 de setiembre de 1998

AGRADECIMIENTOS

Mis muchísimas gracias:

A Luis Gregoric, quien una tarde, al regreso de la Fundación El Libro, sin darse cuenta, me dio la pista para esta historia. A la periodista y amiga Celia Zaragoza, por la legión de libros que me envió desde España, y a Marta Díaz que cargó con alguno. A Hebe Clementi, por lecciones y sugerencias. A María Sáenz Quesada, por algunos libros y la concienzuda lectura del texto. A Emilia Pagés por sus ayuditas. A la doctora Leda Schiavo por sus muchos aportes. A la diputada Blanca Macedo de Gómez, al doctor Oscar Gómez Infante y al profesor Andrés Rivas, por sus noticias de Choyas y de Icaño, en Santiago del Estero. Al doctor Luis Asterio Asencio, porque me habló de General Piran y me aportó testimonios. A mi sobrina María Kneeteman, con quien troté por Londres, París y Madrid, siguiendo desvaídas pistas en calles, edificios y librerías. A Javier Fernández, por los muchos libros que me acercó. A Antonio Sempere, Luis Lacueva, Antonio Requeni y Patricia y Leandro de Sagastizábal, por idénticos motivos.

A Pilar de Lusarreta por Cinco dandys porteños, y a Juan José Sebrelí por Apogeo y ocaso de los Anchorena.

Y por muchos otros libros a Ramón del Valle Inclán, Benito Pérez Caldos, Padre Luis Coloma, Carmen Llorca, Marcelino Menéndez y Pelayo, Isabel Margarit, María Teresa Puga, Emilio Castelar, Carlos Rojas, Ricardo de la Cierva, Melchor Fernández Almagro, Cristóbal Zaragoza, Juan Balansó, Carlos Cambronero, Lytton Strachey, Claude Dufresne, David Butler, Fierre de Luz, Natalio Botana, Ezequiel Gallo, Gustavo Ferrari, Gabriel del Mazo, Telmo Manacorda, Luis V. Sommi, Arturo Jauretche, César Augusto Cabral, Norberto D'Atri, Lucio Vicente López, Carlos M. Ocantos, Eugenio Cambaceres, Rubén Darío, Rafael Jijena Sánchez.

A la linda gente de Planeta: Paula Pérez Alonso, Ricardo Sabanes, Ignacio Iraola y a todos.

A Andrés Alfonso Bravo, como siempre.



## ÍNDICE

Introito..... 7

### PRIMERA PARTE

1. Un hombre mira la Pampa ..... 13
2. Un cierto amor arrebatado ..... ,21
3. Casamiento contra viento y marea ..... 39
4. Final con brío ..... 51

### SEGUNDA PARTE

5. Florencia es una fiesta ..... 69
6. París es una fiesta ..... 91
7. El Palacio de Castilla ..... 111
8. Se viene la Restauración ..... 133
9. Un reino y una boda ..... 151
10. Muere una reina y una esperanza ..... 175
11. Los alegres amigos del Rey ..... 199

12. Boda y funeral .....	223
13. Duelo, celda y resurrección.....	243
14. De farra en París .....	271
15. Muere un rey .....	289

### TERCERA PARTE

16. La vuelta al pago .....	303
17. Los restos del naufragio .....	337
18. Primer Centenario y tercera boda .....	367
19. Cae el telón .....	385
Agradecimientos .....	395

### Resumen

#### MARÍA ESTHER DE MIGUEL

#### UN DANDY EN LA CORTE DEL REY ALFONSO

Hacia fin del siglo pasado, un joven aristócrata argentino, aburrido de seguir las tradicionales y previsibles convenciones de clase, contraría a su familia y se casa en secreto con una diva del bel canto que lo dobla en edad. La pareja elige Florencia como el lugar natural donde establecer su hogar, pero pronto el enamoramiento languidece y se separan. Fabián Gómez y Anchorena rápidamente empieza a codearse con la realeza europea, se mueve por las grandes capitales del mundo como en su casa, pero es a partir del momento en que conoce al príncipe Alfonso y a Isabel II en su exilio en París, cuando su vida se transforma en una verdadera seguidilla de aventuras fascinantes. Alfonso es proclamado Rey de España y se muda a Madrid, sus amigos lo acompañarán naturalmente en la vida cortesana.

La saga de Fabián Gómez y Anchorena sigue en su regreso a la Argentina durante la presidencia de Juárez Celman; allí encontrará a un país muy cambiado, sin embargo el encanto de este dandy no decaerá ni en sus últimos años, cuando elige retirarse a Santiago del Estero, provincia de origen de su familia.

María Esther de Miguel ha construido una novela espléndida y fascinante, de personajes entrañables: será difícil igualar las brillantes y carismáticas

personalidades de Fabián y Alfonso, las arrolladuras infanta Isabel y doña Estanislada, la abuela. La autora de Jaque a Paysandú, La amante del Restaurador, Las batallas secretas de Belgrano, El general, el pintor y la dama nos entrega la crónica de una época dorada y de un mundo privilegiado contados con una maestría y gracia incomparables.